This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

[redacted]

G868.73 P468D 1900 LAC

LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY OF TEXAS

THE GENARO GARCÍA
COLLECTION

G868.73
P468d
1900

MEMORIAS, RELIQUIAS Y RETRATOS

DE LA GAVETA ÍNTIMA

MEMORIAS

RELIQUIAS Y RETRATOS

POR

JUAN DE DIOS PEZA

LIBRERÍA DE LA VDA DE CH. BOURET

PARÍS	MÉXICO	GUADALAJARA
23, rue Visconti	14, Cinco de Mayo.	4, Avenida Colón

1900

Propiedad del Editor.

180691

G868.13
P46tm

Quedan asegurados los derechos de propiedad conforme á la ley.

PARIS. — IMPRENTA Y LIBRERÍA DE LA VDA DE C. BOURET.

PARA «LA GAVETA ÍNTIMA».

Desde hace varios años vienen apareciendo y reproduciéndose sin cesar en la prensa española y americana los artículos, biografías y estudios literarios é históricos del popular poeta mexicano Juan de Dios Peza y ya era preciso formar con ellos una colección y editarlos en un volumen para ponerlos al alcance de todos los lectores de buen gusto.

Muchos de estos artículos son verdaderas narraciones confidenciales del autor, describiendo personajes, costumbres, sitios y hechos de importancia. No cansan, porque su estilo es ligero como todo lo espontáneo y no lastiman, porque á nadie hiere la pluma de donde han brotado tantos versos sentimentales que

todos los lectores de América conocen y aplauden.

Creemos que una obra en prosa de Juan de Dios Peza es una novedad y podemos asegurar á los lectores que después de este libro tan ameno y tan tierno porque muchas de sus páginas se han escrito mojando la pluma en la sangre del corazón, aparecerán otros en que las « Memorias de treinta años » *completas y extensas deleitarán á los aficionados á las letras.*

En este volumen se encontrarán artículos como « Castañas calientes », « Una Reliquia », « Luz de la Gloria », « La Saboyanita », « Pobre Pescadora », « Miramar », « Tío Tonchi », « M. A. », y « El Tinterillo de la Reforma » que bastan por sí solos para dar á esta obra el interés que en vano pretenderíamos darle con banales encomios ó con hiperbólicos comentarios.

El solo nombre de su autor basta para captarle desde luego las simpatías del público.

DE LA GAVETA ÍNTIMA

EL TÍO TONCHI

De EL MUNDO, *semanario ilustrado.*

¡ Pobre viejo Antonio ! Me acuerdo de su cara llena de arrugas, de sus ojitos pardos con un ligero cerco blanquecino en el iris á manera de *haios;* con su cabeza cubierta con la gorra de cuartel, de la que salían los alborotados y espesos mechones de canas; de su cuerpo encorvado y trémulo; de su bigote amarillento por el humo del cigarro; de su levitón azul obscuro y de sus pantalones también azules con dos vivos amarillos, á guisa de franjas.

De todo aquel viejecito me acuerdo como si lo estuviera mirando, y tendría yo de ocho á diez años cuando le trataba constantemente.

Todas las buenas almas que poblaban mi hogar de niño ya volaron á mundos desconocidos, y cuando me encuentro en mi camino á algún ser que en lo exterior se les asemeja un poco, las recuerdo y me complace hablar de ellas.

Hoy por la mañana me encontré á un soldado inválido que me obligó con su aspecto á suspirar por mi viejo Antonio. — ¡Cómo se le parece el pobre cojo

con quien topé en la calle del Empedradillo! — Pero ¡cómo se le parece! Lo he ido siguiendo hasta la calle de la Cadena, y varias ocasiones me ví tentado á preguntarle:

— Qué ¿no es usted un resucitado?

¿No se llama usted Antonio? ¿No estuvo usted de asistente hace treinta y seis ó treinta y ocho años, en una casa donde había un chiquillo que se llamaba Juan y al cual quería usted mucho?

Pero era imposible preguntarle estas cosas. El viejo Antonio tendría en aquella época cerca de setenta años, y si los sumamos con los que van corridos hasta la fecha, resultan cien, poco más ó menos. ¡Qué diablo! ¡Cómo se parece ese inválido al otro! Y lo fuí siguiendo al compás de su pierna de palo y no quitaba mis ojos de los mechones blancos que salían airosos de cada lado de la gorra.

El viejo Antonio me dijo un día: — Pregúntale á mi Jefe (se refería á mi padre) si hay algún general que tenga la gloria que yo tengo.

— ¿Cuál es esa gloria, Tío Tonchi? Así le llamábamos familiarmente.

— Pregúntalo, no seas curioso.

Tanto me lo dijo, que al fin, un día en que estaba mi padre conversando acerca de algunos soldados de mérito, le pregunté sin preámbulos.

— ¿Cuál es la gloria del Tío Tonchi, papacito?

— ¡Ah! ¡Ah! ¡no lo sabes! Pues es preciso que lo sepas, para que lo trates con mayor miramiento; Antonio fué asistente del señor Morelos, quien lo quiso mucho y le tuvo gran confianza. Ya que él te ha de haber dicho que me preguntes cuál es su gloria, dile que yo quiero que te enseñe su reliquia, su más rico tesoro.

Volando más que corriendo, bajé al patio, entré al cuarto del veterano y le dije con ese tono autoritativo tan peculiar en los muchachos.

— Tío Tonchi, que dice mi papá que me enseñes tu mejor reliquia.

— ¿ Eso quiere el Jefe? Bueno ; pero antes te habrá dicho quién he sido yo en otros tiempos.

— Sí, me dijo que eras asistente de Morelos.

— Mira, no trates con tanta confianza al Señor Generalísimo ; piensa en que no nacen muchos como él, ni nacerán acaso. — Oye, en los últimos años en que yo le serví, había engordado mucho, le creció el vientre y no se podía poner las botas... ¿sabes quién se las ponía todas las mañanas con mucha destreza y arrodillado delante de él, como si estuviera rezando?

— ¿ Quién se las ponía, tío Tonchi ?

— Pues yo, y nada más yo, y solo yo, ¡ qué gloria tan grande ! y él me decía muchas veces : — Antonio, que no te maten, porque al día siguiente tendré que salir descalzo ; nadie me sabe poner las botas tan pronto y tan bien como tú..... y el tío Tonchi se limpió con el dorso de la mano las lágrimas que habían salido de sus ojos.

— Bueno, repuse, sin apreciar el noble orgullo ni la sensibilidad del viejo.... pero ¿en dónde está la reliquia que vas á enseñarme?

El asistente abrió un antiguo baúl de aquellos forrados con cuero de res café y blanco, y sacó una banderola de dos puntas, la mitad roja y la mitad negra, en la cual había sobrepuestas y hechas de paño blanco una calavera con sus canillas y este letrero que no olvidaré nunca : « Independencia ó muerte. »

Me quedé contemplando absorto aquel trofeo cuya historia me era desconocida y pregunté impaciente :

— ¿ Y ésa es la reliquia ? ¿ Por qué tiene esa calavera ?

— Ah niño : tú no sabes lo que quiere decir esto : Así eran todas las banderolas amarradas á nuestras lanzas de el *Veladero ;* cuando hicimos pedazos á las

fuerzas de Carreño, y derrotamos á Paris al comenzar el año de 1811. — Ya le he dicho á tu papá que si me ve morir, permita que me sepulten desnudo, pero jamás sin esta reliquia.

El asistente ató la bandera á una caña y la inclinó para mirarla á su satisfacción durante un largo rato.

¡ Qué tropel de recuerdos asaltarían su mente ! ¡ Qué mundo de cosas idas se desplegaría ante sus ojos !

Después de algunos instantes movió la cabeza y exclamó : — No ha nacido otro Jesucristo ni nacerá otro Morelos.....

Cuando seas hombre y ya me haya tragado la tierra, verás muy clarito quién era el cura de Carácuaro.. — No hay otro ni puede haber otro así.... tan grande, tan grande, tan grande !.....

. . . . . .

El tío Tonchi me llevaba á la escuela ; me compraba golosinas, me aconsejaba que fuera yo soldado y que muriera defendiendo la libertad de la patria y que siempre que tratara de héroes no pensara en otro que en Morelos, porque ése lo fué de verdad y hasta la muerte.

Cuando me detenían en la escuela por no haber dado la lección sin un punto, el tío Tonchi inventaba un recado de mi padre para que me levantaran el castigo ; cuando algún compañero díscolo me ofendía en la calle, el tío Tonchi lo amenazaba con tales frases, que le obligaba á huir de nosotros ; cuando yo estaba enfermo en la cama, me acompañaba todo el día sin fastidiarse, y noche por noche me refería en sencillo estilo y sin hipérboles ni metáforas, los episodios de aquella inmortal epopeya de que fué actor y testigo y que me infundieron en el alma este amor inmenso al suelo en que he nacido.

¡ Pobre tío Tonchi ! Nunca pidió un premio ni solicitó un ascenso. Herido en una pierna por los sol-

dados de Añorve, se la amputaron en Chilapa y quedó sufriendo dolores toda la vida.

Una tarde llegó tosiendo y con un dolor en el pecho que le obligó á guardar cama. — Le atacó una pulmonía que se lo llevó al otro mundo en menos de una semana.

Y me acuerdo que al volver de la escuela lo encontré ya cadáver, y no se me olvida el cuadro que presenciaron mis ojos.

En el ataúd y sobre una sábana limpia y blanca como el armiño, estaba tendido el viejecito, con los ojos cerrados, las manos sobre el pecho, su uniforme muy bien cepillado; los mechones blancos, rebeldes como siempre, el bigote caído sobre el labio superior y una sonrisa de bondad en el semblante.

— Papá, papá, grité con desesperación; ya se murió el tío Tonchi....

— Calla, hijo, calla, me respondió mi padre, á quien yo no había visto, desde un ángulo de aquel cuarto; se murió Antonio y voy á cumplirle su mayor deseo.

Diciendo esto, vino á detenerse junto á la caja, y puso sobre el pecho del asistente, bien extendida, de manera que le cubriera el corazón, la banderola aquella que le acompañó en el Veladero.

Y recuerdo como si lo tuviera delante de mis ojos, que al cerrar para siempre aquella caja, vi como quedaban dentro de ella, cual si estuvieran esculpidas con rayos de sol, aquellas letras de paño blanco cosidas sobre la banderola, que condensaban todo el afán del gran Morelos y de sus soldados, entre los cuales se contó aquel pobrecito viejo :

« Independacia ó muerte. »

Al caer la tapa, mi padre dijo con profunda melancolía :

— Adiós, Antonio, gracias por tu fidelidad á mí y por tu cariño á mi hijo.

Y haciéndome una caricia agregó mirándome :

quédate unos momentos acompañando á Antonio, porque no te has de encontrar muchos tíos Tonchis en la vida.

UNA RELIQUIA.

A mi primo el general Ignacio de la Peza, alumno del Colegio militar en 1847.

Acabo de encontrar en un rincón de la más escondida gaveta del antiguo bufete de mi abuelo, que guardo y conservo como un tabernáculo de recuerdos, una cajita diminuta que no había visto nunca.

La abrí con curiosidad y me encontré en ella una condecoración que me era muy conocida desde hace muchos años.

Es una cruz de aspas de esmalte rojo, con el centro blanco y ceñida por un laurel de oro.

¿Qué mexicano no la conoce? Es el premio otorgado á los defensores de México el año de 1847.

La guerra con el invasor norte-americano fué verdaderamente inicua.

Carecían nuestros soldados de elementos de todo género; pero les sobraban valor y patriotismo.

Los más mimados hijos de familia abandonaron sus lares y salieron á presentar el pecho á las balas del enemigo.

Mi padre fué á hacer sus primeras armas y á recibir su baustimo de fuego en aquellas jornadas gloriosas, y cuando alguna vez le vi esa cruz sobre el pecho, le

interrogué mucho sobre los acontecimientos de la campaña.

¡Cómo se enternecía hablándome de los Alumnos del Colegio Militar, niños sublimes, de los cuales murieron unos en sus puestos, otros cayeron mortalmente heridos y los demás fueron hechos prisioneros!

— «Mira, hijo mío — me dijo — esta condecoración la llevamos todos los que concurrimos á la defensa del Valle de México, pero ninguno la merece tanto como los alumnos que combatieron en Chapultepec! Ésos sí fueron dignos del amor, del aplauso y de la bendición de la Patria.

«El General Santa-Anna al ver amagado Chapultepec, ordenó que los jóvenes alumnos se fueran á sus casas, pero todos ellos se negaron á obedecerlo y contestaron :

« Nos quedamos aunque no haya víveres, aunque no nos den nada; si nos recogen nuestras armas nos quedarán nuestros brazos. »

« Eran cerca de cincuenta bisoños. El General Monterde no estuvo con ellos porque tenía que desempeñar una comisión como Jefe de línea. Manuel Azpilcueta, subdirector del colegio, estaba muy enfermo, lo mismo que Mariano Andrade.

« El único jefe que allí se quedó con los oficiales subalternos, fué Domingo Alvarado, Capitán de la primera Compañía, hombre muy pundonoroso y que nunca lo citan.

« Los nombres de Melgar, de Suárez, de Barrera, de Montes de Oca, de Escutia y de Márquez, son pronunciados con veneración santa, porque nada debe de glorificarse como á los muertos en defensa de la bandera que simboliza el alma de una nación libre.

« ¡Qué muchachos aquellos! Su armamento era muy malo; sus años muy escasos, pues frisaban entre los trece y los diez y siete; pero su arrojo, su fe en la causa que sostenían, su deseo de rechazar al

enemigo ó morir maldiciéndolo..... eso..... no tenía límites..... eso en todos ellos era igual y sublime.

« Arrollado, deshecho el Batallón de San Blas, y muerto su jefe el bravo Xicotencalt, que tenía catorce heridas en el cuerpo, en el cual se envolvió para salvarla, la bandera á que hoy se le tributan honores; el ejército americano se arrojó sobre los alumnos del Colegio Militar.

« El encuentro fué terrible y desastroso. Los niños sucumbieron al empuje y sus enemigos quedaron asombrados de tanto heroísmo. Hubo chiquitín que al querer atravesar con la bayoneta á un soldado invasor, apenas le desgarró el uniforme, porque no tenía la fuerza física necesaria para traspasarlo!

« Ya vencidos los alumnos, el General Scott, en la glorieta principal del cerro, los invitó por medio del intérprete á que juraran no volver á tomar las armas contra los americanos. Esto produjo una gritería inmensa : todos se negaron hasta el despensero Yantadas y el criado José María.

« Scott, montado en su caballo prieto, contemplaba conmovido la escena y llenó de elogios á los alumnos.

« A ellos corresponde por derecho y por justicia esta cruz que miras sobre la solapa de mi levita. »

Y esta cruz es la misma que acabo de encontrarme en el rincón de la escondida gaveta.

En qué época tan distinta de aquella en que la vi por vez primera ha vuelto á aparecerse.

Ya es polvo el adorado viejecito mío que la llevó sobre su pecho; ya es polvo la santa mujer que en los grandes días de la patria, llena de amor se la prendía en la levita, regocijándose en mirarlo con ella!

Polvo son ya los amigos íntimos que lo acompañaban, relatando como testigos oculares, los hechos de aquella tristísima epopeya!

Polvo es también el hermano, arrebatado en la flor de su edad á los atractivos de la tierra!

Y sólo tú, crucecita roja, dormías escondida como en ignorado ataúd, en tu diminuta caja negra!

No quiero ni limpiar el polvo que empaña tus esmaltes, porque me parece que es el mismo que tenías cuando la mano de mi padre te guardó cariñosa después de la última ceremonia en que le acompañaste!

Alguna vez sentirías las palpitaciones de su corazón generoso; algún día me habrás visto acercarme á besarlo lleno de amor y creyendo que no se me moriría nunca!

¿Te acuerdas de mí, crucecita roja? ¿Nunca me viste andar cerca de ti en alguna parte? ¿No conociste á un niño muy enamorado de tu dueño?

Pues aquel rapaz travieso, pero respetuoso, es el mismo que aquí miras aislado, triste, solo, lleno de canas y desengaños y que besa en ti aquella mano, aquella frente, aquel sér que tú conociste y acompañaste tantas veces.

¡Oh crucecita roja! ¡Oh reliquia mía! Tú no has podido ver encerrada como estabas en esa gaveta olvidada, todo lo que ha sucedido en tu derredor.

Todo se ha ido; todo se ha muerto; ya no hay armonías de fiesta en el hogar, ni fulgores de dicha en el alma.

Ya no encuentras á nadie de los tuyos y sólo yo he quedado para recogerte y para besarte.

¡Pobre y abandonada cruz gloriosa!

Quédate conmigo hasta la muerte; bien sé que no te puedo llevar sobre el pecho, pero te amo porque fuiste un símbolo de honor para mi padre y porque hoy eres emblema de la pesada cruz de mis tristezas.

Quédate conmigo, crucecita roja; duerme en tu negro ataúd, en esa olvidada gaveta, hasta el día en que una mano fría y extraña te venda como prenda inútil en algún bazar de antigüedades.

Entre tanto, quédate aquí, nada es más grato que guardar algún despojo de la hermosa nave en que

bogamos tranquilos sobre el mar de la felicidad humana.

México, 1898.

PAPELES VIEJOS

De mis « MEMORIAS DE TREINTA AÑOS »

¡Cuán cierto es que vivir es caminar entre lápidas! Los años van deshojando los árboles del huerto de nuestros cariños, y cada hoja vuela, llevándose con un nombre querido, la dicha ó la esperanza que nos perteneció en días mejores.

Ayer me quedé en casa, decidido á quemar papeles inútiles ó indiscretos, y nunca he sentido en mi ánimo impresiones tan hondas y tan extrañas.

No son pocos los amigos íntimos que se me han muerto y al ver y repasar sus cartas, sus versos y sus retratos, acabé por decir para mis adentros: ¡qué contento y acompañado voy á estar en el otro mundo!

En ninguna labor, como en la literaria, se adquieren tantos hermanos, que, al correr de los años, constituyen familia y nos son tan amados, como si en sus venas circulara nuestra propia sangre.

Abrí una gaveta y saqué un papel amarillento, con letras borradas y parduscas, pero que pueden aún descifrarse claramente:

« Hermano Juan:

« No faltes al ensayo de mi drama. *D. José* le ha

ofrecido al *maestro* poner sus cinco sentidos en la ejecución de cada escena. *El Doctor*, según me dijo *Facundo*, hará la crónica del estreno y *Agustín* leerá unos versos. Ojalá que te llevaras al teatro á *Calibán*, y que le pidieras su opinión *en reserva*, para luego descubrirme el secreto. Estoy nervioso y sin embargo no tengo miedo, porque Salvadora y Juan, han de salvar la obra.

« He buscado á Javier y á Ramón y no los encuentro; uno anda en sus devaneos y el otro se fué á Córdoba.

« Te espero á las siete en el teatro y cuando salgamos, iremos á cenar frente á Francesca de Rimini. Tuyo siempre. — Manuel. »

Esta carta es un panteón, me dije; la escribió Acuña y casi todos los personajes que en ella figuran, han traspuesto ya el horizonte de la vida.

El Don José, á que se refiere, es el eminente actor Don José Valero; ¿el maestro? ¡Altamirano! (que sólo con decir su nombre basta) ¿el Doctor?..... el inolvidable Manuel Peredo; ¿Facundo?..... José T. de Cuellar, el popular novelista; ¿Agustín?..... Cuenca, el admirable poeta; ¿Salvadora y Juan? Salvadora Cairón y Juan Reig; ¿Javier? Santa María, que vive en Yucatán desde hace años..... ¿Ramón?..... ¡Ah! ¡pobrecito! Ramón Rodríguez Rivera, todo corazón, delicadeza y ternura!

¿Y esa Francesca de Rimini? ¡Ah! esa es una historia muy sencilla, que os contaré en un minuto.

In illo tempore, digo, en aquel tiempo de miserias estudiantiles, había en el mismo lugar que hoy ocupa el elegante palacio de Mr. Sarre, en la calle del Cinco de Mayo, una fonda muy concurrida, por la sencilla razón de que era el almuerzo muy barato.

Y fíjense ustedes en el *menú* para que lo admiren: sopa, tres platillos, frijoles, fruta, dulce, café ó té y una botella de pulque..... dos reales!

Se guisaba con limpieza, se atendía á los parroquianos con actividad; los manteles estaban siempre albeando y claro es que los estudiantes acudíamos allí como al panal las abejas.

En uno de los salones decoraba el muro un cuadro representando á Francesca y á Paolo, como los pinta el Dante, flotando en el infierno, abrazados y mirándose con tanta pasión, que ante el fuego de sus ojos nada era el de las llamas que lamían con lenguas de oro sus cuerpos desnudos.

Aquel cuadro era el encanto de Manuel Acuña y le contrariaba cuando íbamos á comer ó á cenar, no encontrar asientos en la mesa, desde donde podía á todo su sabor contemplarlo.

Alguna vez me dijo: pregúntale al dueño de la fonda si vende esa pintura.

¿Pero qué — le respondí con asombro — ya tienes con qué comprarla?

— Sería yo capaz de vender ó empeñar la patología en que estudio, y mira que no es mía.

Obediente á su deseo, alguna vez me acerqué al hombre, que sentado en un mostrador semi-circular recogía el dinero que allí dejaban los parroquianos, y le interrogué con respeto:

— Señor ¿usted no quiere vender ese cuadro?

— No puedo venderlo, porque me trae á muchos á comer á mi casa.

Si usted viera cuántos vienen á verlo. Yo no sé lo que representa, pero creo que es el martirio de un santo y de una santa, y lo creo así porque están traspasados por una gran flecha como las que tiene San Sebastián ¿no se ha fijado usted?

— Sí, señor, á mí me gusta el cuadrito.....

— ¿Usted sí sabrá lo que representa?.....

— No, señor.

— Es muy difícil saberlo; eso ha de estar en el Año Cristiano.

— Probablemente, señor.....

Acuña había oído la conversación y me dijo con aquel tono de eterna guasa, tan característico en él:

— ¿Te has convencido? Los analfabéticos son los dueños de los mejores libros; al que le falta un pie le regalan el mejor par de botas y á este señor fondista le ha tocado ser dueño de este cuadro. Y yo que pensaba comprárselo, llevarlo á mi cuarto, colgarlo frente á mi cama y verlo á todas horas!

— Dice que son dos santos.

— Ya lo oí; le hubieras dicho que él se llamaba Pablo y ella..... Pancha!

Esa Pancha era la Francesca frente á la cual fuimos á cenar después del ensayo!

¡Cuántos recuerdos despierta un papel que amarillea de viejo! ¡Con razón amarillea, ese es el color de los cráneos desenterrados!

¡Y á esto llamo papeles inútiles!

No puede ser inútil lo que nos habla de un pasado lleno de ilusiones, de fe, de esperanzas, y sobre todo, de juventud; de aquella edad en que no teníamos hijos, ni canas, ni orfandad, ni ese hastío incurable que produce el conocimiento horrible de los hombres y de las cosas.

Y ¿Calibán? Este Calibán á que Acuña se refería, no es otro que Gustavo Baz, el erudito, el elegante, el juicioso escritor, poeta, autor dramático y periodista que hoy en París vive lleno de recuerdos honrando á su Patria.

¿Y á esto llamo papeles inútiles?

Decididamente no rompo ninguno; que los queme ó los rompa quien tenga valor para hacerlo, cuando ya no palpite este corazón mío que vive más en el ayer que en el hoy y que goza con imaginarse que habla con los muertos y con los vivos ausentes.

El recuerdo engendra el placer más santo, cuando no arranca lágrimas de vergüenza ó de remordimiento!

180691

LOS VALIENTES MUEREN EN SU PUESTO

19 de Junio.

Si el crepúsculo es muy tétrico en los claustros, lo es más en los claustros convertidos en prisiones.

La tarde del 18 de Junio de 1867 se esfumó en el polvo de oro del ocaso, vistiendo de negras sombras el convento de Capuchinas de Querétaro.

Allí, un soñador de treinta años, con cutis blanco y transparente como alabastro, cabellos y barba rubios como el resplandor de Apolo, y ojos azules como el Danubio, esperaba la mañana siguiente para subir al cadalso.

Era un germano de sangre noble; un poeta que había ensayado en la lira de sus quimeras la estrofa de un imperio; un marino que después de recorrer el mundo forjando ilusiones y estudiando obras de arte, naufragaba en el oceáno sin fondo, de la política mexicana.

*
* *

Maximiliano, Emperador de México, escribía esa tarde sus últimas cartas y dejaba correr por sus mejillas, pensando en Carlota, á quien creía muerta, sus últimas lágrimas.

Al escribir unas cuantas líneas á su anciana madre, sollozó tristemente y volvió los ojos á un muro, atravesando con su mirada millares de leguas hasta clavarla en el hogar lejano, tranquilo, donde nadie adivinaba las torturas del infeliz hijo ya sin corona como rey, y ya sin esperanzas de indulto como reo.

« ¡Oh madre mía! tu Maximiliano te envía su alma envuelta en un suspiro! Perdóname, bendíceme, reza por mí, empapando tus bendiciones en tus lágrimas. Carlota y yo te esperamos en el cielo. »

Y Carlota estaba á la sazón demente, creyendo que sus damas la rodeaban y que el himno nacional de México la saludaba por todas partes.

*
* *

Maximiliano cerró su carta postrera, se compuso la barba, se levantó de la tosca silla de que disponía en su celda y llamó á sus compañeros de infortunio, á Miramón y á Mejía.

Pronto aparecieron los dos leales entre los leales, y Maximiliano le dijo á Miramón, á aquel Miramón que á los vientiocho años había sido Presidente de la República y á quien los soldados amaban por valiente con ciego fanatismo.

— Miguel, nuestra muerte va á ser un trasunto del Calvario.

— ¿Por qué, señor?

— Porque seremos tres ajusticiados sobre un cerro.

— Es cierto, pero V. M. irá en medio y ocupará el lugar de Cristo. Infeliz del que vaya á vuestra izquierda. El lugar del *Mal Ladrón* es inaceptable.

— No ocuparéis ese puesto nunca.

— ¿Seré yo quien lo ocupe? preguntó humildemente Mejía.

— Los valientes mueren en su puesto, repuso sentenciosamente el atribulado Archiduque.

*
* *

Á la siguiente mañana, todo el ejército republicano y todo el pueblo de Querétaro, presenciaba la eje-

cución de los reos. Al subir éstos al lugar destinado, Maximiliano habló algo á sus compañeros y al formarse en fila, Miramón ocupó el centro, Mejía la derecha y Maximiliano la izquierda.

Y hay quien diga que en la mirada de los generales mexicanos, dirigida como último adiós á Maximiliano, irradió una profunda expresión de ternura dulce, sincera, inmensa, como la gratitud de los que se sienten estimados y comprendidos.

Y las palabras del Príncipe de Habsburgo las repite aún todo el que estudia los detalles de aquel cadalso :

« Los valientes mueren en su puesto. »

CÓMO ACABÓ UN BAILE

DE LA CORTE DE NAPOLEÓN III

Me ha dicho quien lo sabe, que una noche, última de Junio ó primera de Julio de 1867, irradiaban como ascuas de oro los salones de la residencia de Napoleón III.

Toda la aristocracia francesa acudía á la mansión opulenta luciendo sus blasones y su fortuna.

Napoleón era por entonces el árbitro de la política de Europa. Había tremolado victorioso el pabellón de su imperio en algunas campañas de renombre, y creía sentir en su orgullo que soplaba en su derredor el mismo aire de gloria que respiró el gran Bonaparte de las Pirámides.

La Emperatriz Eugenia, aquella española encanta-

dora que hemos visto cruzar vestida de negro, de Corte en Corte, sin ser reconocida ni saludada acaso, daba en esa noche un gran baile al que asistieron todos los miembros del Cuerpo Diplomático, incluso su Presidente, Monseñor Chigy, Nuncio del Papa, para conocer al Gran Sultán Abdul-Azis que estaba de visita en la capital de Francia.

Todas las avenidas y calles que conducían á la residencia imperial eran verdaderos ríos de brillantes, de encajes, de condecoraciones, de uniformes, de libreas, de cuanto deslumbra y admira y enloquece al vulgo curioso que formaba compactas vallas á los numerosos invitados.

*
* *

La Emperatriz era la que empuñaba los cetros de la hermosura, de la moda, de la delicadeza y ¿por qué no decirlo? del mundo monárquico europeo, puesto que nadie era superior á ella en lo que llamamos siempre « la Atenas del Universo. »

Cerca de las once llegó el Sultán luciendo en torno de su *fez* más de cien solitarios y una esmeralda inmensa en el broche de su alquicel blanco.

El Nuncio, fiel á su palabra, estaba de pie en el salón imperial, y miró de hito en hito á aquel soberano de Oriente que guardaba en un harem cien mujeres hermosas, y que había decapitado á muchos enemigos de su trono.

La Emperatriz presentó al Embajador de Pío IX con el hijo predilecto de Mahoma y éste miró al primero con el desdén con que había visto las esculturas de Notre-Dame.

Á las once y minutos comenzó el baile.

El gran Sultán hablaba con la Emperatriz, mientras las más bellas damas de la Corte, regiamente ata-

viadas, danzaban con lo selecto de la diplomacia, del ejército, de la política y de la banca.

*
* *

Después de media noche, se anunció con tres golpes de alabarda en la puerta del salón, que llegaba un Ministro Plenipotenciario, el único que faltaba y á quien Napoleón había extrañado al empezar el baile.

Todas las miradas se volvieron á la puerta principal, por donde entró un hombre vestido sencillamente de frac, con un papel en la mano y un ceño duro y triste como si le aguijoneara una idea funesta. Era el General Dix, Ministro de los Estados Unidos de América.

Sin hacer caso de nadie, ni del Sultán, objeto de tan agradable fiesta, se inclinó cortésmente delante de la Emperatriz, llegó al lado del Emperador, le habló y le mostró el papel que llevaba; llamó en seguida el Soberano al Nuncio, luego al Ministro de Austria y los cuatro se retiraron juntos á las habitaciones interiores.

Pocos momentos después llamaron á la Emperatriz y al Gran Sultán, causando con esto inquietud y curiosidad en los invitados.

No habían transcurrido veinte minutos, cuando un edecán de servicio dijo en el salón y en voz muy alta lo siguiente :

« Una gran desgracia obliga á sus Majestades á suspender esta fiesta, y á ordenar que la Corte vista de luto riguroso por lo que se explicará debidamente á su tiempo. »

*
* *

No es posible pintar el desconcierto de aquellas gentes, que volvieron muchas de ellas á pie á sus domicilios, pues los carruajes habían sido citados para las tres de la mañana, y muy pocos estaban en la puerta de la residencia imperial.

Pronto corrió por París una noticia extraña, misteriosa, indescifrable.

Las luces se apagaron en la mansión de los soberanos; cesó el ruido, y allá en el fondo, en una pequeña pieza tapizada de *moirée* color de púrpura, la Emperatriz lloraba, y Napoleón, después de haber exclamado ¡pobre joven! ¡este Morny!... este Morny, miraba de hito en hito al Nuncio.

El Ministro de Austria había hundido su cabeza entre las manos, y el gran Sultán, jugando con el broche de esmeralda de su alquicel blanco, mostraba una estupefacción de tigre herido.

El General Dix, calándose sus gafas de oro, leía y releía en voz alta un cablegrama siniestro, el primero que anunció á Francia el fusilamiento de Maximiliano de Habsburgo, Emperador de México, en el Cerro de las Campanas.

*
* *

Aquella catástrofe inconcebible para el orgulloso César francés, le hizo, quizás, presentir de un golpe la ruina de su imperio.

Nunca se había interrumpido un baile en la Corte de manera tan brusca, ni nunca había visto un soberano llegar á él, terrible y amenazante, el remordimiento bajo la forma de un cablegrama.

Desde aquella noche, pocas veces se vió sonreír á Napoleón III, y dicen que la expresión de su semblante al escuchar la funesta noticia, fué la misma que mostró en Sedán, ya vencido y humillado para siempre.

EL CASTILLO DE MIRAMAR

UNA VISITA Á LA MANSIÓN SEÑORIAL DE MAXIMILIANO

El mar estaba azul y tranquilo.

No soplaba una brisa que rizara las olas; el sol no tenía ese candente poder que agosta en Castilla los campos en el mes de Junio, y quien de pronto se hubiera encontrado donde nosotros estábamos, sin indicarle sitios ni dejarle ver horizontes, habría dicho que bogaba sobre la sonda de Campeche, el agua más azul que he visto en mi vida.

Apenas podrá un pintor dar idea de la transparencia, de la diafanidad de aquel mar y de aquel espacio.

Habíamos salido del puerto hacía muy pocas horas y ya divisábamos con todos sus graciosos detalles arquitectónicos, un edificio que surgía de entre las rocas, cubiertas éstas por una vegetación verde obscura, manchada á trechos por toques de color de sepia, señales inequívocas de que el ambiente salino tuesta en algunos arbustos los más delicados de sus renuevos.

Se acercó el barquichuelo á una escalinata tallada á pico en la piedra de la ribera y nuestro boga nos dijo:

— Hemos llegado, ¿espero?....

— Espera, le respondió uno de mis compañeros poniendo en su mano dos florines.

Al pisar el último peldaño de la escalinata, volvimos nuestras miradas al punto lejano de donde habíamos salido. Con la claridad con que se distingue en los días serenos la Isla Verde, desde el

puerto de Veracruz, ó con precisión mayor todavía, vimos á lo lejos un montículo gracioso, de color gris suave rodeado de casas blancas que se agrupan en medio de la mar extensa, á la manera que se reflejan los ánades sobre una laguna. Aquel grupo simpático y lejano era Trieste, y el sitio que pisábamos en aquel momento, el Castillo de Miramar.

*
* *

No hay para qué decir que siendo mexicanos los tres viajeros que abandonamos el barco, no bien miramos la rústica y elegante rampa que marca el camino ascendente sobre las rocas, dijimos á un tiempo y animados del mismo pensamiento : — ¡ Chapultepec ! — Y cruzamos con envidiables alas la distancia inmensa y por aquel instante nos creimos en nuestra patria.

Hay entre los dos castillos una fantástica semejanza, siendo para el nuestro el bosque que le rodea y embellece, lo que para Miramar el golfo azul que lo circunda, el principal encanto de su posición extraña y aislada.

Miramar tiene el color entre amarillo y rosa que recuerda las esculturas de *terra cota;* algo de los sombríos matices de la piedra berroqueña que ha sido pintada y se desborra con el tiempo, algo también del tinte especial de esos pétalos descoloridos que juntan la savia roja de la vida con la palidez de la müerte.

No se miran desde la rampa los imponentes y seculares ahuehuetes que custodian á Chapultepec, entregando á los caprichos del viento sus guedejas de canas; no se oye el salvaje concierto en que la torcaza y el zenzontle sobresalen con sus cantos melifluos; no revolotea sobre los mirtos el colibrí, ni crece en la grieta de las rocas el espinoso cactus.

La vegetación aquella es espesa y vigorosa, pero no bella ni imponente. Coníferas que resisten á la rudeza de los inviernos, castaños de Indias y acacias que florecen perfumando el aire; camellones cercados de boj y alguna rosa anémica entre caléndulas y malvaviscos.

*
* *

Se sube sin fatiga por la rampa y se llega á una reja que recuerda algo del estilo muzárabe y bizantino, con sus calados ojivales y sus remates de flámulas, en la cual hay que presentar á un portero de librea, la orden para visitar el edificio.

No llevábamos esa orden, pero nos bastó decir que éramos mexicanos para que no nos estorbasen el paso.

¡ Qué impresión tan honda y tan rara produce la presencia del castillo á quien conoce la funesta historia de su infortunado dueño !

Dirigida la construcción por su capricho, mezcló los órdenes que más le impresionaron en sus dilatados viajes, y allí está el torreón medieval reclamando la ronda del trovador que turba el nocturno sosiego con el mandolín que acompaña sus cántigas, y el minarete elevado, por donde parece asomarse el rostro de una favorita mulsumana. No falta en la estructura un recuerdo del glacis y de la poterna, los muros tienen señuelos de fortaleza y si lo hubiéramos buscado, el rastrillo habría sin duda aparecido á nuestros ojos.

Si la belleza, según San Agustín, es el esplendor del orden, allí la encuentra el viajero en el poético desorden del estilo. Es tristemente hermoso, y hermosamente triste, aquel castillo, pues parece que por las mil bocas de su mitológica fisonomía sale un eterno grito que atruena los mares y que escuchan

todos los que se le acercan, un grito desgarrador que dice con sollozos : ¡mi señor no volverá nunca!

Y sin su señor, no volverá jamás á estar de fiesta el castillo, pues de día y de noche poblarán sus salones el espectro de un ajusticiado y las carcajadas de una loca.

*
* *

Hay un salón llamado de huéspedes, decorado rica y severamente, que contiene los retratos de los progenitores de Maximiliano. No puede uno menos que asombrarse de la nobleza de un linaje que asciende desde la humilde colina de las Campanas hasta el fastuoso trono de Carlos V.

Todo tiene su revancha en la historia — decía allí uno de mis compañeros — en 1526 un súbdito de Carlos V, Hernán Cortés, ahorcó impíamente al más grande de los indios antiguos, á Cuauhtemoc, y en 1867, el más grande de los indios modernos, Juárez, fusilaba en nombre de la ley á un vástago de Carlos V.

En el salón de que hablo fué recibida la Comisión mexicana que ofreció el trono á Maximiliano, y allí, buscamos con la imaginación los sitios que ocuparían el General Wol y el padre Miranda.

Hay un salón pequeño llamado de estudio : imita el cuarto que Maximiliano tenía en la fragata « Novara » decorado de nogal sin barnizar y acero pulimentado.

Todo está allí de doble suspensión, hasta los tinteros, y tiene su atmósfera ese olor acre de los barcos que obliga á imaginar al que lo visita que está en alta mar.

La alcoba de Maximiliano es pequeña y sencillísima. Está todavía el largo y angosto catre de tijera de latón con lona cruda, sobre el cual dormía el Archiduque. Dicen que trajo á México dos guales. Esos catres se

doblan y guardan en una caja y viajaba siempre con ellos, usándolos alternativamente en sus viajes por el interior, para evitarse la molestia de ocupar siempre una cama naturalmente incómoda por el lujo con que se la disponían en cada alojamiento.

*
* *

La capilla del castillo inspira una devoción artística que conmueve al más rudo. Es de cortas dimensiones pero encierra grandes tesoros. Su pavimento es de madera de cedro de Líbano, llevado por Maximiliano y tiene encima capas de arena del desierto de Sahara recogida con sus manos.

El altar es de una piedra marmórea amarillenta, tomada por él de las rostras de Cicerón y combinada con otras piedras grises que él recogió de los destruídos muros del Coliseo Romano. Hay una pequeña vasija que él levantó en Misolonghi sobre el lugar en que cayó Lord Byron, combatiendo por la libertad de Grecia, y el trozo de obscura masa que constituye en el altar el ara consagrada, es un fragmento arrancado á la pirámide de Cheops en Egipto.

Sobre el altar hay varias vasijas con agua herméticamente cerradas y con letreros por el estilo : Agua recogida en el Nilo (la fecha). — Agua recogida en el Jordán (la fecha). — Agua del Cedrón, recuerdo del Lago Asfaltita, Mar Muerto. Detrás de las vasijas hay flores, palmas y yerbas, son azucenas del Jordán, lirios de Mágdalo, ninfeas del Nilo, palmas de Capharnaum, de Nazareth, y de Siria, rosas de Alejandría, nardos de Bethlem y jaramagos y ortigas de Palestina.

Los cirios del altar no se encienden nunca, los tomó del Santo Sepulcro de Jesucristo y están cubiertos con gasa bendecida y ungida con óleo santo por el Patriarca armenio que cuida la veneranda tumba.

De uno y otro lado del altar hay una armadura de

guerrero antiguo puesta sobre un maniquí de madera arrodillado en actitud de orar. Una es del Emperador Carlos V y la otra es de uno de los soldados de Lepanto.

*
* *

No es posible enumerar todas las riquezas históricas y artísticas que la capilla encierra, parece más que un templo, un museo que dice mucho á la imaginación, que nutre el espíritu con fantásticas leyendas de viajes y aventuras y que puesto á remate ante un concurso ilustrado valdría muchísimo dinero.

En visitar la capilla, la biblioteca y la sala de armas, donde encontramos armas de los incas y de los araucanos, cayó la tarde, el sol hundió su disco de oro en la superficie azul del mar tranquilo y el guarda del castillo nos dijo que nos esperaba al día siguiente por la mañana.

No podíamos volver, se lo dijimos así y entonces nos llevó á ver silenciosamente, alumbrándonos con una especie de linterna sorda que reflejaba vivamente sus rayos de luz sobre el muro de una sala pobre y desmantelada, varios cuadros. Uno era un hermoso palacio de dos pisos coronados de estatuas. Decía abajo : « Proyecto de reformas del Palacio Imperial de México por el ingeniero Ramón Rodríguez Arrangoiti. »

El otro se destacaba sobre un montículo entre lo espeso de un bosque, un castillo de grandes escalinatas de mármol, con juegos de agua semejantes á los de Versalles, y con estatuas de guerreros aztecas. Decía abajo : « Proyecto de reformas al Alcázar de Chapultepec por Ramón Rodríguez Arrangoiti. »

— Este señor será paisano de ustedes, nos dijo en francés el guarda.

— Sí, — respondió un compañero mío — es el poeta de la arquitectura. Hace poemas de piedra.

Después vimos dos fotografías, una del cerro de las Campanas en el momento de la ejecución, y otra de la fragata « Novara » conduciendo los restos del Archiduque.

En el suelo y contra la pared estaban puestos en desorden varios tipos de México, estatuas de trapo hechas en Puebla representando vendedores, memorialistas, serenos, chinas, cargadores, pateras, polleros, fruteras y aguadores.

El guarda tuvo que acompañarnos á bajar la rampa y cuando nuestro barco se deslizó de nuevo sobre las olas, todos íbamos tristes y silenciosos.

*
* *

¿Cómo puede abandonarse una mansión regia cercada de todas las bellezas de la naturaleza y con todos los encantos del arte?

¡ Misterios inexplicables del corazón humano !

Nuestro pensamiento voló á Chapultepec, á Palacio y por último, á Querétaro.

Volvimos el rostro, y el hermoso castillo, envuelto en las sombras, iba deformándose con la distancia.

Parecía la triste silueta de un monje abandonado sobre una roca en medio del Océano.

Tenía, en efecto, una tristeza y una serenidad religiosa.

Acaso pensando en esto la familia imperial de Austria, ha dispuesto últimamente que el castillo se convierta en monasterio.

¿ No hay mucha semejanza entre un convento y una tumba?

Junio, 21 de 1898.

SAN JUAN Y SAN PEDRO

Para los que nacimos y vamos envejeciendo en la capital de la República, hay fechas gratas é inolvidables, y entre ellas, como los astros en azul horizonte, relucen el 24 y el 29 de Junio, es decir, San Juan y San Pedro.

Dejadme en alas de la fantasía, volver á otros tiempos, buscar otros días más serenos y recrearme en añejas inocentadas.

Yo fuí un héroe á los diez años y voy á demostrarlo en pocas palabras.

Era yo un niño gordo, glotón y travieso, que me aprendía la lección de Fleury en menos que canta un gallo y la recitaba como el loro cuando el maestro me la pedía, trastornando las más veces las preguntas y las respuestas.

Alguna vez, el dómine orgulloso me interrogó con énfasis delante de varias personas que visitaban la escuela.

— Niño ¿quién es el demonio?

— Ciro, rey de Persia, griego de nación....

— No, no; es menester que se fije usted sin *atarantarse* (este verbo atarantar lo usaban mucho en mi tiempo) es indispensable que se fije usted bien; vamos, despacito.

— ¿Quién es el de-mo-nio?

— ¡Ah! sí, ya lo sé, ya lo sé muy bien: ¡el Centurión Cornelio!

— ¡Vamos! Está usted perdido; pasaremos á decir algo del Ripalda á estos señores.... á ver: el séptimo mandamiento, decidme ¿quién lo quebranta?

— La Santa Madre Iglesia lo tiene y usa.... grité

con arrojo y creyendo que iba á deslumbrar con mi erudición á todos los presentes.

— ¿Cómo es eso? ¡qué blasfemia! Á ver otra cosa: ¿quién compuso la salve?

— ¡Dios mismo al principio del mundo!

— ¿Dios mismo? ¡Jesús! eso es del Fleury, á ver: ¿quién instituyó el matrimonio?

— Un ángel rebelde á Dios.

— ¡Jesucristo nos valga! pero ¿qué le pasa á usted hoy, niño de mis pecados? Preguntaremos cosas más fáciles ¿cuáles son los mandamientos de la ley de Dios?

— Rubén, Simeón, Leví, Judá, Dan, Neftalí, Zabulón, José y Benjamiín.

¡Horror! — dijo el maestro. ¡Bonito está eso! Pues ¿cuáles eran las tribus de Israel?

— Isaías, Jeremías y Baruch, que son uno solo....

— Qué solo ni qué solo; cállese usted y no vuelva á chistar delante de persona civilizada. Ya lo he dicho á todo el mundo, usted todo lo revuelve, lo tergiversa y lo descompone; la única gracia que le conozco es medio pintar la letra y por eso le aseguró que cuando más llegará usted á ser en el porvenir evangelista del Portal de Santo Domingo.

Esta fué la profecía de mi maestro seis días antes del 24 de Junio de 186...

Desesperado y cariacontecido me quedé con la vista clavada en el suelo, imaginando que había trascurrido el tiempo, y que yo, ya barbudo y grandote, tenía debajo del feo portal de la Aduana, un tosco y mugroso pupitre, un tintero de loza barnizada con sus correspondientes plumas y dándome carácter social el consabido letrero « Escribiente público número 20. »

Cuando más engolfado me sentía en tan tristes reflexiones dióme uno de mis compañeros una palmada en el hombro, diciéndome: No te importen las palabras de éste bárbaro; tú y yo hemos de ser generales

y ya verás como el día de San Juan vamos á derrotar á cuantos se nos pongan delante ¿quieres ser el abanderado de mi tropa? cuento con los fulanitos, los zutanitos y los menganitos; iremos al atrio de Santo Domingo, el enemigo vendrá por la calle de la Perpetua y el combate será muy reñido.

Bueno, yo seré tu abanderado, porque es una posición mejor que la de *evangelista*.

— ¿Te duele el anuncio del idiota profesor de la escuela? Olvídalo. Compra un traje de oficial en el portal de Mercaderes; que tu espada sea de las que cuestan veinte reales para que no se quiebre; que tu kepí sea de paño encolado, porque los de cartón se rompen á la primera pedrada que les toca, y... no tengas cuidado.

— ¿Cómo? repuse yo con susto ¿se van á tirar pedradas?

— Por supuesto, á puras pedradas nos las compondremos; yo seré Zaragoza y fulanito será Laurencez, el jefe francés.

— Pobre fulanito, dije para mis adentros.

Después de esta y otras conversaciones semejantes, quedamos citados para el día 24 de Junio á las cuatro de la tarde en el atrio de Santo Domingo.

Por súplicas y promesas logré que me llevara el criado de mayor confianza al sitio consabido, y allí me encontré á muchos de mis condiscípulos vestidos de militares, todos con espada y fusil, formados con gran disciplina y obedeciendo sumisos á mi « Zaragoza » de la escuela.

Éste, al verme llegar, salió á encontrarme, y poniendo en mi mano derecha una gran bandera de papel de china, con una águila que parecía zopilote, me dijo :

— Toma este pabellón que defenderás con tu vida.

— ¡Soldados! — dijo dirigiéndose al inmenso grupo, — ¿somos, ó no somos muy hombres!

— Síiiii, gritaron todos al unísono.

— Pues mirad, el enemigo está al frente.... adentro Puebla.... avancen.... tan.... tan.... tan.... rataplán.... plan.... plan.... y no bien habíamos andado cuarenta pasos, cuando un guijarro del tamaño de una naranja cayó como bomba sobre la nariz de un sargento primero, quien como herido por un rayo, se tendió en el suelo boca-arriba, mientras le brotaban de la fisonomía dos abundantes caños de sangre.

— ¡ Adelante, chicos ! gritó mi Zaragoza ; este no es nada, es el primer herido ; ya les haremos peores cosas ; junten parque.

Y todos nos pusimos á recoger piedras en plena plazuela y á lanzarlas con fuerza á los invasores.

Hubo un momento en que pudo decirse que las piedras como las flechas de los ejércitos de Jerjes, nos permitían combatir á la sombra, pero desgraciadamente llovía á cántaros ; San Juan lloraba como mujer melindrosa, y nosotros, sin hacer caso, viendo ya remojadas las charreteras de papel dorado, desteñidos los mal pintados uniformes y plegada y rota por la lluvia nuestra bandera, seguíamos impasibles sobre el enemigo....

Las gentes curiosas presenciaban desde los zaguanes, los balcones y las azoteas de las casas la descomunal batalla, y la policía, á quien estaban confiadas lo mismo la avería de nariz del sargento que la de cada uno de nosotros, no aparecía ni daba señales de vida.

Bueno es recordar que entonces había « diurnos » y serenos, que eran mil veces más apáticos que los gendarmes.

Por fin llegamos á lo más reñido del combate ; muchos gritos, muchas piedras y ya luchábamos cuerpo á cuerpo, pues el enemigo y nosotros nos habíamos acercado y confundido en muy poco tiempo sin advertirlo, quizás porque nos cegaba el entusiasmo.

De pronto, el jefe de los invasores, que en vez de

espada tenía un grueso bastón de encino, me dió un palo tan fuerte en la mano derecha, que solté la bandera y me puse á dar espantosos chillidos. Creí que me había desbaratado los dedos....

No bien cayó en tierra el pabellón, de papel, cuando mi verdugo lo levantó orgulloso y gritó con todos sus pulmones : ¡ Hemos vencido ! Una terrible pedrada me partió en ese momento la frente y no ví ni oí, ni supe, ni pude dar cuenta de más.

Una nube negra me envolvía el cuerpo y el espíritu.

Media hora después, el combate había cesado ; cada ejército se replegó á su campamento, y yo, sintiendo terribles dolores, me encontré, sin saber cómo, dentro del zaguán de una casa del portal de Santo Domingo, cercado de centinelas de vista.

— ¿ Qué sucede ? — exclamé espantado.

— ¿ Y nos lo preguntas ? que por haber soltado la bandera nos derrotaron, pues si esto no sucede, ¡ pobres de ellos ! Por ti hemos perdido, y nada es más justo que lo que acaba de disponer el general.

— ¿ Qué ha dispuesto el general ? — exclamé bebiéndome mi sangre.

— Que te fusilen ; y ya te puedes ir preparando con nuestro capellán.

Adelantóse entonces un muchacho regordete y colorado, que sólo gustaba de hablar y de hacer cosas de iglesia y que hoy es cura de pueblo, y me confesó en el acto.

Recuerdo que le dije entre mis pecados que me dolían mucho la mano y la frente, que á cualquiera que le peguen como á mí, soltará no sólo una bandera de papel, sino una talega de mil pesos, y que ya quería irme á mi casa.

— Me parece bien — me respondió — y te aseguro que después de que te fusilen te irás sin que nadie te detenga.

Acabada la confesión, lleváronme al mismo sitio en que algunos años después fusilaron á Vidaurri.

Allí se formó el cuadro ; me colocaron en el fondo, me vendaron los ojos ; el General arengó á la tropa, el capellán rezó el Credo, y al decir « su único hijo » conmovieron mi cuerpo cinco terribles pedradas, siendo la más grave una que me tocó en la espinilla de la pierna derecha.

Caí al suelo dándome por muerto ; desfiló la tropa, me dejaron abandonado, y algunos minutos después vino el capellán y me dijo : — puedes irte.

Cuando llegué á casa y me vieron tan ensangrentado y tan descompuesto, llevaron gran susto, y entre regaños y reflexiones me convencieron de que nada deben de hacer los niños sin conocimiento ni voluntad de sus padres.

— Tú no tienes ni por asomo vocación para militar — me decía mi tío ; ¿de dónde has resultado gente de guerra ?

Por más de tres semanas fuí á la escuela con la mano vendada y con un gran parche en la frente.

Mis compañeros, con las más picantes sátiras, me obligaban á enardecerme de coraje, y si alguno aparentaba consolarme, me decía : ¡pobre *alcabuciado !*

. . . . . .

Han corrido muchos años y al llegar cada nuevo día de San Juan, recuerdo aquella campaña que fué un aviso del cielo, que me libró de ser soldado.

No llegué á *evangelista* como lo profetizó mi maestro y no sé si habré llegado siquiera á escritor mediano.

¡ Tantos ejercen ese noble oficio en nuestro tiempo!

¡ Oh día de San Juan ! ¡ Cuánto te han cambiado la civilización y la cultura ! Todavía se visten de militares muchos niños, pero ya no hay aquellas luchas brutales, de las que se salía ileso por milagro.

¡ Ni cómo ha de haberlas ! Los niños de hoy no conocen la guerra. Han nacido en paz y viven en paz ;

por eso les gusta más jugar con ferrocarriles, que con sables, y mientras en mi tiempo montábamos en un carrizo con un caballito de badana en la punta, los niños de hoy se van desde la Plaza hasta Chapultepec en bicicleta.....

LUZ DE LA GLORIA

Á mi amigo Francisco L. de la Barra.

En la inolvidable Sevilla, gala y emporio del amor y de la gracia andaluza, atrae la atención del curioso viajero la fábrica de cigarros, que hospeda millares de obreras á cual más hermosa y resalada, como se dice en aquella tierra. Todo el mundo sabe lo que cada muchacha estanquera inventa y dice por la calle al tropezar con los tipos que, tarde por tarde van á verlas salir por la puerta de la fábrica.

Desde que la ópera *Carmen* popularizó á la cigarrera sevillana, no hay inglés rico que al pasar por la perla del Guadalquivir no pretenda visitar el estanco.

¡ Y lo que escucha cada *mirlón*, no es para escrito ni para contado !

Un amigo y compañero mío, joven, guapo, ilustrado y fino en maneras como un príncipe, logró que le permitieran penetrar á aquel jardín de huríes, á la hora del trabajo.

Llegó con tres compañeros de viaje, uno de los cuales, acompañado de una familia sevillana, daba el brazo á rubia y hechicera polluela.

Al atravesar los extensos salones recibieron piropos por este estilo.

Decía una chica de ojazos árabes á otra que enfrente torcía cigarros con rapidez de máquina :

— ¿Has visto la boda, Pepa?

— Sí, pero el novio no me gusta.

— ¿Por qué, hija de mi alma?

— Porque lleva la chistera con funda.

Y señaló riéndose hasta mostrar unos dientes como perlas, al joven que llevaba *claque* de raso.

Otra, fijándose en el único anciano de la comitiva, le preguntó á su compañera :

— ¿No oíste tocar la trompeta del juicio, Paca?

— ¿Á qué horas, chica?

— Cuando abrieron la puerta de la fábrica para que entrara mi abuelo. Y piensa que lo mató Napoleón en el año de ocho.

— Y cómo le chorrea polilla...

— Con un hombre así quisiera casarme.

— ¿Para qué, Cachonda?

— Para ser viuda al día siguiente ; ya sabes que me gusta vestir ropa negra.

— ¿Pobre abuelo! cabe en una canal de pitillo.

— Yo lo vendo.

— Y yo lo compro.

— Y yo se lo cuelgo como milagro á la Virgen del Carmen.

— Ni para palillo de dientes me sirve.

Los viajeros entraron á una sala, que contenía muchas mesas y en cada mesa trabajaban doce mujeres, sirviendo una de ellas como de maestra directora siempre respetada y obedecida.

En una de tantas mesas vió mi amigo á una verdadera creación de Murillo, fresca de carnes, blanca como el armiño, de mejillas de rosa y con un par de ojos andaluces que derramaban luz y fuego.

Trabajaba torciendo cigarros y fijaba muy á me-

nudo sus lindas pupilas en un monstruo sentado á su derecha.

¡ Y con cuánta ternura lo miraba!

Era la mitad de un hombre ; le faltaban del lado derecho el ojo, la oreja, media nariz y la comisura natural de la boca, todo perdido debajo de unos pliegues y pegujones de carne amontonados, restirados y esparcidos horriblemente en el rostro.

Faltábale el brazo derecho y tenía el hombro tan caído que su cuello se doblaba sin equilibrio y su cabeza guardaba la más cansada de las posturas.

Faltábale la pierna derecha y la reemplazaba con una especie de zanco atado á la escasa parte de muslo que le colgaba entrapajado.

Era un monstruo aquel sér humano, á quien la mujer encantadora le estaba dando á fumar un cigarrillo, con la ternura con que una madre daría á su hijo un caramelo.

— ¿ Qué es esto ? preguntó sorprendido mi amigo.

— La historia es breve — contestó la Administradora de la fábrica.

Esa chica tan linda, tiene algo mucho más hermoso que sus ojos, que su color, que su edad y su gracia, y ese algo es su corazón de oro.

Era novia de un gallardo obrero que vivía á ocho leguas de Sevilla y que para venir á verla y pelar la pava, tomaba en su pueblo el expreso de las ocho de la noche. — Alguna vez llegó cuando el tren acababa de partir á todo vapor ; lo alcanzó y quiso subirse por el estribo. — Cayó á la vía y le pasó la rueda por encima de medio cuerpo.

Lo levantaron moribundo y rogó que le avisaran á su novia, la cual en cuanto supo la desgracia fué á verlo.

— Mira, le dijo él — había ya juntado diez y seis mil reales (ochocientos duros) para nuestra boda. Ya voy á morirme y te los dejo, relevándote de todo com-

promiso. Eres muy buena, cásate con alguno que te quiera como yo y que te haga tan dichosa como yo pensé hacerte, y mándame decir unas misas en el mismo altar de la Virgen donde pensé que nos diéramos las manos.

La muchacha, bañada en lágrimas, se convirtió en enfermera de aquel joven al cual no daban más que algunas horas de vida.

Los cirujanos extrajeron el ojo, recortaron colgajos de la nariz, de la boca, de la oreja, de la mejilla y de la barba, amputaron el brazo y la pierna y dejaron entregado al buen Dios aquel montón de despojos que inspiraba horror y compasión al mismo tiempo.

Lució el nuevo sol y aquel infeliz vivía; la fiebre fué bajando; los días corrieron, las heridas cicatrizaron, y por fin se declaró la convalecencia franca hasta volver á la salud en el estado tan deforme y lastimoso en que hoy se encuentra.

La chica, su novia, se fué á ver al cura, le refirió su historia y le pidió de rodillas que la casara con este hombre.

— ¡Pero así.... hija, tú estás loca!

— Yo lo amo lo mismo que cuando era guapo y arrogante, porque, señor cura, el tren no le ha destrozado el alma y la tiene tan grande y tan linda, como el día que me confesó que me amaba. Además, él no puede por sí mismo hacer nada ¿quién ha de cuidarlo, de mimarlo, de atenderlo, de amarlo como yo? Nadie en el mundo lo ha de mirar como he de mirarlo, ni lo hará feliz como he de hacerlo.

El cura ante tamañas razones, los casó á los pocos días y ella vino en seguida á pedir trabajo á esta fábrica solicitando que la acompañara su marido.

— Véalo usted, me dijo, no puede enamorar ni hablar quien de su aspecto se enamore ¿cómo he de dejarlo solo? Yo soy sus manos, sus pies, su voluntad, su vida.

— Ven y traélo, le respondí asombrada de sus resoluciones. Y allí tiene usted á esa pareja que todas las obreras respetan y diré más : envidian por dichosa.

Daban á la sazón las cinco de la tarde y sonó la campana que anuncia la salida de los talleres.

La encantadora chica acomodó la muleta y el zanco en la axila y en el muslo de aquel ser mutilado ; colocó su brazo en el suyo, le puso una gorra de seda y echó á andar con él por los extensos corredores.

Allí pudo verse un espectáculo hermoso. Las obreras que salían cantando, gritando y corriendo en desorden, formaron en silencio una valla con admiración y respeto y pasó por en medio la pareja extraña ; la graciosa joven risueña y feliz ; él, andando lentamente colgado de su brazo como la vid de la rama....

— Dios te bendiga, María, le decían varias compañeras. Hasta mañana, ángel del cielo ! le decían otras. Grano de oro, que la Virgen te cuide ! — Pasa, luz de la gloria !

Y cuando la pareja salió de la fábrica, volvieron las obreras á cantar, á gritar, á correr en desorden, porque nada de lo que quedaba les inspiraba respeto.

— Frente á cuadros así, hay que tener fe en el bien, en el amor, en la virtud y convencerse de que la humanidad, y en ella las mujeres, no son tan malas como las juzgan los crapulosos ó los escépticos por suficiencia.

México, Junio de 1898.

BLANCA

DE MIS « MEMORIAS DE TREINTA AÑOS »

I

¡Qué tarde tan triste! El mar agitado azotaba con sus olas nuestro barco, y desde la empapada cubierta mirábamos á lo lejos un grupo negro : las Islas Canarias.

Tenía yo veinticuatro años; creía en la felicidad; amaba el peligro ; encendían mis ilusiones y mis esperanzas, la fe en lo porvenir y el culto íntimo por lo grande, lo noble y lo bueno.

El mar, desde que estuve á solas con él, es decir, en medio de su inmensidad velada por enorme esfera azul pálido, me pareció antiguo y buen amigo, incapaz de traicionarme.

No naufragaré, dije, al pisar el barco, este abismo no será mi sepulcro, y confiado en esto, poco me importaban los vaivenes y los sacudimientos del palacio flotante.

Entregado á vagos pensamientos, veía volar las nubes, desbaratarse las sabanas de espuma, cruzar las gaviotas y desvanecerse á lo lejos como fugitivas sombras las velas de otras embarcaciones.

Recostada en ancha mecedora de bejuco, vestida con elegante bata plomiza, mal sujeta á la cintura con lazos encarnados, mostrando los diminutos pies aprisionados en graciosos chapines de seda negra, viajaba con nosotros una joven hermosa y pálida.

Leía un libro pequeño, del cual sólo apartaba la vista

parar mirar el espacio. Cualquiera creería que estaba orando constantemente.

*
* *

Una tarde me senté sobre la borda de la obra muerta, y la joven, dejando su mecedora, se me acercó y me dijo con sobresalto :

— Elija usted otro sitio más seguro para sentarse, porque en ese va con mucho peligro.

— Gracias, ¿ le intereso á usted algo ?

— Un compañero de viaje es huésped de nuestra casa, y hay que evitar todo riesgo.

— Obedeceré á usted ciegamente — le respondí — y fuí á sentarme á otro lugar en la cubierta.

De pronto, mi amigo X, joven arrogante y muy rico, hijo de acaudalado Ministro de una de las Repúblicas de la América del Sur, y al cual trataba íntima y fraternalmente, se me acercó y me dijo :

— ¿ Me servirías en algo íntimo que te pidiera ?

— Ya lo sabes : en todos los casos y en todas las cosas.

— Pues bien, escucha : vivo enamorado de la hechicera joven que acaba de hablarte ; sus ojos han llenado de luz mi corazón que latía envuelto en sombras, y la idolatro con locura.

— ¡ Hola ! ¿ y qué quieres ?

— Que puedes hacerme dichoso con sólo manifestarle de la manera que te sea posible que no hay quien ame como yo la amo.

— Pero es una comisión que podrás desempeñar tú mismo sin embajador tan torpe y tan poco á propósito.

— Nada sé decir cuando estoy en su presencia. Tú lo sabes muy bien, poseo cuantiosa fortuna ; he vivido solo, porque jamás me había enamorado ; iba á Bolivia, pero ya no iré sino á donde ella vaya ; ayú-

dame, amigo mío; háblale por mí; te lo pido en nombre de tu padre y de tu hija, tus dos grandes amores; anhelo casarme, ser dichoso, tener un hogar tranquilo y envidiado.

— El encargo es difícil, pero lo acepto, y buscaré oportunidad propicia para arreglarlo.

*
* *

Esa oportunidad no se hizo esperar mucho, pues una hora después, encontré sola á la bella desconocida y acercándome la dije:

— ¿Qué lee usted con tanta constancia, señorita?

— Novelas románticas: ayer acabé Rafael y hoy comienzo Grazziela.

— Un libro dulce.

— Y tierno y triste; yo gusto de lo triste.

— Entonces me permitirá le presente á un amigo siempre triste, con quien congeniará bien.

— ¿Quién es?

— Un joven que se sienta frente por frente de usted en el comedor y por las tardes pasea de mi brazo sobre cubierta.

— ¡Ah! ya lo conozco ¡pobrecillo! es muy simpático y está muy enamorado.

— ¿De quién? le pregunté bruscamente.

— ¡De mí! Soy mujer y traduzco las miradas de los hombres. El amigo de usted no sólo me ama con pureza, sino que lo creo capaz de hacer por mí todos los sacrificios hasta el de casarse ahora mismo.

— Eso pretende.

— Pero eso es imposible.

— ¿Es usted casada?

— No.

— ¿Ha prometido usted su mano?

— Nunca.

— ¿Ama usted á alguien?

— Sí, á mi padre; mi madre murió hace tres años y no tengo hermanos. Mi padrino es un tío anciano que me espera y vive con mi padre en Buenos Aires. Esta es mi historia.

— ¿Viaja usted sola?

— No; me acompaña una antigua criada que se ha mareado mucho y no puede salir del camarote.

— Perdóneme usted lo que le voy á decir. La suerte de mi amigo me interesa como la de un hermano, y creo que será el más dichoso de los hombres si algún día usted lo acepta como elegido de su corazón.

— Todo lo entiendo; así me lo han dicho sus miradas, pero son sueños imposibles; me interesa tanto como yo puedo interesarle, pero no hay que pensar en eso....

— No entiendo.

— Preséntemelo usted y ya hablaremos; sólo entonces entenderá lo que ahora parece un misterio.

II

La naturaleza, complaciente á veces con sus hijos, sabe cambiar con oportunidad las decoraciones de su vasto teatro, para dar mayor solemnidad á escenas íntimas que no tienen otro desenlace que las lágrimas.

El mar es como los niños y como las fieras, juega ó mata. La tarde borró sus últimas tintas en el ocaso, y surgió la luna plateando las olas tranquilas.

Mi amigo y yo conversábamos con Blanca.

— Bien, serénese usted, dijo la joven, yo sé, mejor dicho, yo adivino que usted me ama...

— Sí, con toda el alma.

— ¿Y ha pensado usted seriamente....?

— Estoy dispuesto á todo.

— Y si exigiera un sacrificio muy grande.

— Sin vacilar lo haría desde luego.

— Ha soñado usted mucho desde que me conoce; halla en mí, y no se engaña, una joven libre, honrada, capaz de hacerlo dichoso, de ser su compañera, de cultivar en un hogar la felicidad y de amarlo siempre.

— Sí, sí, en todo eso he soñado; usted me adivina y lee en el fondo de mi alma.

— Pues bien, usted ha sufrido la más honda de las desgracias.

— ¿Por qué? no entiendo.

— Porque se ha enamorado por la vez primera con el fuego intenso de un corazón que no ha pertenecido á nadie. Henchido de fe, de ilusiones, de esperanzas; es usted un creyente en la felicidad y lo respeto, lo compadezco y lo he llamado para que me escuche, no con los oídos, sino con la conciencia.

— Por piedad hable usted...

— Ha puesto usted sus ojos en una agonizante, en una moribunda, me ofrece un tálamo cuando sólo me espera un sepulcro.

— Menos entiendo, explíquese usted con franqueza.

— Mi padre me envió á París y vengo de allá, después de que el Dr. Peter me ha reconocido. ¿No mira usted mi palidez terrible, mi abatimiento constante, mis ojos que brillan mucho, mis cabellos que parecen cubiertos de polvo, mi pecho que respira fatigosamente? Sépalo usted, respiro por una pequeña porción del pulmón izquierdo; el resto se deshizo ya, y lo que me queda se desbatará antes de tres meses. ¿Podrá usted celebrar sus nupcias en el camposanto? ¿Quiere usted que me sepulten con una corona de azahares y una veste blanca que serán los gusanos los encargados de desceñirlas? Sí, amigo mío; voy á la muerte, mi padre creía que llevándome á un pueble-

cillo de mi país podría aliviarme, y el médico ordenó que me llevaran á América, el país en que está sepultada mi madre, para.... morir y reposar en el suelo que produce las flores con que jugué cuando era niña.

Morir en el extranjero es estar sin amigos ni conocidos en el panteón; en la soledad más sola que puede imaginarse, y morir en la mar es quedarse sin un tabernáculo en donde los que nos amaron depositen sus lágrimas y sus coronas de siemprevivas....

— ¿No exagera usted sus males, impresionada por el diagnóstico del sabio médico francés? le pregunté enternecido.

— De ninguna manera. He pintado á ustedes las tristes condiciciones en que me encuentro. ¿Quién aceptaría por esposa á una mujer que ya siente en sus venas el espantoso frío de la muerte? No; yo no engaño nunca; no ambiciono ceñirme el velo blanco sembrado de azahares porque sólo espero el fúnebre sudario que se adorna con el amarillo clavel de los muertos.

Sin esto, yo aseguro que habría amado y que sería capaz de hacer dichoso á usted, pobre joven. No olvide mi nombre, escríbalo en su cartera é infórmese de mí, dentro de cuatro ó cinco meses.

Mi amigo inclinó la cabeza y lloró como un niño.

Yo que entonces sentía y amaba, lloré también, sin avergonzarme de que aquella inteligente mujer viera mis ojos húmedos y enrojecidos por el sentimiento.

III

Transcurrieron algunos meses y escribí á un amigo que hoy reside en Puerto Cabello, preguntándole por la suerte de tan interesante joven y me contestó lo siguiente:

« La pobre Blanca murió hace tres semanas de una tisis galopante. Á su entierro acudió lo más selecto de esta sociedad que la estimaba por sus virtudes. Su padre, riquísimo comerciante, está como loco. »

¿Qué habrá hecho mi amigo al saber tan infausta noticia?

Desde la noche que hablamos, al fulgor de la luna, sobre la cubierta del barco, quedó muy abatido. Esa noche me dijo con amargo acento:

— ¿De qué sirven la juventud y el dinero, cuando se ama un imposible? El primer amor de mi alma se ha encontrado por altar un sepulcro.

Entre tanto Blanca, la pobre Blanca ha de haber repetido en la ausencia aquellos lindísimos versos de Miguel Sánchez Pesquera, el incomparable bardo de Cumaná:

« Cuán triste es ver pasar nuestra existencia
Como el aroma de la flor querida,
En un rayo de luz volar la esencia
Y en un golpe de tos volar la vida. »

Hay penas que no pueden medirse y el que las sufre las oculta, las niega, las domina y vive, charla y sonríe tranquilo en medio del bullicio humano, para no excitar la compasión ni la mofa.

¡Pobre Blanca! ¡Pobre amigo mío! Aquellas confidencias hechas sobre la mayor profundidad del Atlántico, en clara y apacible noche, me han dejado un imperecedero recuerdo.

¿Por qué á los seres buenos y que poseen todos los dones envidiables y apetecibles en la tierra, se les niega la entrada al templo de la felicidad?

Misterios inexcrutables son estos, y sería locura pretender descifrarlos.

CABEZAS BLANCAS

Á mi hijo.

No puedes acordarte de tu abuelo.

Cumplías tres años y yo treinta y dos cuando él cerró para siempre aquellos sus ojos serenos y expresivos, que tantas veces con una mirada me dieron una bendición ó un consejo.

Tu abuelo tenía la cabeza blanca, sus canas brillaban mucho y el cadejo que sus hijos le cortamos cuando ya estaba muerto y que hoy es nuestra más preciosa reliquia, conserva todavía aquel refulgente brillo que parecía formarle una aureola.

Cuando seas hombre verás, si Dios para velar tus pasos me conserva la vida, que ya tendré yo también esa nieve que tanto llama la atención de los niños en la cabeza de los ancianos.

Al referirme á las canas de tu abuelo, nacidas en su largo destierro, cuando nos tenía lejos y soportaba con resignación cristiana grandes penalidades en Europa, digo en unos versos que á ti y á tus hermanos he hecho aprender de memoria :

« La amarga proscripción y la tristeza
En su alma abrieron incurable herida,
Es un anciano, y lleva en su cabeza
El polvo del camino de la vida. »

Adopté este símil porque lo creí el más verdadero de cuantos pueden aplicarse á las canas.

Nacen éstas, por ley natural, cuando después de haber recorrido la senda del mundo, faltan los jugos de la vida, á tiempo que faltan al corazón las ilusiones y las alegrías.

Una cabeza blanca es para mí tan venerable, que no puedo menos, al verla, de sentir impulsos de tomarla entre mis manos y cubrirla de besos.

¿Sabes por qué, hijo mío? Porque era en mí santa costumbre besar en todas partes y cada vez que la tenía cerca, la veneranda cabeza de mi padre.

Más que su ancha frente, atraían mis labios sus canas. ¡Cuántas de ellas nacerían al calor de los pensamientos consagrados á mi porvenir, á mis combates diarios con la suerte, y últimamente á mis secretas amarguras!

*
* *

Justo era, y gratísimo, que yo ungiera con besos de amor y de veneración, aquellos blancos hilos de nieve.

Muchas veces así me curaba de mis dolencias humanas. Herido por la ingratitud, por la calumnia, por el engaño, por la envidia, ó por el odio, iba á buscar á tu abuelo, y al besar sus cabellos blancos me sentía consolado y reanimado.

Lo que en mí era negro, tomaba frente á sus cabellos blancura y brillo.

Eran hilos de nieve, y nada me ha comunicado más calor de vida que esos hilos.

Ningún otro beso se ha filtrado en ondas de santa fruición hasta el fondo de mi alma.....

La muerte desbarató aquella nieve acumulada en su cabeza por las brisas de la ancianidad y no puedo, hijo mío, conformarme con no encontrarla cuando la busco.

¡Qué amarga es la orfandad en todas las edades!

Mira siempre con amor y con veneración la cabeza de un anciano. Ha pensado mucho, se ha coronado con las agudas espinas de la experiencia y está

próxima á recostarse en una almohada blanca como ella, pero dura y fría : la losa del sepulcro.

Respeta á los ancianos ; saben mucho, sufren mucho, han perdido mucho y no esperan nada.

Sábelo y compadéceme, hijo mío ; hay noches en que surge de entre mis sueños una cabeza circundada por un brillante nimbo de blanca luz ; quiero tomarla en mis manos y coronarla con mis besos, pero se pierde en la sombra, se retira y se va.... apenas puedo enviarle mi beso etéreo, impalpable, á través de un abismo que no se mide ni se describe.

Es tu abuelo, que se asoma en mis recuerdos á mirar mis amarguras....

Pobre de mí, que aún quiero besar sus canas como en aquellos días en que, asido de mi brazo, daba sus últimos pasos sobre la tierra.

Hoy duerme el eterno sueño, pero está despierto en mi amor, en mi memoria y en mi corazón....

¡ Hijo mío ! descúbrete con devoción delante de las cabezas blancas.....

Así era la de tu abuelo ; así verás mi cabeza cuando seas hombre ; así será la tuya cuando yo, como aquél que me dió el sér, me ausente de tu lado para no volverte á ver nunca. Dios bendice al que respeta á los ancianos.

HOMBRE FELIZ

Mi compañero Antonio era sin duda el más inteligente y el más pobre de una de las clases de tercer año en la Escuela Preparatoria, hace mucho tiempo.

Había llegado de su Estado natal con chaquetilla y

pantalones de pana color de zorra; toscos zapatos bayos, y un sombrero de los que se ha perdido el molde y que les llamaban de panza de burro.

Era vivo como un ratón y se le parecía á ese roedor en los ojitos negros y brillantes y hasta en la particularidad de tener dos dientes que le sobresalían asomándose sobre el labio superior.

Cuando entró al dormitorio la primera noche, sin imaginarse cómo éramos los que allí vivíamos, se desnudó con recato, se arrodilló sobre el lecho y se santiguó con la unción propia de una beata octogenaria.

Esto provocó una carcajada ruidosa y el *chango*, y el *coyote* y *el chacuis*, lo aplaudieron cuando terminó el rezo, causándole un rubor y una turbación indescriptibles.

El pobre Antonio se acostó, escondió la cabeza entre las sábanas y antes de diez minutos recibió una tunda espantosa, aquella que se llama *capote*, porque la daban los colegiales con los capotes, los *plaids* y los cobertores, hasta dejar aturdida á la víctima.

Recibió sin chistar una palabra todos los golpes hasta que alguien gritó : vamos á arrancarle el rosario.

— No hay necesidad — dijo — yo se lo daré, pero no me maten.

— Puesto que se da, déjenlo y que lo entregue.

Se sentó el pobrecito en la cama, se sacó del cuello un rosario de cuentas guindas, le arrancó una medalla que escondió en la mano y entregó lo demás al primero que halló más cerca.

— No, no — gritaron muchos — que entregue lo que ha escondido.

— Que lo entregue.

Y capotazo por aquí, capotazo por allá, volvieron á postrarlo á golpes sobre el lecho.

Él soportó boca abajo aquella nueva tunda y por fin se irguió hecho un energúmeno y dijo :

— Vengo de muy lejos, más de trescientas leguas de distancia y esta medalla con la Virgen de Guadalupe me la dió mi madre para que en su nombre me cuidara en la ausencia; si ustedes tienen madre y la quieren y la extrañan, déjenme esto, pensando en ella.....

Los estudiantes se miraron unos á otros y el *chango* dijo : que la guarde y el rosario también ; son prendas sagradas ; pero que no vuelva á rezar en voz alta.

Aprobada aquella moción, como diría un parlamentario, Antonio se quedó quieto como cadáver y á la mañana siguiente bajó muy curtido entre todos á tomar el desayuno.

Le tocó sentarse juntó á mí, que he sido desde niño muy amigo de los infortunados. Hablamos de los sucesos de la noche anterior y acabó diciéndome :

— Figúrate, soy hijo único, perdí á mi padre, porque lo fusilaron por causas políticas ; mi madre es muy piadosa y sólo porque el Gobierno del Estado me dió una beca para venir á México á hacer mi carrera consintió en mi separación ; pero ella me dió esta medalla y me dijo : guárdala, hijo mío, rézale, confía en ella y tráemela cuando ya seas médico.

— ¿Hasta entonces ? — le pregunté interesado.

— Claro. Un viaje á mi tierra cuesta muchísimo dinero y yo no puedo ir, ni mi madre podrá venir antes. Y esta medalla, — agregó enseñándomela — ungida con los besos de mi madre y mojada con sus lágrimas, me la querían arrebatar ; primero les hubiera dejado la vida.

Fuimos desde ese día muy buenos amigos y yo le llamaba *Toño* con una confianza fraternal. ¡ Pobrecito ! Cada año al llegar los exámenes velaba desde el mes de Julio y nunca empezaba sus estudios sin rezarle algo á su medallita, pensando en su ausente é idolatrada madre.

Todos llegamos á respetarle su culto de tal manera,

que si al llegar al salón donde velábamos, veíamos á *Toño* cabizbajo y mudo, suprimíamos las palabras duras y guardábamos silencio hasta que él levantaba la cabeza como diciendo : he concluído.

Aquel estudiante se fué civilizando en todo, en el vestir, en el hablar, en sus maneras, en sus costumbres, pero hay que confesarlo : el progreso no mató su fe primitiva, y el día en que concluyó los cinco años preparatorios me dijo :

— Ya voy á pasar á la Escuela de Medicina y ya le llevé á la Virgen á su Santuario del Tepeyac, una coronita de plata. ¡Ah! si pudiera hacerla de oro con brillantes el día que llegue á médico!

Corrieron los años ; colgué los hábitos buscando otra senda más corta para ganar algo práctico y cuando ya era un gacetillero de periódico diario, recibí la visita de mi amigo.

— Vengo á verte para que anuncies que me he recibido de médico; mi pobre madre se pondrá muy contenta si ve mi nombre en letras de molde. Te traigo un ejemplar de mi tesis ; guárdalo como recuerdo de nuestro antiguo cariño.

— ¿Y tu medalla aquella? le pregunté con curiosidad.

— Mírala, aquí la traigo, se la voy á devolver á mi madrecita envuelta en mi título de médico y cirujano de la facultad de México. ¡Ah! si yo pudiera le daría á esta Virgen una gran corona de oro y brillantes. Ya le mandé hacer una chiquita para dejársela entre los muchos milagros que tiene en su Santuario.

Se fué Antonio, á quien le puse un párrafo encomiástico y candente de cariño y no volví á verlo en muchos años, aunque sabía que era uno de los médicos de mayor clientela en la capital de su Estado.

Hace muy pocos días, el 10 del actual Octubre, iba yo distraído por la calle, cuando oí que me gritaba por mi nombre una voz conocida.

Volví los ojos y me encontré en la acera de enfrente á un caballero elegante, de bigote cano, llevando del brazo á una viejecita y custodiando con ella á una señora con tres chiquillos.

— Antonio, ¿eres tú?

— Yo soy, hermano mío.

— Qué fortuna la de verte por aquí.

— Ya lo creo, estamos muy lejos el uno del otro: dos días y una noche de ferrocarril; te presento á mi madre, mírala, todavía está fuerte, te presento á mi señora y á mis hijos.

Después de los saludos y los cumplidos de ordenanza, Antonio agregó:

— Enséñale, madrecita, lo que traes como mejor joya.

— La medallita que hizo médico á mi hijo, señor, y me ha traído para que demos las gracias á nuestra Santísima Madre de Guadalupe el día de su coronación.

— Figúrate, agregó Toño, que voy á ponerle la corona de oro y brillantes que yo soñé en darle el día de mi recepción.

— Pobre Toño, tú eres el mismo, le dije abrazándolo y mirándolo con envidia tan feliz con su madre y con sus hijos.

Cuando se retiró me quedé mirándolo y diciendo en mi interior:

— Sin duda que éste es el mejor y más simpático de los peregrinos.

Una fe así, es envidiable cuando en el enfermo corazón apenas entra un rayo de esperanza.

FOTOGRAFÍAS INSTANTÁNEAS

CHICHO

Don Fulgencio era un hombre muy rico, como que había heredado la inmensa fortuna de sus padres, que fueron siempre usureros sin pararse nunca en pelillos para agobiar con todo el rigor de la ley á los que no le pagaban.

Me acuerdo que oí decir cuando era yo niño que aquella, fortuna como la de algún abogado provinciano que conozco ahora representaba muchas desgracias, pues se había amasado con lágrimas de los infelices.

Don Fulgencio se casó con una de las más elegantes jóvenes de nuestra sociedad, porque sabido es que entre los ricos cada matrimonio es una fusión de capitales y no una alianza de corazones.

La casa de los desposados era un verdadero palacio. Escaleras y corredores de mármol, con macetas que contenían plantas exquisitas, mirándose desde el plátano de Madagascar hasta el humilde helecho y la popular margarita; salones y alcobas con alfombras de Bruselas y cortinajes de seda persa; vajilla de Sévres con el monograma de la señora en cada pieza; armarios con lunas de Venecia y camas que por su estructura recordaban las de Versalles ó Fontainebleau.

En el patio veíanse á todas horas dos ó tres carruajes de gran lujo con sus inmensos caballos normandos, piafando impacientes por hacer resonar sus herraduras en las principales avenidas de México.

En tan elegante casa tuvo aquel matrimonio opulento su primer vástago, á quien desde el primer día

envolvieron en riquísimos encajes de Valenciennes y le llamaron cariñosamente : *Chicho.*

*
* *

Aquel niño creció con más cuidados que una flor de estufa. Le pusieron nodriza para que su mamá no desmejorase con la crianza ; le cuidaban el sueño regando arena en el patio para que no se oyera el ruido de los carruajes ; tenía una criada especial para que levantara lo que se le caía de las manecitas, y sus juguetes representaban un capital capaz de hacer dichoso al más ambicioso comerciante de la clase media.

Chicho no salía de la alcoba antes de las diez de la mañana ; lo llevaban en el coche dentro de cristales á dar una vuelta por la Alameda ; á la hora de comer, cuando fué ya grandecito, un reputado maestro de piano lo entretenía tocando para que estuviera de buen humor, antes de las seis de la tarde lo encerraban, divirtiéndolo con un pequeño teatro de títeres hasta que se dormía, y en la noche tres sirvientes se turnaban velando para cuidar su sueño ó satisfacer sus caprichos.

Don Fulgencio y su señora no eran capaces de dar á un pobre un centavo, pero protegían algunas iglesias, daban pensiones á algunas comunidades religiosas y socorrían á dos ó tres pintores, mandándoles hacer cuadros sagrados para los templos de mayor renombre.

*
* *

Creció Chicho y por el miedo de que no se corrompiera con las malas compañías, nunca le mandaron á la escuela, pero le pusieron un maestro que iba á darle cátedra á su casa.

¿Qué le enseñaba? nadie lo sabe.

Sus padres cuidaron que desde muy niño lo llevara el cochero en el pescante, enseñándole á manejar las riendas; y en consecuencia, antes de cumplir diez y seis años, ya llevaba él sólo su carruaje por esas calles de la ciudad, llenas entonces de hoyancos y promontorios.

Chicho no tenía amigos, porque el director espiritual de sus padres había prohibido que le pusieran en comunicación con las gentes, y hasta en las mayores solemnidades de su vida, como el día en que hizo su primera comunión, no le acompañaron más que sus progenitores y los viejos criados de la casa.

Cuando Chicho cumplió los veintiún años, entró de socio en la Cofradía de San Luis Gonzaga, porque su padre juzgó prudente que empezara á mezclarse en los asuntos de la vida pública.

Recuerdo todavía el aspecto de aquel joven; era alto, flaco, descolorido, de grandes ojos, con marcada expresión de tristeza, su cabello fino y espeso caía en dos gajos sobre sus sienes; vestía correctamente; hablaba poco y sus maneras revelaban, desde luego, que había sido educado con el estricto rigor que caracterizaba á los señorones de otros tiempos.

Á Chicho le ruborizaba estrechar la mano de una doncella de diez y seis años; desconocía el baile; no sabía conversar en estrado; nunca había tenido una novia, y la vez en que inocentemente dijo á su padre que le gustaban los ojos de su prima Lola, le ordenaron que se confesara y comulgara, y que nunca volviera á hablar ni á pensar en eso.

*
* *

El día menos pensado murió el padre de Chicho y éste heredó su inmensa fortuna.

Como un río impetuoso contenido por un dique se

desborda cuando logra romper el obstáculo, aquel joven, al mirarse dueño de caudal tan grande, dió rienda suelta á sus pasiones y asombró con sus actos á nuestra sociedad timorata.

Todos los días se le miraba con distinto traje, remudando carruajes y troncos de caballos.

Nadie llevaba con mayor soltura las riendas de los frisones, y ninguno tenía en su derredor tantos amigos encopetados que le adulaban de día y de noche.

En las carreras, en los cafés, en los tívolis, en los casinos y en los salones más aristocráticos, Chicho era el número uno y el árbitro de la situación, el dueño de los triunfos y de los aplausos.

Amigo de las *cortesanas* más notables, las regalaba con cenas, con trajes, con joyas, y puede asegurarse que ni el sultán más sibarita ha tenido nunca más brillante cortejo de favoritas.

Chicho tuteaba á las jóvenes más elegantes y á las hetairas más codiciadas.

Suyas eran las más grandes apuestas sobre el tapete verde y suyas también las más refinadas caricias que en el mercado del amor se venden.

*
* *

La madre de Chicho murió un año después y entonces el acaudalado huérfano dió más impulso á sus tendencias.

El bacarat, el poker y el paco, mermaron en breve tiempo su fortuna; sus amigos de los casinos le fueron abandonando poco á poco; perdió en un as de oros su casa paterna; vendió los carruajes, hipotecó la hacienda, y en menos de tres años se quedó sin caudal y sin reputación en la sociedad y en la plaza.

Recurrió primero á pedir algo á sus antiguos camaradas, pero éstos se cansaron pronto y trató entonces de buscar trabajo. La verdad es que no sabía otra cosa

que conducir un tiro de frisones, y para cochero tenía el inconveniente de haber nacido entre encajes de Valencienes.

Sin ropa, más tarde sin pan y sin asilo, sufrió la humillación de ser socorrido por alguna de las cortesanas que más le amenguaron su fortuna, y al último, enfermo de unos reumas articulares que no le permitían mover los miembros, solicitó y obtuvo una cama en un hospital de la beneficencia.

*
* *

Lo que moralmente sufrió aquel hombre, no puede describirse. Acostumbrado en sus mocedades á despreciar el plato de Sévres en que le servían espárragos ó trufas, aceptaba ahora sin remilgos la cacerola de peltre llena de un caldo viscoso, en que se deshacían algunos mendrugos de pan ó nadaban algunas hojas de repollo.

El que se arropaba bajo el techo paterno con finísimas colchas de seda, cubriéndose los pies con el costoso *edredón de duvet*, en lujoso catre de latón repujado, yacía ahora en tosco catre de fierro, sobre colchón de borra, con sábanas de manta y el cobertor gris de los enfermos insolventes.

¡ Cómo extrañaba sus antiguas pompas, y en cada noche lamentaba llorando el no haber aprendido algo de trabajo ó de ciencia, que lo libertara de la miseria y del abandono !

Alguna vez cuando ningún enfermero acudía al reclamo de sus quejas, reprochó á sus padres el profundo consentimiento con que lo habían criado, y llegó á pensar esto :

— Más me hubiera valido ser hijo de un albañil que del acaudalado Don Fulgencio.

La enfermedad fué agravándose y cuando el reuma

afectó el gran simpático, Chicho exhaló el último aliento.

No hubo quien reclamara su cadáver, así es que fué impíamente descuartizado en la plancha del anfiteatro, y por una extraña ironía de la fortuna, cuando lo llevaban á la fosa común en el carro de los muertos, detuvo el paso de este carro en la esquina de una de las calles de la ciudad, un lujoso landó, cuyos frisones encabritados, no querían continuar la marcha.

¡Parece mentira! era el último carruaje que Chicho había perdido en un albur y que usaba todavía uno de sus compañeros de casino.

Sic transit gloria mundi.

CON VEINTE REALES

No habían sonado las ocho de la mañana, cuando un par de agudos campanillazos, en mi casita de Madrid, me anunció una visita.

¿Quién llegará á estas horas? de seguro que no conoce ni por el forro las costumbres de la coronada Villa. ¡Visitar tan de mañana! Ni los médicos serían capaces de hacerlo en la culta capital de España.

— Señorito, señorito, dijo el criado en la puerta de mi alcoba, un paisano de vd. desea hablarle.

— ¡Me lo figuraba! paisano mío, acostumbrado á la vida de América, á levántarse temprano, á meterse en la cama á buena hora, á comer con método y no con hambre, á visitar á sus íntimos cuando le pega la gana, sin consultar el reloj, ni las conveniencias.

— Que pase y me espere en la sala, contesté bos-

tezando y sintiendo caer como si fueran de plomo, mis párpados enrojecidos por tantas sabrosas vigilias.

Oí sobre la estera del pasillo la marcha ceremoniosa del recién llegado; crujió la puerta de la pequeña sala y á poco el criado volvió y me dijo:

— Ya le dejé esperando, señorito. Cerré los ojos y me dormí de nuevo, arrullado por un rumor de notas de wals y de rigodón recogidas algunos minutos antes de que el sol dorase las frondosas arboledas del Retiro.

Me dormí profundamente y abrí los ojos, cuando en la torre vecina daban las once.

Florencio, Florencio, grité con todas las fuerzas de mis pulmones.

— Señorito.....

— ¿Tú me dijiste algo de una visita que había llegado, ó lo he soñado?

— Sí, señorito, un paisano de usted le espera en la sala.

— Hombre, y yo me dormí.

— La visita se ha dormido también; está roncando en el sofá, muy tranquilo.

— ¡Ah! pues déjalo y dame mi ropa.

La *toilette* fué lenta y cerca de las doce me presenté delante del desconocido, á quien tuve que despertar tocándole un hombro:

— Señor Don Juan, me dijo, estoy tan cansado que me dormí; llegué anoche á Madrid, usted no me conoce; soy Fulano, allegado del General X y muy amigo de Z, á quien vengo á buscar en esta ciudad.

— ¿De dónde viene usted, caballero?

— Pues de México vine á Veracruz y de Veracruz á Madrid, y he hecho toda la travesía con veinte reales.

— ¿Con veinte reales?

— Sí, señor, reales mexicanos; con dos pesos y un

tostón, que aún los traigo en la bolsa, véalos usted.

— ¿Entonces ha hecho gratis el viaje?

— Exactamente. Me encontré en Veracruz á un catalán muy simpático, capitán de un barco de vela en que iba á traer carga para Santander y le dije que en Madrid tenía yo un amigo:

— Pues si quiere usted verlo, yo me lo llevaré en mi buque.

— Vamos, le respondí; y al día siguiente me embarqué; hicimos dos meses y medio de travesía, sufriendo algunas tempestades y calmas que nos desesperaron, hasta que por fin puse mis pies en tierra española y me despedí de tan generoso amigo.

— ¿Y de Santander á Madrid, cómo ha venido usted?

— Á pie y andando.

— ¡Bárbaro!

— He tardado diez días y vea usted, se me acabaron los zapatos.

— Ya lo creo, contesté mirando les pies de mi paisano, á mí se me habría acabado hasta la manera de ponérmelos.

— Pues sí, como le decía; me vine á pie y en las noches me quedaba en pobres casuchas ó en buenos hoteles de las ciudades más importantes, pero siempre advirtiéndoles que era mexicano, que viajaba á pie por suma pobreza y que demandaba hospitalidad gratuita. Y son muy buenas gentes; en ninguna parte me ha faltado pan y abrigo y en Torrelavega me quedé á descansar dos días y me encontré personas que me habrían dado un billete de tercera para el ferrocarril pero no lo acepté....

— Pues era buena oportunidad.

— Sí, pero me propuse llegar á pie á Madrid y aquí me tiene usted, con los mismos veinte reales con que salí de Veracruz.

— ¿Y cómo ha sabido usted mi domicilio?

— Lo pregunté por todas partes y deseo que vd. me presente con el General Corona.

— Claro; ahora mismo; es vd. un viajero extraordinario; y nadie ha hecho cosa igual, aplaudo su extravagancia y admiro su tacto; su tino, su fortuna, para haber conservado el dinero mexicano.

*
* *

El hombre aquel era joven, de brillantes y expresivos ojos, de tez pálida, algo escaso de cabello, de barba rubia y bigote largo y sedoso.

Su sombrero, su traje, su calzado, estaban en ruina después de tantas fatigas, pero su carácter era franco y animado como si viviera en plena riqueza y cercado de venturas.

Había, sin embargo, un tinte de melancólica tristeza en su mirada, acaso la ausencia de la Patria y el temor de no volver á verla.... ¡quién lo sabe!

Lo presenté al General Corona y al Doctor Hijar y Haro, que lo recibieron con sorpresa y con interés.

Se albergó en una casa de huéspedes; allí fué víctima de una neuralgia cefálica que lo hizo sufrir muchas semanas y después conoció algo de la Corte, asistió á dos ó tres corridas de toros, vió de cerca al Rey Alfonso un sábado en que el monarca iba á Atocha; le tocó escuchar á Castelar y á Cánovas; no entendió una conversación de Frascuelo y colegas en el café Imperial; tomó café con tostada, horchata de chufas, callos, caracoles, calamares y.... cañamones.

*
* *

Después, aquel bondadoso é inolvidable General Corona, lo envió á México por cordillera, es decir, se lo remitió á nuestro cónsul en Santander, para que éste se lo enviara á nuestro cónsul en la Habana y

éste al comandante militar de Veracruz, que á su vez lo remitiera á su familia.

Y así volvió á México aquel extravagante paisano mío, que en cuanto llegó al seno de su hogar me escribió una carta en la cual me dijo :

— Todavía tengo en el bolsillo los dos pesos y el tostón que enseñé á usted en su casa cuando me dormí de cansancio en la sala...

Y ahora, lo encuentro muy seguido por estas calles, lo miro con gusto y con asombro, y me repite el recuerdo aquellas palabras que me impresionaron al conocerlo.....

— « Con veinte reales. » Y si ustedes conocen otro que haya hecho lo mismo, preséntenmelo, porque de éstos así no caen dos en libra.

UNA MEXICANA EN PARÍS

Al obscurecer de una tarde de Mayo, volvía yo con un amigo, sentado en la imperial de un ómnibus, del cementerio del Père Lachaise al centro de París.

Comenzaban á encenderse las linternas que decoraban las calles del barrio y no recuerdo si al salir de la Villette, mi amigo contemplando una calleja en cuyas puertas vendían algo de comer, me dijo con entusiasmo :

— Mira cómo se parece aquella calle á las de San Juan de México.

El amor á la patria obliga en tierra extraña á encontrar en todo alguna semejanza con algo de la ciudad en que se ha nacido y acaso yo pequé imagi-

nándome alguna vez que la *rue Royal* le daba cierto aire á la calle de Plateros y que los árboles de los Campos Elíseos se parecían á los de la Alameda.

— En efecto — le respondía — algo hay de aquellas calles en que se venden muchos antojos á estas horas.

El cochero del ómnibus volvió la cara hacia nosotros; una cara en que descollaba redonda y tosca la nariz enrojecida por el ajenjo; nos miró con fijeza y agregó bruscamente :

— Esa calle se parece más á la del Hospital Real, donde está la imprenta del *Siglo XIX*.

Mi amigo y yo nos cambiamos una mirada de alegría, como diciéndonos : éste conoce nuestra tierra.

Le interrogamos y nos contestó que había estado en México en tiempo de la invasión francesa, que perteneció al cuerpo de Cazadores de Vincennes, que cumplió sus años de servicio, que le gustaron mucho nuestras costumbres, que había sanado de una antigua dispepsia con el uso del pulque y terminó diciéndonos :

Yo me traje de vuestra tierra dos cosas muy buenas que todavía viven conmigo : una mujer y un loro verde con cabeza amarilla :

— ¡Ah! ¿está usted casado con mexicana?

— Sí, señores; con una india de cerca de Cuautitlán, que ya se viste á la francesa, que tiene tres niños rubios que son mi encanto y que me obligan á pasarme las horas sobre este pescante para mantenerlos. Si ustedes no se desdeñaran de visitar algún día á la pobre mexicana, mujer de un cochero, su casa está en tal parte y la honrarían y alegrarían con su visita.

— Gracias, anúnciele usted que iremos mañana.

Y cumplimos nuestra palabra al pie de la letra. Mi amigo y yo subimos muchas escaleras y en un sexto

piso encontramos á madame Berny, antes Camila Linas, oriunda del Estado de México y madre de tres chiquillos rollizos y mofletudos.

¡Con qué satisfacción tan grande nos recibió en su pequeña y limpia vivienda!

Me acuerdo de ella como si la estuviera mirando.

Cabellos y ojos muy negros, la tez trigueña, boca que deslumbraba por lo blanco y parejo de la dentadura; manos y pies diminutos; vestida con un traje de obrera parisiense; hablando bien el francès y mal el español, porque usaba todos los modismos y todos los disparates del pueblo bajo, que á nosotros nos sonaban allí como himno nacional y queríamos aplaudírselos.

Nos enseñó el loro que había ido á Europa en el hombro del antiguo cazador de Vincennes: nos mostró entre los útites de su batería de cocina, un *metate*, un *molcajete*, un *comal* y un *tejolote*.

Nos hizo comer tamales que había preparado desde la víspera y nos patentizó la fusión franco-mexicana cuando uno de sus chicuelos le gritó: mamá *venez-ici* y ella le respondió con la mayor naturalidad del mundo:

— Espérame tantito.

Le brillaban los ojos de alegría, al recordar sus magueyes, sus tlachiqueros, la cocina de humo, el árbol de capulin que da sombra al corral de su casa nativa, y expresó en su semblante el dolor más intenso y la tristeza más profunda cuando mi amigo le preguntó:

— ¿Camila, tiene usted ganas de volver á México?....

— Sí, respondió suspirando; pero eso no será nunca. Mis hijos son de aquí, y aquí nos moriremos todos.

— ¿Se acuerda usted mucho de nuestra tierra?

— Mucho, mucho. Mis hijitos saben querer á

México. Ahora verán ustedes. Pierre.... Pierre. Ven acá pronto.

Se presentó un chiquillo como de nueve años, engullendo un gran trozo de pan con mantequilla.

— Dí á los señores á quién le rezas de noche para que te haga bueno.

— Á la Virgen de Guadalupe.

— Bueno, ¿y cómo se llaman esas rueditas blancas que hago en el metate?

— Tortillas.

— ¿Y qué te doy de desayunar cuando te portas bien?

— Atole de leche.

— ¿Ven ustedes cómo conoce mucho de allá?

Nosotros teníamos las lágrimas en los ojos, y cuando nos despedimos, mi amigo, inspirado por una idea, le dijo al chico :

— Te voy á hacer un regalo que va á encantar á tu mamá, toma....

Y sacó de la bolsa una cajita de música. No hizo el chico más que darle dos vueltas al pequeño manubrio, y Camila se puso á llorar á lágrima viva.

Y había razón; era una cajita que mi amigo mandó hacer en Ginebra y que no tenía más que una pieza : el himno nacional mexicano.

— Señor : dijo la india, hacía muchísimos años que no había vuelto á oír esa música tan linda que me sacude el alma. Y sollozaba con angustia.

Al salir de la casa, Camila nos vió con gratitud y con dolor, pues le parecía que con nosotros se iba para siempre la personificación y la voz de una patria á la que no volvería nunca.

Lunes 18 de Julio de 1898.

MANUEL ACUÑA

Todo se va, todo se muere. Á medida que se avanza en el camino del mundo, se van dejando pedazos del corazón sobre la fosa de cada uno de los seres queridos que nos abandonan para siempre.

Hoy es un triste aniversario para las letras nacionales : hace veinticuatro años — ¡ parece que fué ayer ! — que el poeta más inspirado de la generación de entonces, puso fin á sus días, cegado por no sabemos qué internas y pavorosas sombras.

Vivíamos él y yo tan ligados, fuímos tan íntimos amigos, que puedo asegurar, sin jactancia, que pocos le estudiaron como yo, tan de cerca, por lo cual juzgo un deber narrar algo sobre su vida y su muerte, en esta tristísima fecha, no sólo porque á través de los años se ha adulterado su historia, sino también porque muchos se interesan cuando leen sus versos, en saber, con toda la verdad posible, cómo era, cómo vivió y cómo murió el infortunado poeta.

Así es que, refundiendo antiguos apuntamientos, enlazando recuerdos que todavía están frescos en mi memoria, y juzgando con mayor experiencia lo que en aquella época no pude apreciar, encuentro ocasión oportuna para escribir un artículo en que han de campear la verdad y la justicia.

*
* *

Manuel Acuña nació en el Saltillo, capital del Estado de Coahuila, el año 1849, y vino de catorce años, ó poco menos, á esta ciudad de México, entrando

como alummo interno en el colegio de San Ildefonso. Hace él tiernísinia referencia á su salida de la tierra en que nació, en la composición « Lágrimas » dedicada á la muerte de su padre :

" Sus brazos me estrecharon
Y después á los pálidos reflejos
Del sol que en el crepúsculo se hundía,
Sólo vi una ciudad que se perdía
Con mi cuna y mis padres á lo lejos. "

Cursó con notorio talento los años de latinidad, matemáticas y filosofía y pasó á esa histórica Encuela de Medicina, de donde han salido tantas lumbreras de las letras y de las ciencias.

Lo recuerdo como si lo viera en la víspera de su fin trágico. Delgado de contextura, con la frente limpia y tersa, sobre la cual se alzaba rebelde el obscuro cabello echado hacia atrás y que parecía no tener otro peine que la mano indolente que solía mesarlo; cejas arqueadas, espesas y negras; ojos grandes y salientes como si se escaparan de las órbitas; nariz pequeña y afilada; boca chica, de labio inferior grueso y caído, ornada por un bigote recortado en los extremos; barba aguzada y con hoyuelos; siempre vestido con levita obscura de largos faldones, rápido en el andar y algo dificultoso en su palabra.

Triste en el fondo, pero jovial y punzante en sus frases, sensible como un niño y leal como un caballero antiguo, le atormentaban los dolores ajenos y nadie era más activo que él para visitar y atender al amigo enfermo y pobre.

Vivía en el corredor bajo del segundo patio de la Escuela de Medicina, en el cuarto núm. 13, el mismo cuarto que ocupó Juan Díaz Covarrubias y del cual salió para ser infamemente fusilado en Tacubaya el 11 de Abril de 1859. — Acuña tenía siempre en su

derredor un cortejo de amigos que lo amábamos sin doblez, sin rencillas, sin envidia de su genio, sin censurar sus extravagancias, evitándole toda clase de disgustos y siendo los primeros en aplaudir sus obras. De este cortejo, han muerto Agustín F. Cuenca, Gerardo M. Silva, y viven Javier Santa María, Juan B. Garza, Gregorio Oribe, Francisco Ortiz, Miguel Portillo, Antonio Cuéllar y Argomaniz, Juan de Dios Villalón y Vicente Morales que ha sido Secretario de nuestras Legaciones en Washington y en Italia.

Nosotros habíamos presenciado de cerca los trabajos de aquel adolescente sublime; con las lágrimas en los ojos le vimos salir á la escena en medio de aplausos atronadores, conducido por el eminente José Valero y por Salvadora Cairón, en la noche del estreno de su drama *El Pasado;* temblando de gozo, le admiramos cuando hizo en unos funerales, estremecerse á los viejos y sabios maestros diciendo:

« La muerte no es la nada
Sino para la chispa transitoria
Cuya luz ignorada
Pasa sin alcanzar una mirada
De la pupila augusta de la historia. »

Ó cuando en su brindis titulado: « Un rasgo de buen humor » hizo que le miraran, sonriendo aquelos sabios severos que se llamaron Río de la Loza, Vertiz y Barreda.

Nosotros recogíamos con cuidado fraternal cada periódico en que aparecían sus versos, guardábamos llos párrafos en que lo elogiaban, y nos sentíamos felices con mirarlo recibir cartas de su hogar lejano, y después de leerlas, besar la firma de su madre, diciendo: « ¡Hace muchos años que no la veo! ¡Pobrecita! Ya sólo me conoce en retrato. »

Esa ausencia lo mataba. Leed su poesía « Entonces y hoy, » escrita con las lágrimas más tiernas del fondo de su pecho y veréis que es una verdad la que os digo.

El viernes 5 de Diciembre de 1873, anduvimos juntos desde la mañana y nos fuimos por la tarde á la Alameda. El viento arrancaba las hojas amarillentas de los fresnos y de los chopos, que al caer bajo los pies del poeta atraían sus miradas de tristeza.

« Mira — me dijo mostrándome una de esas hojas que aún guardo seca por haber señalado con ella un capítulo del libro que leíamos aquella tarde ; — « Les feuilles d'Automne » de Victor Hugo — mira : una ráfaga helada la arrebató del tronco antes de tiempo !

Allí me recitó la poesía. « El Génesis de mi vida » que alguien extrajo de sus papeles el día de su muerte. Era una poesía lindísima, de la cual vagamente recuerdo uno que otro verso. Ya sentados en una banca de piedra me dijo : « Escribe », y me dictó el soneto : « Á un arroyo » poniéndome después de su puño y letra una cariñosa dedicatoria. Este soneto es el último que escribió ; muchos creen que el « Nocturno » es su obra postrera, pero sus amigos nos sabíamos de memoria esos versos, desde tres meses antes de aquel día á que me refiero.

Á propósito del « Nocturno » haré una digresión interesante. Una mañana, estando en el Saltillo, salimos muy temprano Jesús M. Rábago y yo, pues íbamos de expedición fuera de la ciudad. La parroquia da su espalda al Oriente, así es que el sol se alzaba de trás de la torre y enfrente, rumbo al Ocaso, se extiende una calle en que Acuña vivió cuando era niño. Al fijarse en esto me dijo Rábago : Vea usted cómo es verdad aquello de :

« El sol de la mañana
detrás del campanario

y abierta allá lo lejos
la puerta del hogar. »

Pero reanudemos el hilo de los acontecimientos.

Abandonamos la Alameda á la hora del crepúsculo, lo dejé en la puerta de una casa de la calle de Santa Isabel y me dijo al despedirnos :

— Mañana, á la una en punto, te espero sin falta.

— ¿En punto? — le pregunté.

— Si tardas un minuto más...

— ¿Qué me sucederá?

— Que me iré sin verte.

— ¿Te irás adónde?

— Estoy de viaje.... sí... de viaje.... lo sabrás después.

Estas últimas palabras cayeron sobre mi alma como gotas de fuego. Quise preguntarle más : pero él se metió en aquella casa y yo me fuí triste y malhumorado, como si hubiera recibido una noticia infausta.

Yo sólo sabía que aquel gigantesco espíritu estaba enfermo y tenía una crisis.

Acuña llegó algo tarde á la Escuela en aquella noche ; rompió y quemó muchos papeles que tenía guardados ; escribió varias cartas listadas de negro, una para su ausente madre, otra para Antonio Cuéllar, otra para Gerardo Silva y dos para unas amigas íntimas. Dicen que al día siguiente se levantó tarde, arregló su habitación, se fué después al baño, volvió á su cuarto á las doce, y sin duda en esos momentos, con mano segura y firme escribió las siguientes líneas :

« Lo de menos era entrar en detalles sobre la causa de mi muerte, pero no creo que le importe á ninguno ; basta con saber que nadie más que yo mismo es culpable. — Diciembre 6 de 1873. — Manuel Acuña. »

Salió después á los corredores, estuvo conversando de asuntos indiferentes, y cerca de las doce y media volvió á meterse en su cuarto.

Fácil es presumir lo que sucedió entonces. Yo llegué

á visitarlo á la una y minutos, porque un amigo me detuvo en la puerta de la Escuela. Encontré sobre la mesa de noche una bujía encendida y á Acuña tendido en su cama con la expresión natural del que duerme.

Toqué su frente, guiado por extraño presentimiento y la encontré tibia; alcé en uno de sus ojos un párpado y la exprexión de la pupila me aterró; volví entonces con sobresalto el rostro hacia la mesa de noche y me encontré en ella, junto á la vela, un vaso en que se apoyaba el papel que antes he copiado. Me incliné para leerlo y un acre olor de almendras amargas me descorrió el velo de aquel misterio.

Aturdido, loco, llamé á los entonces estudiantes hoy médicos Vargas, Villamil y Oribe, que vivían en el cuarto de junto. Oribe se precipitó sobre el cadáver, queriendo volverlo á la vida y le hizo una insuflación de boca á boca, á tiempo que Vargas movía el tórax para producir la respiración artificial.

Todo fué en vano. Oribe cayó presa de un vértigo, intoxicado por el olor del cianuro, pues Acuña había apurado cerca de dos dracmas de esta substancia.

La fatal noticia circuló instantáneamente en la Escuela. El prefecto del establecimiento, el sabio y caballeroso Dr. Manuel Domínguez, los médicos y los alumnos que á esa hora estaban allí, acudieron al lugar del siniestro y rivalizaron en empeño y actividad, para tratar de devolverle la vida ¡la vida que una hora antes le había abandonado!

Llegó á pocos momentos mi amigo Francisco Sosa, y á las cuatro de la tarde el Sr. Gaxiola, Juez en turno que dictó las medidas oportunas, concediendo que fuera en la Escuela de Medicina y no en el Hospital de San Pablo donde se hiciera la autopsia del cadáver.

Los miembros todos de la « Bohemia literaria, » visitaron por la tarde al poeta muerto, que al anochecer fué colocado en la ex-capilla de la Escuela.

Alejandro Casarín, acompañado del inolvidable Alamilla, sacó en yeso blando la mascarilla del rostro, para hacer un busto y trazó á lápiz un magnífico retrato.

El cadáver estuvo constantemente velado por los alumnos de la Escuela, quienes lo inyectaron á todo costo y con todas las reglas de la ciencia.

El miércoles, diez, fué el entierro, que tuvo una pompa y una majestad inusitadas. Á las nueve de la mañana, un inmenso gentío llenaba la Plazuela de Santo Domingo, en tanto que en el interior de la Escuela de Medicina, se agrupaban los representantes de las sociedades científicas, literarias y de obreros.

Los hombres más notables, los profesores más distinguidos, estaban allí dispuestos á acompañar al infortunado soñador de veinticuatro años. El gran Ignacio Ramírez había dicho al saber la muerte de Acuña : « Es una estrella que se apaga. » Altamirano que lo distinguía y mimaba como á un hijo, habíase sentido enfermo de pesar, con la triste noticia, y el sabio Río de la Loza, á pesar de sus arraigadas convicciones religiosas, ordenó, como Director de la Escuela, que no se omitieran gastos para enterrar á Acuña como lo exigía su talento.

Para no mutilar aquel cadáver querido, se extrajo del estómago el veneno con una bomba exofagiana, y después lo inyectaron cuidadosamente los más inteligentes alumnos. Durante el tiempo que estuvo tendido y expuesto al público en la ex-capilla de la Escuela, se recibieron multitud de coronas y de ramilletes, remitidos por corporaciones y admiradore particulares. Sea por el efecto del embalsamamientos sea porque los tejidos se estrecharon por la rigidez, el hecho es que de los cerrados ojos del poeta estuvieron brotando lágrimas constantemente : lloraba, como lo había dicho en una estrofa :

« ¡Cómo deben llorar en la última hora
Los inmóviles párpados de un muerto! »

Á las diez los amigos íntimos de Acuña cargamos en hombros su cadáver y salimos de la Escuela en medio de un silencio y de una consternación profunda.

Detrás de nosotros iban los comisionados de las Sociedades Literarias, presidiendo las del « Liceo Hidalgo, » la « Concordia, » y el « Porvenir, » de las científicas, presididas por la de Geografía y Estadística y la Filoiátrica, una Diputación del Gran Círculo de Obreros y después todos los invitados. Por detrás iba el carro fúnebre más elegante de la capital, llevando en su remate una lira de oro con las cuerdas rotas y sobre ella la corona alcanzada por el poeta en el estreno de su drama.

En pos del carro fúnebre iban más de cien carruajes particulares.

El cortejo recorrió las calles de la Cerca de Santo Domingo, Esclavo, Manrique, San José el Real, San Francisco, San Juan de Letrán y Hospital Real, continuando en línea recta hasta el cementerio del Campo Florido.

Allí, bajo un cobertizo de madera, en donde se puso una tribuna, se le tributaron los últimos honores.

Los alumnos Manuel Rocha, Porfirio Parra y Francisco Frías y Camacho hablaron en nombre de la Sociedad Filoiátrica y Gustavo Baz, en nombre del Liceo Hidalgo. En seguida ocupó la tribuna Justo Sierra. — Acuña quería con profunda ternura á Justo, le miraba como á hermano sabio y erudito y la aparición de éste en aquellos instantes, causó inmensa sensación en todos los presentes.

Dice Franz Cosmes en una crónica de entonces, al hablar de Justo Sierra, lo siguiente :

« Sólo los que hayan oído alguna vez esa palabra

poderosa, hija de un cerebro de luz y de un corazón de fuego, podrán concebir hasta dónde se remontó esa imaginación audaz, llorando sobre el cadáver de su hermano. No era un dolor común el que expresaba, era el grito de desesperación de la humanidad, por la pérdida de uno de sus apóstoles, el sollozo trémulo de la poesía por la muerte de uno de sus hijos. »

« Él solo pudo comprender esas aspiraciones sin límites del poeta que en un mundo raquítico se ahogaba. »

En efecto, sólo Sierra condensó la vida del poeta en admirables versos, captándose la respetuosa veneración del auditorio desde que comenzó diciendo :

« Palmas, triunfos, laureles, dulce aurora
De un porvenir feliz, todo en una hora
De soledad y hastío,
Cambiaste por el triste
Derecho de morir, hermano mio! »

Hablaron después en nombre de la sociedad « El Porvenir » los señores Juan Ramírez de Arellano y Francisco de A. Lerdo; luego el inspirado José Rosas Moreno, leyó una poesía hermosísima; ocuparon la tribuna Eduardo E. Zárate y José Rafael Álvarez por la Sociedad Literaria « La Concordia »; Pedro Porrez, Vicente Fuentes, Alberto del Frago que leyó unos versos de José María Valenzuela y Becerril, José Carrillo, Julián Montiel y el último, el que estas líneas escribe.

Hablé en nombre de los amigos íntimos de Manuel: tenía yo entonces veintiún años y hablé llorando...

A las doce del día el primer puñado de tierra cayó sobre el ataúd : la piqueta del sepulturero resonó huecamente en aquel sitio y todos nos separamos conmovidos.

« ¡Ay! de aquella mañana á esta mañana,
de aquel sol á este sol,

como dice el poeta, han corrido fugaces veinticinco años.

Debajo de la tierra en que ya han brotado flores nuevas, ocultos por un manto de fresco césped sobre el cual arrastra el viento las hojas secas, durmiendo están para no despertar nunca muchos de los maestros, de los amigos y de los compañeros del poeta; Ignacio Ramírez, Ignacio M. Altamirano, Vicente Riva Palacio, Flores, Rosas Moreno, Francisco Lerdo, Plaza, Alamida, Manuel Ocaranza, pero sería larga é interminable la lista de los que han bajado á la eterna sombra.

Los versos de Acuña han recorrido todos los dominios de la lengua castellana y en todas partes los admiran y los repiten, pues entre ellos hay muchos que bastan para revelar su genio.

Acuña fué víctima del hastío, de la nostalgia moral, de esa enfermedad sin nombre que marchita las flores del alma cuando apenas están en el capullo. En sus últimos días, vivía de una manera extraña : sus vigilias eran constantes; leía y escribía hasta el amanecer; gustaba de tomar un café espeso, al que llamaba Manuel Flores, « el néctar negro de los sueños blancos » y aparentaba una jovialidad que servía de antifaz á su secreta tristeza.

Su trágica muerte es el resultado de un extravío cerebral : nadie aparece como causa de ella y son consejas triviales las que corren en boca del vulgo.

En el Saltillo, han honrado su memoria construyendo un precioso teatro que lleva su nombre y que tiene el patio en forma de lira.

En México, debido al constante empeño de algunos de sus amigos, especialmente de Luis A. Escandón y de Agapito Silva, se le construyó un monumento que en esta fecha está concluído ya, en el cementerio de Dolores, á donde han sido con orden de la Autoridad, trasladados sus restos.

Dicen que al exhumar los restos, en la mañana del veintinueve de Noviembre, encontraron intacta la ropa, cubriendo los huesos ; tenía todo el cabello, que cayó del cráneo al primer impulso del aire, y el Dr. Abel F. González le encontró en la bolsa del chaleco, una peseta del año de 1830.

Acuña « si tan prematuramente no se roba á su propia gloria » como me dice hablando de él el inspirado Núñez de Arce, acaso sería hoy una de las más altas personalidades literarias de México. Las composiciones que dejó escritas, revelan todo lo que pudo llegar á ser : el destino apagó la llama de su vida, pero no logrará extinguir su imperecedera memoria.

M. A.

HISTÓRICO

¡ Ah! ¡ Pobres mujeres del pueblo !

Me refiero á las que ganan honradamente el pan, desangrándose las manos en las baldosas de los lavaderos, quemándoselas con la plancha de hierro candente que alisa y abrillanta los cuellos, los puños y las pecheras de los señoritos elegantes; las que se drestruyen la vista y los pulmones cosiendo en desmantelado cuartucho las blusas de dril crudo para los soldados, ó en el ruidoso taller las más caprichosas confecciones de la moda.

Hay en este mundo femenino que comienza en el rebozo y termina en el mantón de lana negra, muchas virtudes escondidas en almas nobles.

¡ Ah ! ¡ Pobres mujeres del pueblo !

Su existencia es triste, sus trabajos rudos, y sin premio; sus placeres efímeros, su condición digna de lástima.

Pero en medio de tanta miseria, de tanta desventura y de tanta humildad, semejante á la de las esclavas, hay un fondo de piedad, de sentimiento, de abnegación y de ternura digna de todo encomio.

Y vaya un relato breve en prueba de lo que digo.

En la última celda estrecha de un corredor que ya no existe; en el segundo patio de la Escuela de Medicina, vivió un estudiante cuyo genio tan grande como su infortunio, aplaude hoy toda la América Latina.

Aquel estudiante que velaba todas las noches sobre una tosca mesa, sirviéndole las más veces, de candelero, una botella vacía; que apuraba sin descanso grandes tazas de café y que tenía un carácter festivo, decidor y franco, era un gran poeta y un gran amigo. Su inspiración asombraba así á los viejos maestros como á sus compañeros más bisoños.

Era pobre; llevaba diez años de vivir ausente de su hogar, que distaba de México más de doscientas leguas y no había adquirido otro conocimiento del mundo que el imperfecto que se aprende en los libros ó el erróneo de las conversaciones de los estudiantes.

Aquel genio, en alma de niño, se llamaba Manuel Acuña.

Desaliñado un poco en la ropa exterior, cifraba su lujo en el irreprochable aseo de sus ropas interiores.

Un cuello ó unos puños que no estuvieran tan blancos como la nieve, no se los ponía aunque se lo exigieran con una pistola en el pecho.

Prefería encerrarse en su celda, poniéndose un paletó sobre la limpia camiseta, á salir á la calle con una camisa sospechosa.

Siendo infortunado en todo, no lo fué tanto en esto, y aquí va lo interesante del relato.

Servíale desde años atrás una lavandera joven, que me parece verla en mis recuerdos todavía.

Era de esas criollas de ojos negros, de piel trigueña, pero sonrosada; de pocas palabras, más bien seria que risueña, y tan recatada en sus maneras, que inspiraba respeto al numeroso grupo de estudiantes que la veían una vez por semana, cruzar los patios de la escuela y entrar con su canasto de ropa á dejar y recoger piezas lavadas ó por lavar en el cuarto del poeta.

Se llamaba Soledad, y Acuña le decía *Celi*.

¿Por qué la llamaba así? nunca lo dijo, pero con este nombre la trató á solas y delante de sus compañeros.

Alguna vez, entre sus confidencias, expresó que no era escasa su gratitud á aquella mujer, pues le servía sin cobrarle grandes temporadas, hasta que el poeta podía pagar todo ó parte de lo que debía.

Y si no le pagaba, era lo mismo, pues ella nunca despegó los labios para pedirle un centavo.

Acuña en sus ideales, en su amor de lírico, no fijó nunca sus ojos en los negros y brillantes de Celi, que lo miraban con ternura y respeto.

No solo, sino que alguna vez le oí ordenarle agriamente que le llevara ropa limpia tal día y á tal hora.

¡Y ella era la más cumplida y puntual de las mujeres!

Cuando sabía que el poeta iba á hablar en cualquier teatro, era de verse la camisa lavada y planchada por Celi.

El más pulido mármol de Carrara desmerecía junto aquellos puños, aquel cuello y aquella pechera.

Había más: siempre, en el cesto de ropa, iban pañuelos que Acuña desconocía, y cuando trataba de devolverlos, la lavandera insistía en dejárselos por si le faltasen los suyos.

No sé si la pobre mujer alguna vez agregó una camisa perfectamente acabada en todos sus detalles.

— Celi, tú cambias las piezas, esto no es mío.

— Pruébesela usted, señor, y si le viene, no crea que se la reclame nadie.

— Pero...

— Úsela usted, y ya después veremos.

Como es sabido, Acuña meditó su suicidio, y la víspera de perpetrarlo, pidió á Celi ropa limpia.

La llevó con la puntualidad acostumbrada y cambió las sábanas del lecho en que algunas horas más tarde yacía sin vida el autor de « El Pasado. »

Su entierro fué suntuoso.

Al cadáver que permaneció tres días en la capilla de la Escuela, embalsamado y velado por los estudiantes, le siguió á la última morada, el más brillante cortejo que pueda imaginarse.

Sabios, literatos, profesores, periodistas, cuanto de granado y escogido tenía entonces México, en la esfera de las letras y de las ciencias.

En el Panteón del Campo Florido se pronunciaron hermosos discursos y poesías conmovedoras.

Pero pasó la ceremonia y el poeta muerto quedó bajo un triste montón de tierra cubierto de coronas y empapado con lágrimas que se secaron al poco tiempo.

Después. . . . . ¿quién había de acordarse del suicida?

La mano de un amigo grabó con agudo clavo, en un ladrillo, dos iniciales : M. A., y esto sirvió de lápida durante largo tiempo.

Un día fuí al cementerio, busqué el lugar en que yacía mi amigo, y me encontré cubierta su fosa con un poético monumento.

Unas piedras labradas ; una cruz gótica de hierro ; un nombre con letras de oro.

Inquirí con cautela quién lo había construído, y e más entendido sepulturero me dijo :

— Una mujer que se llama Soledad; que es lavandera, y que viene seguido: lo mandó poner aquí y lo pagó ella misma.

¡Ah! ¡pobres mujeres del pueblo! ¡Cuántas camisas planchadas en el silencio de la noche, cuánto calor, cuántos sudores, cuánto trabajo representaba aquello!..

Después ese monumento fué substituído con uno más costoso hecho por los allegados del poeta; pero por rico que fuera, no valía lo que el otro; no, imposible, no valía tanto como el primero.

¡Oh Celi! no te conozco ya; no sé cómo eres; te recuerdo apenas vagamente, pues tu humilde figura se pierde en la noche de mis recuerdos; pero dondequiera que estés, ¡bendita seas!

PRISIONEROS MEXICANOS

HISTÓRICO

Á la memoria del General José Montesinos.

Después de la heroica rendición de Puebla, los invasores enviaron á Francia muchos oficiales mexicanos, en calidad de prisioneros de guerra.

Se les trató duramente al llevarlos á Veracruz, tanto que muchos hicieron el camino á pie, sin alimentos, sin abrigo, sin consideraciones de ningún género.

Los embarcaron en buques de segunda clase y les daban por mejor comida, galletas agusanadas, resto de las que se fabricaron para la guerra de Crimea.

Era preciso remojar aquellos panes que parecían de madera y engullirlos para no morir de hambre.

Llegados á Francia, se les repartió en diversas poblaciones y en ellas vivieron llenos de privaciones, con exiguo salario, hasta que un día se les hizo saber que los que reconocieran el Imperio de Maximiliano y juraran no tomar nunca las armas en defensa de la República, serían traídos á su Patria, conservándoles su grado militar, con el sueldo y las consideraciones debidas, y los que no se juramentaran quedarían para siempre en Francia expuestos á los horrores de la miseria.

La indignación de la mayor parte de aquellos oficiales fué inmensa. Algunos, débiles de carácter, prestaron el juramento exigido por Napoleón III y en breve tiempo regresaron al suelo mexicano.

Otros, patriotas de corazón, se negaron á la humillante propuesta y prefirieron soportar la pobreza y la muerte en tierra extraña, antes que ser infieles á su causa.

Para gloria del ejército, hay que confesar que fueron muchos los que así pensaron, y que, desde el día en que no les dieron ni un céntimo, se buscaron toda clase de trabajo honrado, yendo algunos como el actual General Manuel F. Loera, á marcar tercios en la Aduana, para comer un poco de pan y esperar mejores tiempos.

Más de cincuenta de estos oficiales heroicos, socorridos noblemente por algunos españoles distinguidos, entre ellos el inolvidable y egregio General Prim, decidieron irse de Francia á España para hablar la lengua de sus padres y estar al amparo de la proverbial y nunca desmentida hospitalidad castellana.

Un gran grupo se resolvió á vivir en San Sebastián de Guipúzcoa, y en ese grupo se contaba el bravo oficial Don José Montesinos.

San Sebastián es uno de los hermosos puertos de

la antigua madre patria. Su playa es sin duda de las mejores del mundo para la estación balnearia, y el carácter de sus habitantes es honrado, sincero, franco y discreto.

Alegran la campiña que rodea el puerto, los ecos del tamboril, los melancólicos *zortzicos* y la fresca sombra de los espesos robredales.

La *sidra*, llamada allí sagardúa y que rivaliza con el *champagne* por su fuerza y sus condiciones, es la bebida favorita de los vascongados y nada hay más pintoresco que las fiestas campestres, los bailes populares, en aquella región sana y privilegiada.

Campos extensos cuyo silencio lo turba el cencerro de las vacas ó el doliente canto de los pastores; montañas cuyos alegres picos se revisten de neblina, forman el camino para llegar á San Sebastián, especie de ánade blanco que se baña en las ondas azules de un mar siempre agitado y hermoso.

Á tan bello puerto, hoy emporio del progreso y de la alegría en los meses de verano, llegaron los oficiales nuestros y se hospedaron juntos en la casa de una respetable señora.

Confesaron á ésta lo grave de su situación y ella les dijo:

— Nada importa, señoritos; á ustedes se les ve en la cara que son buenos y mientras yo pueda les daré habitación, comida y ropa limpia y ya me pagarán cuando puedan. ¡Pobrecitos de ustedes! yo sé bien que están sufriendo lo que sufrieron aquí nuestros padres el año de ocho. ¡Vaya! pues no faltaba más que hablando la misma lengua y siendo descendientes de españoles, yo les cerrara mi casa. Vivid y tratadme con franqueza. Dios os dará para pagarme y si no.... será lo mismo.

— Señora — le dijo Montesinos — nosotros corresponderemos á la nobleza de usted. Si no nos envían recursos, ya los buscaremos; somos hombres;

sabemos trabajar, y lo que anhelamos es encontrar ocasión de volver á la patria para librarla del yugo extranjero ó morir en los campos de batalla.

— ¡Claro! hijos de españoles aquí se quedan ustedes y habrá para todos; no mortificarse, ni hablar de nada triste; ¡ea! la sopita de ajo está en la mesa y hay preparado un cocido con cada garbanzo como una manzana y con un tocino que ni en la mesa del rey lo han probado nunca.

Con tan generosa patrona vivieron los oficiales muy contentos, pero un día dijo Montesinos á varios de sus camaradas:

— Es preciso hacer algo para que no se diga en San Sebastián que ha caído sobre el puerto y en esta casa una legión de gaznates aventureros, y se me ocurre una cosa.

— ¿Cuál? preguntaron con curiosidad.

— En la vistosa ladera del monte Urgull, está un castillo que se llama *la Mota* y que ayer visitamos algunos amigos. En ese castillo se están llevando á cabo grandes obras de reparación y he pensado que hablemos con el Coronel Esparza para que nos admita de albañiles, así tendremos un jornal seguro y comeremos pan y queso, pero adquirido con honra y con el sudor de nuestras frentes.

¡Bravo! aprobamos la idea y no hay que discutirla. Realicémosla.

Al siguiente día, más de quince oficiales, con el uniforme del Ejército Mexicano, se le presentaron a Coronel Esparza, y Montesinos le dijo en nombre de todos:

— Coronel: somos oficiales....

— De México; sí; ya conozco bien vuestra historia; prisioneros de guerra abandonados por los franceses.

— Exactamente. Hemos preferido la miseria á la deshonra. No quereremos vivir sin trabajar; nos

amarga un alimento y un hospedaje que no pagamos y venimos á pedir á usted un favor que no habrá de negarnos.

— ¿En qué puedo serviros, compañeros?

— En aceptarnos como albañiles en las obras que tiene usted encomendadas en este castillo.

— ¿Como albañiles?

— Sí, como peones, respondió Montesinos, tenemos fuerza y voluntad y queremos ganar el pan trabajando.

Conmovido el Coronel Esparza agregó :

— No puedo hacer por ustedes más de lo que me piden, porque soy un pobre, pero trabajen aquí y desde este momento los considero en la lista y con los mejores salarios de que se pueden disponer en estas obras.

Al día siguiente Montesinos y sus compañeros llegaron al castillo al rayar el día, vestidos de uniforme. Despojáronse allí de las ropas exteriores; cogieron las cubetas de mezcla, la cuchara de hierro, treparon á los andamios y se pusieron á fabricar la parte superior de un muro.

La noticia cundió por todo el puerto y cuando en la tarde concluyeron los trabajos y salieron los oficiales mexicanos, se encontraron en la puerta del castillo á las más guapas mozas del pueblo y de la buena sociedad, llevándoles cestas de comida, de frutas, de dulce, victoreándoles y regándoles flores á su paso.

— Mira, decía un hombre á dos chiquillos, así se honra á la Patria en el extranjero; así como esos bravos oficiales.

Era Don Juan Martínez Villergas que esbaba á la sazón en el puerto.

Varios meses vivieron en San Sebastián aquellos nobles proscriptos y al separarse de allí no pudieron pagar toda la deuda á la generosa patrona de su hotel, dejando sólo un documento subscripto por el jefe

de más alta graduación, en el cual se certificaba el tiempo de permanencia de los oficiales, el número de ellos, la cantidad que debían, anotando que sería pagada cuando triunfara la República.

Corrieron los años ; la República ondeó victoriosa su bandera en la tierra mexicana y el gobierno, acaso por altas atenciones, descuidó de pagar aquella deuda sagrada.

Después de nueve años de la caída del Imperio, subió á la Presidencia el General Díaz y conoció de este asunto. Ordenó que se pagara inmediatamente y con creces á la noble protectora de los oficiales mexicanos.

Por cablegrama se ordenó el pago á nuestra Legación en España y un comisionado, en pleno invierno, sobre espesa alfombra de nieve, fué en tren correo á San Sebastián á entregar delante del notario de ciudad la suma que se adeudaba.

Vivía aún la señora Micaela Zugasti, amiga y protectora de los mexicanos expatriados ; estaba pobre, sin casa de huéspedes y sin recursos, y por su delicada situación de salud y de intereses, era preciso darle con precauciones la noticia.

— Vengo, señora, á ver si usted vende su crédito contra México.

— ¡ Nunca ! porque tarde ó temprano me han de pagar. No olvido lo generosos, lo honrados que eran los oficiales que hospedé en mi casa. Los quise á todos como á hijos, y por ellos juzgo á México. Allí no han de haber entendido bien mi asunto, pero el día en que alguno lo explique, me pagarán en seguida.

— ¿ Se acuerda usted de sus huéspedes ?

— Ya lo creo ; pobrecitos ; no deseaban más que dos cosas, pagarme é ir á combatir al Imperio. Aquel Montesinos, qué joven tan inteligente, qué bien hablaba, y cómo se fué con otros á trabajar de albañil al castillo de la Mota ; allí en una bóveda, está con pie-

drecitas blancas, una fecha y unas iniciales, la fecha del día que entraron de peones y las iniciales de los que tuvieron esa idea. ¡Qué buenos eran, señor, qué buenos¡ Hablaban de las costumbres de México, de las comidas, de las travesuras á caballo y de los azares de la guerra.

No me arrepiento de haberlos tenido en mi casa; en las noches cantaban no sé qué de las torres de Puebla y de los cangrejos; ¡ah! ¡pobrecitos! cuando se fueron los lloré, porque no soy interesable, y les había cobrado mucho cariño.

— Señora, dicen que se ha dado orden de pagar esa deuda.

— ¿Cuándo?

— La pagarán dentro de cinco meses.

— ¿De veras?

— Ó de cuatro.

— ¿Tan pronto?

— Ó de tres.

— Eso es guasita.

— Ó en este momento si usted quiere; aquí traigo la suma con los réditos.

No es posible pintar la alegría, la emoción, la sorpresa que provocaron estas palabras que fueron rociadas con lágrimas.

Saldada aquella deuda que revelaba la gran honradez de nuestro gobierno, el comisionado visitó la casa en que vivieron aquellos oficiales, y después, era natural, el castillo en que algunos trabajaron como albañiles.

En ese castillo, en la galería que ve al Norte, en la bóveda de un ángulo, vió escritas con piedrecitas blancas una fecha, 1864 y esta dulce palabra que le llegó al corazón: *¡México!*

MUERTO Y VIVO

En una de nuestras guerras intestinas, cayeron en poder del vencedor algunos jefes de alta graduación y de reconocido prestigo que pronto resultaron sentenciados á muerte.

Se pusieron en juego para salvarlos, las más poderosas influencias del clero, del comercio, de la banca y de los hombres de letras; pero todo fué inútil y tal como se había ordenado, aquellos hombres marcharon al cadalso, en una tibia y hermosa mañana de primavera.

Se engañan los que creen que la Naturaleza toma parte en los dolores humanos. ¡Jamás un cielo más azul, ni más diáfano, ha cobijado un patíbulo, ni se han ofrecido á los ojos de los sentenciados, más bellos y sonrientes panoramas! Todo decía amor y vida, frente al espantoso cuadro preparado para la muerte por el odio y por la venganza.

Entre los que iban á morir estaba un joven recién casado, que adoraba á su esposa con una devoción que raya en idolatría y que se enardece con los sacrificios y con la ausencia.

Desde que entró en capilla aquel hombre, que era una fiera en el combate, se entristeció mucho y apareció pusilánime, sorprendiendo con esto á sus camaradas.

—No me llaméis cobarde —les dijo— yo no temo á las balas que han de arrancarme la vida, no! me habéis visto siempre despreciarlas en el campamento como se desprecia una llovizna cualquiera; pero no puedo conformarme con no volver á estrechar en mis brazos á mi esposa. ¡Cuántos sacrificios para lograr

que fuera mía! ¡Cuántos sufrimientos de ambos durante nuestras relaciones! Nos casamos y á los dos meses salí á combatir al enemigo sin saber de ella ni una palabra; derrotado en la lucha caigo prisionero y junto con vosotros me van á fusilar mañana. ¡Ah! yo quería verla un minuto, escuchar su voz, darle mi último beso y morir pensando en volver á verla y á besarla en otro mundo.

Con estos pensamientos, inclinada la frente, y enfermo el espíritu, aquel joven ocupó su lugar á la hora de la ejecución y cuando sonó, retumbando en la montaña, la terrible descarga, cayó vertiendo mucha sangre y quedó abandonado con sus compañeros, causando la compasión de las almas piadosas y la íntima alegría de los soldados vencedores.

Las señoras de la población se habían encargado de recoger y dar sepultura á aquellos muertos que para escarmiento estuvieron todo el día en el lugar en que los ejecutaron en la misma postura en que exhaló cada uno el último suspiro.

Al trasponer el sol el horizonte, que semejaba un mar de púrpura, las piadosas y compasivas damas cumplieron su promesa y una de ellas se encargó de llevar á su casa y velar el cadáver del joven jefe á que me he referido.

Al levantar una mano que tenía crispada sobre una piedra, le pareció que había movido un dedo. Entonces, con terror, se fijó en los ojos del militar fusilado y advirtió que la miraban con una expresión de gratitud y de dolor indescriptibles.

Vive aún — se dijo. En aquella época no se daba á los sentenciados el tiro de gracia. — Vive aún y si lo saben los vencedores es tanto el odio que profesan á éstos, que volverán á matarlo. ¡Ayúdame, Dios mío!

La dama hizo que llevaran aquel cuerpo á su casa y cuando estuvo sola con él, lo transladó á una alcoba, lo puso en un lecho con toda reserva y llenó de pie-

dras el ataúd que le estaba preparado, tapándolo en seguida y encendiendo en su derredor los cirios que chisporrotearon toda la noche.

En la madrugada fué trasladado al cementerio aquel féretro sin cadáver y ocupó la fosa que le correspondía junto á la de los otros ejecutados.

Para todos, para la patria entera, era una verdad innegable que el jefe recién casado dormía ya el último sueño.

Lo cierto, lo que nadie sabía, era que estaba sin voz y sin movimientos; una bala le había interesado la columna vertebral, otra le había roto la base de la lengua, pero vivía con esperanzas remotas de alivio, cuidado y atendido por aquella mujer que era un ángel de caridad y de misericordia.

¡Ay del enfermo si en aquellos días de odios y de venganzas se hubiera sabido que aún respiraba!

Se guardó el más absoluto secreto y corrió el tiempo. Los periódicos refirieron hasta el fastidio el terrible suceso; la joven esposa se sintió enloquecer de angustia, vistió luto y recibió los pésames de numerosos amigos.

Pero era bella y joven y en seres así no arraiga la pena por mucho tiempo, así es que á los cuatro meses de viuda correspondió al amor de un extranjero, y dos meses más tarde contrajo con él matrimonio.

El marido fusilado empezaba á recobrar poco á poco la voz y el movimiento y sobre su sepulcro, todos creían que en él estaba enterrado, aún se miraban marchitas las coronas con lazos negros que su viuda le mandara en los primeros días de su duelo.

La dama que cuidaba al fusilado se propuso no romper el secreto y á nadie, excepto á su confesor que era un médico que se ordenó al perder á su esposa y á sus hijos, no les dijo nunca ni la más mínima palabra sobre el asunto.

El sacerdote curaba y confortaba al enfermo, pero á

nadie refirió lo que hacía en la sombra, por miedo á las pasiones de partido y más cuando los vencedores habían elegido la población aquella para centro de sus operaciones.

No hay plazo que no se cumpla, dice el proverbio, y llegó un día después de muchos meses en que el fusilado pudo hablar y moverse y sentía ansias de volver á su tierra nativa y presentarse á su esposa para darle el abrazo y el beso que amargaron más que el temor de la muerte las horas largas que pasó en capilla.

Había encanecido de angustia y su semblante era distinto de aquel con que recibió la descarga en el cadalso; pero su alma, su corazón, sus sentimientos, su amor, eran los mismos!

Salió á la calle y notó con placer que no lo conocía nadie, ¿quién había de suponer vivo á un muerto?

Preguntó con misterio por las familias de los fusilados y se le heló la sangre en las venas cuando supo que su esposa se había casado de nuevo.

Entonces sintió no haberse muerto y hasta maldijo á la suerte que le mantuvo la vida.

En la noche salió de la población y se puso en camino para México. Llegó al fin y después de varias pesquisas supo dónde vivía su esposa y fué á apostarse frente á la puerta. Era verdad todo cuanto le habían dicho y la vió salir por la tarde, deslumbradora de juventud y de hermosura en soberbio carruaje al lado de su marido.

Quiso descubrir todo, pero notó que aquella mujer estaba próxima á ser madre; ¡el ensueño que él acarició por mucho tiempo!

Una ola de sangre le cegó la mirada y le llenó el pecho y al fin con la fría calma de un hombre de mármol se dijo: pero si yo soy un muerto y el muerto que vuelve de ultratumba no tiene derecho á pedir nada, nada, ni compasión, ni ternura, ni amor. Yo no

tengo hogar sobre la tierra.... mi habitación está allá junto á mis camaradas; yo he visto mi lápida, he leído en ella mi nombre, he tocado con mis manos las coronas que esa mujer me mandó empapadas en lágrimas ¿para qué quiero más?

En la misma noche se volvió al pueblo, al triste pueblo donde lo fusilaron; se arrojó en los brazos de la santa mujer que le cuidaba con tanta ternura, le cubrió de besos las manos y se despidió de ella para siempre.

Con otro nombre y con nueva familia se estableció después en suelo extraño y cuando sentía ímpetus de volver á la patria exclamaba con profunda filosofía: ¿qué puedo hallar en ella? allí está mi sepulcro y acaso las últimas hojas de las coronas que me mandó empapadas en lágrimas mi.... viuda.

¡POBRE PESCADORA!

Llevadme á los días de inolvidables venturas, á aquellos que caldeaba el sol de España, menos ardoroso que mi corazón de joven; los que embellecieron las rosas brotadas en las márgenes del Guadalquivir y del Darro, menos encendidas que mis ilusiones á los 24 años.

Hay impresiones tan hondas, que no las borran del alma el tiempo, ni la distancia.

¡Ojalá que ciertas fechas y ciertos nombres, aparecieran en la memoria como esas letras torcidas y esos números malhechos en los pizarrones de la escuela,

que con una esponja húmeda los borra el primer niño que se levanta á dar la lección nueva!

¡Cuántos nombres y cuántos números habría ya borrado, dejando solamente los que me hablan en voz tan baja, que los demás no la sorprenden y tan alta, que mis oídos no pierden una sílaba!

Cada hombre tiene su filosofía propia; unos sienten y olvidan; otros ni sienten, ni olvidan; otros, los más felices, olvidan lo amargo, lo triste, lo tenebroso y recuerdan lo que embriagó su espíritu y conmovió su corazón por algunos días. Es una inmensa fortuna ser insensible. Hay veces en que yo, que no envidio nada, porque á nada aspiro, me siento inclinado á envidiar á los egoístas. Tengo el defecto, la debilidad, el pecado de haber nacido sensible y por más que lo procure á todo trance, no puedo cambiar mi organización y mis tendencias. ¿Qué he de hacer á estas alturas? Soportar las consecuencias, sin esperanza de corregirme.

El mes de Agosto de 1879, estaba yo en uno de los puertos de España, cuya playa es la más buscada por su amplitud y su hermosura en la estación balnearia.

Un calor africano me obligó á salir de Madrid y en verdad que en el puerto que elegí, reinaba la más fresca y agradable de las temperaturas.

En el Hotel de los Cisnes, habitábamos muchas gentes y muy pocas personas, pero reinaba entre todas fraternal amistad y juntos y felices, íbamos á la hora del reglamento á hundirnos en las ondas verdosas, más para cumplir con el objeto de nuestro viaje, que para solazarnos, pues no le encuentro encanto á sumergirse vestido dentro de una agua que deja la piel áspera y pegajosa y que en cada vez que penetra por la boca y por la nariz, recuerda la esponja que le ofrecieron á Cristo.

Pero en esto estriba lo principal de los atractivos

que completan la delicia de la temporada. Eso de ver cambiadas en sirenas y nadar junto á nosotros, envueltas en la misma ola á las más bellas y elegantes amigas, no es un grano de anís; aunque bien podría cada una pasearse fuera del agua y delante de todo el género humano, seguras de que las telas y el color del uniforme balneario, no permiten apreciar ni presumir la morbidez de los contornos.

¡Risueño panorama es el que ofrecen los cuartuchos de madera, colocados en filas paralelas, sin otra alfombra que la arena, cubierta de espuma!

Por las tardes pocos iban á este sitio y yo me sentaba sobre unos peñascos á mirar cómo llegaban una tras otra con sus blancas velas desplegadas las lanchas pescadoras.

Esperábanlas en la orilla varias mujeres que se entretenían tejiendo sentadas sobre grandes piedras ó en banquillos de madera, moviendo algunas con la punta del pie, las cunas en que dormían los bebés, gruesos y encarnados, con las cabecitas envueltas en esos pañuelos de yerbas que en México llamamos paliacates.

Á semejanza de las blancas palomas que matizan como vellones de nieve el manto veraniego de un campo, aparecían las lanchas balanceándose sobre el oleaje obscuro, y era de ver al entrar la noche cómo encendían los pescadores sus fogatas, amarraban las barcas, sacaban las redes y se iban con sus mujeres camino de la montaña.

Cuántas veces recordé estos descriptivos versos de mi inolvidable, de mi siempre llorado maestro Altamirano.

Entre el capuz de tenebrosa noche
Se ha perdido á lo lejos la montaña,
Del pescador la lumbre en la cabaña
Pálida y triste fulgurar se vé.

Las aves van con sosegado vuelo
Entre las rocas á buscar su nido,
Y un tumbo de la mar enfurecido
Su espuma arroja hirviendo á nuestro pie.

Una tarde, cuando el sol en ocaso teñía de rojo las olas, una en pos de otra, las lanchas llegaron y así que no había nadie sobre la playa, que surgió la luna en llena y las fulgentes estrellas se retrataron en la mar dormida, observé que se quedaba, muda y sola, como estatua sentada sobre las rocas, una mujer con la cabeza sepultada entre las manos.

Me acerqué á ella y le pregunté cortésmente :

— ¿Podríais decirme cuál es el camino más corto para llegar á la plaza principal del puerto?

Alzó perezosamente la cabeza ; abrió los ojos como quien sale de un largo sueño, y repuso :

— El puerto es tan pequeñito que todos los caminos son cortos para llegar al centro. Sobre esa mar tan grande querría yo encontrar un camino por donde pudiera llegar muy pronto lo que espero.

— ¿Esperáis algún barco?

— Sí, una barquilla.

— ¿Salió hace mucho tiempo?

— Más de un año.

— ¿Y cómo no ha vuelto en plazo tan dilatado?

— ¡Pobre Amaro mío ! Hacía cuatro meses que nos habíamos casado y yo se lo decía todas las mañanas ; no te metas de nuevo en esa mar traidora que á la hora menos pensada te devorará para siempre y me dejará llorando ; pero ¿en qué otra cosa había de trabajar el pobrecito, si no en el oficio de pescador que le enseñaron su padre y su abuelo?

— Podrá ser que vuelva.

— Acaso no vuelva nunca; el mar se lo llevó al otro mundo y aquí estoy yo sola, abandonada, creyendo que alguna tarde vendrá en su lancha como

vienen Lucas, Esteban, Baldomero y todos sus compañeros.

Y la mujer lloraba á lágrima viva.

— Pero yo creo que aun estáis segura de que vive?

— Segura, no, Dios solo sabe dónde y cómo estará el dueño de mi alma, pero tengo conmigo á la Virgen que él llevaba en un escapulario sobre el pecho y ella me infunde la fe y la esperanza de volver á verlo. — Al emprender cada viaje me decía: « dejo contigo á la *indita*, ella me traerá por mucho que se retarde mi barca; será tu mejor amiga y tu más amorosa compañera; cuando vaciles, cuando desconfíes, reza con gran devoción á mi protectora.

— ¿Habéis dicho la indita? pregunté con curiosidad.

— Sí, señor, la *indita*; así la llamaba mi marido; es una virgen morena que conoció en América cuando en clase de sargento se fué con el General Prim á la Veracruz. De allí pasó á Orizaba y en esa ciudad cayó enfermo de calenturas que lo pusieron á orillas del sepulcro, habiéndose salvado por las atenciones que le prodigó una familia y por la protección de la Virgen que veneran los naturales del país.

— ¿Recordáis el nombre de esa Virgen?

— Sí, está escrito al pie de la imagen, y mostrándome el escapulario agregó: se llama la Virgen de Guadalupe.

Yo no sé lo que sentí en aquellos momentos, y téngase presente que están muy claras y definidas mis ideas á este respecto; pero al fulgor de la luna que argentaba una mar y una playa extranjeras; lejos del hogar donde mi anciano padre sufría enfermo; pisando tierra española y con los recuerdos de mis primeros años vivos en el corazón y en la memoria, sentí algo inexplicable, tomé aquel escapulario, lo oprimí sobre mi pecho y dije: — Esta es la Virgen de Guadalupe de México y hacía bien vuestro esposo

en llamarla *indita*, porque es la adoración de millares de almas, allá... muy lejos... en las Indias Occidentales.

Y en aquel momento, no vi la luna cabrilleando en las olas; ni las rocas vestidas de musgo, ni la mujer llorosa y abandonada en la pintoresca playa; ví á través de la distancia una tierra toda mía, unos indios desnudos que me parecían hermosos á la luz del recuerdo; un hogar con mi madre y mis hermanos rezando delante de esa misma Virgen y sobre esa tierra, sobre esos indios, sobre ese hogar lejano, un heroico sacerdote coronado de canas, de semblante dulcísimo, de mirada de apóstol, empuñando el estandarte en que aparece esa Virgen *indita* coronada y rodeada por los rayos del sol y que tiene la faz morena como el trigo y dulce como los sueños de la inocencia. Ese anciano era el cura de Dolores gritando ¡ viva México ! ¡ Viva la Independencia ! ¡ Viva la Virgen de Guadalupe !

— Esa Virgen es mi paisana, dije á la mujer llorosa, hace todos los milagros, pues hizo el de darnos patria á los mexicanos y por eso á todos los que allí nacemos nos llevan de niños al pie de la colina donde tiene su templo. Allí llegamos guiados por nuestras madres en los días serenos de la infancia para ofrecerle en su altar aromas y flores.

— ¿ Y ella me volverá á Amaro ? Hace tres años que lo espero.

— La Virgen de Guadalupe, respondí en un arranque de patriotismo, tiene poder para todo ; es la que amparó al libertador de un pueblo heroico, y para mí es la más bella de todas las Vírgenes del Universo.

— ¿ Sois un católico muy ferviente ?

— Soy mexicano, ausente de la Patria, y se avivan mis sentimientos de tal suerte mirando esta imagen, que comprendo al aragonés que decía : yo no creo en nada, soy ateo, pero al que me hable mal de la Virgen del Pilar, le pego un tiro.

— Permitidme que en nombre de mis recuerdos deposite un beso en vuestro escapulario.

La mujer se desprendió del cuello la envejecida y sucia prenda, la puso en mis manos, y sin avergonzarme de aquel arranque íntimo, besé la histórica imagen.

Creí en tal instante escuchar en mi derredor un coro angélico. Era que besaba muy lejos de la Patria, del hogar y de mis amigos, el Estandarte de Hidalgo, la frente de mi madre y de mis hermanos que había visto alzarse con júbilo en el templo del Tepeyac los días 12 de Diciembre, á recibir la bendición de la protectora de Juan Diego ; era que besaba todos los recuerdos de mi niñez, todos los nombres de mis amigos íntimos, toda la poesía y la esperanza del nuevo culto de la raza indígena, que cree que esa virgen de tez morena y ojos negros es su amparo y su defensa.

Anochecía. El panorama que se extendió ante mis ojos necesitaba ser copiado por los pinceles mágicos que buscan matices y contrastes en lo intenso de las sombras.

La pescadora, con la mirada fija en lo altó, contemplaba un astro radiante : Venus, (*Maris Stella*) como interrogándole sobre su infortunio.

— Me voy — le dije — idos á recoger que ya es muy tarde.

— ¿ Que me vaya ? Si para mí el día se ha hecho para llorar y la noche para sufrir, ¿ quién me asegura que Amaro no vendrá esta noche ? Y qué tristeza tan amarga le causaría no encontrarme, cuando soy la única que ha de recibirlo en sus brazos.

— ¡ Dios mío ! me dije, esta mujer es una loca. Un año de esperar una lancha y no cansarse de la tarea.

Después la he disculpado. Yo, sobre la roca en que se rompe en desengaños, en decepciones y tristezas el oleaje de la vida, espero desde niño la barca que

ha de traerme la felicidad que ambiciono. Espero sin cansarme y la barca no llega todavía.....

¡ Pobre pescadora ! Ella, como yo, anhela que aparezca de un momento á otro lo que nadie tiene, lo que á nadie corresponde, eso que á buen tiempo borra el insondable abismo de la eternidad, para nunca devolverlo á la tierra.

Nadie quiere sentirse aludido en el verso del inmortal Dante :

¡ *Lasciate ogni speranza !*

COINCIDENCIAS

RIGUROSAMENTE HISTÓRICO

Los que lean esto que voy á contarles, me supondrán vulgar ó loco, embustero ó visionario, pero juro por mi ánima que es cierto y que viven muchos testigos honorables que pueden repetirlo.

El hecho es sobrenatural y raro ; pero tantos hay así en el mundo, que nos conformamos con llamarlos casualidades, coincidencias ó fenómenos misteriosos, sin inquirir las causas, porque no nos importan, ni referírselos á nadie para que no se nos rían en las barbas.

Y vamos al caso, que bien merece contarse sin preámbulos :

Á raíz del triunfo de la República en 1867, los poetas y los escritores que habían combatido por la causa de Juárez, dejaron en paz las armas y sacudiendo sus liras ó sus péñolas, que por citar epítetos inútiles, no

hemos de quedarnos atrás de nadie, con gran entusiasmo cantaron, como las aves á la aurora, el renacimiento de la libertad y del progreso de su patria.

El General Riva Palacio, que no bien entró triunfante el ejército Republicano, pidió como Aureliano Rivera, Cosío Pontones y Rosalío Flores, su licencia absoluta, pues ya no les quedaba como soldados ninguna misión pendiente, dando así pruebas de desinteresado patriotismo, se puso á escribir esa serie de novelas, que por su florido estilo, los hechos que en ellas se describen y las épocas antiguas en que acontecen, son todavía la delicia de muchos lectores.

Juan A. Mateos, con esa volcánica imaginación que Dios le ha dado, por más que se la atribuyan al diablo cuantos se espantan de su energía liberal y de sus avanzadas convicciones, escribió á la vez novelas históricas que corrían de mano en mano, como que en sus páginas hervía el interés de los más recientes sucesos.

*
* *

Los escritores historiaron lo que más gustaba al pueblo. Riva Palacio en « Monja y Casada », « Martín Garatuza » y « Las dos Emparedadas », retrató á la Inquisición con todos los más ignorados pormenores y en « Calvario y Tabor », pintó con mano maestra los sufrimientos, las luchas y las esperanzas de los guerrilleros liberales en la épica guerra de la intervención francesa. En D. Guillem de Lampart (Memorias de un Impostor) enarró el loco ensueño de un visionario que quiso ser rey de México hace algunos siglos y en « La Vuelta de los Muertos » describió la expedición de Cortés á las Hibueras.

El pueblo esperaba ansioso cada entrega de esas novelas y las devoraba con gusto.

En todas partes « El Cerro de las Campanas » de Mateos obligaba á conversar sobre secretos amores

del infortunado Maximiliano; « El Sol de Mayo » popularizaba la gloriosa jornada que inmortalizó á Zaragoza, y « Sacerdote y Caudillo » era el libro en que se aprendía á amar á Hidalgo y á sus gloriosos compañeros los insurgentes.

Pero vamos al caso y no divaguemos. Riva Palacio ha tenido siempre la costumbre de dictar sus creaciones, y el 6 de Enero de 1888 rodeado de varios amigos en su biblioteca, dictaba á un amanuense el capítulo pendiente que esperaban con impaciencia en la imprenta para que saliera en la entrega que se debía á los subscriptores.

No recuerdo de qué novela se trataba, pero en ella se describía por inventiva, pues no existían constancias ciertas, el auto de fe de una de las Carbajales, que según es sabido de todos, fueron quemadas por herejes en el primero ó segundo siglo de la dominación española.

— Quiero un nombre para este personaje — dijo Riva Palacio.

— Pues hoy es día de los Reyes — le respondió alguno — y se le puede poner Melchor, Gaspar ó Baltasar, los tres son armoniosos.

— Baltasar le pondremos; pero hay que darle apellido.

— Póngale usted, General, el de aquel gigante cuyo retrato se conserva en el Museo y que salía en las procesiones llamando la atención de todos por su elevadísima estatura.

— ¡Salmerón!

— Eso es, Salmerón; fué muy conocido del General Guerrero.

— Como que era del Sur; me gusta el apellido, pero hay cacofonia en esto de Baltasar Salmerón; el sar, sal, disuena mucho.

— Inmortalice usted el nombre de este flaco Rodríguez é intercáleselo para mayor prosapia.

— Ponga usted, dijo el General á su amanuense, que al llegar la hereje al quemadero se presentó un hombre llamado Baltasar Rodríguez de Salmerón tan fanático y tan malo...

— ¿Qué va usted á hacer, Vicente? preguntó el güero Medina.

— Nada, que ese Salmerón, al mirar agotada la leña del quemadero, se ofreció á llevar toda la que tenía en su casa para que tostaran con ella á la pobre sentenciada.

— Está bueno.

— ¿No le parece á usted que da golpe?

— Ya lo creo.

— Escriba usted — agregó Riva Palacio — « ... tan fanático y tan malo que notando que se había consumido gran parte de la leña de la hoguera y que la que aun quedaba no alcanzaría para el castigo, ofreció llevar la leña que guardaba en su casa, oferta que fué aceptada con placer por los verdugos... »

Se acabó el capítulo; se llevaron el original á la imprenta; se publicó en el día señalado la entrega de la novela y corrieron los años.

*
* *

Un día, el memorable Don Joaquín Cardoso, que fué Director de la Biblioteca Nacional, envió al Genera, Riva Palacio dos cajones cerrados y sellados por el Santo Oficio, conteniendo ignorados documentos á fin de que los revisase el General, á quien tanto gustaban, entretenían é interesaban esos papeles.

Riva Palacio por sus múltiples negocios dejó abandonados por algunos meses aquellos antiguos cajones, pero llegó el día en que se resolvió á abrirlos, y algunos de sus amigos le acompañaron en la tarea.

Registró uno por uno los documentos y se encontró al fin con algo que le sorprendió grandemente : la

causa de una de las Carbajales; la misma de que se había ocupado en la novela.

— Aquí fué Troya, dijo el General, vamos á comparar lo real con lo imaginario y á reír de buena gana.

Leyó algunas páginas, y al llegar á la acta de la ejecución se encontró con esto que nos hizo leer sorprendidos:

« E acontenció que llegando al Quemadero é habiéndose consomido la leña, acercóse un home llamado Baltasar Rodríguez de Salmerón, ofreciendo traer más leña de la que guardaba en su aposento... »

Y no puedo describir la sorpresa de todos, que no pudimos ó más bien dicho, que no quisimos explicar el caso y le llamamos una casual coincidencia.

El General riéndose con la naturalidad de un niño, nos decía: Pues de estas ocurrencias tan chistosas, ya me han pasado varias en la vida.

— Los espiritistas lo explican fácilmente, exclamó uno de los amigos del General.

La tarde estaba húmeda, comenzaba á obscurecer y oímos todos un ruido extraño por un ángulo de la biblioteca de Riva Palacio.

Allí, en un caballete de palo, estaba la silla vaquera que el Príncipe Maximiliano usó en Querétaro.

— Sí, agregó el General, los espiritistas todo lo explican; aquel fuste se está contrayendo por la humedad de la atmósfera, y ellos dirían que lo está jineteando el espíritu de Maximiliano.

Una carcajada unánime respondió á esa frase, y ya nadie volvió á tratar de encontrarle explicación á tan raras casualidades.

EL LIBRO DE CARNE

HISTÓRICO

En los días de la florida juventud, nos congregábamos algunos estudiantes para luchar unidos buscando un porvenir grato.

Quién miraba en la poesía el paraíso de sus ensueños y se pasaba las horas leyendo á los clásicos latinos y españoles : quién con su libro de texto en las manos dábase al estudio con tesón tan arduo, que lo enfermaban las vigilias; quién soñando en próximas revoluciones, anhelaba salir á campaña para conquistar una banda de general, y quién, por último, entregado al dulce abandono de los primeros años, veía en su derredor trascurrir y perderse las horas, como se pierden en el ambiente las azules espirales del humo de un cigarro.

Es hermoso cuando se ha vivido recordar esta especie de fermento de la juventud que aun no define su situación social ni su manera de ser propia y clara.

Éramos una legión de desheredados. Unos tenían sus hogares á muchas leguas de la Metrópoli, otros estábamos peor que ellos, pues nuestras familias habían caído en la desgracia, y poco ó nada nos hubieran dado si no contásemos con esa providencia que entre nosotros se llama *beca*, y que no es otra cosa que el pan y la instrucción otorgada gratuitamente por el Gobierno.

En aquel grupo, los que soñábamos en ser poetas éramos los menos aplicados, pues en cuanto se escribe el primer verso, se olvida la cátedra, estorban

los libros de texto, se desconoce á los maestros y se vive pensando en Homero, en Dante, en Shakespeare, en Cervantes, en el último romance publicado por algún literato de renombre, en el soneto de fulano, en la improvisación de mengano, en fin, en todo menos en los exámenes.

Y recitando sonoras estrofas, escribiendo á la novia sentidas espinelas, consagrando á la patria rimbombantes serventesios, llega el mes de Octubre, amarillean y caen marchitas las hojas de los árboles, se escucha en la noche el monótono grito de los vendedores de castañas asadas y se fijan en los muros del colegio las listas de los que han de sustentar examen con tiempo sencillo ó doble, según la exacta ó ninguna puntualidad con que se haya concurrido á las cátedras.

*
* *

Era esta la época de nuestros graves apuros porque, queríamos andar en pocas horas un camino que exigía nueve meses de fatigas.

Hay que confesar que muchos *pasábamos*, como dicen los estudiantes, es decir, salíamos aprobados con vergonzantes calificaciones que sólo nos servían para trasladarnos á otro curso, pero no para ir acreditando nuestro nombre en la carrera que comenzábamos.

Nuestra fiebre literaria era como la tisis y como las ermitas, no tenía cura, y los estudiosos, los que con toda serenidad pensaban en ser algún dia médicos, ingenieros, abogados, es decir, hombres de carrera, nos veían como á leprosos, como apestados y sólo nos toleraban en las horas de ocio, para que los distrajéramos con cualquier chascarrillo, con algún cuento de color subido ó con alguna poesía entusiasta y conmovedora.

Los llamaban de vez en cuando así como se llama

al cilindro callejero que toca en la esquina el aria de Lucía ó el brindis de Traviata y á la hora seria, en los días de exámenes, nos miraban con desdén y con lástima, porque mientras ellos sacaban primeras y honrosas calificaciones, nosotros si bien salíamos, apenas alcanzábamos una humillante mayoría. Y esto de sacar mayoría es salir reprobado por un voto, por más vueltas que se le dé á la cosa para endulzarla ante la conciencia.

Pues bien, y para no alargar con reflexiones filosóficas inútiles este cuento, diré, que un grupo de esos soñadores en verso preparaba allá al terminar el año, su examen de anatomía descriptiva.

Era preciso estudiar más que el libro de papel, el libro de carne, es decir, el cadáver. Y pocos habituados estaban á manejar el bisturí y á manosear las heladas vísceras de un muerto los que sólo se habían ocupado en cantar la sonrisa de Elena ó los amargos desdenes de Laura.

Entre ascos y pudores, resolviéronse aquellos poetas en agraz á subir una noche al anfiteatro de la Escuela, pues estaba tendido en la plancha con los brazos cruzados sobre el tórax el enorme cadáver de uno de esos desconocidos que lanzan el último suspiro en la cama de un hospital y pasan á ser primero pasto de los practicantes de medicina y luego de los gusanos en un cementerio municipal.

*
* *

Contando los poetas con que ya tenían materia para sus experimentos, proveyéronse de una mala bujía colocada en ancha palmatoria de latón y al toque de ánimas, salieron al anfiteatro para velar estudiando con provecho.

Llegaron, ó por qué no he de decirlo con franqueza, llegamos con ese recelo que la sombra de la noche y

de la muerte inspira á los neuróticos y á los visionarios.

Allí estaba rígido, mudo, enorme, el cadáver que iba á servirnos de libro.

No había otra mesa que la plancha y antojóse á uno de los compañeros colocar la bujía sobre la mano que tenía extendida en el vientre el infeliz que iba á ser destripado.

Todos aprobaron aquella medida porque en efecto, desde ese sitio, la llama derramaba más luz sobre aquel cuerpo inanimado.

— Estudiaremos la articulación escapulo humeral, dijo alguno y esto quería decir: estudiaremos el hombro en su ligamento con el brazo.

— Sí, sí, interrumpió otro, yo estoy muy bota en esa articulación.

— ¿ Quién toma el bisturí?

— Fulano.

— No, mengano.

— Yo lo tomaré, dijo el que era tenido entre nosotros por el más adelantado é inteligente.

Con un arrojo digno de Nelaton, después de haberse remangado el puño de la camisa, metió el cuchillo en el lugar que le convino, cortó con garbo y en un decir Jesús, vimos moverse y caer de un lado el brazo del muerto, y como en la mano tenía puesta la palmatoria mandó esta al suelo, apagándose la vela.

— ¡ Qué bárbaros ! gritó alguien, este hombre está vivo.

Oir esto y echar á correr todos buscando la puerta, fué obra de un segundo, y aún me acuerdo con cuánto pavor nos atropellamos en la escalera, hasta mirarnos en el corredor y respirar allí el aire libre sin que se nos curara el susto.

— ¿Qué les pasa? nos dijo un compañero muy estudioso y que se reía de los poetas en ciernes :

— Que el muerto del anfiteatro está vivo.

— ¡ Imposible !

— Vamos á verle.

Temblando y paso á paso, entramos de nuevo al anfiteatro, buscando con un cerillo la vela consabida.

En cuanto nuestro compañero dispuso de luz suficiente y examinó con detención el caso, soltó una estridente carcajada, y nos dijo.

— Hermanos, no se examinen porque los reprueban. Están muy aventados.

Pusieron la palmatoria sobre este brazo que estaba en una posición forzada, en la cual lo conservó la rigidez cadavérica, pero en el momento en que han cortado el músculo que le sujetaba, cayó á plomo y con él la bujía ; esto es todo.

— ¿ No está vivo este hombre? preguntó temblando un compañero.

No, repuso el otro; ustedes son los que están muy *botas* y yo les aconsejo que mejor se vayan á sus cuartos á escribir versos que á venir á cometer barbaridades que no tienen ejemplo.

Y cariacontecidos y avergonzados nos fuimos, comprendiendo que Dios no llamaba á todos los de aquel grupo por el camino de las recetas y de los cáusticos, pues si entonces creíamos á los muertos vivos, á cuántos vivos habríamos matado después impunemente.

EL LIBRO DE HUESO

Una tarde lluviosa y tristísima del mes de Julio de 1872, entré al cuarto número 13 del primer piso del

segundo patio de la Escuela de Medicina, en busca de mi constante compañero de ensueños; de mi admirado y fraternal confidente en las aciagas luchas de la vida; de mi amigo del alma, cuyo nombre escrito con caracteres de luz, campea y resplandece en el cielo de las glorias patrias: del poeta Manuel Acuña.

Había en aquel cuarto un catre de hierro, con delgado colchón envuelto en viejo y hermoso sarape del Saltillo y con una gran almohada que servía más bien de respaldo á cuantos allí querían en moruna postura leer versos ó escuchar los del autor del « Pasado. » Había también algunas sillas desvencijadas y cojas que obligaban á estudiar las leyes del equilibrio, y una mesa de noche sustentando enorme cafetera que pocas veces dejaba de estar en ebullición; una cómoda negra que hospedaba muchos papeles y poca ropa; una tosca mesa de pino, sin pintura ni carpeta, sobre la cual, entre una botella de tinta, una fila de libros y un enmarañado conjunto de folletos, se destacaba un cráneo humano, es decir, lo que el vulgo llama: una calavera.

Aquel cráneo, que alguno debe de guardar todavía, era el tesoro, la principal riqueza del dueño del cuarto. Su historia no deja de ser interesante. — Acuña se encontró un día en el anfiteatro de la Escuela un cadáver recién traído del hospital y que le sorprendió por sus enormes dimensiones. — Mira, le dijo al *Pelón*, (así llamábamos al criado encargado de traer del hospital á la Escuela y llevar luego de la Escuela al cementerio los *muertos* destinados á la plancha), — mira qué ejemplar tan hermoso; prepárame este cráneo y yo te lo pagaré como quieras. Al cabo de algunas semanas el Pelón entregó al inolvidable estudiante, un hermoso cráneo, limpio, blanquísimo, casi pulimentado y que como vulgarmente se dice, daba gusto mirarlo.

Acuña me lo enseñó y me dijo: ¡ éste será mi mejor

álbum! ya verás cuántos envidiosos ha de tener antes de dos meses.

*
* *

Á las pocas noches — me acuerdo como si lo viera — nos reunimos en el cuarto ya descrito varios amigos íntimos del poeta.

Dos ó tres tazas toscas sirvieron para que todos tomáramos café, aquel espeso café que llamábamos « el néctar negro de los sueños blancos » con sus gotas de aguardiente catalán que era á su vez « el néctar blanco de los sueños negros. » Cuando nuestras imaginaciones ya estaban excitadas, Acuña sacó de su cómoda con la gravedad de un mago que va á enseñar un amuleto, el cráneo concebido y nos dijo: aquí está mi álbum, blanco y limpio, nadie saldrá de este cuarto sin haber escrito sobre él un pensamiento.

— Comienza tú, gritó alguno.

— Gracias, venga una pluma y daré el ejemplo.

Antes de diez minutos el cráneo ostentó sobre su desnudo frontal la siguiente cuarteta:

Página en que la esfinge de la muerte,
Con su enigma de sombra nos provoca:
¡Cómo poderte descifrar, si es poca
Toda la luz del sol para leerte!

Un aplauso estridente resonó en la estancia y Acuña lo interrumpió, diciendo: — Pero esto es muy serio y es preciso que haya también algo que rompa la monotonía de lo fúnebre.

— Tienes razón, contestó Cuenca; inicia tú el estilo festivo en ese libro de hueso.

Y Acuña, arrojando una bocanada de humo, volvió á tomar el cráneo y con letra muy clara escribió sobre

el borde de la cavidad de un ojo : « Dios y Compañía, ópticos. »

Entre las risas y los comentarios, alguno le arrebató el álbum y escribió :

Aquí donde libre el viento
cruza con triste gemido,
se albergaron el sonido
y la luz y el pensamiento.
Hueso tosco, que en mis manos
causas tristeza y horror :
¿qué son la fe y el amor
entre el polvo y los gusanos?

¡Ah! exclamó alguien, esto es muy filosófico; y tomando el álbum escribió sobre el maxilar superior :

Los besos de amor que dí
en dulce y lasciva red,
con carne y todo perdí :
y esto que me pasa á mí
tendrá que pasarle á usted :

— Bravo, eso es verdad; bravo, chico.

Otro escribió dentro de las cavidades de los ojos, abarcando las dos órbitas : ¡Apaga y... vámonos!

Un festivo escribió con grandes trabajos en la bóveda palatina :

« Dentaduras automáticas á perpetuidad.

¡Se ponen gratis... »

Y en un abrir y cerrar de ojos se llenó de pensamientos aquel despojo humano.

Manuel Flores, hoy médico insigne, sabio filósofo y erudito polemista, escribió con grandes letras :

« Mi porvenir. »

Y Manuel M. Flores, el gran poeta, puso más tarde :

« Mañana : espérame. »

Aquella noche se improvisaron versos, se dijeron discursos extravagantes, se habló de la gloria, del porvenir, de la vida... de tanto.....

*
* *

Cuando se dispersó el grupo ya muy pasada la media noche, Acuña quedó solo conmigo; vertió un poco de borato de sosa en la lámpara de alcohol, la encendió luego y la puso junto á su álbum.

¡Cómo se destacaban en la blancura del cráneo pulido, tantos pensamientos recientemente escritos y cuyos caractéres parecían danzar con las oscilaciones de la verdosa llama!

— Todo se transforma, exclamó el poeta. — Antes le hervirían por dentro los pensamientos, ahora los tiene por fuera... mira cómo saltan, cómo suben, cómo se deslizan, cómo se van...

Cogió después entre sus manos aquel objeto extraño y me dijo :

— Mira, Juan : tiene flojo un diente ; podría yo arrancárselo, pero se quedará riendo y además le hará falta ¿no es verdad que es un tesoro esta poliantea de hueso? Siempre me decido á arrancarle el diente flojo ; tómalo, guárdalo ; es un fragmento de este hermoso libro.

Creo que en esa noche escribió Acuña aquella composición tétrica de la que yo conservo algunos fragmentos en la memoria :

— Oye, ven á ver, las naves
están vestidas de luto,
y en vez de las golondrinas
están graznando los buhos.....
El órgano está callado,
el templo solo y obscuro;
sobre el altar..... y la virgen
¿por qué tiene el rostro oculto?

¿Ves? en aquellas paredes
Están cavando un sepulcro,
y parece como que alguien
solloza y gime allí junto.
¿Tú sabes quién es el muerto?
¿Tú sabes quién fué el verdugo?
Respóndeme y ya no tiembles,
responde: ese niño es tuyo?

Mucho tiempo estuvo á la vista de todos, el curioso cráneo, pero sucedió con él lo que con todo álbum; que no faltó quien se lo llevara para escribir *con todo reposo* y no volvió á aparecer en el cuarto del poeta.

*
* *

Corrieron los años; murió Acuña; el cuarto en que vivía desapareció al modificarse el patio de la Escuela, pocos sabíamos la historia del cráneo y yo conservaba entre muchos vejestorios del pasado, el diente aquel arrancado por la mano del poeta.

Se transladaron los restos del autor del «Nocturno» del Panteón del Campo Florido, al de Dolores; algunos de sus amigos tuvieron en sus manos el cráneo de Acuña que tan bellas concepciones encerrara y uno advirtió que tenía flojo á punto de caérsele, un diente.

Agapito Silva, lo cogió entre sus dedos y sin esfuerzo ninguno se le quedó en la mano. Sin duda recordando la escena que describo, le ocurrió enviármelo como reliquia de mi amigo tan llorado y con una auténtica, firmada por varios testigos.

Al recibir tan raro obsequio surgieron en mi memoria los recuerdos de la noche en que se inauguró el libro de hueso; pensé en todo lo dicho y sentido entonces, y con los ojos húmedos, el ánimo enfermo, la imaginación poblada de fantásticas visiones, en-

volví aquel diente, lo puse dentro de un sobre y escribí una carta que decía así poco más ó menos:

« Á ti que amaste al poeta, y te cautivaste con su genio, corresponde esta reliquia que ha estado guardada en el sepulcro, cerca de veinte años. De aquella boca encendida y ardiente que fué para ti un nido de arrullos y de ósculos, no queda ya más que polvo, y entre ese polvo los huesos helados que no pueden ser indiscretos. Guarda el que te envío, acércalo á tu corazón y no temas que te sorprenda esa reliquia el más celoso de tus amigos. ¿Quién inquiere la historia de un despojo nada poético y tan miserable?

« Guárdalo como algo material de un poeta que te amó mucho, tanto quizás, como á su inmaculado recuerdo y á su fulgente gloria, ama tu antiguo confidente y amigo. »

Iba yo á firmar la carta, cuando una voz me dijo muy alto en la conciencia:

— El amor que se enciende en la juventud, es fugaz y concluye.

— ¿Nada dura en el pecho femenino? pregunté alucinado.

— Y qué — me respondió mi conciencia — ¿no vive aun la madre del poeta?

¡Ah! ¡sí! nadie ama como una madre: Ya sé á dónde puedo mandar esa reliquia!...

RECUERDOS

Al triunfar la República en 1867, el ilustre Juárez, oyendo los sabios consejos de su Ministro de Instruc-

cion pública Don Antonio Martínez de Castro, á quien mucho habían hablado el Doctor Don Gabino Barreda y el Ingeniero Don Francisco Díaz Covarrubias, creó por una ley expedida en 2 de Diciembre de 1867, la Escuela Nacional Preparatoria que se estableció en el antiguo y suntuoso edificio del Colegio de San Ildefonso.

Allí, al comenzar el año de 1868, reunieron á todos los estudiantes del Colegio de Minería, de la Escuela de Agricultura, de los Colegios de San Juan de Letrán y de San Ildefonso, de la Academia de Bellas Artes y á los que cursaban facultad menor en la Escuela de Medicina, resultando más de quinientos internos y algunos millares de externos.

Causó gran extrañeza que obligaran á vivir bajo el mismo techo, á comer el mismo pan y á asistir á las mismas cátedras á jóvenes de opuestos gremios, con razón juzgados como enemigos irreconciliables.

En efecto, en años anteriores cada colegio tenía su uniforme, con el cual asistían los alumnos á las ceremonias civiles y religiosas, seguros de entrar en descomunal combate con los adversarios, pertenecientes á otros institutos. Cada gremio era clasificado con un apodo : los colegiales de San Ildefonso se llamaban « cocheros, » por el frac y el sombrero alto ; los de Minería « lacayos, » por los galones ; los de Agricultura « gañanes, » los del Seminario « mulas, » los de la Academia « albañiles » y los lateranos « conejos. »

Hubo ocasión, como en un Corpus en tiempo del Imperio, en que después de la procesión solemne se fueron á la Alameda los colegiales; allí se formaron en bandos y en seguida emprendieron un descomunal combate á puñetazos, volviendo á sus casas con las narices maltrechas y los ojos morados.

Á todo esto daba lugar el uso del uniforme y se tomó en cuenta para prohibirlo al restaurarse la República

En la Escuela Preparatoria formamos los alumnos fundadores, un Congreso en el que tenían representación todos los Colegios y se convino en que, para lo sucesivo, se borrarían las antiguas denominaciones, se olvidarían las rencillas y solo nos reconoceríamos por el honroso título de « Preparatorianos. »

Los primeros meses de organización de la Escuela, fueron terribles. El crecido número de alumnos, su aglomeración en los dormitorios y en el comedor, las dificultades para clasificar y definir las obligaciones y los ramos que correspondían á cada uno, y sobre todo, la falta de disciplina, causaron constantes escándalos, que sólo la imperturbable serenidad del sabio Barreda y su fe científica en el éxito, le dieron fuerzas para no desesperar de la obra, ni abandonarla en los comienzos.

Éramos tantos los que concurríamos á cada cátedra, que no puedo recordar á todos mis compañeros, ni aun mirando las listas de aquellos tiempos; pero voy á referir un detalle curioso, que dará á conocer lo que influye en el ánimo, el recuerdo de la vida de colegio.

Claro es que de aquella inmensa muchedumbre estudiantil salieron, al correr de los años, hombres que dan gloria á la patria; pero también algunos que torcieron la senda y se encenegaron en los vicios.

Allá por los días en que salí de la capital, en momentos de revolución política, me ví precisado á tomar en Celaya una diligencia que partía para Guanajuato. Yo no llevaba más equipaje que la ropa que tenía puesta en el cuerpo, ni más tesoro que las ilusiones escondidas dentro de mi corazón de joven; pero á mi lado viajaba un señorón rico, cuya maleta iba bien provista de ropa y de objetos valiosos.

No habríamos andado tres leguas cuando salieron los « compadres, » que así se llamaban los ladrones,

y disparando sus mosquetes, nos obligaron á bajar del vehículo.

Estábamos ya de pie sobre el lodoso camino, cuando resonó el grito de « azorríllense, » indicándonos que debíamos arrodillarnos y pegar las frentes en el suelo, para no presenciar el saqueo de los baúles.

Iba yo á cumplir el tiránico mandato, cuando el jefe de la cuadrilla, con la cara cubierta con un pañuelo rojo, que le daba hasta los ojos, y el ala del ancho sombrero caída sobre la frente, vino hacia mí y me dijo con la mayor naturalidad del mundo, como si nos encontráramos en la calle de Plateros :

— Hermano Juan de Dios, ¿que andas haciendo por estos rumbos?

— Ya lo ves, le respondí, con igual confianza; voy para Guanajuato.

— ¿ Cuál es tu equipaje?

Iba yo á decirle que no lo tenía, pero mi compañero, el señorón rico, volvió el rostro y me señaló con los ojos una magnífica petaca de cuero que iban á abrir en esos momentos.

Comprendiendo yo lo que deseaba, señalé la petaca y agregué con aparente serenidad.

— Aquella petaquita es la mía.

Entonces el desconocido, jefe de la cuadrilla, gritó con voz sonora :

— Respeten ese baúl que pertenece á este hermano mío.

— Gracias — le dije yo — enternecido, no sé si por su generosidad en salvar del estrago una maleta que no me pertenecía, ó por darme el título de hermano sin que yo conociera las razones de sangre, de amistad ó de ideas que le asistían para ello.

Cuando acabó el saqueo montaron los ladrones en sus magníficos caballos y mi desconocido hermano me dijo, dándome un abrazo.

— Yo estudié contigo primer curso de matemáticas

en la Escuela Preparatoria y nunca me he olvidado de mis compañeros ni de nuestro maestro Chavero. Adiós y que no te vaya mal en el camino.

No pude verle la cara; ni su voz me recordó á algún camarada determinado; ni me atreví á preguntarle su nombre, y cuando me metí de nuevo en la diligencia y los pasajeros comenzaron á darme bromas por la clase de hermano que tenía yo, entregado á aquel oficio, en vano quise adivinar quién sería ni cuál fuera su nombre.

Algunas noches en que me aguijonea este recuerdo, no intento pasar lista á mis compañeros, ni fijarme en sus costumbres y en sus tendencias, para no ofender á alguno, suponiéndole el jefe de aquella cuadrilla de bandoleros.

Acaso mi desconocidó haya muerto en un patíbulo como un digno remate de sus hazañas. Acaso viva regenerado y en el seno de un hogar tranquilo lea estas líneas y recuerde el suceso que refiero.

Yo sólo sé, que nunca he sabido quién era, ni me importa descubrirlo, pero me confirmo en la idea de que cada escuela es un nido, del cual salen aves que cruzan con orgullo el cielo azul y diáfano y aves que se recrean en manchar su plumaje en los pantanos.

No en vano, dice Amicis, que de entre todos esos niños, que hoy nos obligan á besarlos por inocentes y hermosos saldrán, corriendo el tiempo, algunos falsarios, ladrones y asesinos que avergüencen á la humanidad con sus crímenes.

EL TINTERILLO DE LA REFORMA

Era yo un rapazuelo de ocho años cuando sucedió lo que voy á referir, tal como se me ha quedado grabado en la memoria.

La noche del lunes 24 de Diciembre de 1860 las campanas de la Catedral de México repicaron sin tregua, celebrando el triunfo de las armas liberales.

Aquel repique duró dos días con sus noches y ya estaban aturdidos los habitantes, á la par que asombrados de la tenacidad con que el pueblo solemnizaba la victoria de los que entonces se llamaban *puros*.

El General González Ortega había obtenido constantes friunfos sobre el ejército conservador, en las batallas de Peñuelas, de Silao, en el sitio d Guadalajara y por último, en Calpulalpam, desbarató las tropas disciplinadas de los más notables jefes conservadores, y el pueblo, que lo miraba como protegido del cielo, como favorito de la fortuna, lo saludaba, victoreándolo con febril entusiasmo.

Don Jesús González Ortega no fué alumno de ninguna escuela militar ; había servido en humildísima notaría, en población cercana á Zacatecas ; se ingirió en los asuntos públicos y cuando todos los personajes de acción y de prestigio en su Estado, desconfiaban de arrollar y vencer al partido que tenía por jefe al indomable y aguerrido Miguel Miramón, él se puso al frente de las legiones populares y, como por encanto, venció y triunfó heroicamente en repetidas campañas, hasta que al fin, derrotando al bravo Miramón en Calpulálpam como lo había derrotado en Silao, entró en la capital de la República cuando el

mundo cristiano solemnizaba el nacimiento del Redentor.

Aquella victoria alarmaba á los próceres, á los privilegiados, á los dueños del dinero, de las garantías, de los fueros y de todo cuanto constituía el rango y la fuerza de las clases altas de nuestra sociedad. Ninguno de los jefes liberales había sido tan afortunado como este soldado novel que principiara su carrera con inesperada victoria, alcanzando, á fuerza de repetidos triunfos, el más alto grado á que puede aspirarse en nuestro ejército.

La Nación entera reconocía á Don Santos Degollado como admirable y constante organizador de legiones guerreras. Nadie como él agrupaba en brevísimo tiempo millares de hombres listos para la guerra, pero nadie era más infortunado en los combates, pudiendo asegurarse que en todos, sólo conquistaba los tristes gajes de la derrota.

La aureola de la gloria que circundaba á González Ortega, despertó envidias y rencillas, de tal suerte, que muchos jefes de escuela y de antecedentes militares, miraban con antipatía al general zacatecano, desdeñándose de llamarlo su compañero y aun de estrecharle la mano.

Acaso alguien previno los ánimos de Don Santos Degollado, de Don Miguel Lerdo de Tejada y de Don Melchor Ocampo, en contra del vencedor de Calpulálpam, asegurándoles que era un advenedizo entregado á los afeites de su persona; un *tinterillo* poseído de un orgullo tan grande como su fortuna.

González Ortega verdadero genio militar, modesto y desinteresado como pocos, sabía cuanto de él murmuraban, pero lo escuchaba con la más profunda indiferencia.

No pocas personas de ilustración y de talento al tratarse de González Ortega se dejaban dominar por la opinión engendrada por las envidias y por las ren-

cillas y se nivelaban con los seres vulgares, aceptando y confirmando la idea de que el vencedor de Peñuelas, el héroe de Silao, el admirable salvador de la Constitución en Calpalálpam, no era más que un *tinterillo* afortunado.

Se comprenderá con cuánta hipocresía los aduladores incensaban á aquel *tinterillo* desde el instante en que lo vieron entrar con sus fuerzas victoriosas en el mismo palacio donde residió su Alteza Serenísima en años anteriores, y con cuánta bajeza se le inclinaban al verlo subir por las mismas escaleras en que hicieron crujir sus mantos de seda los grandes Caballeros de la orden de Guadalupe y resonaban los sables de los caudillos del antiguo ejército.

González Ortega había brotado del pueblo y sólo contaba con el pueblo. Lo adoraban las chusmas mirándolo como á un semi-dios cuando él les sonreía montado en hermoso caballo alazán; con el ancho sombrero blanco ladeado sobre la negra y rizada cabellera; ostentando en el cuello la corbata roja, símbolo de su causa, y llevando terciado en la espalda un valioso zarape del Saltillo con los colores nacionales.

Los ojos de González Ortega eran obscuros, penetrantes y vivos; denunciando su ardimiento para el combate y su sed de amor ante las damas, pues sabido es que aquel león de los campamentos era un enamorado galán en los salones.

No quiso que sus tropas, agobiadas de tantas fatigas, entraran en la capital de la República sin un previo descanso y determinó que la entrada solemne se efectuara el primero de Enero de 1861, para augurar á su causa y á su patria un año de prosperidades y de bienestar político. En cumplimiento de tal propósito, fué al rayar el nuevo año á ponerse al frente de sus numerosos soldados y entró con ellos en la ciudad de México, por el lado del Poniente,

eligiendo lo que hoy se llama Avenida Juárez.

De las azoteas, de las ventanas, de los balcones henchidos de curiosos, llovían coronas de laurel y de rosas frescas sobre el afortunado caudillo. Muchas de estas coronas, arrojadas por finas manos de damas hermosas, las iba él colocando, una tras otra, en sus brazos que ya se le doblaban sobre el cuello del caballo al peso de tantas ofrendas de triunfo. De uno y otro lado, sus ayudantes le llevaban las coronas que él ya no podía traer consigo, y por todas partes resonaban, entre los ecos entusiastas de las músicas militares y de los cantos del pueblo, los gritos que yo escuché de niño y que no he olvidado con el transcurso de los años.

— ¡ Viva González Ortega ! ¡ Viva el vencedor de Calpulálpan ! ¡ Viva el héroe de Zacatecas !

Y él inclinaba la cabeza sonriendo y abría con trabajo los brazos llenos de laureles, como queriendo estrechar contra su corazón al pueblo que lo saludaba.

Al pasar frente al hotel Iturbide, alzó los ojos á un balcón y distinguió á una persona conocida. Al verla, detuvo el caballo y mandó hacer alto á las tropas. Después dijo á uno de sus ayudantes.

— Suba usted á aquel cuarto, y diga al General Don Santos Degollado, que tenga la bondad de bajar á verme.

El ayudante volvió á poco, diciendo que el General Degollado no podía bajar, porque se sentía algo indispuesto.

— Pues vaya usted á asegurarle — repuso González Ortega — que aquí nos estaremos detenidos el ejército y yo, hasta que él baje á verme.

Transcurrieron algunos instantes, y el General Don Santos Degollado y el General Felipe B. Berriozábal, que le acompañaba, se acercaron á González Ortega, quien dijo conmovido, con voz clara y vibrante :

— Señor General Degollado : enfrente de usted, yo no tengo méritos ni grandezas propias. Yo no soy más que un soldado de fortuna, un militar improvisado á quien la victoria le ha sonreído por casualidad ó por inesperado privilegio del cielo. Usted es un héroe ; un esforzado campeón de la libertad y de la Patria, á quien nunca amedrenta el infortunio ni le hace prevaricar la derrota. Por esto, usted es quien debe entrar en el Palacio Nacional, mandando á estos soldados, que traen ceñidos los laureles del triunfo, en sus frentes tostadas por el sol de los combates, y que reconocen en usted á un héroe, á un apóstol y á un caudillo. Ocupe usted este puesto, señor General, y acepte estas coronas que le corresponden y que yo le transmito en nombre del pueblo y en pró de mi deber y de la justicia.

Acto continuo, suplicó á los Generales Degollado y Berriozábal, que montaran á caballo, y los hizo marchar al frente de la columna.

Así venían por la calle de Plateros, frente al edificio donde estuvo después la paragüería de Guerín, y volvió González Ortega á detenerse y á ordenar que hicieran alto las tropas.

— Vaya usted — dijo á un ayudante — á llamar á aquellos señores que están en ese balcón, para que también ocupen sus puestos delante de nosotros y al lado del General Degollado.

Los que designó eran, el inolvidable estadista Don Miguel Lerdo de Tejada y el sublime mártir Don Melchor Ocampo.

Ya con esta vanguardia brillante, el vencedor de Calpulálpam llegó á la puerta de Palacio, sin una sola corona, porque se las había repartido á sus ilustres camaradas, diciéndoles :

— Estos laureles pertenecen á ustedes, que han pensado, que han sufrido, que han luchado sin tregua, y no á mí, que soy, por privilegio del cielo, acaso, un

soldado nuevo, un humilde *tinterillo* del Teul, á quien le ha sonreído la fortuna.

1898.

CASTAÑAS CALIENTES

Noche por noche, en la estación de invierno, cuando Madrid está lleno de diversiones y atractivos sociales, vestíame de rigurosa etiqueta para las visitas y reuniones de ceremonia, y ya de frac y de corbata blanca, me envolvía en ancha capa española de vueltas rojas, me calaba un sombrero hongo y sin que nadie lo supiera, concurría una hora ú hora y media á oír los cantos flamencos en el salón de la calle del Barquillo.

El canto flamenco ejercía irresistible influencia en mi espíritu juvenil y nadie sospechaba que el asiduo concurrente á tan vulgar espectáculo, era nada menos que un Secretario de *Embajada* (como allá decían) disfrazado de la mejor manera posible para no mancillar su rango.

¡ Qué sentimentales eran los versos que Paca la Roteña cantaba sollozando al doliente compás de una guitarra andaluza !

¡ Qué picarescas y qué intencionadas eran las *jaberas*, *Soleáes* y las *playeras* que Lola la *Zurda* entonaba moviéndose como una anguila y con toda la gracia de Dios en el cuerpo.

De tanto asistir al salón del Barquillo, me había sucedido lo que á todos los abonados constantes, es decir, había contraído relaciones de amistad y con-

fianza con algunos toreros, con algunas sastras y con no pocos granujas de todas clases que me ofrecían tagarninas del Estanco ó un poco de anís de Constantina, que consideraban como la mejor bebida para escuchar y entender el canto flamenco.

Al sonar las nueve de la noche, abandonaba yo aquel centro peligroso, y me iba directamente á un zaguán, frontero de la puerta del teatro, donde me esperaba un criado al cual le daba yo la capa y el sombrero hongo, en cambio del clac, del sobretodo, del cuello de piel y de los guantes de abrigo, propios de una persona decente.

Una vez armado caballero para las visitas aristocráticas, me acercaba á un puesto de castañas que en el mismo zaguán estaba desde muchos años atrás establecido, y una castañera joven, humilde y trabajadora, me ponía en cada una de las bolsas laterales del sobretodo, dos cuartos de castañas calientes. Entonces metía yo las manos en esas estufas improvisadas y aunque estuviera nevando y el viento del Guadarrama cortara como un vidrio atravesaba yo las calles y llegaba á los salones sin temor de que me tacharan de estar más frío que un cadáver.

Hay quién diga que el hombre es un animal de costumbres y yo aseguro que soy el más animal de todos mis congéneres en este sentido, pues de que doy en algo, trabajo me cuesta curarme de la manía de hacerlo siempre. Así, pues, no falté en ningún invierno á la observancia de aquel hábito de recoger las castañas calientes y de devolver las que me habían dado la víspera, pues juro por mi ánima que nunca me dió antojo de comerme lo que servía de tuero en mis chimeneas de bolsillo.

Como todo llega y todo pasa, sucedió que un día por circunstancias que no son para referirse, me ví obligado á separarme de la Villa y Corte á fin de volver á mi tierra.

La última noche que estuve en Madrid fuí á despedirme de mis artistas flamencos, en el salón del Barquillo, y á la salida no pude menos que entablar un diálogo con mi antigua vendedora de castañas.

— Pepa, éstas son las últimas castañas que pones en mis bolsillos.

— No lo permita la Virgen del Carmen, señorito, pues qué ¿no ha de venir usted mañana?

— No, Pepa; mañana á estas horas ya estaré muy lejos de aquí, pues me vuelvo á mi tierra.

— La tierra de usted será Málaga ó Sevilla ó Granada, pero, ¿regresará usted pronto?

— Está mucho más lejos que todo eso; puedo asegurarte que es otro mundo.

— ¿Y se vá usté al otro mundo tan lleno de vida? Vamos que usté gasta unas bromas que no las comprendo. Morirse ¿V por qué? ¡si está usté tan sano!

— Pepa, me voy á México, esa es mi tierra.

— ¿México? pues Dios sabe dónde será; pero á mí me hace mucho daño que usted se vaya, porque de las castañas que usted se lleva en las bolsas todas las noches, salen el desayuno de mis hijos y el de mi madre, porque usted me da siempre tres veces lo que vale lo que le vendo y porque usted es mi buena sombra, y cuando no viene lo extraño y siempre que lo miro ir lo bendigo y le pido á Dios que le dé mucha salud, señorito.

— Me constaba que aquella era una mujer muy honrada y muy trabajadora, y como acababa yo de recibir mis viáticos de regreso en monedas de oro, brillantes y nuevas, me propuse dejarle una como recuerdo á mi constante vendedora.

— Toma, Pepa, le dije poniendo en su mano una moneda isabelina de diez escudos; que esto te sirva para abrigar á tus hijitos y á tu anciana madre en estos días de invierno en que yo no sé si el mar me sepultará en sus abismos.

Aquella pobre mujer, con su pañuelo amarrado en la cabeza, besó la monena y alzando sus grandes ojos obscuros y llevándose las manos al pecho, agregó conmovida :

— Señorito, pero ¿es verdad que usted se va y que ya no he de verlo nunca?

— Pues es verdad, Pepa.

Entonces la castañera rompió á llorar y con voz entrecortada me dijo :

— Pues no es por la moneda, ni por nada, sino por todo lo que debo á usted con sus compras constantes y su atención para tratarme; pero crea que me duele el corazón como si se me fuera un padre. ¿A dónde está México? quiero saberlo para preguntar por usted y saber si ha llegado bueno.

En ese momento se presentó una mujer ya muy entrada en años, llena de arrugas, algo encorvada y á quien acompañaban tres chiquillos.

— Madre, dijo la castañera, el señorito que por tanto tiempo me ha dado dos reales todas las noches, se va para no volver nunca ¿qué haremos desde mañana?

La vieja alzó su rostro arrugado y con esa serenidad que dan la fé y la experiencia, le respondió tranquilamente :

— Pues pedirle á Dios todos los días que á él, á sus hijos y á sus padres los llene de bendiciones.

Muchas veces en mis horas de recuerdos vuelvo los ojos á aquellos días de Madrid, inolvidables por gratos y surge en mi pensamiento, frente al salón. del Barquillo, aquel zaguán obscuro, aquella castañera humilde, aquella viejecita con su tez rugosa y los tres niños que le rodeaban y á quienes sin darme cuenta de ello hacía felices cada noche con una moneda de dos reales de vellón, es decir ¡diez centavos !

¿En qué precio más bajo hubiera podido comprar dos chimeneas de bolsa un secretario de Embajada?

Y en honor de la verdad, entre los pocos diamantes que yo he tenido, cuento las lágrimas de aquella mujer infortunada, con las manos cubiertas de sabañones, la tez tostada por el reflejo de la hornilla y á la que de vez en cuando algunos calaveras, parodiando los versos clásicos, le cantaban maliciosamente :

Al son de las castañas
que saltan en el fuego,
echa vino, muchacha,
beba Lesbia y juguemos.

Y como es costumbre en todo ser humano buscar y querer lo que ya no puede encontrarse, me ha sucedido alguna noche, cruzando frente á un zagáun obscuro, extrañar, no el puesto de castañas, sino aquella expresión inolvidable de gratitud y de cariño sincero, revelada en unas cuantas lágrimas.

EN UN VIOLÍN DE TRES REALES

(DE MIS MEMORIAS DE 30 AÑOS).

No han de ser pocos los que recuerden con cariño á un caballero alemán, de arrogante figura, de noble corazón y de honradez sin tacha, que amaba á México como si aquí hubiera nacido y hablaba de nuestras costumbres, de nuestras glorias y de nuestros pasados infortunios con tal entusiasmo y con tal ternura que bastaba escucharlo para quererlo.

Me refiero á Don Germán Sauberlich, quien con

laboriosidad y talento, hizo progresar y dió vida al antiguo y conocido Repertorio de Música de Nagel, establecido en la calle de la Palma.

Tarde por tarde, hace varios años, con pretexto de buscar piezas nuevas para que Margot las tocara en el piano, acudía yo al repertorio y me recreaba con la conversación de aquel noble caballero en cuyo semblante siempre había frescura y en cuyos ojos brillaba esa luz que revela la tranquilidad de la conciencia y la elevación del alma.

*
* *

En cierta ocasión, cuando más entretenidos estábamos en nuestra charla, oyendo discurrir sobre el divino arte al inspirado, modesto y pensador Gustavo E. Campa, entró un personaje muy admirado y muy aplaudido en todo el mundo : Pablo de Sarasate.

Saludó á Don Germán, luego al maestro Campa y después á mí, mostrándose muy reconocido por los detestables versos que públicamente le había yo leído en el Teatro Nacional y por otros, no menos abominables, que le disparé á quemarropa en un banquete del Casino Español, y en seguida, á instancia nuestra, nos refirió sus impresiones sobre el público, el teatro y la ciudad de México, que le recordaba mucho á las de España.

Habíanse agrupado con nosotros el simpático hijo de Don Germán, y tres ó cuatro personas que escuchaban atentas al famoso compatriota de Gayarre. De pronto, Sarasate volvió el rostro y fijó los ojos en alguien que le sorprendió por su extrañeza. Era uno de nuestros indios, vestido con camisa y calzoncillo, con ancho sombrero de petate y calzado con huaraches, cargando en la espalda varios violines, de los cuales llevaba uno en la mano como muestra.

Sarasate, que no conocía ni sospechaba esta indus-

tria nacional, que entre nosotros pasa tan inadvertida como desdeñosa, se adelantó á recibir al indígena, cogió apresuradamente el violín que traía en la mano, y riéndose mucho al ver el arco, que tenía la crin muy floja, lo arregló en un dos por tres y se puso á tocarlo.

*
* *

Las más dulces, tiernas y arrobadoras notas que puedan imaginarse, brotaron en parvadas de aquel tosco y desaliñado instrumento. Parecía que un coro de ruiseñores saludaba á la aurora en una mañana de primavera. Algo así como quejas del alma; como sollozos de doncellas enamoradas; como risas de niños y suspiros de madres ausentes, remedaban las melodías que arrancaba el arco movido por aquel inimitable genio.

El indio abrió mucho los ojos; dió algunos pasos atrás; tiró al suelo su sombrero y mirando con estupefacción á Sarasate, permaneció mudo é inmóvil como una estatua.

— ¿Y cuánto vale este violín? dijo Sarasate al concluir su maravillosa improvisación.

— Vale dos reales y medio, señor; pero para usted no vale nada, respondió el vendedor, tomándole la mano, aquella mano en que aun tenía el arco, y estampando en ella un beso con el respeto y la devoción con que besaría la de su padre un hijo que, habiendo estado ausente muchos años, lo encontrase de pronto cara á cara.

Sarasate, enternecido por aquella muestra de asombro y de respeto, sacó algunas monedas y las daba al indio, pero éste se negó á tomarlas y sólo decía:

— No señor, no señor, de usted no recibo nada.

¿Qué te ha parecido? preguntó Don Germán al pobre mercader que temblaba emocionado.

— ¡Ay Dios, ! tocar así como toca este señor, puede que sólo se oiga en la gloria.

— Pues el señor es una gloria, agregó Don Germán, conmovido.

— Sí, interrumpió el indígena ; pero yo hablo de la gloria donde están Dios y los ángeles.

— ¡Ah! exclamó Sarasate, ¿ estás creyendo que yo soy hermano de los ángeles?

— No, patrón, repuso el indio, usted es su maestro.

A Sarasate se le llenaron los ojos de lágrimas y nosotros lo abrazamos enternecidos.

NOCHE BUENA

Á Germán Saüberlich.

¿ Habéis pasado la Noche de Navidad en tierra extraña ? Nunca más que entonces se recuerda á la patria. Nunca se agolpan como en esa ocasión los recuerdos dulces de los primeros años de la vida, y nunca como en esos momentos se quisiera tener alas, volar y acercarse á los seres amados para decirles : no me olviden, aquí estoy ; yo siento y canto con ustedes los villancicos de esta noche.

Nada interesa tanto á los corazones buenos como los niños, y nada es más poético y más interesante que el Niño Dios desnudo, humilde, recostado sobre el haz de paja en un pesebre, y calentado con el aliento de un buey y una mula.

¿ Hay en la tierra y en los siglos una escena más democrática y más conmovedora ? El Rey de los Reyes,

el mejor de los humanos, el sol de la libertad, de la igualdad, de la fraternidad y de la misericordia, no surge á la vida envuelto en costosas telas, ni hospedado en riquísima alcoba, ni custodiado por los opulentos y los poderosos. Su padre es un obrero, su madre una casta doncella de Nazaret; su palacio un establo; lo calientan, respirando junto á su cuerpo, la mula y el buey, y festejan su advenimiento al mundo, los últimos en la escala social, los que soportan las fatigas más arduas y los más bruscos contrastes de la Naturaleza, para arrancar de la tierra el alimento de los hombres; los ignorados, los humildes, los que representan á las sociedades más primitivas y menos vanidosas: los pastores.

Anuncia una estrella á los reyes magos la aparición de ser tan misterioso, y llegan á visitarlo, deponiendo su corona, su cetro y su manto, ante el más despreciado pesebre; ellos que se sentaban en tronos de oro, que se cubrían con clámides de púrpura y armiño y movían á su antojo á los más ricos y valerosos vasallos.

El nuevo niño venía á cambiar el orden de las sociedades, á modificar las insensatas y tremendas leyes, á cimentar la paz, á fundar el derecho y la justicia, á levantar á la mujer de la triste condición de esclava y de concubina, al rango de esposa y de madre honesta, á maldecir la esclavitud, á instituir el gobierno y á santificar la igualdad, destruyendo castas, aboliendo títulos, no considerando obras meritorias, ni noblezas legítimas, fuera de la caridad, el amor, la fé, el perdón y la esperanza en otra vida.

Por esto el nacimiento de aquel niño, que cuando llegó á hombre predicó, practicó y selló con su sangre esas doctrinas, es la fiesta que conmemoran alborozados todos los pueblos; porque á todos les hizo beneficio; porque todos lo miran como el más santo de sus anales; y podéis recorrer toda la tierra, seguros

de que al llegar tan hermoso aniversario, dondequiera que os encontréis, seréis testigos del regocijo de los hogares y de las públicas alegrías del pueblo.

Y es que Jesucristo pertenece á todas las edades, á todos los gremios y á todas las naciones. Su perfección lo adapta á todo lo que tiene fin noble y todos lo aman, porque fué la personificación del bien, del amor y de la justicia.

En México se celebra en cada hogar la Noche Buena como la fiesta íntima en que se congregan los corazones que se aman. La familia se reune para pasar la velada y mientras los niños gozan, sin pensar en los días que vendrán, los abuelos y los padres sufren imaginándose si en la otra navidad ya dormirán en el sepulcro.

¡ Oh Noche buena ! tú traes á mi memoria las dichas pasadas, las venturas muertas, las glorias que huyeron para no volver nunca !

Era de ver cómo nos llevaban en aquellos años nuestros padres á la compra de juguetes para el Nacimiento.

Esos puestos, verdaderas barracas que todavía se alzan en esta fecha, en la más hermosa y amplia de las plazas de la ciudad, son mi delicia, porque en mudo lenguaje me hablan de cosas que amo, que no olvido y que refrescan como santo rocío mi espíritu triste y enfermo.

Esas ramas enmarañadas y erizas, cuajadas de bellotas que huelen á resina, traídas de nuestros montes cercanos ; esas inmensas y húmedas madejas de heno, recogido en los viejos ahuehuetes de Chapultepec, verdaderas canas de tan nobles ancianos ; esas flores en forma de estrella con sus pétalos rojos lanceolados, sin aroma, pero con una poesía inmensa y que llama el pueblo " flores de Noche Buena ; " las estrellas, el sol, la luna y los cometas de estaño ; los hilos de plata figurando la escarcha ; las cabañas de

cartón sobre rocas pintadas de blanco, remedando la nieve : los pastores de barro ; Bato con su zampoña ; Gila con la olla de migas ; Bras con la chirimía ; Arminda con el tamboril ; el árbol del bien y del mal, con la manzana prohibida ; la serpiente enroscada en el tronco, una Eva de negra cabellera que le cae sobre la espalda, un Adán con los brazos abiertos, un Herodes con su cuchilla de hoja de lata degollando á los niños y mirando impasible á las afligidas madres ; los reyes magos caminando en un elefante, un dromedario y un caballo, con sus cajas de joyas y sus coronas de oro y sus mantos de grana ; los lagos formados con pedazos de espejos, cuajados de ánades y de patos, la fuentecita que se carga de agua para que funcione como si fuera de verdad ; el molino con aspas de cuerda ; la Virgen con melancólico manto azul y túnica morada ; el San José con su túnica verde, su capa amarilla, su poblada barba y una vara cuajada de flores en la mano ; el buey y la mula con los hocicos abiertos, pintados con azarcón, como si arrojaran sangre ; los serafines de cera con las alitas doradas y plateadas, y su hebra de hilo en la cabeza, para colgarlos sobre el niño ; el portalito de clara de huevo con algodón, y su pesebre lleno de paja ; el Niño Dios de cera ó de porcelana, acostado, con los ojos muy vivos y muy abiertos, los brazos extendidos y las piernas encogidas ; todo eso lo he comprado al lado de mis padres cuando era un rapaz ; todo eso lo llevaba en un gran cesto el viejo criado de mi casa y servía para arreglar el nacimiento. ¡ Oh niños de ahora ! vosotros no sabéis todo lo que eso significa, para el corazón huérfano y envejecido por la orfandad y los dolores !

Vuestros ojos no se fijan en los de esos niños pobres, hambrientos y desnudos que os miran, no con envidia, sino con alegría, ir de la mano de vuestros padres, de puesto en puesto, de casuchita en casu-

chita, ya escogiendo las ramas, ya cambiando la mula, ya pidiendo más pastores y más estrellas; que os siguen á donde compráis la colación, los dulces especiales de esa noche, para ver si recogen el confite que rueda, el canelón que se abandona, el tejocote que se despreció, el polvoriento y requemado cacahuate que al revasar en apretada canasta cae al suelo.

Para los niños pobres es un suplicio; ellos no tienen en su desmantelado cuarto el mismo nacimiento que vosotros, pero compran el pito de carrizo, que echándole agua gorgoritea agudamente, y con él recorren el patio de la vecindad, y al sonar las doce de la noche, se conforman con gritar, con toda la fuerza de sus pulmones:

« Esta sí que es Noche Buena
Porque nace el Niño Dios. »

Los niños pobres cenan la clásica ensalada en que se confunden el aceite y el vinagre, las hojas de lechuga, con las rebanadas de jícama, de betabel, de naranja, de plátano, de lima y de perón, con los confites y las almendras de cacahuate.

¡ Con qué placer esos niños desnudos y pobrecitos apuran el caldo rojo de ese platillo, mientras los niños ricos saborean la copa de champagne, escuchando el amoroso brindis del jefe de la familia, que hace llorar á todos porque habla con la poesía del alma, con la que inspira la felicidad de mirar vivos, contentos y reunidos á los seres que son sangre de su sangre y alma de sus afectos!

La tradición sancionó las nueve fiestas seguidas que llamamos " las posadas. " ¡ Con cuánta alegría hemos cantado todos, siguiendo con una vela en la mano á los peregrinos de cera, los villancicos que conservamos en la memoria!

Los que daban la posada se encerraban en una

pieza para responder con otros versos al son del piano ó de la guitarra, después de haber cantado la letanía, y en el momento de abrirse las puertas para que José y María durmieran allí esa noche.

¡Qué algazara armábamos! Con qué arrojo nos tirábamos al suelo para recoger la colación desparramada en la alfombra ó en los ladrillos de los corredores, mezclados niños y niñas, apartando la mano delicada de la hermana ó de la prima, que intentaba hurtarnos la mejor golosina, éramos los más avaros y toscos para la rebatinga y para la gula.

Y todo esto surge en mi memoria al ver los puestos, al oir los cantos, al pasar por una calle y ver desde la acera el iluminado salón en que se efectúa una posada de lujo ó escuchar en el zaguán de la vecindad de barrio los cantos de los muchachitos pobres.

Cuando ya todos los que nos amaban se han muerto, cuando nuestros padres duermen en el sepulcro y con ellos el hermano amado; cuando el hogar en que fuimos dichosos está vacío, la Noche Buena reviste dentro del corazón una dulce pero infinita tristeza; cada canto que se escucha, cada pandereta que suena, cada pito que estremece los aires con su aguda nota, nos obliga á suspirar y á sentir húmedos los ojos, porque nada es comparable á las venturas del hogar, ni nadie volverá á amarnos como nuestros padres nos amaban.

Recuerdo las Nochebuenas que pasé lejos de la patria. Madrid es de las ciudades que más se animan y que son más bulliciosas en esta noche. En todas las casas se cena el pavo; las pescaderías ostentan en sus escaparates los más grandes y dorados salmones que se pescan en el año; la Plaza Mayor presenta un espectáculo hermoso, pues á ella acude desde la duquesa á quien acompaña el lacayo de lujosa librea, hasta el trapero que compra su merluza y su libreta de pan. En la noche no se interrumpe el ruido en las

calles, pues el ciego que pide limosna va con su guitarra improvisando villancicos en cada puerta y el granuja que no sabe tocar instrumento alguno, toma una hoja de lata y un palo y mete un ruido capaz de enloquecer á los sordos.

En los palacios lo mismo que en las bohardillas se canta y se baila y de todos esos ruidos brota no sé qué misteriosa armonía que disipa todas las tristezas, menos la de la ausencia de la patria.

Yo que quiero inmensamente á España, que tenía allí tantos amigos, que me consideraba como en mi casa ¿por qué he de negarlo? sentí en esa noche estar ausente de México y buscaba en medio de tantos esplendores mis calles pobladas de recuerdos; estos descamisados que en la vecindad cantan y bailan el jarabe; mis puestos de heno y de lama; los nacimientos *sui géneris* de nuestra clase media, la ensalada clásica á que llamaba mi padre el cajón de la basura, rociada de aceite y de vinagre y la mesa del hogar con mi inolvidable soberano que tenía su cabeza cubierta por el polvo del camino de la vida.

Quiero mucho á Madrid, les decía á mis amigos, pero en esta noche quisiera estar en México y volver mañana. ¡ Oh Noche Buena ! ¡ Oh poema de santas y de venturosas ideas ! que la civilización no extinga de entre nosotros su sencilla fiesta : que seas siempre la alegría de los hogares y la delicia de las almas. Ya, cuando suenan las doce, busco en vano la frente espaciosa que ungí con mis besos en otro tiempo. Todo se ha ido y todo, sin embargo, está vivo dentro del espíritu.

¡ Oh Noche Buena ! cuando tu escarcha fría y blanca como mis canas caiga sobre mi último lecho, infunde en los corazones de mis hijos ese amor que para mis padres infundiste en el mío y que no han logrado apagar los años ni las decepciones, ni el amargo conocimiento de las realidades de la vida.

pues siempre recogían los sucios ochavos morunos que tanto abundaron en Madrid, hasta hace muy pocos años.

Yo sabía bien que cada mañana, así se desplomara sobre las calles toda la nieve del Polo, la gitanita y sus hermanas habían de cantar pidiendo limosna.

Alguna vez las ví repartirse con alegría inusitada un pedazo de pan negro y duro que les regaló un lacayo de lujosa librea.

¡Pobrecitas! exclamaba yo, contemplando á mi primera hija, perfectamente abrigada en su cuna azul y blanca, mientras la más chica de aquellas tres criaturas mordía con avidez el pan sin sacudirse los plumones de nieve que se depositaban en sus hombros.

¡Dios mío! pensaba, andar en tan tiernos años mendigando el alimento, sin miedo á que ese pulmoncito embrionario estalle al helado soplo del viento del Guadarrama!

Y después de ver titiritar á aquellas infelices que volvían á cantar sus doloridas endechas, besé la frente de mi hija que abrió en esos momentos los ojos desperezándose con el deleite que producen una buena temperatura y unos abrigos blandos y suaves.

La saboyanita prosiguió cantando; sus notas penetraban en el fondo de mi alma y su expresión de melancolía profunda se me quedaba grabada en la mente con un buril de fuego..

*
* *

Un día, á eso de las diez y media de la mañana, pasé por la Repostería de Lhardy y vi en uno de los escaparates un plato con un faisán convertido en galantina trufada. Entré á comprar algunos bombones y pastelillos; me encontré á algún amigo, conversamos sabrosamente saboreando un amontillado diáfano

y aromoso, y cuando volví la cara para ver de cerca las plumas doradas del cuello del faisán consabido, me encontré con tres fisonomías conocidas atentas á todo cuanto había comible dentro de los cristales.

Eran la gitanilla y sus hermanitas que encendían sus ojos negros con toda la intensidad del hambre no satisfecha en muchas semanas.

Sentí un sacudimiento nervioso, pedí al dependiente que me rebanara la galantina y me la sirviera en un plato con unos buenos trozos de pan caliente y tostado y llamé á las chiquillas con un placer extraordinario.

Me miraron las tres y no me hicieron caso. No se imaginaban para qué podía llamarlas un caballero de sombrero de copa y abrigo de pieles.

Entonces, salí á la calle, tomé del brazo á la Saboyanita y la hice entrar seguida de sus hermanas.

*
* *

Las gentes que apuraban copas de Oporto, de ajenjo y de cognac, me vieron cortejar á aquel grupo de miserables y se sonrieron con despreciativa ironía. No me importó nada ni nadie. Senté á cada chiquilla en derredor de una mesa; les dividí el pan y la galantina en menudos pedazos y se arrojaron á ellos como canes rabiosos, cogiéndolos con rapidez vertiginosa y masticándolos con deleite inexplicable.

Les hice servir vino tinto y luego puse en sus delantales ciruelas, higos, almendras y pastelillos, que de seguro no habían probado nunca.

Me adelanté al mostrador para saldar cuentas y de repente sentí abajo de mis rodillas como si me afianzaran tres cachorros intentando moderme ó arañarme. Dí un paso atrás para darme cuenta de lo que sucedía, y eran la gitanilla y sus hermanas abrazadas de mis rodillas, intentando besarme los pies.

¡ Pobrecitas ! me desprendí de ellas, las obligué á que se retiraran, salí de la repostería y al cruzar por la calle de Alcalá alfombrada de nieve, me encontré numerosos chiquillos, nobles y ricos, arrellanados entre los cojines de seda de los carruajes, y pensé para mis adentros :

Más dichosas que estos niños ricos son en estos momentos la saboyanita y sus hermanas.

Algunas veces, creo al despertar que llegan á mis oídos, como en pasados días, las doloridas notas de aquellos tres pobrecitos serafines, cubiertos de harapos, verdaderos engendros del dolor y de la miseria.

¿ Qué serán hoy con veinte años encima ?

ENRIQUE DE OLAVARRÍA Y FERRARI

(DEL LIBRO « MIS AMIGOS. »)

El año de 1865 llegó á México el distinguido amigo mío, cuyo nombre engalana y avalora estas páginas. Contaba entonces veintiún años siendo ya Bachiller en Artes, graduado en la Universidad de Madrid, lugar de su nacimiento, ocurrido el 13 de Julio de 1844.

Enrique de Olavarría no llegó á buscar aventuras extrañas ni traía las condiciones que ofrecen á muchos, á precio de un bajo oficio, el logro de una fortuna. Descendiente de distinguida familia, he aquí los antecedentes de ella, tomados de un pliego impreso en España con el título de « Extracto de los méritos, servicios y circunstancias de D. Juan de Olavarría, » que tengo á la vista, y dice así :

D. Juan de Dios de Olavarría, nació en Bilbao (Vizcaya), el 8 de Marzo de 1787, y fué hijo de D. Pedro de Olavarría y de doña María Josefa de Basauri.

Después de haber hecho sus estudios patrios en Zaragoza pasó á completar su educación en Francia, Holanda é Inglaterra.

Hallándose en 1808 en este último reino, noticioso de los progresos de Napoleón sobre la península, se restituyó inmediatamente á España con el fin de abrazar la causa de la independencia nacional.

En 3 de Mayo de 1811, casó con doña María Josefa de Usábal, y de este matrimonio tuvo tres hijos, que fueron : D. Fernando, D. Alejandro y doña Carmen. Falleció su primera esposa algunos años más tarde, á efecto de las fatigas é inquietudes, causadas por las persecuciones de que fué objeto la familia y casi concluyeron con los cuantiosos intereses de fortuna legados á D. Juan, por su padre D. Pedro.

En 1813, estando accidentalmente en Montevideo, y viendo que esta ciudad, llave del Río de la Plata, iba á sucumbir á manos de los insurgentes de Buenos Aires por falta de víveres y recursos pecuniarios, la socorrió una vez con seis mil duros, y otra con nueve mil.

De regreso á España en 1814, concibió el proyecto de restablecer el gobierno Constitucional en las provincias del Norte, agregando á sus tareas al general Renovales y á D. Juan Antonio de Yandola ; mas habiéndose frustrado la empresa por infidencia, fué condenado á la pena capital, perdió la mayor parte de sus bienes, y tuvo que emigrar al extranjero, después de haber puesto en salvo á los demás comprometidos en la conjuración. Á consecuencia de esta malograda empresa, su mujer, su hermana y su madre política fueron sentenciadas á diez años de encierro, después de haber sufrido cinco de cárcel, desde 1815 á 1820, en que se proclamó la Constitución de 1812, habiendo

merecido por sus grandes padecimientos y la nobleza y heroísmo de su conducta que las Cortes generales de 1820 las premiasen con una pensión vitalicia.

Durante su emigración de 1815 á 1820 hizo dos viajes á Cataluña y Aragón, con el objeto de ensayar en la Coronilla de Aragón la proclamación del gobierno Constitucional, y otro á Italia con el fin de poner al Rey D. Carlos IV, en los intereses del sistema liberal.

Por estas consideraciones, y de resultas de varios opúsculos que publicó en 1820 antes de reunirse las Cortes, sobre la conveniencia política de revisar y mejorar la Constitución de 1812 y otras materias, fué encargado de la instalación de las Aduanas en la frontera de Guipúzcoa, y nombrado al mismo tiempo Administrador de la de Irún.

En 1821 fué enviado á París por el Excmo. Sr. D. Eusebio de Bardáji y Azara, Secretario de Estado, para entablar relaciones é inteligencias muy importantes y reservadas con los principales caudillos de la oposición francesa, y mereció por el modo con que desempeñó esta comisión los mayores elogios y el particular aprecio de ambas partes interesadas. En esa misma época afirmó é intimó las estrechas ligas de cordial amistad que siempre mantuvo con los insignes generales franceses La Fayette y Lázaro Carnot, con quienes sostenía constante y frecuente correspondencia : cuando el enérgico é inquebrantable diputado á la Asamblea legislativa y á la Convención, llamado el organizador de la victoria, se retiró decepcionado á Magdeburgo después de la Restauración, Olavarría fué varias veces su huésped y compañero en estudios científicos.

En 1822, el Excmo. Sr. D. Francisco Martínez de la Rosa, siendo igualmente Secretario de Estado, hizo que á la mencionada comisión confidencial se le agregase la de vigilar las tramas de los caudillos facciosos

que á la sazón se reunían en la frontera de Francia, y descubrir los ulteriores proyectos del gabinete francés, como todo se verificó á entera satisfacción de dicho ministerio, á quien participó con oportunidad que habían venido á parar á su poder agencias y papeles muy importantes.

En 1823, el Exmo. Sr. D. Evaristo de San Miguel, Secretario de Estado desde Julio del año anterior, deseando utilizar los trabajos preparados por sus antecesores, le encargó con instancia los llevase á pronto y feliz término; pero habiendo faltado el tiempo y los auxilios pecuniarios, que eran precisos y urgentes, no pudo realizarse el proyecto, reducido á volver contra el gobierno francés de aquella época las armas que había reunido en la frontera para destruir el régimen Constitucional en España.

En la misma época fué propuesto para Jefe político de la provincia de San Sebastián, como lo había sido antes por los Sres. Felíu y Moscoso, Ministros de la Gobernación; pero aplazóse el nombramiento definitivo hasta la conclusión de las comisiones reservadas que tenía á su cargo, las cuales se disfrazaban mejor con el título de Administrador de Aduanas en la frontera.

Sabedor en 6 de Abril de 1823 que el coronel francés O-Mohony tenía órdenes de pasar aquella misma noche el Bidasoa, y apoderarse de su persona y papeles para sorprender las relaciones é inteligencias que había tenido en el ejército francés, dispuso frustrar enteramente su siniestro intento, transladándose incontinenti á San Sebastián, y embarcándose luego con toda su familia para la Coruña y Cádiz, después de haber puesto en noticia del Gobernador de aquella plaza las inteligencias que el ejército invasor tenía dentro de sus murallas.

Los aciagos sucesos de Septiembre del mismo año le obligaron á emigrar primeramente á Inglaterra, y

después á la Bélgica, no habiendo podido encontrar asilo en Francia hasta el Ministerio de Martignac, de resultas de haberse encontrado su nombre en los papeles ocupados á varias personas procesadas en aquel reino, y fué expulsado nuevamente de él al advenimiento de Polignac al Ministerio, que provocó la memorable revolución de Julio.

Encontrándose en Tournay, contrajo D. Juan segundo matrimonio con doña Josefa Inés de Usábal, hermana de la primera esposa, el 13 de Mayo de 1824. De este segundo matrimonio nacieron sus hijos D. José y D. Juan.

Durante su mansión en Inglaterra y Bélgica se dedicó constantemente á escribir en varios periódicos liberales y revistas literarias, y fué uno de los principales redactores del *Correo de los Países Bajos*, en unión de los Sres. Van der Weyer, de Potter, Vaneenen y otros hombres insignes en la historia coetánea de la Bélgica.

De acuerdo con el general Mina y otros patriotas emigrados, mantuvo constante correspondencia con algunos amigos que permanecían en España, y tomó parte en varios proyectos que tenían por objeto el restablecimiento de la libertad; en distintas ocasiones por su mediación se facilitaron á dicho general para llevar adelante el *Plan* sumas de alguna consideración, que se aproximan á la cantidad de quince mil duros.

En cuanto S. M. la Reina Gobernadora entró en la senda del progreso, fué el primer emigrado que abrazó su causa con calor; decidió al brigadier Jáuregui y otros expatriados á que tomasen partido por la Reina doña Isabel, contra los que habían alzado en Bilbao el estandarte del absolutismo; hizo que el hijo único que tenía en estado de tomar las armas se alistase de soldado raso en el cuerpo que se iba á formar de Chapelgorris; combatió por medio de la

imprenta la funesta doctrina de algunos emigrados que no veían en la contienda de Carlos y de Isabel más que una mera cuestión de nombres propios; se ofreció á servir en cualquier concepto la causa de la ilustración contra el oscurantismo, y mereció en consecuencia al Excmo. Sr. D. Federico de Castañón, Comandante general de las provincias exentas, varias confianzas y comisiones delicadas que desempeñó con acierto, y le granjearon su particular aprecio y recomendación.

Publicado el Estatuto Real, vino en Mayo del año 1835 á la capital, donde dió á luz una memoria dedicada á S. M. *sobre el medio más breve y eficaz de mejorar la condición física y moral del Pueblo Español*, de la cual se hicieron tres ediciones.

Iba á salir para Francia el 24 de Julio del mismo año con una comisión reservada y muy importante del Gobierno, cuando fué preso al amanecer del mismo día juntamente con los Sres. Duque de Zaragoza, D. Lorenzo Calvô de Rosas, y otros, calificándole miembro presunto de un nuevo Gabinete que debía formarse de resultas de un proyecto concebido con el fin, según aparece de autos, de elevar á pacto constitucional los términos graciosos del Estatuto Real.

Recobrada su libertad, injustamente atacada, pasó á Francia, en donde el Excmo. Sr. D. Francisco Martínez de la Rosa, le confirió de Real orden la comisión de estudiar la índole y progresos de la facción navarra, y proponerle los medios de pacificar el país sublevado, con el menor sacrificio de sangre y de dinero.

Cuando el Sr. Conde de Toreno sucedió al Sr. Martínez de la Rosa en la Secrataría de Estado y presidencia del Consejo de Ministros, le confirmó en el mismo encargo confidencial; y si bien las diligencias practicadas para el efecto no tuvieron todo el resultado que era de desearse á causa de la corta duración

de ambos Ministerios y de los sucesos que más particularmente amagaron al segundo, es bien sabido que les procuró muchos y preciosos datos y noticias que debieron auxiliar poderosamente al Gobierno de S. M., habiéndoles merecido por estos servicios un aprecio particular.

Finalmente, de regreso en Madrid, fué presentado y recomendado muy particularmente al Presidente del Consejo de Ministros, Excmo. Sr. D. Juan Álvarez y Mendizábal. Á consecuencia de una conferencia tenida con dicho señor Ministro, le presentó, á solicitud suya y bajo palabra de reservado, una nota del estado en que quedaban sus relaciones en Bayona cuando caducó su comisión á mediados de Septiembre anterior, y aunque el referido señor Presidente del Consejo de Ministros no hizo uso de sus ofertas personales para traer á pronta y completa resolución este negociado, lo tomó indirectamente en consideración, aunque de un modo ineficaz é insuficiente.

En Marzo de 1836, S. M., atendiendo á los méritos y servicios de Olavarría, se dignó nombrarle oficial segundo de Real Hacienda, y comisionarle á Bayona con el objeto de disolver en lo posible el foco insurreccional vascongado, poniendo para el efecto en los intereses del gobierno de S. M. á las personas más influyentes en las Provincias exentas. Mas habiendo ocurrido la mudanza ministerial de Mayo, se le mandó cesar en su comisión sin embargo del lisonjero estado que á la sazón presentaban sus diligencias, bien se considerasen éstas como condiciones clandestinas de pacificación ó bien como ardides de guerra ó de política.

D. Juan de Dios de Olavarría falleció en 1837, poco después de haber cumplido los cincuenta años de su edad.

Su primer hijo D. Fernando, después de haber hecho brillante carrera militar, falleció pasado el año

de 1846, y quedó de jefe de familia D. Alejandro de Olavarría y Usábal, nacido en Bilbao el 10 de Abril de 1816. Hizo D. Alejandro sus primeros estudios, durante una de las emigraciones de sus padres, en Louvain y en Tournay de Bélgica, por los años de 1824 y 1829, y concluyó su primera educación en Burdeos en 1829 y 1830.

Otra vez hubo de emigrar la familia después de ese año y D. Alejandro pasó á Inglaterra y allí permaneció hasta 1833, consagrado al estudio de las matemáticas y del dibujo, llegando á ser en aquella ciencia y en este arte una indiscutible notabilidad; así lo declaró el jurado de examen de Green-Roso-Académy, en Carlisle, provincia de Cumberland.

Se trasladó más tarde á Bayona con su familia y allí continuó dedicado á las ciencias exactas, hasta 1835 en que habiendo podido regresar á España, ingresó brillantemente en la Escuela especial de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, acabada de organizar en Madrid.

Fácil y notabilísma fué su carrera, dadas sus aptitudes sobresalientes para las matemáticas, y aun antes de terminar el período reglamentario, mereció ser distinguido con honrosas comisiones. Concluída con supremo lucimiento su carrera de Ingeniero civil, en 1840 pasó á la Dirección General del Cuerpo, prestando valiosísimos servicios en la Sección de Planos. En 6 de Febrero de 1841 se le encargó el desempeño de la Cátedra de dibujo de paisaje en la Escuela de Ingenieros, por ausencia del profesor D. Genaro Pérez Villamil, y algunos meses después tuvo á su cargo la Secretaría.

En 3 de Agosto de 1842, fué designado para hacer los estudios relativos á la navegación del río Guadalquivir, y en 22 de Mayo de 1844 recibió el ascenso de Ingeniero de primera clase, con general aplauso de todos sus camaradas de profesión.

Su crédito artístico le valió ser solicitado para dar lecciones de pintura á las hijas del Infante D. Francisco de Paula, tío de la Reina doña Isabel Segunda.

En el año de 1843 contrajo matrimonio con doña Adelaida Ferrari y Scardini, y de este matrimonio tuvo tres hijos : Enrique, Amalia y Carolina.

En 15 de Junio de 1848, fué enviado á prestar servicios de su profesión, á la Provincia de Galicia ; se encargó después de la dirección de los trabajos públicos en la de Pontevedra, y en 1851 pasó con singular prestigio científico á la provincia y ciudad de la Coruña. Á los treinta y ocho años y medio de su edad, cuando su nombradía era más creciente y bien fundada, y tocaba ya los más altos ascensos en su carrera, falleció víctima del cólera morbo, el 24 de Octubre de 1854 en dicha ciudad de la Coruña, donde su muerte causó un sincero y unánime duelo público.

Los hermanos menores D. José y D. Juan, se embarcaron para las Américas y ambos fallecieron en ellas. D. Juan fué á su vez víctima del cólera morbo y murió en México cuando apenas acababa de contraer matrimonio con doña Rosario Echeverría: su hija única doña Dolores, nacida después del fallecimiento de D. Juan, se encuentra casada con D. Pablo de Lascuráin.

En cuanto á mi amigo Enrique, repetiré que vino á México en Diciembre de 1865, cuando estaba casi al expirar el Imperio aquí implantado por la intervención francesa.

En México la situación era peligrosa y difícil en aquellos momentos para los liberales, y Olavarría no tuvo embarazo en afrontarla, tomando activa parte como colaborador de un periódico republicano exaltado « La Sombra, » que hacía tenaz oposición al Gobierno y en cuya redacción figuraban D. Juan de Dios Arias y el coronel J. Rafael Franco, muy conocido en el mundo de las letras por sus sonetos

satíricos firmados con el pseudónimo de « Nelusko. »

Para Enrique de Olavarría, joven y escritor, recién salido de la Universidad, habiendo ganado por oposición un empleo en el Banco de España el 11 de Marzo de 1865, acostumbrado á trabajos intelectuales y con un rico caudal de inspiración y de sabiduría, su único destino en un país hermano del suyo por la tradición, por la fe y por la lengua, era consagrarse á su vocación primera : á las letras.

Vivía entonces en la plenitud de sus mejores años, el ilustre D. Anselmo de la Portilla, aquel inolvidable caballero todo corazón y bondad, verdadero periodista que estrechó con sapientísimos artículos, los vínculos de afecto entre España y México, y él acogió con simpatía profunda á Olavarría, le publicó en « La Iberia », muchas poesías que hicieron sensación en el público por su delicadeza y entonación elevada y lo dió á conocer en los círculos literarios.

Al caer el Imperio y adueñarse de la plaza de México el Gral. Porfirio Díaz, el mismo día de la entrada de este ilustre jefe en la Capital, apareció el primer periódico liberal intitulado « El Boletín Republicano », lleno de entusiasmo patriótico, y en el que figuraban como redactores principales el festivo escritor Lorenzo Elízaga y Enrique de Olavarría y Ferrari. Hoy que han pasado muchos años, no puedo leer sin sentir una satisfacción grata y dulce, aquellos artículos hijos de la sana imaginación del amigo de quien me ocupo ahora, pidiendo á los vencedores clemencia para los vencidos. ¡Con razón toda la prensa de aquellos días los reprodujo y los ensalzó con entusiasmo ! Ese mismo periódico fué el primero en proclamar la candidatura del Gral. Díaz para Presidente de la República.

Pasó del « Boletín Republicano » á redactar la « Idea Progresista » y allí se le conoció y estimó en

sus « Revistas semanarias », que estaban llenas de gracia, de novedad y de talento.

Sabido es que el triunfo de la República despertó en los literatos gran entusiasmo y tal parecía que al volver de la campaña, del destierro ó del retraimiento voluntario, habían todos ellos descolgado sus liras para entonar nuevos cantos á la sombra de la paz. Los editores pedían novelas para ocupar sus prensas, las redacciones recibían con júbilo á ilustrados y juveniles obreros del periodismo y las compañías dramáticas se enorgullecían de poner en escena los frutos del ingenio de nuestros poetas. La compañía que trabajaba en el Principal pidió á Olavarría una obra y éste le dió un arreglo de « El Jorobado », escrito en ocho días y que alcanzó más de cien representaciones.

Entusiasmado con esos triunfos escribió un nuevo drama « Los Misioneros de Amor, » y con el fin de darlo á conocer á sus amigos convocó á una reunión que puede asegurarse fué la que motivó las inolvidables veladas literarias efectuadas en casa de Martínez de la Torre, del Gral. Riva Palacio, de Altamirano, de Schiaffino y de otras personas conocidas y reputadas en la más alta sociedad.

En estas veladas, de que me ocupo en otra parte de este libro, Olavarría contrajo amistad fraternal con nuestros más inspirados y aplaudidos poetas, que le trataron íntimamente hasta considerarlo su hermano, sin que de entonces á hoy se haya entibiado el cariño y la simpatía que con todos le ligaron.

No es de extrañar que en esa época los principales periódicos solicitaran sus trabajos ni que en virtud de esto tomara parte en la redacción del « Siglo XIX », « El Constitucional », « La Iberia », « El Globo », « El Correo de México » y más tarde en « La Revista Universal » que dirigió con acierto, en « El Federalista » cuya dirección tuvo también á su cargo por larga

temporada y dejó para fundar la importante revista de educación y recreo « La Niñez Ilustrada. »

Con gran facilidad para abordar siendo muy joven, empresas en que después ha descollado por su claro ingenio, escribió varias novelas, siendo las principales « El Tálamo y la Horca », de la cual se hicieron dos ediciones, « Venganza y Remordimiento » y « Lágrimas y Sonrisas. »

De esta novela dice en sus revistas el maestro Altamirano lo que sigue :

« Han salido las primeras entregas de la novela de Enrique Olavarría : « Lágrimas y Sonsiras. » Está impresa con mucho gusto y correción. El principio interesa extraordinariamente. Sobre todo, para nosotros lo que hay de tierno en esa primera entrega es la dedicatoria que Enrique dirige á su virtuosa madre.

« Los amigos de Enrique sabemos bien que no sólo ama tiernísimamente á la que le dió el ser, sino que ha hecho de ese amor un culto apasionado y constante. Para Enrique, su madre es el mundo, es la felicidad, es la Providencia. En las horas negras que pasan frecuentemente sobre el expatriado, en esos días melancólicos que amargan el alma del poeta, en los arranques de vehemencia de que no puede librarse nunca el joven que siente hervir su sangre, la santa memoria de esa madre adorada y ausente ha sido para Enrique un consuelo, una esperanza, un apoyo. El nombre de esa mujer querida hace frecuentemente asomar las lágrimas á los ojos de nuestro amigo ; pero también él las enjuga. ¡ Oh ! el amor de la madre es el aliento de Dios. No podemos resistir al deseo de copiar aquí la dedicatoria mencionada :

« Á la Sra, Dª Adelaida Ferrari y Scardini. Mi adorada madre : Una carta y un retrato tuyos, el cariño y el recuerdo míos, y una lágrima en tus ojos desprendida sobre mi nombre que tu mano acababa de trazar, han inspirado á un corazón rebosando santo

amor filial, esta ficción que escribo para distraerte en mi ausencia. Nada en ella es absolutamente verdadero, si se exceptuá el humilde bosquejo que de tus virtudes hago; nada hay en ella de tan precioso valor como tu nombre bendito protegiéndola en su primera página. Á las dos mil leguas de ti: á los cinco años de ausencia: ante Dios y tu retrato, tu hijo te saluda. — ENRIQUE. México, Junio de 1870. »

» ¡Qué pocas palabras, pero cuánta ternura en ellas!

» El público ha acogido con cariño la nueva obra de Olavarría. »

Los merecimientos y la sabiduría del joven escritor no pasaron inadvertidos ante el Gobierno, corporaciones y personas cultas: en 28 de Diciembre de 1871, fué nombrado catedrático de Literatura en el Conservatorio de Música y Declamación: en 1° de Febrero de 1872, catedrático de Geografía é Historia Universal y particular de México en la Escuela de Artes y oficios para señoritas; y en 29 de Abril del mismo año de 72, profesor de Aritmética y Álgebra en la Escuela Normal Central Municipal, ensayada siendo Presidente de la República el Sr. Juárez, con el objeto de formar profesores de instrucción primaria para escuelas municipales. — Reputado ya por sus juiciosos artículos y sus interesantes novelas, tratado con intimidad fraternal por todos los escritores, habiendo trabajado con éxito en las principales redacciones, con laureles ganados en la escena con sus dramas; teniendo reunidas en un volumen sus dulces poesías á las que puso prólogo D. Pedro Landázuri, Enrique entró de lleno á la vida mexicana, formando un hogar, enlazándose con la bella y virtuosa Srita. Da Matilde Landázuri. — Recuerdo aún la solemnidad de la ceremonia efectuada en el Sagrario Metropolitano de México y apadrinada por el Dr. D. Pablo Martínez del Río la mañana del 25 de Mayo de 1872.

La más culta sociedad mexicana asistió á este acto que llenó de gozo á cuantos conocían las exquisitas cualidades de los desposados.

Poco tiempo después, en Febrero de 1894, Enrique de Olavarría partió para Europa, residió en Alemania y de allí fué á Madrid donde yo le encontré y le traté durante algún tiempo. — No estaba en reposo su pluma. Muchos periódicos españoles y entre ellos la « Revista de Andalucía » que publicaba en Málaga el liberal y enérgico D. Antonio Luis Carrión, habían dado á conocer en brillantes y eruditos artículos de Olavarría el estado intelectual y material de México. Con la constancia que sólo infunde un gran cariño al país que ya consideraba suyo, con el conocimiento profundo de sus hombres y de los hechos más culminantes de su historia antigua y moderna, siendo amigo y compañero de sus más notables ingenios, Olavarría escribió « El Arte Literario en México », libro de unas doscientas y tantas páginas y del cual dice el Sr. Vigil « más de cien nombres de escritores consagrados al periodismo, á la poesía, á la novela, á las ciencias y á la historia, son dados á conocer en esa obra, que llamará la atención de los extranjeros con noticias curiosas sobre un país tan desconocido, y de los mexicanos que ven con orgullo enaltecido el nombre de la patria y de sus hijos. »

Ese libro demostró en España que no es nuestro país como se lo imaginaban entonces, « sino que — y tomo de nuevo palabras del Sr. Vigil — tiene una parte de su sociedad consagrada al cultivo de todos los ramos del saber humano, aspirando con justicia á la consideración de los que trabajan con empeño y abnegación en el progreso de la humanidad. »

« El Arte Literario en México » fué recibido con entusiasmo en Madrid así como después obtuvo igual acogida el tomo intitulado : « Poesías líricas mexicanas, coleccionadas y anotadas por Enrique de Ola-

varría y Ferrari. » En dicho volumen reunió poesías de muchos de nuestros poetas, haciendo á grandes rasgos la biografía y un juicio de cada uno de ellos. Esta obra que forma parte de la « Biblioteca Universal. » « Colécción de los mejores autores antiguos y modernos, nacionales y extranjeros », fué juzgada por el eminente crítico D. Manuel de la Revilla, que hizo notar el gran servicio que prestaba á México el Sr. Olavarría en una época en que nadie se tomaba el trabajo de desvanecer inveterados errores respecto de nuestra cultura y civilización.

Después de vivir en España, y haber visitado á Francia, Bélgica y Alemania, en 1874 y 1876; después de haber publicado esos libros que la prensa mexicana encomió con el entusiasmo que merecían, y de haber escrito en la « Prensa » de Madrid, la « Andalucía » de Sevilla, la « Revista de Andalucía » de Málaga y el Semanario Matritense intitulado la « Vida Madrileña; » después de haber servido á nuestro Gobierno que le nombró en Agosto de 1877 su comisario oficial en los archivos de Indias de Sevilla y general de Simancas, donde encontró preciosos documentos para la historia, volvió á México en Diciembre de 1878, siendo recibido con gran cariño por todos los que aquí saben apreciar sus grandes méritos.

Olavarría es acaso el único que sin miedo de la opinión escribió en España acerca de la conveniencia de celebrar un tratado de propiedad literaria para impulsar con él la formación y fomento de nuestra literatura nacional.

Ya en México, la vida de Olavarría ha sido de una constante consagración á la historia y á las bellas letras. No sólo pudo redactar y sostener un periódico en unión del Sr. D. Pedro Landázuri y D. José Sánchez Ramos y D. Eduardo Dublán, que intitularon « El Cronista de México » y publicar extensos y eruditos artículos en la « Revista Nacional de Letras y

Ciencias » sobre « Datos para la biografía de D. Mariano Arista », sino que ha llevado á cabo obras de altísima importancia.

En tres años, comenzados en Julio de 1880, y terminados en Noviembre de 1883, escribió y publicó la primera serie de los « Episodios Históricos Mexicanos » que son diez y ocho tomos de los cuales los cinco primeros aparecieron con el pseudónimo de *Eduardo Ramos*.

Esas obras dice el mismo Olavarría, fueron escritas con el propósito de no trazar ni una sola línea sin previa consulta de cuantos libros, documentos y testimonios pudiera haber á las manos. Cuando se hallaba en prensa el tomo duodécimo, Olavarría sufrió un golpe horrible, se le murió su hijo primogénito, Enrique, nacido en México el día 7 de Agosto de 1874, criatura de clarísimo talento, que había cumplido ocho primaveras, hermoso de rostro y de corazón, con ojos oscuros y expresivos, con frente llena de luz y de esperazas. Hubiera entonces dado término á su empresa nuestro amigo, pero el afán de consagrar á la memoria de tan precioso y adorado niño, un monumento en que la madre, la hermanita y el desolado padre pusieran sus flores y sus lágrimas, le infundió aliento y concluyó su nuevo libro que fué comenzado según confesión del autor « con la intención de que algún día instruyera á mi hijo en la historia de su patria tres veces hoy querida para mí : porque es la de mi elección, porque en ella nacieron mi esposa y mis hijos y porque en esa tierra reposan los restos de mi primogénito » Este su hijo Enrique, murió en México el día 25 de Diciembre de 1881.

Los episodios nacionales son « Las perlas de la reina Luisa », sobre acontecimientos que hicieron brotar el germen de la independencia ; « La Virgen de Guadalupe », sobre los sucesos que precedieron á la insurrección de Hidalgo en Dolores el 16 de sep-

tiembre de 1810; « La derrota de las Cruces » más anecdótica y episódica que las anteriores; « La Virgen de los Remedios.», « Las Norias de Baján », « El Puente de Calderón », « El 30 de julio de 1811 », « El cura de Nucupétaro », « La Junta de Zitácuaro », « El Sitio de Cuautla », « Una Venganza Insurgente », « La Constitución del año doce », « El Castillo de Acapulco », « El 22 de diciembre de 1815 », « El Conde del Venadito », « Las tres Garantías », « La Independencia » y « El Cadalso de Padilla. »

Diez y ocho tomos que se vendieron en todo el país con grande aceptación del público y que revelan la erudicición y el talento de su autor á la vez que su juicio, su energía y su constancia para concluirlos.

Admira cómo á pesar de haber trabajado tanto, pudo aceptar la difícil encomienda de escribir el cuarto tomo de esa grandiosa y lujosíma publicación « México á través de los Siglos » que es un monumento perdurable para mi patria y que enaltece así á los Sres. Alfredo Chavero, Gral. Vicente Riva Palacio, Julio Zárate, Enrique de Olavarría y Ferrari y José María Vigil, como al joven editor D. Santiago Ballesca que con innumerables sacrificios, con rudos trabajos que le costaron prolongadas vigilias y amargas desazones, dió cima á tan importante obra, de la cual estoy seguro que aún no ha recogido ganancia material alguna.

Estaba encomendado el cuarto tomo « México Independiente » (años 1821 á 1855) al Sr. D. Juan de Dios Arias, pero le sorprendió la muerte cuando apenas comenzaba su trabajo y entonces fué Olavarría el designado para escribirlo. — Que salió airoso de esta nueva y noble tarea, lo saben cuantos han leído ese volumen lleno de imparcialidad, de sensatez y de erudición.

No satisfecho de estos trabajos, se propuso como administrador del Colegio de las Vizcainas escribir la

historia de tan benéfico establecimiento. Nadie había cuidado de escudriñar los archivos, cuya confusión desde hace muchos años era tan grande que había legajos arrinconados entre botes de especias para la cocina. — Olavarría buscó y rebuscó hasta hallar el material suficiente para escribir su magnífica obra « El Real Colegio de S. Ignacio de Loyola », vulgarmente « Colegio de las Vizcainas » en la actualidad « Colegio de la Paz ». — Reseña histórica escrita por Enrique de Olavarría y Ferrari é impresa por acuerdo y con la aprobación de su Junta Directiva.

Esta obra dedicada en tributo de veneración y gratitud á la memoria de los fundadores del colegio, á sus benefactores, al Benemérito Juárez que salvó sus caudales en 1861, al Gral. Porfirio Díaz que en 1885 salvó y afirmó por segunda vez esos caudales y á los Sres. de la Junta Directiva; esa obra, repito, impresa lujosamente en la reputada casa de D. Francisco Díaz de León, é ilustrada con magníficas vistas y retratos, es otro monumento de erudición histórica; contiene preciosos documentos, curiosos relatos, interesantes informes y puedo decir, que será en todo tiempo un escudo de salvación para el colegio si al correr de los años se viera alguna vez amenazado.

Este libro admirable revela con demostraciones palpables el espíritu, los sacrificios, la bondad y largueza de los fundadores, ilustra sobre puntos que se creían oscuros é inabordables y estudia la vida del plantel desde que se ideó levantarlo hasta su estado actual.

¿ No son estos trabajos meritorios y gloriosos? Quien ha sabido llevarlos á cabo, ¿ no ha hecho mucho por el nombre y la gloria de la tierra mexicana, que ya lo cuenta como hijo suyo y de los más distinguidos?

Una vida consagrada en todas sus horas á enaltecer al país, á propagar en tierra extraña todas las

grandezas materiales y morales que encierra, á historiarla sin pasión y con gran caudal de conocimientos que satisfacen al más exigente erudito, y todo esto cuando se está todavía en la plenitud de los mejores años ¿ no da derecho á todos los aplausos, á todos los respetos y á todos los lauros?

La casa de Olavarría está siempre visitada por lo más selecto en las letras y en las artes. — Allí las reuniones cautivan y dejan inolvidables recuerdos, pues en ellas toman parte así las jóvenes y los jóvenes de buena sociedad que en la música y el canto ocupan puestos de distinción, como los que cultivan la historia y la poesía, engalanando con sus producciones los mejores periódicos del país y con sus libros las más preciadas bibliotecas.

Por eso en aquella sala donde hace los honores de una reina la virtuosa é inteligente dama doña Matilde Landázuri de Olavarría, acompañada de su bella hija también llamada Matilde, pero que, para los que la conocemos desde niña nunca dejará de ser *la nena*, se deleita así el joven soñador y entusiasta que á la hora del baile encuentra una linda pareja, como el que sueña escuchando las armonías divinas que arranca al piano la sublime Elena Padilla, ó los gorjeos dulces de María Lebrija ; así el que sacia su sed de saber en la erudición de D. José María Vigil y de Antonio García Cubas, como el que se siente feliz oyendo de los labios de Francisco Díaz de León cuántos sacrificios hay que llevar á cabo con resignación para servir á los desvalidos.

En la casa de Enrique se dan cita los más inspirados y estudiosos ingenios que son honra y prez de la juventud pensadora, á los cuales podría citar aquí si no fuera tan larga la lista de sus nombres, que me da temor el olvidarme de alguno y herir así susceptibilidades delicadas.

Olavarría ha trabajado mucho. Sus novelas publica-

das son doce y forman diecisiete volúmenes : sus obras dramáticas son seis; sus obras históricas abrazan veinticinco volúmenes, y las exclusivamente literarias constan de otros dieciséis volúmenes. Forman, pues, todas ellas *sesenta y cuatro* volúmenes, de veintiocho páginas el que menos, hasta ochocientas el que más, y recuerdo que al mostrármelos me decía tomando la frase de Cervantes y con la natural modestia que le distingue : « estos libros no por la calidad pero sí por la cantidad han vaciado los aposentos de mi cerebro. »

Es un escritor infatigable; su erudición es vastísima, nadie sabe como él la historia del Teatro en México desde los más remotos tiempos y á ello se debe su laboriosa obra « Reseña Histórica del Teatro en México », de la que en 1895 se publicó la segunda edición, en cuatro gruesos y nutridos volúmenes. El mejor elogio que de su Historia del Teatro puede hacerse, es reproducir lo siguiente que escribió Ignacio Altamirano, al leer la primera edición :

« Leo con verdadera fruición los bellísimos artículos que sobre Historia del Teatro publica Ud. — Son magníficos, y como está Ud. tan instruído en los sucesos de ese tiempo y conoce Ud. tan bien á nuestros hombres, sus cuadros son palpitantes de verdad. — Desfilan ante nuestros ojos como en una procesión histórica, hombres y cosas, con un realismo que sorprende. Veo que es Ud. un reconstructor admirable. Debe Ud. haber leído mucho, buscando mucho en el caos de nuestras publicaciones y consultando mucho. Siga Ud. Su libro será muy interesante, y si lo completa con la historia de nuestro teatro antiguo, será único. En México no había ni uno solo, y el asunto es importante, porque presenta una fase de la vida nacional y muestra el desarrollo que ha tenido en el país el gusto público ; además, con este motivo se hace también historia política de México, y de la me-

jor porque es anecdótica. De todos modos la obra de Ud. es bella y merece aplauso. »

Olavarría, incansable siempre, aun tiene en preparación diversas obras históricas que va escribiendo en las horas que le dejan libres la administración del colegio de las Vizcainas, sus labores de redacción en el *Diario Oficial del Gobierno*, en que desempeña el empleo de Segundo Redactor, desde el 16 de Diciembre de 1881, y su cátedra en la « Escuela Normal para Profesores », de la cual fué nombrado profesor de lectura superior y ejercicios de recitación, reminiscencias y composición, ó sea de primero y segundo año de Español, el 11 de Julio de 1896 : para esta su catédra ha escrito un nuevo libro que tiene por título « Guía metódica para el estudio de la lectura superior » y á principíos de 1899, hizo de él una nueva edición intitulándole : « Curso elemental de Lectura superior y Recitación », obra que llena las condiciones para servir de texto en las Escuelas profesionales.

En 12 de Julio de 1896 fué electo diputado suplente al Décimo Octavo Congreso general de los Estados Unidos Mexicanos por el distrito de Jojutla ó tercer distrito electoral del Estado de Morelos, cargo que no llegó á ejercer por haber desempeñado la representación de dicho distrito el diputado propietario.

En 10 de Julio de 1898 fué electo diputado propietario el Décimo Noveno Congreso general de los Estados Unidos Mexicanos por el distrito de Guadalupe Hidalgo ó décimo distrito electoral del Distrito Federal, cargo que desempaña desde el 16 de septiembre de 1898 en que empezó á funacionar dicho Congreso de la Unión.

Del 20 de octubre de 1898 al 19 de noviembre siguiente ejerció interinamente la dirección de la Escuela Normal para profesores, de México, durante una ausencia del director y fundador Lic. Don Miguel Serrano.

Pertenece este amigo mío á la mayor parte de las Sociedades y Liceos literarios de la República, y á varias de las científicas; fué secretario de la sección de literatura del Ateneo mexicano de Ciencias y Artes, creado en 1882, y en el undécimo Congreso Internacional de Americanistas, que celebró en México sus sesiones en Octubre de 1895, fué con los Sres. D. Justo Zaragoza y D. Casamiro del Collado, delegado official del gobierno español.

Por hoy, es su muy grato quehacer la educación de su hijo Ramón, nacido en México el 24 de Julio de 1886, pues de él espera que algún día siga honrando y haciendo estimado el apellido que lleva.

En México consideramos á Olavarría como compatriota y lo digo con orgullo, no creo que él pudiera vivir en ninguna otra parte más querido que aquí donde tiene hermanos en vez de amigos.

Es un amigo leal, sincero, abnegado, que no ha medido sacrificios ni escollos para servir á los elegidos de su corazón; es un carácter firme y bondadoso que después de haber sufrido grandes pruebas y amargos dolores, no se volvió escéptico para los afectos ni cegó las fuentes de su bondad y de su nobleza, pues á quien le tiende su mano es porque ya lo ha inscrito en el catálogo de sus amigos y él sabe lo que significa y vale este título.

Un escritor de tantos méritos y de tantas virtudes privadas, es digno, no sólo de la particular y profunda estimación de los que pueden y saben apreciarlo, sino del respeto y aplauso de los que no le conozcan personalmente.

IGNACIO PÉREZ SALAZAR

(DEL LIBRO « MIS AMIGOS. »)

Después del Distrito Federal donde he nacido, de todas las ciudades de la República, es Puebla una de las que interesan mi corazón. Será porque en ella duermen eterno sueño seres para mí inolvidables, será porque ha sido teatro de grandes hechos históricos que me enorgullecen, será porque tiene grande semejanza con el lugar de mi origen, ó en fin, porque allá, adonde he ido más de veinte veces, hallé en los primeros días de mi vida literaria, muchos amigos leales, soñadores y poetas, á los que hasta el día debo pruebas inequívocas de constante adhesión y cariño.

Puebla ha dado al Parnaso, al Foro, á la Política, á la Ciencia, á la Tribuna, á la Cátedra, á las Armas y á la Diplomacia, hombres verdaderamente notables, y para dicha nuestra, los seguirá dando todavía por mucho tiempo.

En Puebla nació nuestro inspirado y correctísimo poeta D. Manuel Pérez Salazar y Venegas, tío del fraternal amigo á quien hoy toca entrar de lleno en unas cuantas páginas de este libro.

Era D. Manuel dulce y correcto, elevado y elegante en el sentir y en el pensar; sus versos de entonación vigorosa, recuerdan unas veces á Meléndez y otras á Argensola; vuela en ocasiones tan alto como Quintana; se levanta en otras tan triste como García Tassara y nunca abate el estro ni mancha el numen, ni deja el solio en que por su claro ingenio lo premiaron las Musas.

D. Manuel Pérez Salazar, hizo detenido y hermoso viaje, venero para él de nuevas inspiraciones y de íntimos regocijos que se traslucen en sus versos. Era magistral autor de sonetos, y el que tenga sus obras le recomiendo que se deleite con los que inti-

tuló « Las Discordias Civiles, » « La Vuelta, » « Las Ruinas de Pompeya » y su tiernísimo « El Petrarca, » tan dulce y tan bello como los del mismo amante de Laura. Distínguese sobre manera D. Manuel Pérez Salazar en sus traducciones y allí están « La Conciencia, » de Víctor Hugo; « El 5 de Mayo, » de Manzoni; « Mi Hermana, » de Leopardi, superior en sentimientos y en estilo á la de nuestro inolvidable Carpio.

El Cisne poblano, el árcade de Zaragoza, el elegante bardo, amaba como hijo á su sobrino Ignacio Pérez Salazar. Yo sé bien que á éste último desagradaría que me ocupara de él sin nombrar y detenerme un poco en la vida de su maestro, protector y tío, á quien tanto debe en la vida.

Fué D. Manuel quien con indescriptible cariño, con sabios consejos y con acertada dirección encaminó á mi amigo á terminar brillantemente su carrera de abogado, habiendo tenido la desgracia de morir antes del mes de Agosto de 1881, en que recibió después de un brillante examen, el título y la toga el que es hoy objeto de este artículo.

¿Quién es Ignacio Pérez Salazar? me preguntaréis muchos de vosotros al recorrer favoreciéndome, estas hojas donde he vaciado mi corazón. Voy á decíroslo en breves palabras.

Ignacio Pérez Salazar, hoy oficial mayor de la Secretaría de Hacienda del Estado de Puebla, es hijo de D. Ignacio Pérez Salazar y Venegas y de Doña Dolores Osorio, y nació en Atlixco, la antigua Villa de Alonso Díaz de Carrión.

Atlixco recuerda á los que la conocen, la vega de Granada: sus pintorescos panoramas; sus flores siempre en primavera, sus bullidoras cascadas y fuentes, el cielo siempre azul, las palmas meciéndose como airosos abanicos, los árboles copados y frondosos ofreciendo grata sombra, arrancan un suspiro

al que como yo ha sentido inefables delicias en aquellos inolvidables sitios donde Boabdil lloró amargas lágrimas, y donde parece aún que en las noches de luna, la sombra de Moraima cruza silenciosa entonando tristísimas cántigas que los « ravíes » escuchan con respeto.

Ignacio fué precoz para los estudios y su noble padre murió dejándolo en la primavera de la vida, cuando apenas contaba quince años y comenzaba su carrera.

No fué su edad obstáculo para encargarse de siete hermanos que bajo la dirección de una madre modelo de virtudes y de inteligencia, se han formado y son hoy miembros honorables y útiles á la sociedad en que viven.

El padre de mi amigo, era ayudante de aquel inteligente y memorable Ministro del General Santa-Anna, General José María Tornel y Mendívil, y el día en que se separó de ese notable funcionario se radicó en Atlixco permutando por el empleo de Jefe de la Aduana de este lugar, el de Administrador de la del puerto de Matamoros que le habían dado como premio á sus relevantes servicios.

Ignacio, amaba las letras desde muy niño, y esta afición innata le valió todo el cariño de su tío D. Manuel que lo llevó á su lado, le puso en posesión de su riquísima biblioteca, le obligó á estudiar los clásicos griegos y latinos, lo familiarizó con las obras de los grandes genios de la humanidad, le dió sabios consejos y contribuyó de mil modos á formarlo un ciudadano honrado, un abogado sabio y un poeta dulcísimo y noble.

Con Mentor tan valioso, mi amigo alcanzó los primeros premios en todos los años de su carrera, fué la gala del Seminario y del Colegio Carolino, aprendió el latín al grado de serle tan familiar como su propio idioma; profundizó á Virgilio y Horacio; desplegó

sus talentos en el Derecho Romano; ejercitó su natural elocuencia en Cicerón; vigorizó sus ideas con Tácito; levantó sus inspiraciones con Cátulo y Tíbulo. y llegó al colmo de sus deseos doctorándose en medio del aplauso unánime de sus maestros y condiscípulos.

Preparado así, entró de lleno á la vida pública y fué Secretario y Catedrático de Geografía en el Colegio del Estado; Regidor, Síndico y Diputado á la Legislatura de Puebla de 1873 y 1874; Juez de 1ª instancia de Cholula, Atlixco y Huejotzingo (en Tribunal Colegiado): Procurador de 1ª instancia, Secretario de la Jefatura Política, Secretario del Ayuntamiento y ahora empleado de Hacienda.

Honrado á carta cabal, educado en una atmósfera de virtud perfecta, amante de los libros que enseñan y que cautivan, jefe de una familia en que todos son igualmente estimables por sus méritos, es Ignacio Pérez Salazar como abogado, como literato, como poeta y como amigo, fiel reflejo de su limpia conciencia y de su inmaculata conducta, blanco por dentro y por fuera, recto y leal á derecha y á izquierda, un caballero de la Edad Media, feliz con su manera de ser en medio del atronador concierto de nuestros tiempos.

No busquéis nunca en sus versos el acre sabor de la disipación y del escepticismo; no le pidáis gritos descompasados de desencanto y de incredulidad; no insistáis en que os hiera con el dardo de la duda ó del cinismo; no intentéis que os conmueva y os arranque un aplauso mostrando una llaga incurable ó lanzando una imprecación desusada, no; él ha cultivado en su alma desde la infancia, las flores de la fé y de la virtud; él ha sentido celestiales venturas en medio de un hogar tranquilo donde la voz de su virtuosa madre ha sido la voz del cielo en medio de las tormentas del mundo; él ha fortificado sus afectos con sanos ejemplos, con bellos libros, con nobles amigos y con la

memoria inmaculada de aquel bardo tiernísimo que le amó y le protegió tanto en las más serenas y hermosas horas de su juventud.

Ignacio Pérez Salazar como poeta es muy notable: campean en sus versos la ternura, la fé, el sentimiento, el amor puro y noble, la delicadeza y la lealtad. Son cada una de sus estrofas un reflejo de su corazón tranquilo, y busca sus númenes en el hogar, en la familia, en la cuna de sus hijos y en las aflicciones y en las glorias de su patria.

Amante elevado y tierno ha consagrado á la virtuosa compañera de su vida los más bellos cantos de su arpa modesta y sonora; padre tiernísimo, se inspira en las gracias de sus hermosos hijos que constituyen su mayor tesoro; hijo respetuoso y apasionado, vé en la santa mujer que lo nutrió en sus entrañas la encarnación más noble de sus más altos sentimientos.

Como abogado, bien lo saben todos; no registra un negocio que le avergüence. su conciencia y su corazón están en su carrera forense libres de rubor y de remordimiento.

Conoce á fondo la legislatura de nuestro país, posee riquísima biblioteca; pide al extranjero constantemente lo más notable sobre jurisprudencia y bellas letras; rinde ciego culto á sus deberes, y es el modelo de los abogados honrados é instruídos.

Podría yo citaros muchos versos de Ignacio, dulces como los mirtos y blancos como las azucenas; podría señalaros cuáles son sus defensas y alegatos más notables; no tendría dificultad en señalar los importantes artículos con que ha engalanado multitud de periódicos, desde « El Estudiante », que fundó y redactó en el colegio hasta cualquiera de los de nuestros tiempos; podría asimismo deciros con cuánto amor conserva de igual modo exquisitas obras de arte; pero nada es necesario, cuando en su Estado, uno de los más importantes de la Federación Mexi-

cana, es lo suficientemente reputado y conocido para no necesitar de mis elogios ni de mis aplausos.

Ignacio Pérez Salazar hizo últimamente un hermoso viaje en que visitó la Italia, recorriendo desde Nápoles á Venecia pasando por Roma, Florencia y Pisa y desde la Reina del Adriático á Milán y Turín; por la culta Francia, residiendo en París, por la grandiosa Inglaterra, por la histórica y legendaria España y después por los Estados Unidos del Norte visitando las rugientes Cataratas del Niágara.

Fruto de ese viaje es un precioso libro que publicó el año pasado, coleccionando todas sus impresiónes escritas en sentidos y delicados versos, entre los cuales hay sonetos de gran mérito que bastarían por sí solos para darle, si no lo tuviera ya, alto renombre literario.

Libro que puede entrar á todos los hogares y ponerse en todas las manos, semeja un ramillete de gardenias y honra tanto á su autor como al que lo conserva en predilecto lugar de su biblioteca de cariño.

No sólo las poesías son interesantes y bellas en esa colección intitulada « Impresiones de Viaje y Estivales » pues lo son asimismo las notas en prosa que sirven de epílogo á la obra.

No es el poeta que pulsa cuerdas toscas para cantar pasiones bajas y torpes, sino el bardo de la ternura, de la virtud, de la bondad, de la fé y del sentimiento.

Como amigo, él, como Byron puede decir, que « la amistad es el amor sin sexo, » por eso el que lo trata lo quiere toda la vida.

Yo, en la humildad de mi valimiento, lo auguro desde ahora : Ignacio Pérez Salazar el día que saliendo de su natural modestia se proponga billar como merece, será un nuevo timbre de honor y de gloria para nuestro foro y para nuestras bellas letras.

Tiene todas las grandes cualidades para brillar en las alturas á que otros muchos llegan sin alas, impelidos por el soplo de la buena suerte, pero él es feliz

con la paz de que disfruta su conciencia, el amor de su esposa y de sus hijos, y la bendición de su tierna madre que Dios le ha conservado para regocijo de su corazón de hijo amantísimo.

Hace veinte años que nos conocimos y en ellos se ha nutrido y desarrollado una amistad que nos ha convertido en hermanos. No le doy ni él podría darme otro título, más que el de hermano, en nuestro trato y en nuestras epístolas.

Pero el cariño no ciega y si él no valiera lo que vale, yo no se lo diría porque no gasto lisonjas con nadie y menos con mis íntimos y mis elegidos.

GONZALO A. ESTEVA

(DEL LIBRO « MIS AMIGOS. »)

Hijo de un caballero todo talento y energía y de una dama deslumbradora de belleza y de virtudes, nació el distinguido amigo mío, á quien toca ahora engalanar con su nombre estas páginas, en la heroica ciudad de Veracruz y en un hogar cuyos limpios blasones, en sus dos ramas, brillaban tanto por vincularse en la sociedad más aristocrática como por aquilatarlos sus legítimos méritos de hidalguía y generosidad.

Hay familias en que el talento es un patrimonio que se recoge con el apellido y en las cuales es deber sagrado hacer un buen uso de tan rica herencia.

Gonzalo A. Esteva, dotado de brillante imaginación, amante de los libros y de las armas desde sus primeros años, con gran pasión por las bellas letras y con alas vigorosas para espaciarse en amplios horizontes, entró á la vida pública por la dorada puerta de la diplomacia.

La diplomacia para un soñador joven, es un palacio olímpico en que se respira esencia de nardos, se bebe néctar y se mira á los dioses.

Muy joven partió Esteva para Europa, y los más elegantes salones de Madrid, de Londres y de París, le abrieron sus puertas y le dieron sitio predilecto en sus estrados.

No le llevaba la política, ni el fin de hacer un tratado, ni la santa misión de dirimir un conflicto internacional; le impelía su juventud, esa maga que en sueños apura en vasos de Toscana el vino blanco de Mendés y el rojo de Scyatha, pasea en carros de Sicilia, pisa los tapices de Cartago y duerme en lechos de Mileto. Joven, lleno de inspiración, educado con el escrupuloso celo que distingue para esto á nuestras familias de limpio abolengo, Esteva fué en aquellos días un elegido en los altos círculos, á quienes era infiel sólo cuando halagaba sus sentimientos artísticos visitando y estudiando museos, academias, bibliotecas y teatros.

Nada de esto le impedía consagrarse en sus horas á su labor de oficina, llegando como el inolvidable Núñez Ortega, nuestro último ministro en Bélgica, á ser un hábil y experto secretario de Embajada con toda la discreción y el tino que requiere en tierra extraña el buen desempeño de tan honroso encargo.

Cuando Esteva volvió de Europa, después de haber tratado día por día, lo más selecto de las letras, de las ciencias y de la sociedad elegante y culta, sus ilusiones, como las hijas de Emeso, engalanaban sus frentes con guirnaldas de anémonas y vestían túnicas bordadas de perlas.

Ocupó un empleo de rango en la sección de Europa de la Secretaría de Relaciones Exteriores y se distinguió por el estricto cumplimiento de sus deberes.

En México, á la sazón, se operaba el cambio que fué el principio y la base del progreso actual. — Un sabio,

orador y poeta, derramaba con su talento vaciado en frases griegas, la luz del arte en los espíritus, y congregaba á todos los pensadores para que, reunidos publicaran sus trabajos y hubiera así vida literaria en este país cansado de luchas terribles. Me refiero á Ignacio M. Altamirano y á su periódico « El Renacimiento. » — Gonzalo Esteva y su hermano Roberto, le prestaron valioso contingente y sus nombres en repetidas ocasiones arrancaron el aplauso de los inteligentes desde las páginas de aquella publicación inolvidable.

Gonzalo vivía consagrado á trabajos intelectuales, y como un caballero de los siglos de oro, á esgrimir sus armas para que en ninguna ocasión al necesitarlas en la defensa ó en el ataque, estuviera su brazo cansado ni su pulso torpe.

Traía en su ánimo las impresiones brillantes de cuanto había visto en países grandiosos y con esta savia nutrió las flores de su ingenio que las entregaba por igual á la lira, al periodismo y á la tribuna.

Es condición de la vida, la lucha constante y no era un camino de rosas el que cruzaba mi amigo en medio de sus triunfos. Atraído por la política, obligado á tomar parte en el movimiento social de esas épocas que se tornan oscuras y difíciles porque aún tienen en fermento lo que á todos parece sazonado, entró sin embargo á la prensa y probó amarguras y desengaños que ha de haber sufrido en silencio, pues no hubo quien le oyera lamentarse ni quien le viera desmayar por falta de ánimo.

Todo invade la política y nadie deja de tomar en ella su parte activa de mayor ó menor trascendencia. La vida del periodismo es una cadena de no interrumpidos quebrantos en los días de lucha, cuando hay encarnizamiento de partidos, cuando la bandera que se sostiene tremola azotada por el huracán de las ciegas pasiones. Á Gonzalo A. Esteva se le encuentra en estas

luchas, siempre víctima de la amistad, de la palabra empeñada, del compromiso contraído, quedándose unas veces solo en el campo, separándose otras de sus compañeros por razones de convicción y siempre se le encuentra juzgado con dureza, atacado rudamente, herido por los contrarios sin que baste nada á hacerle variar de actitud en las crisis supremas ni á modificar sus razonamientos en las discusiones sosegadas y tranquilas.

Naturalmente la pasión es ciega y cae en abismos, de aquí resulta que la controversia política se torna en discusión personal y concluye en un llamamiento al terreno de las armas. Muchos lances personales ajustados rigorosamente á lo prevenido por las leyes que los regularizan, forman las efemérides del periodista político y Esteva cuenta varios en esa vida de agitación continua en que lo han tenido desde hace muchos años sus labores favoritas.

Gonzalo A. Esteva es en extremo correcto en la forma, en la acción y en la palabra. Elegante en el vestir, pulcro y distinguido en sus maneras, con sello de distinción en su fisonomía, puede comparársele á aquellos capitanes de que habló Tácito en sus estudios sobre la Germania y que según la frase del inmortal historiador « el mayor delito y flaqueza entre ellos es dejar el escudo. »

No podía ser de otra suerte quien desde niño ha tenido por mejor y más grato solaz el manejo de las armas nobles, conociéndolas tanto que ha podido escribir una obra notable sobre su uso y empleo en los lances supremos en que hay que perder la vida antes que la honra.

Caballero en todo semejante á los medievales, es rica la colección de armas que posee y es prominente el lugar que ocupa en las mejores salas donde aquéllas se esgrimen.

Á muchas tareas ha consagrado su talento ; siendo

muy joven no le conformó detenerse en Madrid, París y Londres, sino que recorrió además de las naciones de que esas ciudades son capitales, la Holanda, la Alemania, la Bélgica, el Austria y la Italia, donde hizo estudios especiales de arte que le fueron provechosos para completar su educación estética.

Después ha recorrido los Estados Unidos por el Norte y el Oeste, como también el Canadá en donde permaneció algunos días.

Muchos son los periódicos en que su pluma ha trabajado, pero los más notables son « El Federalista » diario admirable por lo selecto de sus artículos, la oportunidad y la profusión de sus noticias y el personal de su redacción en que figuraron escritores de tanto mérito como renombre.

Fundador de « El Renacimiento » con Altamirano, escribió y publicó versos inspirados y novelas que llamaron la atención por la delicadeza de sus argumentos y la limpieza de su estilo. Redactor de « La Revista Universal » sostuvo en ella, en días de tremenda lucha, polémicas de alto interés político, que, si bien inquietaron sus horas sirvieron para darlo sitio prominente é inamovible entre los periodistas de mayor fuerza y de más vigorosa péñola.

Con tan sólidos elementos, habiéndose creado un nombre en academias y liceos científicos y literarios, lo que le valió honrosos diplomas y títulos de corporaciones nacionales y extranjeras, fundó hace trece años « El Nacional » á cuyo frente se encuentra todavía, consagrándose á ensanchar la esfera de interés del periódico, sin medir sacrificios ni arredrarse ante los naturales escollos que una empresa y una labor así han demandado en días de prueba y de combate.

Bien reconocida está la importancia de sus trabajos y demuéstranlo claramente los testimonios de consideración que le han dado los gobiernos extranjeros, condecorándolo con órdenes tan reputadas como la de

Carlos III, Isabel la Católica y el Medh-djié de Turquía, para cuyo uso le ha dado permiso el Congreso de la Unión.

Tres veces ha sido diputado al Congreso, y también ha representado como Senador al Estado de Veracruz.

Activo é infatigable por carácter no desmaya jamás en lo que emprende. Es muy vasto y sumamente distinguido el círculo social en que tiene sus más caros afectos y es de aplaudir, que siendo, como es, un capitalista á quien bastaría su fortuna para no exponerse á los azares de la política y del periodismo, preste en ambos su contingente, cuando podría como otros muchos de su rango vivir tranquilo en el lugar que mejor le conviniese.

Hijo amantísimo, ha sufrido tremendo golpe con la muerte reciente del autor de sus dias, llegando á quebrantarse su salud y á entristecerse su ánimo como en ninguna otra época de su vida.

Esposo ejemplar y padre amoroso, su hogar es el templo de sus más sagradas ambiciones y allí se consagra después de haber soportado con serenidad los rudos embates de la vida pública, á hacer de sus dos hijos, hombres buenos y útiles, poniendo la base para que no sufran en la tierra las amargas decepciones que él ha probado con la firmeza de un caballero de otras edades.

Tratado en la intimidad, Gonzalo A. Esteva es afable y bondadoso, sin que se le escuchen respecto de sí mismo otras frases que las que dicta una modestia hija de un carácter honrado.

Unido á una dama tan virtuosa como bella, es en la vida privada el modelo que buscan todos aquellos que sueñan con la felicidad doméstica, considerada por los filósofos y pensadores como el mayor de los tesoros y la única envidiable de las riquezas.

No es esto una biografía, es un boceto que otro podrá completar con mejores datos.

Al publicar el retrato del caballero y del amigo, huelgan palabras que pudieran tomarse como lisonjas. Para los lectores de este libro, ese retrato les dará á conocer á la persona de que me ocupo; sus prendas y cualidades relevantes yo las estimo en todo su innegable valor y como las estimo las bosquejo. No tengo al hacerlo otra pretensión que la de tributar justicia á quien para mí nunca ha tenido en su amistad, nada que lo aparte de mi memoria ni que aminore la fuerza de los lazos de simpatía y respetuosa confianza que desde hace algunos años nos estrechan y acercan. En las esferas tranquilas de un afecto sincero, son ajenos del todo al criterio de ambos, los ideales religiosos, políticos y sociales que suelen servir, si son diversos, de fuentes de división y de indiferencia.

Al libro de « Mis Amigos » que sea dicho en verdad nada vale por ser mío, se entra sin otro título que el del afecto, pues nada significan ante el corazón otras dotes, aunque sean á todas luces de mayor interés en la vida moderna.

Gonzalo A. Esteva desde Diciembre de 1891, es Ministro de México en Italia. Reside en Roma, donde es muy querido de todos los hombres eminentes. Allí perdió á su hijo Gonzalo, joven lleno de talento y de virtudes, y consuela su inmensa pena sirviendo con honra á la patria y siendo en la sociedad y en el hogar un modelo de caballeros.

CORONAS DE TRAPO

(DE MIS MEMORIAS DE 30 AÑOS)

— No tengas miedo, me decía un compañero de colegio, tú atesoras grandes disposiciones para autor

dramático, y ya verás qué triunfo tan grande y tan inolvidable alcanzas con tu comedia.

— Sí, hombre, conclúyela; en tres días arreglas el tercer acto y te vas á ver al empresario.

— Que te dé una carta el Dr. Peredo y con eso te basta para que representen la obra antes de que el mes concluya.

— Esa noche sí nos emborrachamos de gusto, porque ha de ser muy bonito verte salir al foro, en medio de los aplausos y de los gritos de entusiasmo.

— Yo, agregó el Coyote, me voy con el Chango á la galería y desde allí pido diana cuando te llame el público.

— No, hombres, diana no; agregó muy serio el panzón Robles; pediremos el Himno Nacional.

— Pero el Himno sólo se les toca á los Presidentes, dijo el Coyote.

— Un autor que triunfa, vale tanto como un Rey, exclamó un colegialito chiquitín y rechoncho, á quien llamábamos el Ratón y que tenía mucho talento.

— Sí, yo te aconsejo que desde este mismo momento te vayas á escribir el tercer acto, y empujándome con cariño me condujeron los compañeros á mi celda de estudiante donde encendí una vela que estaba metida en una botella vacía y después de que me dejaron solo me puse á escribir lleno de esperanzas.

¡Cómo sonríe la gloria entre los quince y los veinte años! ¡Cómo se abrigan ilusiones que parecen creadas para cautivar á los ángeles!

Yo me imaginaba mi obra concluída; al empresario recibiéndomela satisfecho; á los actores ensayándola con la misma escrupulosidad con que ensayarían la mejor comedia del autor de más renombre; me veía dirigiendo las escenas; explicando los parlamentos; determinando todo lo relativo á muebles y á trajes, y ya se me figuraba escuchar el aplauso ensordece-

cedor del público, las felicitaciones de los hombres de letras y las cariñosas lisonjas de los amigos.

Mi pluma no corría; volaba manchando cuartillas y más cuartillas. Me pasé sin darme cuenta, muchas horas escribiendo, y cuando alboreaba el nuevo día, cerré mi trabajo, poniendo estas palabras : « Cae el telón. »

¡Había concluído el tercer acto!

No tuve ganas de dormir y esperaba impaciente que mis compañeros se levantaran para darles cuenta de mi labor y que me dieran su juicio.

Excuso decir que todos ellos me aprobaron mi trabajo y yo lo puse en limpio y fuí al teatro á ver al Director de escena.

Me recibió con amabilidad inesperada, y ofreciéndome leer la comedia, me citó para tres días después á las seis de la tarde, en el foro.

Acudí puntual á la cita y no se me olvida la impresión que me produjo aquel teatro, obscuro y solitario; aquel foro, en cuyo centro estaba una mesa de palo blanco y sentados en su derredor los actores y las actrices. Dos bujías largas y gruesas alumbraban débilmente el cuadro.

Llegué con la timidez natural de un imberbe y el Director me dijo sonriendo :

— Lo esperábamos con ansia. Siéntese usted aquí y lea su obra para que luego hagamos el reparto de los papeles.

Ocupé la silla que me indicó, con un miedo que sólo es comparable al que sienten las personas nerviosas cuando se sientan en el sillón en que les han de sacar una muela, pero decidido á todo, comencé la lectura levantando de vez en cuando los ojos para mirar las fisonomías de los actores.

Parecían de mármol. Ninguno daba señales de conmoverse ni de recrearse con mi trabajo.

— Esta es la primera silba, me dije y seguí leyendo hasta terminar el primer acto.

Cuando acabé, dijo una actriz en tono sentencioso :

— Está fácil, pero hasta ahora no le veo interés palpitante.

— Siga usted joven, siga usted, dijo el Director de escena.

Encendí un cigarro y empredí la lectura del acto segundo.

Al llegar á un monólogo intencionado y picaresco de la dama joven, noté que causó buen efecto y la actriz sentenciosa exclamó con gusto :

— Muy bonito, muy bonito, yo hago ese papel porque le puedo sacar mucho partido.

Sentí una satisfacción inexplicable y lleno de valor, continué la lectura, recibiendo ardientes felicitaciones cuando la acabé bastante fatigado porque la pieza era larga.

— Ya vé usted, dijo el Director de escena, cómo yo no tengo mal ojo y la obra es de las que se salvan y no tengo inconveniente en que se estrene la semana próxima ; por supuesto que la Compañía no tiene recursos para pagar á los autores, pero creo que á usted no lo guía el afán del lucro.

— No señor, le contesté humildemente ; á mí no me importa el dinero ; yo amo la gloria y no soy tan material que haya pensado en que usted me pague mis derechos.

— No, esos se les paga á los autores de renombre, amiguito, á los López de Ayala, los Dumas, los Serra- y para alcanzar esos tamaños todavía tiene usted que andar muchas leguas.

— Y además, agregó la actriz, no crea usted, joven, que vamos á dar su obra porque es buena, sino para probar que tenemos vivos deseos de impulsar el arte dramático en México, alentando á los autores princi, piantes.

— Sí, ya lo comprendo — le respondí — y les estoy

muy agradecido, aunque tengo mucho miedo al estreno.

— Nada de miedo, dijo el Director, el triunfo corre de mi cuenta, tengo aquí en los telares unos cuarenta ó cincuenta muchachos muy buenos para aplaudir y para gritar cuando se les ordena y esté usted seguro que ni á Echegaray le han aplaudido tanto en España.

— Gracias — contesté ruborizado.

— No, amigo; la gloria se fabrica, porque todo es cuestión de tramoya entre bastidores, y yo necesito fabricar autores de provecho, y que me den muy buenas entradas.

Me volví al colegio, y anuncié á los amigos que á los pocos días irían á verme recibir una silba en el teatro.

Se pusieron locos de alegría, y sin que yo lo supiera se cuotizaron para mandar hacer unas coronas de laurel y encino, con grandes listones con los colores nacionales y con inscripciones sentidas y rumbosas.

Transcurrieron los días, largos como siglos. Yo no concurría á las cátedras por asistir á los ensayos; fuí poco á poco intimando en amistades con las actrices y los actores; encontré deliciosa la vida de las tablas, siempre hablando de triunfos pasados y venidores: recordando personas, personillas y personajes; juzgando á los autores, á los periodistas y á los poetas: siempre con los bolsillos vacíos y las cabezas llenas de humo; en una palabra, viviendo siempre en otras épocas, entre trajes abigarrados, crímenes supuestos, parentescos imposibles y triunfos engañosos.

Comencé á encontrar fastidiosas é insoportables las horas de cátedra; me parecían ignorantes y de poco mundo aquellos compañeros que no se despredían nunca del libro de texto y que con una paciencia de Job esperaban alcanzar á costa de sacrificios un título para ejercer una profesión en la sociedad.

Me sentí orgulloso de encontrar en cada actriz una amiga, que se me aparecía vestida de mil maneras diversas en cada día, pues ya me las encontraba de reinas, de esclavas, de campesinas, de novias, de monjas, de pastoras, de guerreros, de furias, de todo cuanto puede imaginarse en el vasto panorama del teatro.

Eso de tutear á los actores más aplaudidos, y de codearse con las damas jóvenes y de entrar á sus cuartos y ver sus cajas de afeites y los vidrios y los oropeles de sus ropas, y sorprender sus simpatías y sus antipatías, sus envidias y sus noblezas, me parecía que era poseer el mayor de los tesoros humanos.

¿Y qué sucedió al fin de cuentas? Que se estrenó mi comedia; que me la aplaudieron los amigos, llamándome al palco escénico cinco ó seis veces, entre los acordes del Himno y los vivas estruendosos que el Coyote y el Chango lanzaron desde la galería.

¿Y después de todo esto? ¡Ah! después de todo esto el verdadero final del drama, los aplausos se disiparon, los gritos se extinguieron, la comedia no volvió á representarse nunca; yo seguí metido entre los bastidores y me quedé al fin con unas cuantas coronas de trapo que ultrajaron las moscas y devoró la polilla.

¿Pero nada más con esto me quedé después de tantos triunfos?

No, señores; me quedé sin el título de médico, que de mucho me hubiera servido en la vida, pues después de la conquista de aquellos laureles, con los que no pude formar una ensalada, me pareció prosaico volver á las cátedras y conquistar el único pasaporte social que se respeta y se considera en nuestro tiempo: la autorización adquirida con el estudio, para ejercer honradamente una profesión científica.

¡Sirva esto de ejemplo y de enseñanza á todos los soñadores de mi calaña y de mi gremio!

Cuando alguna vez me encuentro arrugadas y en-

vejecidas las hojas de aquellas coronas, me digo sin poder sofocar mis remordimientos :

— Más bien que haber escrito comedias, hubiera yo aprendido á extender recetas, pues con ellas se alivian algunos dolores y coséchanse algunos cuartos.

No me queda más que un consuelo de no haber terminado mi carrera, el de no haber despachado á nadie al otro mundo.

CUARESMA Y SEMAMA SANTA

RECUERGOS DE ANTAÑO

Todo lo va tranformando el progreso. Ya no es en nuestros tiempos la Semana Santa ni un remedo siquiera de lo que fué hace treinta años.

Recuerdo que en mis días de niño asombraba la riqueza de las mantillas de las principales damas que asistían devotas á los suntuosos oficios de la Catedral, de San Francisco, de San Agustín, de la Encarnación y al memorable sermón de las tres horas en la Profesa.

No había por entonces tranvías ni ferrocarriles y las gentes ricas de las provincias, venían á México, no sólo sacrificando grandes cantidades de dinero en sus gastos, sino dando pruebas de valor heroico al entregarse á todos los peligros y vicisitudes del camino.

Día por día se hablaba de las atrocidades que cometían los ladrones en Río Frío, en la Cuesta China, en el Guaje, en el Monte de las Cruces, en la Cuesta

de Barrientos y en las cercanias de las garitas de México.

Se contaba que cada diligencia era asaltada tres ó cuatro veces, llegando los pasajeros al término de su viaje, con el traje de Adán y de Eva y con la humillación de haberse AZORRILLADO ante los facinerosos

Y aquí debo advertir, que cuando una diligencia era detenida para robarla, los ladrones gritaban á los pasajeros : AZORRÍLLENSE y lo mismo el anciano, que la joven más bella, bajaban del vehículo, se arrodillaban en el suelo y pegaban al polvo la frente, cubriéndose el rostro con las manos.

Esto era lo que se llamaba AZORRILLARSE y mientras guardaban esa actitud los pasajeros, los ladrones rompían baúles, abrían la balija de la correspondencia, cargaban con los abrigos de las víctimas, registraban debajo de los cojines y entre los pliegues del tapiz del coche, persiguiendo alhajas ó dinero; desnudaban al viajero que llevaba buena ropa y ultrajaban á todos, exceptuando únicamente al cochero que no en vano los llamaba LOS COMPADRES.

*
* *

Viajar asi era tan peligroso, que las gentes á quienes la necesidad obligaba á mudar de residencia, se confesaban y comulgaban y venían rezando constantemente en el camino.

Además de esos peligros, la tardanza en los viajes bastaba para espantar á cualquiera, pues seis ú ocho días de golpes dentro de la diligencia, no dejaban sano ningún hueso y téngasse entendido que la molestia empezaba desde las dos ó las cuatro de la mañana, para terminar á las nueve y muchas veces á las once ó doce de la noche.

En la estación de lluvias, la cosa era para morirse, pues jornadas que en tiempo de secas se hacían en

doce ó catorce horas, necesitaban diez ó doce días para rendirlas, como la de Lagos á Guadalajara.

Por esto los fuereños que venían á México en los días santos merecían toda clase de consideraciones.

Hoy el ferrocarril ha nulificado las distancias, ha uniformado las modas y las costumbres y le ha quitado la novedad á los productos y artefactos de las más lejanas ciudades.

« In illo tempore » causaban estusiamo los muéganos, camotes y jabones de la Puebla; los dulces de Querétaro, en sus cajas, con las clásicas viñetas azules, anunciando las dulcerías de « El Pavo » y de « El Ave del Paraíso; » los guayabates, peronates y otros muchos « ates » de Morelia; las tablillas de chocolate, revestidas de preciosas figuras de camalote, traídas de Oaxaca; los quesos de la Barca; los plateados calabazates de Guadalajara; la tirilla de durazno de Durango; los uvates de Aguascalientes; el melado de las haciendas de « Caña, » con las enormes calabazas en tacha; la cecina de la Huasteca; el tasajo de la Frontera y los hoy escasos y rebuscados perros de Chihuahua.

En materia de perros, no abundaban mucho en México, las variadas y finísimas razas que hoy son tan comunes. Era muy estimado el perrito poblano, diminuto, regordete, pachón con una especie de lana blanca y brillante, con medio cuerpo afeitado, mostrando la piel color de rosa; con grandes motas, á guisa de esponjados: vellones en las puntas de las orejas y de la cola, y con un listón azul ó encarnado en el cuello.

Estos perritos que se llamaban generalmente: Polión, Jazmín, Palomo, Dorila ó Duquesa no se han extinguido completamente,

Vinieron después los galgos tan esbeltos y tan ligeros, como inútiles é ingratos.

*
* *

Pero no divaguemos; era de verse la Plaza de Armas sin el jardín del centro, llena de puestos rústicos para la venta de las palmas en la mañana del Domingo de Ramos. Se hacía un gran consumo porque no había familia que no adornara con una palma cada balcón ó ventana de su casa, ni había muchacho, ni muchacha, ni viejo ni vieja, que asistiera sin palma en la mano á la solemne bendición en la Catedral.

En todas las casas se ponía el altar el Viernes de Dolores, con sus platos y platones de trigo amarillo por la falta de sol, y sujeto con cintas de papel picado azul ó color de rosa; sus cantaritos de barro poroso revestidos de chía ó de alegría; las torteras con lentejas ó maíz; las tacitas con piñones y garbanzos y los grandes frascos de aguas azules, coloradas y verdes. Todo esto colocado sobre blanquísimos lienzos, entre muchas naranjas cubiertas de banderitas de plata y oro volador, y la profusión de ramos de flores y de luces daba al conjunto un aspecto alegre y simpático, acentuándolo la abigarrada concurrencia que apuraba á grandes sorbos la horchata, tamarindo, chía, limón y piña. Todavía no se usaba la flor de Jamaica, ni se favorecía á la pulmonía y la dispepsia con el abuso del hielo.

El encanto del viernes de Dolores era la compra de las amapolas en el embarcadero del Canal de la Viga.

No puedo recordar esto sin sentir en mi corazón como un soplo de frescura y de felicidad que me acerca á las dichas muertas, á las esperanzas desvanecidas, á tantos ensueños que se disiparon como los celajes de oro y de nácar que embellecen el horizonte en una tarde serena para dar paso á la obscuridad de la noche.

Con cuánto afán se dejaba el lecho al rayar el día, para ir á buscar á la novia de quince años, pura, candorosa, risueña, que con las mejillas encendidas, los ojos brillantes y el pelo en ese gracioso desorden que mal encubre el tápalo de lana, nos esperaba á la orilla del Canal, junto á las canoas repletas de verdura, hablando con el remero de calzón remangado y brazos desnudos, sobre el precio del inmenso ramo de amapolas que había de adornar el doméstico tabernáculo consagrado á la Virgen de los Dolores.

*
* *

¡Ah! deliciosas mañanas, envidiables horas! ¡Novias tan amorosas como amadas! ¡Amores llenos de esperanza y de pureza! ¿A dónde estáis ahora? ¿Dormís el eterno sueño en esa fosa profunda que se llama el pasado?

Lesbia, Lupe, Carmen, Matilde, Lola; pero la lista es larga: niñas de crenchas rubias, de rizos negros, de bucles castaños, de pupilas ya azules como el cielo, ya negras como el desengaño, ya pardas como la madera de sándalo, ya verdes y húmedas como las hojas de los plátanos; asomaos un instante todas juntas á nuestro corazón, no como sois ahora, sino como erais entonces; no á decirnos lo que habéis logrado sino lo que soñabais lograr cuando nos amábamos. Traed á vuestra memoria aquellas mañanas en que el olor á tierra mojada saturaba nuestros pulmones: en que no había góndola de Venecia, comparable á la tosca y pesada canoa repleta de verdura, sobre la cual nos miraba el indio remero, comprendiendo que sus amapolas color de sangre estaban menos encendidas que nuestras almas.

¡Oh ingratas novias! Hoy ya no nos conocemos; ya no acude la gente á los mismos sitios que fueron nuestras delicias; el paseo de las flores se ha aristocra-

tizado como todo y sobre la alfombra de hojas marchitas que truenan bajo nuestros pies, paseamos, ellas y nosotros, un cuerpo fatigado, una alma descreída y una cabeza de canas.

Y sin embargo, al encerrarnos con nuestros recuerdos en la soledad de la alcoba, volviendo con las alas de la ilusión á aquellos inolvidables días, surgen esas cabecitas de crenchas rubias, de rizos negros, de bucles castaños, y con sus ojos negros ó azules, pardos ó verdes, nos miran con tan inmenso amor, con tan grande misericordia, que no podemos menos que suspirar, llorando sin lágrimas, por tanta dicha muerta y por tantas esperanzas desvanecidas.

*
* *

La Semana Santa era solemne. Desde el miércoles santo se suspendía el tráfico de carruajes, y no volvía á sonar ningún instrumento de música y enmudecían las campanas. Con una gran matraca se anunciaban las horas en la torre; todos los altares estaban velados y en los hogares los padres relataban á sus hijos la vida y la pasión de Jesucristo.

Las más ricas y opulentas señoras, arrastrando por el polvo sus costosos trajes de seda, iban á pie á visitar los monumentos.

La procesión del Santo Entierro que salía de Santo Domingo, el viernes Santo, conmovía los corazones y aún suena en mis oídos la ronca voz del pregonero que delante del Señor de la Expiración iba gritando:

« Hincándose de rodillas, rezando un credo, delante de este Divino Señor, se ganan ciento cincuenta días de indulgencia. »

Y la multitud se arrodillaba, entonando el Credo; y aquel murmullo sordo como de un mar agitado por el huracán, pavorizaba mi alma de niño.

Al Señor de la Expiración, á ese mismo Cristo que

todos conocemos en México, lo cargaban en pesadas andas muchos señores y jóvenes de buenas familias, que se iban turnando en cada esquina.

Á veces, el Cristo parecía caerse de un lado, porque con su peso doblegaba á los que le llevaban en hombros. Pedían éstos que los remudaran y el sacristán con aire de marcial energía, gritaba con ira:

« Hagan lomo y no repelen los que cargan al Señor. »

Y con gran humildad se enderezaban aquellos buenos y sumisos devotos y la procesión continuaba su orden.

El Viernes Santo, veíanse las calles repletas de damas enlutadas; se oía crujir la rica seda sobre las baldosas y no eran pocos los fieles que desde las doce asistían, de rigurosa etiqueta, á las ceremonias de Agonías en los Conventos de Santa Teresa, San Juan de la Penitencia, San Felipe Neri y los Ángeles.

Se buscaba siempre el mejor orador sagrado, para el sermón de las Tres Horas, en la Profesa, y era de rigor, siendo de buen linaje, acudir á escucharlo.

El templo velado por grandes paños negros, la Virgen sola y desamparada, y como dice Bernardo López García en su preciosa composición « Mater Dolorosa »

Y la luz que en el altar
Mal á la sombra resiste,
Está tan triste, tan triste,
Que no se atreve á alumbrar.

El Sábado de Gloria, á las diez, aturdían los repiques y los cohetes y se quemaban, como ahora, los judas, y en grandes carros adornados entraba el pulque, para volverle al pueblo la alegría y el desorden.

No es posible arrancar de enmedio de este cuadro de recuerdos las veneradas imágenes de nuestros padres.

Ellos imponían respeto y grandeza en el hogar á tantas manifestaciones de la fé cristiana.

¡Los años han corrido y el progreso ha transformado todo : otras son las gentes; distintas son las costumbres; el hogar se ha deshecho; nuestros padres duermen en el sepulcro, y la fé, la cándida fé de aquellos hermosos días, se fué con ellos, está sobre su sepulcro como una estrella, que si no infunde calor á nuestras almas, refleja al menos su luz esplendorosa sobre la senda incierta por donde se han ido los que amábamos !

UN ARTISTA COLOMBIANO

(DE MIS MEMORIAS DE TREINTA AÑOS.)

Federico Rodríguez es un joven pintor colombiano que acaba de llamar la atención del público inteligente con su cuadro « Edipo », presentado en nuestra última Exposición de Bellas Artes.

Debo decir algunas palabras acerca de este artista que tanta honra da á su patria, y que tantos admiradores y amigos ha conquistado en la mía.

En cierta ocasión — hará seis años — se me presentó un joven de cabellera rubia y ensortijada, de ojos azules y melancólicos, de barba sedosa, color de oro, tupida, y que daba á su rostro la expresión dulce y vaga que imprimen á las fisonomías de sus Cristos los pintores alemanes.

Acercóseme respetuoso, y me dijo que era originario de una tierra donde se leíau con agrado mis

versos, donde era yo estimado y conocido y que, por lo mismo, deseaba estrecharme la mano, llevarme á su casa y presentarme á un compatriota suyo.

En cuanto supe que venía de Colombia, que había nacido en Bogotá, y que estaba pensionado por su gobierno para cursar el arte pictórico en nuestra Academia, me interesó vivamente y me puse con agradecimiento á sus órdenes.

Después de arreglar la hora en que deberíamos vernos más tarde, convinimos en que él y su amigo me esperarían en el cuarto que ocupaban en una casa de huéspedes de la calle de Santa Inés.

*
* *

Aquel joven se llamaba Baldomero Castro.

Á la hora fijada y acompañado de dos amigos íntimos, llegué á buscarlo, y en verdad que recibí la más grata de las sorpresas.

El cuarto, el humildísimo cuarto, estaba decorado con las banderas de Colombia y de México, artísticamente enlazadas entre palmas, guirnaldas y coronas de laurel y encino. Lucían sobre los muros lienzos con bocetos al carbón, al lápiz y al óleo denunciando el ejercicio y la vocación de los que tan galantemente me recibían.

Baldomero me presentó con su amigo y compatriota, Federico Rodríguez, y desde luego advertí en él, eso que no se describe, ni se palpa, ni se define, la aureola, el nimbo, la claridad de un talento velado por espontánea y natural modestia.

De tipo diverso de su coterráneo, hallé en su semblante, en sus ojos obscuros y vivos, en su frente espaciosa y abovedada, en el resuelto y desordenado cabello y en la agudeza de las líneas inferiores del rostro, no se qué reflejo de indiferente serenidad

ante el porvenir y de firmeza estoica para la lucha por la vida.

Mis amigos y yo, miramos con detenimiento los cuadros, hablamos de los asuntos que representaban y en seguida apuramos una copa de champagne.

Era natural que yo hablara de Colombia, de sus glorias y de sus grandezas, y viniéronse en tropel á mi mente y á mis labios, los nombres y los versos de los poetas que con tanta devoción he leído, y surgió ante mis ojos la quinta de San Pedro Alejandrino, en Santa Marta, donde murió el gran Bolívar, olvidado, triste, lleno de amargura, después de haber exclamado : « Quién sabe si aré en el mar ó edifiqué en el viento y si caerán sobre mí los anatemas de mil generaciones. »

Pronunciar juntos los nombres de Hidalgo y de Bolívar ; evocar á un mismo tiempo que los de Morelos, el heroísmo y el martírio de Atanasio Girardo, en cuya tumba lloró el libertador, como Morelos por Galeana ; juntar el espiritu de dos pueblos, el colombiano y el mexicano, al pie de sus banderas, en un fraternal abrazo, y en un grito del alma, bastó para que desbordara el entusiasmo y para que el aposento de los jóvenes artistas se iluminara más con lumbre de nuestras simpatías, que con las lámparas que lo decoraban.

*
* *

Recordé la solemne poesía del gran poeta José Eusebio Caro : « En boca del último Yuca ». Hablamos de Miguel Antonio Caro, egregio cantor de Bolívar, erudito traductor de Virgilio y que en unión del insigne filólogo Rufino José Cuervo, escribió una notable Gramática Latina, de José Davio Guarín, del malogrado Epifanio Mejía, aquel que en su canto del antioqueño, dice :

Amo el sol porque anda libre
Sobre la azulada esfera,
Y al huracán porque silba
Con libertad en las selvas.
¡Oh libertad que perfumas
Las montañas de mi tierra,
Deja que aspiren mis hijos
Tus olorosas esencias!

Recordamos de D. Rafael Núñez, « El Mar Muerto », « La Mujer » y Moisés : y Federico Rodríguez recitó entusiasmado unos versos de Belisario Peña, su paisano, pues nació como él, en Cipaquiza (Departamento de Cundinamarca) intitulados : « Á la muerte de F. Ortés Barrera », que son lindísimos, y yo leí « La Limosna », del General Lázaro María Pérez, ilustre colombiano, periodista de renombre, dramaturgo aplaudido y diplomático que se hizo estimar de cuantos le trataron. — Mucho escribí al General siendo yo muy joven, y muchas deliciosas cartas suyas guardo con devoción cariñosa.

Rodríguez leyó en seguida « El Bambuco » de Rafael Pombo, y así nos hizo sentir y entender los aires que reproducen los « tiples » y que en verdad tienen mucho de lo nuestro.

En seguida hablamos de libertades, de mártires, de héroes.

— No sabremos hablar acaso, — dijo Federico Rodríguez — pero confieso que amamos á México y á sus glorias, y lo decimos en este instante en que nuestro pensamiento vuela de aquí á nuestros hogares como una águila, que partiera de la cima del Popocatepetl á bañarse en las ondas del pintoresco é inolvidable río Magdalena, que cruzamos tristes al alejarnos de la patria. ¡ Viva México ! ¡ Vivan sus grandes hombres ! ¡La América es una gran patria y todos los que en ella nacimos somos hermanos !

*
* *

Después de los aplausos que provocaron estas palabras, Rodríguez y Castro descolgaron unas guitarras para mí extrañas por la forma, de largo mango y de caja angosta.

— Estos son los TIPLES COLOMBIANOS, dijo Baldomero y vamos á tocar algunos sones populares de mi país, para que los conozcan.

No puedo olvidar aquellos instantes.

Brotaban de las cuerdas notas misteriosas, gemidos, sollozos, quejas, ruegos, declaraciones, plegarias, suspiros, ayes, reproches, preguntas, adioses... todo lo que un pueblo triste, imaginativo, doliente y soñador, piensa y habla en el idioma sin palabras de la música.

Rafael Pombo, el inspirado y erudito Rafael Pombo, el patriota esclarecido, adorador del arte y de los artistas, ha dicho :

¡Música y Poesía! un mismo anhelo,
De completar la tierra con el cielo,
El sur con su modelo,
Con el Creador al hombre ;
Versión diversa con diverso nombre
De un mismo impulso universal, profundo,
AQUÉLLA ES ÉSTA, traducida al cielo ;
ÉSTA ES AQUÉLLA, traducida al mundo.

Son muy originales los BAMBUCOS, semejantes en algún rasgueo á las JAVERAS, SOLEDÁES y PLAYERAS de los andaluces ; iguales en otro á las balonas de nuestras costas, y extraños y sentidos por la dulcísima y á la vez dolorida expresión, en el conjunto, — cuantos se tocaron en los TIPLES, nos produjeron la más arrobadora de las sugestiones, y sufrimos y gazamos bajo la misteriosa influencia de las notas.

Las horas volaron sin sentirlas y nos separamos ya muy empezada la mañana, pues se oía el alegre canto del gallo.

*
* *

Grave delito hubiera sido no visitar con frecuencia á tan entusiastas amigos y no llevarlos á reuniones donde sus talentos fueran estimados y aplaudidos.

En la casa de mi nunca bien llorado amigo, Nicolás Domínguez Cowan, caballero de otras edades, por la honra sin tacha y la corrección ejemplar de sus palabras, de sus maneras y de sus obras, Castro y Rodríguez fueron objeto de entusiastas manifestaciones de simpatía y cariño.

Un día, Baldomero Castro comenzó á toser y á sentir opresión constante en el pecho, y era en los momentos en que preparaba un viaje á París para continuar sus estudios de arte.

¡Ah! pobrecillo! empezó á ver cómo caían las hojas y á delirar con sentirse feliz entre los brazos de su ausente madre.

¡Y fué á Paris, y no lo recibió bien el clima y regresó á Bogotá, y pudo besar la frente de la que le dió la vida, y la abrazó y se murió luego, acariciándola con la mirada de aquellos sus ojos dulces y lánguidos como los de los Cristos alemanes!

Quedó en México solo, Federico Rodríguez.

Acostumbrado á la lucha, sin haber tenido pensión para defenderse de los rigores de la miseria, sin amigos, sin amparo seguro, le confortaba lo que podía al través de miles y miles de leguas.

Rodríguez comenzó en Bogotá, en la Escuela Nacional de Bellas Artes la carrera de escultor y en 1890 obtuvo el segundo premio de escultura, en 1891 ganó el premio de dibujo y en 1892 mereció diploma de honor y la medalla de plata como escultor.

Era entonces Rector de la Escuela el Sr. Césare Sighinolfi, y componían el jurado los aplaudidos poetas Diego Follón y Rafael Pombo; el sabio jesuíta Santiago Páramo, el muy discreto profesor de dibujo Pedro Carlos Manrique; el escultor Luis Ramelli y el profesor de pintura Fillippo Mastellaré.

Rodríguez guarda con veneración esos diplomas, en uno de los cuales está la firma de nuestro reputado pintor Felipe S. Gutiérrez, que tan querido fué en Colombia.

*
* *

Mucho ha trabajado el joven artista. Cónozco sus estudios de dibujo y principalmente los del yeso, habiéndome cautivado con los que representan « Sileno y Roco » « Venus saliendo del baño » « Un gladiador » « La Venus de Médicis » y « Sófocles. »

Tiene acuarelas hermosas y bocetos de cuadros que son creaciones originales.

Entre éstos figura uno que se llama « Abandonada. » Es una joven que ve morir á su hijo en la puerta del hogar y mientras con un brazo lo recoge, con el otro se cubre los ojos llenos de lágrimas.

¿Y el boceto « Es ella »? — un hombre que por desengaños se consagró al claustro; que viste el hábito religioso y que tiene en el rostro la expresión de las decepciones y de las amarguras humanas, aparece en la capilla consagrada al depósito de cadáveres y levanta el paño con que está cubierto el de una mujer desconocida. — Se asombra ante su hermosura y exclama trémulo: « ¡es ella! » — Y en efecto, es el cadáver de la que le hirió el alma y le obligó á profesar en un convento de frailes.

Los bocetos « Bolívar en el destierro, » y « Ricaurte » son de gran mérito, así como el de una escena del Diluvio, pero ninguno tiene la originalidad, el

vigor y la belleza del que se intitula « La Duda. » — Aparece Martín Lutero, con el semblante contraído y turbado por todas las agitaciones interiores que sacuden su espíritu.

En la mirada, en el gesto, en aquellas manos juntas y contraídas; en la nerviosa actitud del conjunto, se transparenta, se diafaniza su conciencia; ruge á sus pies la ola encrespada de un mar tempestuoso, y allá, donde la mirada del reformador se fija buscando un destello de verdad ó de esperanza, surge el Cristo y en torno de él, á los pies de la cruz, la humanidad, representada por muchas figuras que se apiñan y se confunden con los brazos alzados por la plegaria, acude con lágrimas en los ojos y rayos en los labios.

Ese será un gran cuadro de Federico Rodríguez.

Tenaz en el estudio, ejemplar como amigo, modelo por temperamento y artista por sangre, concurrió á costa de mil sacrificios á las clases de nuestra Academia, abedeció y soportó las exigencias de los maestros y al fin, después de varios años de brega, extendió con libertad las alas y se puso á ejercer su profesión, enseñando, creando obras y..... pintando retratos para buscar el pan, pues sólo así lo encuentran ahora los pintores.

*
* *

Cuando ya le conocía el público; cuando ya en su taller le rodeaban algunos discípulos; cuando ya se preparaba para llevar á su padre, ídolo de su alma, un laurel alcanzado en tierra extraña, y alguna moneda de oro recogida como premio en el torneo del talento; cuando ya se sentía feliz por ser dueño de sí mismo, el correo le trajo una carta que transpuso los Andes, cruzó los mares y llegó á México listada de negro.

Su padre había muerto en Bogotá, anhelando ver al hijo ausente; había muerto pronunciando su nombre, buscándolo con el pensamiento y enviándole con el postrer beso sus más santas bendiciones.

¡Oh, pobre artista! Solo, en el silencio de su estudio, entre los bocetos concluídos y los lienzos comenzados; junto á su caja de colores y en frente del caballete de trabajo, hundió la cabeza entre las manos comprimió sus sollozos, pensó en la patria lejana, en el hogar sombrío, en sus días de niño, en el padre que esperaba verlo convertido en hombre y con una carrera de gloria y.... dejó correr sus lágrimas.

¡Momentos espantosos de dolor, de desesperación y de angustia! ¡Cuán triste ha de haber visto el pintor, al través del propio llanto, aparecer en sus recuerdos aquel pintoresco río Magdalena, por donde cruzó la vez última, al abandonar Colombia!

El dolor abrió una herida en su alma; vistió su cuerpo de negro; selló su boca con la tristeza más honda, y siguió trabajando.

En esos días, pintó el cuadro « Edipo, » cuyo primer intento no fué de su agrado y lo rehizo para exponerlo en la Academia. Todos conocen el magnífico cuadro.

Rodríguez es un artista de corazón, un soñador que traslada al lienzo sus concepciones y pinta con tal entusiasmo, que un gran maestro francés decía, mirando sus cuadros: « este joven pone carne en los pinceles, por eso deja en los rostros calor de sangre y brillantez de salud y de vida. »

El artista á quien tanto admiro, cuenta apenas veintiséis años, es decir, está en el vestíbulo de oro y grana de la mejor edad y de las más útiles labores del genio. Es trabajador infatigable; crea, copia, estudia y propaga.

Acaso en Colombia, muy pocos sepan que aquí hay un colombiano de tanto mérito y de tanta modestia,

al cual los mexicanos queremos, aplaudimos y consideramos como compatriota.

Pronto partirá Federico Rodriguez á Paris: que ya es justo que busque amplio campo á sus aspiraciones y á sus trabajos; despues irá á Colombia, y tal vez no vuelva á vernos; pero puede creer que aquí vivirá siempre su cariño, como una estrella de primera magnitud, en el cielo de nuestros más caros recuerdos.

La amistad — dice Byron — es el amor sin sexo, y no la apagan el tiempo, la adversidad, ni la distancia.

SELGAS

Nada me impresionó tanto en los primeros días de mi vida literaria como un libro intitulado « La Primavera y Estío » — Son los versos más tiernos, más dulces y más sanos que han caído en mi biblioteca. — Hablan allí las flores, las nubes, los arroyos, las fuentes, las brisas y las aves.

Hay violetas que reinan, claveles que son emperadores, sauces que lloran filosofando, laureles que despiertan ambiciones de gloria, y entre tantos dulces engaños, pensamientos como astros por su brillo y su tamaño, y ternuras como arrullos de niños ó confidencias de virgen.

El autor de este precioso libro es D. José Selgas y Carrasco.

Era yo, cuando leía esas páginas, un niño que ya hacía versos y que por esto amaba entrañablemente á cuantos como yo medían renglones, fueran grandes

ó pequeños, viejos ó jóvenes, nacionales ó extranjeros.

Si yo llego algún dia — me dije entonces — á conocer á Selgas, le he de dar un abrazo tan estrecho y tan largo que tendrá que reprenderme por tosco y por impertinente.

Esto que pensé lo dije á un amigo en uno de los corredores de la Escuela de Agricultura, cuando era D. Joaquín Varela, Director, y cuando todavía no sacaban á las trincheras de la revolución los más bellos aparatos de física que tuvo en su gabinete dicho colegio.

Ni puedo ni intentaré describrir con qué entusiasmo recitaba los versos de la Primavera y el Estío; ni diré tampoco cómo llegué á aprender todos de memoria y cuánto me hacían reflexionar en medio del más puro romanticismo, siempre que en algún jardín los recordaba en presencia de las dalias, claveles, mirtos, violetas y musgo que á mis ojos aparecían como los vivos personajes de mi predilecto poema.

Sabía que á Selgas lo había protegido el conde de San Luis; sabía que su original prosa cautivaba a todos los lectores y que ningún periódico dejaba por entonces de engalanarse en todas las tierras donde se habla español, produciendo artículos como « La Luz » por ejemplo, que son ricos tesoros de altos pensamientos.

*
* *

El tiempo ó para determinarlo más, los años, pasaron y llegó un día, cuando Selgas ya no estaba en boga como poeta pero sí ocupaba un cómodo sillón en la Real Academia, en que yo llegué á la coronada villa y sin respeto á los demás ni miedo á mis débiles fuerzas me solté leyendo versos en todas las partes en que me soportaban tan empalagosa lectura.

Mi pensamiento dominante era conocer, hablar y tratar á Selgas, pero no encontrándolo al paso me decidí á indagar su domicilio; pronto me lo dijeron y fuime á buscarlo con el afán del que pronto ha de realizar una ilusión muy vieja.

Selgas vivía entonces en un tercer piso, con la mayor modestia, pobre y olvidado.

Di mi tarjeta, me hicieron pasar á una pequeña sala y no habían transcurrido tres minutos, cuando apareció un hombre delgado, de regular estatura, entrado en años, con gran frente, ojos pequeños y expresivos, nariz larga, bigote caído sobre los labios y una poblada pero pequeña piocha saliente, que daba á su rostro un perfil característico.

Me saludó cortésmente y como si nos conociéramos de tiempo atrás, le dije cuán grande era mi afán de tratarle, y me explicó en períodos cortos y elegantísimos, brillantes y naturales, semejantes á sus artículos, su vida y sus tareas literarias.

« Ya ve usted, me dijo, que mientras la pobreza me tiene más abajo, yo vivo más alto; soy muy pobre y poseo la mayor de las riquezas, porque carezco de apetitos caros; busco á mis amigos viejos, porque ya no ven mis viejos amigos y cuando alguno viene á buscarme, como usted, por ejemplo, para hablarme de lo que no son deudas, ni rencores, ni política, me siento feliz y me comprometo á servirle en todo lo que me crea útil, ya que no fuí con oportunidad útil para todo lo que podía servir. »

Le quise desde que leí sus versos, me cautivó cuando le oí hablar y me enorgullezco de haber sido también, desde aquella vez, uno de sus amigos que nunca dejaron de olvidarle.

Era como me lo había figurado, igual á como pensaba, á como escribía, á como hablaba.

Hay entre el hombre y el poeta una gran diferencia; hay hombres inmorales que sólo escriben de

moral, poetas que en sus versos son verdaderas palomas y que en la vida real no hay tigre hircano que se las compare.

*
* *

Selgas era como escribía; dulce, original, sincero y siempre honrado, á todas horas honrado.

Desde el día en que fuí á verle, no dejé de subir, tres veces por semana, las altas escaleras de su casa y me causaba asombro ver en tan triste posición social á un hombre de tan claro talento.

Á poco tiempo se fué á Murcia, volvió dos meses después á Madrid y un día ví que se detuvo á la puerta de mi casa un carruaje, cuyos cocheros vestían la lujosa librea de los Ministros de la Corona.

Bajó del coche un caballero, que subió con gran rapidez la escalera y llamó á mi puerta; le hicieron pasar á la sala, y salí á verle; me abrió los brazos y le estreché entre los míos: era Selgas, mi poeta querido, nombrado por el General Martínez Campos, Secretario de la Presidencia del Consejo de Ministros.

« Vengo á decir á usted, me dijo, que soy el de siempre; aunque tenga yo muchas ocupaciones bastará con que me den su nombre para que pase á hablarme en todas partes y sepa que á mi sala de oficina irán por la tarde mis amigos viejos, como Cañete, Fernández Guerra y otros, y hablaremos mucho de letras.

Cuando se retiró de casa salí á ver aquel coche en que era saludado con respeto por cuantos le encontraban al paso, un hombre que me había dicho al oído con la mayor modestia del mundo « para usted sigo de persona, no se asombre de los que hoy hagan reverencias al personaje; ésos no subieron nunca las seis escaleras de mi casa. »

Guardo con profunda veneración las cartas de Selgas, escritas desde Murcia, todas autógrafas y las que puestas por su escribiente me dirigió en contestación de algunas mías cuando ya era Subsecretario.

Hay entre éstas una que revela lo mucho que le complacía servir á sus amigos.

Sucedió una vez que al llegar á mi casa, mis viejos porteros se me acercaron llorando y diciéndome con voz entrecortada « Señorito, sólo á usted, á quien visita su Excelencia el de la Presidencia del Consejo, le podemos contar nuestra pena de hoy. »

— ¿Qué pasa? les pregunté.....

— Nuestro hijo José ha caído en quintas y va á ser soldado sin remedio, sálvelo usted por sus benditos padres! Sálvelo usted!

Vime enfrente de dos ancianos, arrodillados, llorando; y que toda su confianza la ponían en mí por ser amigo de su Excelencia.

Fuí á buscar al eminente autor de « La Manzana de Oro » y le pregunté: ¿será imposible salvar á un mozo navarro que ha caído en quintas y que no tiene defecto corporal que lo liberte del servicio, ni reemplazo, ni ocho mil reales para librarse del rigor de la ley?

— Para usted no hay imposible, habrá dificultades; mañana le contestaré á usted.

*
* *

Hay que advertir que el General Martínez Campos desempeñaba la Cartera de Guerra á la vez que la Presidencia del Consejo y podía el Subsecretario llevar su influencia cerca del Ministerio Militar.

¿Qué hizo Selgas para servirme? No lo sé; alguien me habló de dificultades insuperables y de grandes pasos; pero él buscó un medio de hallar salida al

asunto, correspondió á mis deseos y como me lo ofreció, al otro día recibí una carta suya, toda de su puño y letra, que dice lo siguiente :

« Queda obsequiada su petición. En esto y en todo lo que se le ofrezca le servirá gustoso su amigo : — Selgas. »

Mis porteros lloraron de alegría y el mozo, artesano muy laborioso, quedó al lado de ellos, ayudando con sus ganancias á endulzar la vida de sus padres.

Cuando cambió el Gobierno, Selgas volvió á su vida tranquila ; yo me despedí de él casi con las lágrimas en los ojos, y á los pocos años de estar en México, tomé una mañana un periódico y me encontré la siguiente terrible noticia : el cantor de las flores ha muerto.

¡ Qué dolor tan intenso sentí en mi corazón ! ¡ qué profundo pesar embargó mi alma!

Era todo un poeta caballero ; era un gran talento y un gran corazón.

Parecía uno de esos trovadores de antiguas edades, que lo mismo tañían la lira como exponían su sangre por la defensa de sus ideas.

Selgas estaba señalado por algunos como fanático y carlista. Jamás hablé con él de nada que contrariara su fe religiosa ni su fe política.

Ni del Papa ni de Don Carlos hablamos nunca, porque á mis amigos los admito y los quiero como son ; sin que para mi cariño ni para mi respeto, sean obstáculo sus ideas, sus defectos, ni sus costumbres.

Grilo escribió un precioso soneto á la muerte de su inolvidable amigo, primer prologuista de sus versos.

No podré olvidar nunca á tan esclarecido poeta, á tan honrado padre, á tan leal amigo.

Hay alguien quien diga que en el pueblo no reside la virtud del agradecimiento.

Yo le enseñaré junto con los autógrafos que poseo de Selgas, una pequeña carta, escrita con malísima

letra, por el portero que tuve más de dos años en la casa de Madrid, en que me dice:

« Mi hijo José, (el salvado de quinta), mi Alejandra y yo, hemos mandado decir seis misas por su Excelencia. »

Su Excelencia era Selgas, que con el tratamiento de inmortal, es hoy gloria de España, orgullo de las letras castellanas, é inolvidable recuerdo de mi corazón.

¡ Duerma en paz el dulce cantor de la primavera!

Nuevas aves y nuevas flores coronarán de cantos y de esencias su tumba, en el cementerio, como coronan los aplausos de los hombres que sienten, su nombre en el campo de la gloria.

UN LIBRO VIEJO

Tengo abierto delante de mis ojos y encima de mi mesa, un humilde libro, sobre cuyas hojas he dejado caer más de una lágrima.

Es un libro que todos miran con desdén y que para mí vale un tesoro.

Nadie lo conserva en su biblioteca; no lo venden en las casas de Bouret ni de Buxó ni de Murguía y los libreros de viejo, esos que son los mejores bibliófilos « ex-catedra » son los únicos que suelen tenerlo y entonces se lo hacen pagar á muy buen precio.

Y el libro en sí podrá ser todo lo malo que se quiera, pero la idea que entraña y la manera con que se formó, siempre serán hermosas.

El afán de dar á un periódico entre nosotros toda

la importancia y el interés que requiere, agrupando en su redacción todos los elementos de actividad, inteligencia y erudición indispensables, no es de ahora, y allí están « El Federalista » y « El Eco de Ambos Mundos » en comprobación de nuestro aserto.

El triunfo de la causa republicana en 1867, despertó un entusiasmo inusitado en los poetas y en los escritores mexicanos. Las veladas literarias de que ya hemos hablado fueron el lazo de unión para nuestros mejores ingenios y no hacía un año que el Sr. Juárez había vuelto al poder, cuando ya habían salido de las prensas mexicanas muchas obras de importancia.

Vicente Riva Palacio y Juan A. Mateos escribieron novelas que el público leía con avidez y compraba sin cansarse. — Riva Palacio escribió « Monja y Casada Virgen y Martir », « Martín Garatuza » « Calvario y Tabor » « Las dos Emparedadas » y « Don Guillén de Lampart. » Juan Mateos entusiasmó al pueblo con « El sol de Mayo » en que hay una brillante descripción de la batalla en que fueron vencidos los franceses el 5 de Mayo de 1862 y « El Cerro de las Campanas » en que se refieren muchos episodios de la tragedia de Querétaro. — Altamirano, con una laboriosidad infatigable, publicó su novela « Clemencia »; sus « Rimas » y magníficos estudios de arte y letras así como leyendas y tradiciones que cautivan á cuantos las leen. — Jose T. de Cuellar publicó su Linterna mágica dando á conocer su « Ensalada de Pollos », su « Historia de Chucho el Ninfo » y su « Isolina la ex-figuranta » que son cuadros de mano maestra en que palpitan de bulto las costumbres de nuestra sociedad. — Guillermo Prieto escribió revistas de las que yo conservo los autógrafos, pintando las fiestas, las costumbres y los sentimientos del pueblo. Nicanor Contreras Elizalde dió á la estampa sus poemas bíblicos y José Peón y Contreras sus poemas

aztecas. — Hilarión Frías y Sòto tradujo y comentó el libro de Keratry sobre Maximiliano; Juan de Dios Arias publicó el proceso del infortunado príncipe, y las « Memorias de mi vida » obra del mismo monarca aparecieron á un mismo tiempo traducidas por los abogados Luis Méndez y José María Linares y por el festivo escritor Lorenzo Elízaga. — Vicente Riva Palacio y Manuel Payno, publicaron « El Libro Rojo » en lujosísima edición; Enrique de Olavarría dió á luz su novela « El Tálamo y la Horca » y otros muchos escritores limaban é imprimían sus obras.

En días de tan noble labor y de tan grande entusiasmo por las bellas letras, natural era que los jóvenes que soñábamos en entrar á ese mundo color de rosa nos agrupáramos también y contribuyéramos con nuestros ensayos al movimiento literario que animaba á todo el país.

Había una imprenta en el número ocho del Portal del Coliseo Viejo, que se llamaba « Imprenta de la Bohemia Literaria » y en la cual nos reuníamos con escritores de reputación los que por el año de 1872 ya habíamos dicho discursos y poesías en las festividades patrióticas y en consecuencia ya estábamos por decirlo así, ungidos con el indulgente aplauso de amigos, compañeros y personas de buena intención.

Por mañana y tarde, se encontraban allí á los « bohemios » de entonces y en honor de la verdad, nada más provechoso para el ingenio que aquellas reuniones en que Juan E. Barbero, editor de « El Eco de Ambos Mundos » era el más perseguido y mimado de los poetas noveles.

Un día, ese buen Juan, que no envejece y que todavía se consagra con asiduidad plausible á trabajos tipográficos, poniendo sus cinco sentidos para complacer al público, nos convocó á los muchachos y nos dijo que aceptando la idea de Agustín F. Cuenca iba á publicar en el folletín de su diario una colección de

versos en la que todos figuraríamos por orden alfabético.

Como lo prometido es deuda, á los pocos días apareció la obra; se hizo un sobretiro y aquí está delante de mis ojos y encima de mi mesa uno de aquellos ejemplares.

¿Cómo éramos entonces los que en la obra figuramos? El prólogo que es muy breve, lo dice bien claro en los siguientes términos:

« Los autores de las poesías de esta colección comienzan á atravesar el camino de la vida; están en esa edad en que del sentimiento brotan flores purísimas para adornar el horizonte interminable del porvenir; su época es de promesas; la primavera arroja su vegetación exuberante hasta en sus cantos de escepticismo. »

« Si quieren dudar, nuestra naturaleza los hace creyentes. Por esto sus composiciones conservan un tipo especial; no queremos decir que todas sean buenas, pero sí creemos útil el publicarlas; tal vez de este modo ayudaremos al que se proponga hacer un estudio de nuestra literatura.

« Nuestros jóvenes poetas no han seguido las reglas de una misma escuela; el lector encontrará una imitación de los clásicos al lado de unas estrofas románticas; pero, si no nos engañamos, del conjunto puede esperarse la próxima formación de una literatura patria.

» Nuestro volumen es humilde como las primeras flores que no piensan en llenar el jardín con su belleza. Quiera el público recibirlo con agrado; tales son nuestros deseos. »

Y aquí está aquel libro que ya cuenta desde su aparición á la fecha, diez y nueve años de vivir conmigo.

Treinta y seis soñadores muy jóvenes entonces, contribuímos con nuestros versos para formar esa

colección simpática que ahora me parece un panteón de familia.

De aquellos que nos reuníamos día á día para esperar los halagos de un porvenir que se nos escondía entre densas nubes, vivimos los siguientes:

Enrique L. Abogado, médico; Gustavo A. Baz, encargado de nuestra Legación en París; Alberto G. Bianchi, periodista hoy ausente; Luis Calderón, abogado residente en Puebla; Francisco Cosmes, diputado y periodista eminente; Alberto del Frago, redactor del Diario de los Debates de la Cámara de Diputados: Agustín García Figueroa, médico muy notable residente en Jalapa; Juan B. Garza, profesor de filosofía en el Instituto del Estado de México, vive en Toluca: José Manuel Gutíerrez Zamora, Mayor de Caballería empleado en la Comandancia Militar y redactor de varios periódicos; Alfredo Higareda, médico laborioso, está ausente; Francisco Montaño Ramiro, abogado y diputado á la Legislatura de Michoacán, residente en Morelia; Manuel de Olaguíbel, abogado, vive en Toluca con un cargo de importancia; José Olmedo y Lama, profesor del Colegio Militar; Francisco de P. Ortiz, empleado de hacienda, ausente; Miguel Portillo, grabador de la Academia de Bellas Artes; Rafael Rebollar, abogado que ejerce una magistratura de la Suprema Corte; Javier Santa María, Jefe Político de Progreso (Yucatán); Justo Sierra, abogado, diputado y profesor de Historia Universal en la Escuela Nacional Preparatoria; Agapito Silvá, diputado y redactor de « La Patria »; Francisco Sosa, autor de muchas obras que enaltecen al país, empleado en la Secretaría de Fomento; Eduardo E. Zárate, abogado, Magistrado de la Corte de Justicia Militar; Rafael de Zayas Enríquez, asesor de la Comandancia, profesor de historia en la Escuela de Agricultura y redactor del « Siglo XIX » y..... el que escribe estas líneas.

Contad ahora los muertos y decidme si no tengo

razón para entristecerme recordando á mis compañeros en aquellos días de lucha, de ensueños y de esperanza.

Manuel Acuña, Agustín V. Bonequi, Agustín F. Cuenca, Martín Fernández de Jáuregui, Francisco de P. Guzmán, Francisco de A. Lerdo, Severino Mercado, José Negrete, José Vicente Omaña, Ramón Rodríguez Rivera, Manuel María Romero, Santiago Sierra y Rodolfo Talavera.

¡Trece en diez y nueve años!

Y algunos de ellos llenos de inspiración, de méritos, de bondad y de vida!

¡Oh pobre libro mío! Ya están tus hojas amarilleando al paso de los años.

Los versos que encierras, yo ví cómo se escribieron, cómo se publicaron y cómo han sido más tarde acogidos ó desdeñados por el público.

Muchas de tus páginas me parecen lápidas, como que ya no viven los que con su ingenio las llenaron.

Obra de jóvenes siempre serás un jirón azul en el cielo de mis recuerdos ¿qué importa que te haya enlutado la suerte?

Para el corazón no hay ausentes ni muertos; por eso cuando á solas abro tus páginas, siento dentro de mí el aleteo de mis ilusiones pasadas, convoco á mis hermanos que ya no viven, me imagino que están junto á mí los que todavía andan dispersos alcanzando triunfos ó callando penas; vuelvo á las horas de románticos devaneos y me siento más vigoroso, más lleno de sangre y de espíritu, más feliz, en una palabra!

Queda siempre conmigo, pobre y amado libro mío; no se estremezcan tus hojas cuando caíga sobre ellas la lágrima de un recuerdo y sé siempre el humilde altar de mis primeras devociones de poeta.

¡Eres mi pasado, mi fé, mis ilusiones! Dios bendiga á quien te puso tan expresivo nombre, pues de

ninguna otra manera podría llamarte; tu historia, tu esencia, tu mérito, están condensados en tu título: ¡LA LIRA DE LA JUVENTUD!

GUILLERMO PRIETO

(DEL LIBRO "MIS AMIGOS.")

Vedlo..... allí vá. Anda con paso tardo; cubre su cabeza con un sombrero negro abollado de la copa, algo ancho y caído de las alas; su fisonomía relampagueante, sus ojos pequeños y vivos que se abren y se cierran constantemente, están siempre asomándose por los claros cristales de unos anteojos con patillas de oro. Su bigote ya cano cae sobre los labios y las hebras canas también, de la extremidad de la barba, se estremecen y tiemblan á menudo como barriendo la corbata. Viste una holgada levita negra y por la inmensa boca del chaleco, la insurrecta pechera de la camisa sale queriendo abrirse contenida por un riquísimo botón de brillantes.

Vedlo..... allí vá. Le saludan todos, viejos y niñas, matronas y doncellas, los decentes y la plebe, y él casi á todos los tutea y los llama por sus nombres. Es respetuoso, galante y dulce con las damas; amoroso y tierno con las jóvenes y con los niños; sencillo, fraternal y franco con los hombres de todas las clases.

De sus labios salen los adioses en estas formas: « adiós, hijo mío » « adiós, hermano » « adiós, ar- « tista » adios, mi vida. »

Vedlo..... allí vá. Se llama Guillermo Prieto, peina más de sesenta años, es poeta desde que vino al mundo; liberal desde que abrió los ojos; franco y bondadoso desde antes de que lo bautizaran.

¡Paso al Maestro!

Yo no soy biógrafo ni quiero serlo; digo de los hombres lo que sé y lo que me parecen; este libro no es un diccionario sino un salón en que están reunidos mis maestros, mis amigos y mis conocidos.

¿Qué es para mí Guillermo Prieto? ¡Es tanto! Cada vez que lo encuentro me lo quedo mirando con respeto.

Hay en ese hombre muchas fases; todas las de nuestra historia contemporánea. Ha llenado con sus inspirados versos todos los periódicos de este país en que he nacido; su voz ha vibrado en todas las tribunas, desde la adusta del foro, la severa de la cátedra, la imponente de la asamblea y la tempestuosa del club, hasta la que se improvisa en el guarda-cantón de una esquina para saludar, contener, alentar ó convencer á las masas.

Ha cantado todo lo grande y todo lo bello. Su pluma como las mejores espadas de los caballeros medievales ha defendido lo nuevo y ha herido por su base lo que ya no conforma la índole de este siglo luminoso.

Ha padecido y ha gozado; la pobreza le puso un día su corona de espinas y su manto de harapos; más tarde la opulencia y el rango le dieron un dosel de seda.

En la primera conoció las bellezas del alma y en la segunda las maldades del corazón humano. Desde entonces amó más al pueblo, se identificó íntimamente con sus amarguras, cantó sus ideas, pintó sus costumbres, estudió y enalteció sus méritos y fué su heraldo y su ídolo. De allí nació «La musa callejera.»

Un día el tirano Rosas encarceló á José Mármol,

príncipe entonces reinante de la poesía argentina, y de esa cárcel y más tarde del destierro, brotaron aquellos tremendos alejandrinos y aquellas octavas del « Peregrino » que parecen esculpidas en bronce. Otro día Santa Anna, persiguió á Prieto y de las amarguras de esa persecución nació un hermoso libro " Viajes de Orden Suprema " conjunto de Catilinarias contra los enemigos de la libertad.

Ese libro aunque incompleto, porque el Genio nada hace completo, es grandioso. Su prólogo leído en estos tiempos semeja la trompeta bíblica que levantará á los muertos el último día.

Lares, Tornel, Rodríguez de San Miguel, Juan Antonio de la Fuente, José María Urquidi, el Dr. Guevara, el Sr. Iturbide, Blanco, Haro, Uraga, Ezequiel Montes, Arista, Gregorio Mier y Terán, el general Noriega, D. Tomás Marín, León Guzmán, Cervantes Ozta, D Francisco Modesto de Olaguíbel, Lacunza, Guillermo Valle, Pedraza, Francisco Ocampo, Juan Múgica, Marcelino Castañeda, Lafragua, Suárez Navarro, el Gral. Basadre, Miguel Lerdo, Ponciano Arriaga, Florencio M. del Castillo, Lombardini, Sabas Iturbide, Bustamante y Baranda, están vivos todavía en esas páginas, allí se les conoce, se les trata, se les comprende y después se les puede juzgar en la historia.

En ese libro no sólo están fotografiados los servilismos y la nobleza de los tiempos del vencedor de Tampico; no sólo está sabiamente vulgarizada la crónica de los más importantes sucesos desde los nombramientos de ministerio hasta las asistencias á los Te-Deum en Guadalupe, sino que se han aprovechado hasta los pormenores de aquel tiempo como la reyerta entre Cumplido y Rafael Rafael, y los coqueteos con la pierna de palo del proscrito de Turbaco.

Hoy la república ha crecido en adelantos materiales,

pronto para fortuna nuestra no sabrán nuestros hijos lo que eran coches bombés, ni viajes en Diligencia; ya para ir á mudar temperamento no se carga con la cocina de la casa ni se prepara como si á morir fuera toda una familla.

En los Estados, la civilización ha cambiado las capitales y es preciso leer á Prieto para conocer el Querétaro de hace algunos años. Acaso ya no existe en la plaza de abajo, como él pinta: «el cajerito de raya abierta y corbata de nudo exagerado, con decir zalamero, la frente inclinada, la mano palpando el «gros brodé,» que arrulla á la niña de buen tono y sufre las pullas de la anciana acompañante que no puede entrar en ajuste, y estas conversaciones son floreadas con aquello de que el dibujo es bonito y llegaron muy pocos, y en México los tienen las señoras H y B que los lucieron en la Lonja.»

Hoy todas las capitales de provincia tienen Zócalo y sucursal de «La Primavera,» el primero con bancas de hierro y la segunda con dependientes que hablan francés y usan cosmético en el bigote.

Así como de aquellos tiempos nos deja Prieto vivas memorias en ese libro, en sus versos dejará para siempre impresas las costumbres del pueblo.

La china se ha perdido; el charro plateado, decidor, derrochador y ladino, ha desaparecido por completo y mañana cuando se pregunte por ellos y nadie los conozca ni sepa cómo fueron, habrá necesidad de abrir con religioso respeto ese libro de rimas en que están «La Migagita» «El Evangelista» «Pepe el Tuno» y otros ejemplares del mexicano sin mezcla extranjera.

La novia de rebozo de bolita: con el pelo negro como ébano, dividido en dos gajos que caen artísticamente sobre la espalda, rematando en dos gruesas trenzas..... ¿donde está?..... Francia ha derramado sus modas en todas las clases y rara será la mujer del

pueblo que no cubra la frente con ese fleco que afearía á la misma Venus.

Prieto ha reflejado sus ideas políticas en todos sus versos y á los que soñaban en la federación los metían en oscuros calabozos, ya él decía, sin miedo, á las chinas de su tiempo.

Y no hay nada más análogo
Á la virtud, y contrista,
Que por saber el decálogo
De Ocampo, Arriaga y Arista
Vaya á aumentar el catálogo
La que no es federalista..... .

¿Cuál fué ese decálogo? El que dió más tarde origen á la gran revolución que transformó por completo este país.

¿Cuál era ese catálogo? Uno que comienza y concluye con nombres muy respetables, el de Ignacio Ramírez por ejemplo.

Prieto tiene toda nuestra moderna historia prendida en sus cantos; es preciso leer sus romances de Llaca, esos terribles cargos contra el poder despótico, para valorizar con cuánta abnegación y con cuánto riesgo se pensaba sin embozo y se hablaba en aquellos tremendos días.

Su composición «Á comer, á comer, soldaditos al Cuartel» cayó como una granada en la militarizada sociedad de entonces:

Lluevan las contribuciones
Para pitos y timbales,
Y palos y proscripciones
Á esos pillos liberales,
Contra papeles cañones
Patriotas de los portales,
Y á comer, á comer
Soldaditos al Cuartel.

Nada fué, más tarde, ya en la Guerra de Reforma, tan popular como " Los Cangrejos : "

Cangrejos al compás,
Marchemos para atrás,
Zis, Zis, Zas
¡ Viva la libertad !

¿Quién, si ha cumplido la que llamó Espronceda « funesta edad de amargos desengaños » no recuerda con qué entusiasmo cantaba el pueblo esa canción á cuyos ecos se unían los nombres de los nuevos soldados, de los nuevos oradores, y para decirlo todo, de los nuevos mártires de nuestras luchas intestinas? Distinguíanse los bandos liberal y reaccionario, por los colores adoptados por cada uno, el rojo y el verde; rojas eran las corbatas, las blusas, las toquillas de los anchos sombreros, las banderolas de las lanzas y las riendas de los caballos de los Guerrilleros; adornábanse de rojo las señoras liberales y en todo el país se llamaba al partido de Miguel Lerdo, de Ocampo, de Degollado y de Leandro Valle : el partido rojo. En él no se admitían liberales tibios que transigieran con las ideas del antiguo régimen, sino los que eran liberales puros y si mancha á toda prueba.

Rojos y puros, eran sinónimos.

Los conservadores de las tradiciones antiguas que tenían de su parte el abolengo, el ejército y el dinero, aceptaron el color verde porque en él puso Iturbide al crear la bandera, la idea y la palabra : Religión, y ellos defendían la Religión y los Fueros concedidos por antiguas leyes á los próceres y á los militares.

Llamábanles « mochos » porque junto al ancho sombrero de los « blusas, » de los « chinacos, » de los « guerrilleros, » el « schacó » parecía un sombrero cortado de la falda ó mocho como dice el pueblo bajo á lo que está trozado ó roto.

Todo lo de los reaccionarios llevaba por distintivo el color verde, y por esto Prieto en la canción de « Los moños verdes » que se popularizó en toda la República, decía hablando del triunfo de los programas conservadores :

Esas son esperanzas
de sacristanes,
verdes como los moños
de sus deidades.

¡ Con qué magistral entonación anunciaba entonces en la tribuna nuestro viejo poeta, los triunfos, las glorias, los dolores de la Patria !

¿ Lo habéis oido en la Cámara ?

Tiembla, palpita, se estremece, lucha, jadea, y acaba siempre arrancando aplausos á cuantos le escuchan.

Era yo un adolescente cuando fuí con mis compañeros de escuela, á ver sepultar á Zaragoza.

No olvido la impresión que me causó Prieto ; lloraba por el hombre á la vez que sonreía de júbilo frente á la inmortalidad del héroe..... ¡ estuvo como siempre !

¡ Ha sido y es mucho en nuestras letras !

Los literatos de última hornada ; algunos de esos poetas que se codean con él y lo ven sobre el hombro, ignorando que tienen delante al que condensa toda nuestra poesía nacional, me parecen los gusanos de su pedestal marmóreo.

Él, afable y dulce, los mima, los alienta, los aplaude y sobre todo los compadece.

¡ Cuántas veces algunos de esos pobres indígenas recogedores de malvas y de acelgas, se encontrarían en el campo á Humbold y á Bonpland, recogiendo piedrecillas y flores y los verían con desprecio !

Nada merece mayor tolerancia y más lástima que la supina ignorancia.

Prieto acaba de alzar un nuevo monumento á las letras patrias con su Romancero de la Guerra de Independencia, libro con el cual—según las expresiones de Altamirano — ha cerrado el cielo de la poesía puramente lírica de México, y sea que el camino que ha abierto sea frecuentado ó no, él habrá adquirido un nuevo título á la inmortalidad, ya que fué en su juventud y en su edad madura el cancionero del pueblo, el poeta pindárico de la Libertad, y siendo hoy en su vejez, á semejanza de Homero, el cantor de los héroes de su Patria. »

Cerca de doscientos romances comprende ese precioso libro y todos ellos rebosan interés y vida.

Prieto ha escrito tanto, que sería hoy imposible calcular ni coleccionar sus obras. Ha abordado múltiples é importantísimos temas. Ha sido ministro de Hacienda varias veces y es autor de un libro « Lecciones de Economía Política » que ha merecido grandes elogios de economistas europeos muy afamados.

La instrucción pública le debe entre otras obras las lecciones de Historia de la Ead Media y las últimamente publicadas sobre Historia Patria que sirve de texto de enseñanza en el Colegio Militar.

Tiene obras descriptivas como su « Viaje á los Estados Unidos » cuyos dos tomos están llenos de interés y de amenas y festivas narraciones; hay dos ediciones de sus poesías líricas y entre éstas descuella « La Musa Callejera. »

Esta es una importante y valiosísima colección de versos mexicanos. Cuanto es nuestro aunque no nos guste, está allí palpitante; allí la china, el lépero, el catrín de medio pelo, la dueña peligrosa, la dama almibarada, las reuniones y fiestas de las clases media y última; el mole, los tamales, el pulque colorado, las aguas lojas, la ensalada de Noche Buena y el jarabe,

el velorio, el casamiento, la prisión y el entierro, todo dirá á los pósteros cómo fué este pueblo antes de que hubiera Ferrocarril Central y de que en vez de ponerles mala cara á nuestros primos los yankees, todos aprendiéramos á hablar el inglés, á beber gim-cok-tail y á llamar « sandwichs » al pan compuesto.

Esos versos revelarán á nuestros nietos que aunque hijos de españoles, tuvimos mucho que nos fué propio é ingénito, y que hubo días en que se supo llevar á tal extremo el amor á una causa política, ó á un nombre limpiamente heredado, que no importaba en su defensa exponer la vida.

Yo amo más que nadie el progreso material de los pueblos, y sueño en que al nuestro lo lleve á su mayor engrandecimiento; que le reforme si se quiere sus hábitos, pero que le deje incólumes su idioma, su libertad y el amor á la familia y á la Patria.

Prieto ha cantado un pueblo así, y sus pinceles maravillosos lo han retratado magistralmente.

No quiero llegar al día en que para buscar un tipo ó una costumbre nacionales, tenga necesidad de abrir llorando las hermosas páginas del primero y más grande de nuestros poetas; sería esa señal evidente de que no existía México, y juro que de las costumbres de mi Patria diríamos todos sin hipérbole en ese caso:

De llorar me quedé ciego
Cuando supe que era muerta,
¿Para qué quiero los ojos
Si no he de volver á verla?

Tiene para algunos mayor importancia el « Romancero » que « La Musa Callejera », pero no se pueden admitir semejanzas si no es en el interés y en el mérito de ambas obras.

Guillermo Prieto todavía siente vigorosa su inspiración, y así cautiva en San Angel hablando de las flo-

res, como asombra en Chapultepec hablando de los Mártires de 1847 y arrebata en el Congreso en importantes cuestiones.

En ese corazón todavía hay fuego, todavía bulle el pensamiento en ese cerebro que ha sido y es creador incansable de bellas producciones, y todavía sobre esas canas brilla tanto como su blancura la aureola de la inteligencia viril.

Hoy, en libros y periódicos de Europa y de los Estados Unidos, se publican retratos y biografías, encomios y juicios, de Prieto... èso lo agradece la Patria que es madre de tan noble hijo... él, pasa como el poeta de Kios, repitiendo en alados versos las desgracias, los triunfos, las esperanzas y las glorias de esa augusta y Gran Madre.

Vedlo..... allí vá!

IGNACIO M. ALTAMIRANO

Ignacio Manuel Altamirano, insigne literato, orador elocuente, novelista distinguido, poeta de altísimo vuelo, soldado victorioso y valiente, nació el día 13 de Noviembre de 1834 en Tixtla (hoy ciudad Guerrero) población del Sur de México que fué también patria del ilustre General Guerrero, uno de los héroes de la Independencia.

Le hemos oído referir con extraordinaria complacencia, que hasta los catorce años llevó una vida humilde, casi salvaje, obteniendo, sin embargo, algunas nociones de instrucción primaria, únicas que po-

día proporcionarle su familia, que era sumamente pobre y oscura.

Altamirano es indígena de raza pura y ha honrado y enaltecido á esa raza que en nuestro país ha producido pocos hombres pero de tal magnitud que ellos han determinado las grandes evoluciones históricas.

El defensor de la nacionalidad azteca fué un indio, hijo del pueblo, Cuauhtemoc; el adalid más bravo y más inteligente en la guerra de la Independencia, fué otro indio, hijo del pueblo, Morelos; el único que pudo con su energía derrocar el régimen teocrático, cimentar la Reforma é implantar la Constitución fué otro indio, hijo del pueblo, Juárez; el que por distintas sendas logró hacer vacilar á la República, traer un Imperio y darle fuerza en sus primeros días, fué otro indio, hijo del pueblo, Almonte, y el que rompió la corona ceñida á un príncipe infortunado, y derribó el trono, afirmando para siempre la independencia y la autonomía nacional, fué el indomable Juárez.

No es tan despreciable esa raza que cuenta entre sus hijos á Altamirano y á la que pertenecía Ignacio Ramírez, el gran filósofo, el gran sabio, el gran liberal, cuya muerte deploran la patria, la ciencia y la democracia.

Concurría Altamirano á una escuela, donde después de palpables adelantos, le llevó su maestro á ocupar un asiento entre los niños *de razón* (nombre que dan á los descendientes é hijos de españoles, en los establecimientos á que concurren los indígenas.) Esta distinción, le estimuló en sus estudios de tal suerte, que en 1849 fué escogido por las autoridades de su pueblo, previa una competencia con varios jóvenes de su edad, en un examen de instrucción primaria, para ir á estudiar en el colegio de Toluca, capital del Estado de México, cuya Legislatura había dado poco antes una ley, llamando á recibir los beneficios de una educación superior, á jóvenes indios del Es-

tado que reuniesen las cualidades de pobreza, edad y talento competentes. Entonces el Sur de México pertenecía todavía al Estado de México.

El joven indio que apenas conocía el idioma español, se distinguió entre sus compañeros, y con asombro de éstos, obtuvo en sus primeros cursos de latinidad, español, francés y filosofía, las primeras calificaciones y los premios respectivos.

De Toluca pasó á México, y en el colegio de San Juan de Letrán, concluyó el curso de Filosofía, mereciendo por sus conocimientos, grandes y distinguidas consideraciones.

Agitábanse á la sazón los espíritus liberales, por el movimiento revolucionario contra el dictador Santa-Anna, y Altamirano, impulsado por esa fuerza que después le ha llevado á tan altos puestos, y atraído por esa noble causa de la que ha sido desde entonces campeón valiosísimo, tomó parte, á pesar de su juventud, en la revolución popular de Ayutla, comenzando así la doble carrera de soldado y de hombre de letras, que forma el rasgo característico de su vida.

La revolución de Ayutla tuvo por resultado el triunfo de las ideas liberales y fué nombrado catedrático de latinidad, y entonces Altamirano salió del ejército, y continuó su carrera literaria en el colegio nacional de Letrán, donde con éxito brillante concluyó sus estudios de Derecho en 1859.

Era la época de la guerra llamada de Reforma. Las ideas nuevas tenían que cimentarse á costa de grandes luchas y de innumerables trabajos ; el país dominado desde tantos años atrás por la teocracia, se agitaba convulso, esperando la aurora de la libertad. En México, une facción clerical acaudillada por Miramón, hacía la guerra á la Constitución de 1857, sostenida por el presidente Juárez en Veracruz.

Los Estados todos luchaban con el centro, en favor de las instituciones liberales. Altamirano se diri-

gió al Estado de Guerrero, y allí defendió la Reforma, ya fundando un periódico político que se llamó el « Eco de la Reforma, » en el que combatió terriblemente al clero; ya como soldado y con las armas en la mano, tomando parte en varias batallas.

La causa de la Constitución y la Reforma, triunfó al fin, y Altamirano fué nombrado diputado al Congreso de la Unión en 1861.

Nadie de los que presenciaron las sesiones parlamentarias de entonces, olvidará nunca los triunfos que Altamirano alcanzó con sus discursos que le hicieron extraordinariamente popular.

Era yo muy niño, y á mis oídos llegaba el rumor de que un diputado muy elocuente, pedía el castigo más severo para los enemigos de la libertad.

Los hombres políticos y de letras veían ya en Altamirano un rival temible; los jóvenes iban á aplaudirle, reconociendo en él á uno de esos tipos pensadores y grandes de la Revolución Francesa de 93. Se le comparaba á veces con St. Juste, y no faltó un periódico reaccionario, que le designara con el nombre de « Marat de los puros, » epíteto que se daba por entonces á los partidarios de la Reforma.

Hé aquí cómo le juzgaban en su calidad de orador, periódicos extranjeros publicados en México.

« L'Estaffette, » diario francés, redactado muy hábilmente, hace del modo siguiente el análisis de uno de esos discursos que se hicieron célebres.

« Toda la ciudad resuena todavía con el discurso pronunciado en la tribuna de la Cámara, por el Sr. Altamirano. Se está poco acostumbrado en la sociedad mexicana, á una vehemencia semejante de lenguaje y á esa inflexibilidad de principios; y no es por eso de sorprenderse, que los rayos del diputado de Guerrero hayan agitado profundamente las regiones ordinariamente tan serenas y tan plácidas de

la política. Es todo un acontecimiento y en este orador debe haber un hombre de acción y una esperanza para la República. »

« Su manera de decir es concisa y de una firmeza notable. Su estilo desnudo de metáforas exóticas, tiene vivas salidas y va derecho al objeto del pensamiento, sin arrastrarse á través de períodos pastosos y de circunlocuciones convenidas. La fuerza de su palabra consiste, sobre todo, en una argumentación cerrada, encadenada sin arte aparente; pero rigurosamente apoyada sobre citas históricas oportunas y bien escogidas. El secreto de su éxito está casi entero en el movimiento rápido, algunas veces brusco, de sus razonamientos mezclados de sarcasmos ó vivas emociones políticas, de interpelaciones á quema-ropa, de interrogaciones triunfantes y de sombríos arranques de cólera. Hemos oído muchas veces en la tribuna mexicana discursos agradables, fantasistas divertidos, conversadores fáciles, abogados eruditos, retóricos floridos, « pero jamás un orador tan nervioso y arrebatador, como el Sr. Altamirano, » que no era todavía, hace algunos días, más que un desconocido. »

Las anteriores líneas hacen un retrato « d'après nature, » de lo que era Altamirano en aquellos días; como « L'Estaffette, » otros muchos periódicos acreditados en la República llenaban sus columnas con apreciaciones, comentarios y elogios calurosos del diputado de Guerrero.

Sus discursos de entonces adquirieron tal boga, que se hacían repetidas ediciones de ellos, y los ejemplares se vendían al instante por millares.

« L'Illustration Française, » gran periódico ilustrado de París, y conocido en el mundo entero, reprodujo en el mes de Diciembre de 1861 el artículo que arriba copiamos, publicando el retrato del orador mexicano, así como el « Correo de Ultramar » y

otros muchos periódicos ilustrados extranjeros.

Altamirano podemos decir que nació predestinado á la lucha; ascendiendo siempre á mayor altura por una escala de triunfos. De la oscuridad de su pueblo, pasó al Instituto á recibir la luz de la instrucción; del Instituto vino á México á comenzar sus estudios profesionales; dejó el manto del colegial para ir á la guerra de Reforma; volvió triunfante á concluir su carrera de abogado; cuando apenas iba á llevar la toga, pasó á ocupar un asiento en la Cámara de Diputados, y de ésta salió, rodeado de gran fama y de popular respeto, á engrosar las filas de los soldados republicanos, para combatir la Intervención francesa.

Lo que hizo en la Asamblea Legislativa, fué el prólogo de la historia de su vida. La juventud mexicana se ha deslumbrado justamente con el esplendor del tribuno, del literato, del poeta, y acaso no ha registrado sus hechos como soldado de la democracia.

Sin más libro de consulta que las páginas verídicas donde constan los hechos militares, acaecidos desde 63 hasta 67, vamos á narrar los que principalmente distinguieron á Altamirano.

Después del sitio de Puebla en 1863, cuando los franceses se apoderaron de México, y el gobierno republicano se vió obligado á dejar su capital para dirigir la guerra desde el interior; Altamirano tomó las armas, y en su calidad de coronel del ejército, luchó sin descanso contra la Intervención y el Imperio, siendo uno de los pocos que pueden llamarse « los inmaculados defensores de la Independencia de México. »

En 1866, á la cabeza de una brigada de caballería del Sur, ganó la acción de Tierra blanca, contra el coronel Ortiz de la Peña, que fué completamente derrotado, y que dejó en poder de Altamirano un convoy de guerra y trescientos prisioneros.

Tres días despues, batió al coronel imperialista Carranza, quedando muerto en la acción el jefe Villagrán, en los Hornos.

En Enero de 1867, en unión de Leyva, ganó de nuevo una acción contra el mismo Ortiz de la Peña, que dejó en su poder la artillería, armamento, y toda su tropa prisionera. Esta acción hizo evacuar todas las plazas del Sur á los imperialistas que se refugiaron en Cuernavaca.

Todavía en unión de Leyva puso sitio á esta última ciudad muy cercana á México, por lo cual Maximiliano pudo enviar en su auxilio una columna de 1,500 hombres, al mando del general O'Horan y del famoso coronel Lamadrid.

Leyva se retiró con las tropas de su mando, pero Altamirano esperó al enemigo, libró un terrible combate con su caballería, derrotó completamente esta columna mandada por Lamadrid, un jefe muy querido de Maximiliano, que murió en esta acción.

Pocos días después, y ocupada por las tropas republicanas la plaza de Cuernavaca, Altamirano fué el primero que ocupó el Valle de México á la cabeza de 500 jinetes, tomando posesión de la plaza de Tlalpam á cuatro leguas de la capital del Imperio.

De allí marchó á Querétaro en Marzo de 1867, cuando ocupaba ya esta plaza Maximiliano con su ejército; á las órdenes del general republicano Vicente Riva Palacio, tomó parte en varios combates que tuvieron lugar en este sitio ya célebre en la historia. En todos esos combates obtuvo honoríficas recomendaciones del general Escobedo, jefe del ejército sitiador, y principalmente, por la terrible acción del Cimatario el 28 de Abril de 1867, en que compartió la gloria del coronel Doria, pues con una columna de caballería rechazaron otra imperialista, compuesta de « Húsares, Regimiento de la Emperatriz, y Policía á caballo. »

El día 1º de Mayo, y bajo las órdenes del bravo general suriano Jiménez, tomó parte en el heroico combate de Callejas, el más brillante del sitio de Querétaro, y fué recomendado en la orden general del ejército, « como un héroe. »

Tomada la plaza de Querétaro y después la de México, Altamirano retirado del ejército por su voluntad, fué nombrado en las elecciones generales, ministro fiscal de la Suprema Corte de Justicia, encargo que desempeñó satisfactoriamente, así como el de Procurador general de la Nación, por ausencia del general León Guzmán, entones en Washington.

Su reputación inmaculada crecía más y más en todos los ámbitos de la República. Retirado del ejército, volvió á tomar la pluma, agrupó en su derredor á todos los literatos distinguidos del país, impulsó á los jóvenes escritores, fundó periódicos literarios, inauguró las veladas públicas, ayudó á restaurar el Liceo Hidalgo, y dió vida al gran movimiento literario de 1868, que secundaron todos los escritores republicanos, y que marcó á la juventud la senda que actualmente sigue.

En el período de diez años, transcurridos de 1867 á 1877, Altamirano impulsó con sus trabajos el desarrollo de las ideas progresistas, tanto en política, como en las ciencias y en las bellas letras.

Mucho le debe la literatura mexicana. Ha redactado en Guerrero dos periódicos políticos, el « Eco de la Reforma » y la « Voz del Pueblo, » y en México ha redactado en unión del célebre Zarco, el « Siglo XIX, » el periódico más antiguo y el « Monitor Republicano. » Fundó el « Correo de México, » que redactó en unión de los famosos escritores Ramírez y Prieto, después fundó el periódico literario ilustrado el « Renacimiento, » que es una de las mejores publicaciones hechas en la capital, y que tuvo por colaboradores á los más distinguidos literatos; en los dos tomos que

existen pueden verse las « Revistas de Altamirano, » notabilísimas y llenas de profunda erudición.

Escribió en el « Domingo, » en el « Semanario Ilustrado, » en el « Artista, » que encierra, entre otros notables artículos, su gran estudio sobre « Medea » escrito cuando la Sra. Ristori puso en escena dicha tragedia.

Fundó con Manuel Payno, el « Federalista, » después en 1875 la « Tribuna, » que redactó en unión de varios jóvenes, y su nombre aparece en la lista de colaboradores de todos los periódicos liberales.

Como novelista, ha publicado « Clemencia, » « Cuento de Invierno, » « La Navidad en las Montañas, » leyenda preciosa, « Antonia y Beatriz » que no ha concluído y un tomo de Paisajes y Leyendas.

Su novela « Clemencia, » que es un modelo de buena dicción y de galanura de estilo, apenas fué conocida del público se agotaron los ejemplares.

Entre los estudios críticos de Altamirano, se hace notar el que escribió sobre el drama « Baltasar » de la Sra. Gómez de Avellaneda, y que dedicó al actor español José Valero. Este estudio es un fiel espejo de su vasta instrución y de su buen criterio, y como dice el distinguido escritor Santacilia en su libro titulado el « Movimiento Literario en México, » es una revista que no se hubiera desdeñado de aceptar como suya el crítico más distinguido de la época que alcanzamos. También publicó la « Dramaturgia Mexicana, » donde está la noticia de casi todos nuestros autores dramáticos, antiguos y modernos.

Altamirano como poeta, goza de justa é inmensa reputación. Sus « Rimas » son un ramillete de rosas perpetuamente fragantes. Nadie, con excepción de Guillermo Prieto, ha escrito versos como los suyos por su americanismo, que los hace tipos de la poesía nacional. En su juventud compuso multitud de versos y dramas, que más tarde dió al fuego, reservando de

los primeros los poquísimos que forman el libro que citamos.

Á él se debe que el espíritu de asociación haya adquirido notable desarrollo entre nosotros. Fundó la «Sociedad de Libres Pensadores» de que fué presidente, y vicepresidente D. Juan José Baz, antiguo gobernador del Distrito y ministro de Lerdo. Después ha sido presidente del Liceo Hidalgo, la primera sociedad literaria del país; luego fundó la « Sociedad Gorostiza,» de literatura dramática; la de « Escritores Públicos» de que fué presidente; y como primer secretario de la Sociedad de Geografía y Estadística, que es la primera corporación científica de México, dió gran desenvolvimiento á las ideas científicas, habiendo sido reelecto por esta razón, doce años consecutivos. Fué presidente del grupo literario de la « Sociedad Netzahualcoyotl.»

Su carrera política ha sido en cada vez más brillante. En las eleciones generales de 1874, fué electo magistrado de la Suprema Corte de Justicia, donde por su carácter independiente y recto, y su apego á la Constitución, se hizo notable en unión de Iglesias, Ramírez, Montes, Alas, Guzmán y García Ramírez, mereciendo por esa causa la distinción que el nuevo gobierno emanado de la revolución de Tuxtepec, hizo de algunos de ellos, conservándoles en su puesto.

Como Altamirano era el magistrado más antiguo de la Corte, al separarse el ministro Vallarta para desempeñar la secretaría de Relaciones Exteriores, Altamirano declarado antes vicepresidente de la Corte, quedó como presidente.

Es miembro de casi todas las corporaciones científicas y literarias de la República, así como de muchas científicas de los Estados Unidos, Francia, Alemania, Italia, Hungría, Rusia, etc., etc.

No hay tal vez ningún mexicano que haya sido distinguido con mayor número de diplomas científicos y

literarios de academias extranjeras, como Altamirano. En el profesorado, el gobierno de la República le ha distinguido, nombrándole primero catedrático de Derecho Administrativo, en la Escuela Nacional de Comercio, después de Historia General de México, en la Escuela Nacional Preparatoria, después de Historia de la Filosofía, en la misma Escuela, y de Lectura superior, Gramática y Composición en la Escuela Normal. La juventud literaria de México tiene para él ese triple culto de admiración, gratitud y cariño, que perpetuará sus hechos y su nombre en todos los corazones.

Altamirano ha sido para Manuel Acuña, Justo Sierra, Agustín F. Cuenca, y otros poetas mexicanos, el que más se ha interesado por su buena suerte, contribuyendo á popularizarlos en los más altos círculos de los hombres de letras, y prestándoles toda su influencia poderosa cuando les inició en la vida pública.

La Bohemia le reputa su caudillo, y todos los jóvenes escritores le llaman maestro.

Altamirano viene desde hace muchos años amparando á la juventud literaria y así como enseñó el camino del éxito á los poetas nacidos con el triunfo republicano de 1867, después ha sido un padre para otros muchos y especialmente para los miembros del Liceo Mexicano, agrupación interesantísima de jóvenes pensadores, entre los cuales, algunos ya están ungidos por la fama en premio de la bondad de sus obras. En ese Liceo descuellan Luis González Obregon, joven erudito, cuya monografía sobre el Pensador mexicano es una joya de alto mérito y su Anuario bibliográfico una obra de gran interés estadístico; Antonio de la Peña y Reyes escritor de mucho talento y de gran modestia; José P. Rivera orador de gran valía; Enrique Fernández Granados, poeta correctísimo y dulce; Ángel del Campo, (Micros) escritor tan

galano como elegante; Luis G. Urbina ¿quién no conoce y admira la inspiración de Luis? Heriberto Barrón, poeta de atildada forma y de inspiración sentida; Ezequiel Chávez, Francisco Alba, José María Bustillos, Guillermo Vigil, Alberto Michel,.. pero ¿para qué he de citarlos aquí á todos si alguna vez he de hacer un estudio de cada uno de ellos? Estos jóvenes tan inteligentes han sido hijos intelectuales del maestro Altamirano y le dieron el día que partió para España una velada literaria en que las lágrimas nos ahogaban la voz á los que leimos versos.

En 1889 se fué Altamirano á España con el carácter de cónsul general de México con residencia en Barcelona. Quebrantos de salud le obligaron á dejar España y fué á Francia con el cargo de Cónsul general de México en París. Ha viajado por Italia en la primavera última; en todas partes ha sido debidamente estimado su talento y en Paris trata con intimidad á eminencias literarias y políticas que lo distinguen, lo quieren y lo aplauden.

En la plenitud de su vida Altamirano promete todavía mucho bueno para su patria: pero si ya nada le diera, le bastaría ser como es, para no morir nunca.

Es uno de esos hombres, cuyo nombre llega á ser cuando mueren, una palabra de gloria en los labios de sus semejantes, y un timbre de legítimo orgullo en la mente de sus conciudadanos.

LAS BELLAS LETRAS EN MÉXICO

MEMORIAS Y APUNTAMIENTOS

Cuando triunfó la República y volvió Don Benito Juárez en 1867 con la bandera tricolor libre y sin

mancilla, el país sintió circular por sus venas una nueva sangre. Los poetas que habían colgado sus arpas en los sauces de la tristeza, las recogieron gozosos y entonaron con ellas nuevos cantos de alegría y de esperanza.

Volvió de su larga peregrinación el bardo del pueblo, el aplaudido Guillermo Prieto, que con menos canas pero con el mismo buen humor que hasta ahora conserva, recibía constantes testimonios de sus antiguos amigos. Prieto en su proscripción amarga, ni un solo día dejó de cantar á su patria; llegó á Bronswille y con voz trémula por la emoción, dijo á aquellas mujeres rubias y espirituales que se le acercaban para escuchar sus trovas de peregrino:

Yo vengo de una tierra, lindas doncellas,
Donde el invierno nunca dejó sus huellas,
Donde florece
La rosa, coronando verdes sembrados,
Y hay fresnos y naranjos que regalados
El viento mece.
Yo he admirado la cima desde mi cuna
De los altos volcanes que con la luna
Mostraba el cielo;
Ó del sol duplicando la viva lumbre
En ráfagas tendidas sobre la cumbre
De blanco hielo.
Como un niño dormido, que el blando halago
Recibe de la madre, yo miré el lago
De mis hogares.
Risueño el limpio cielo le contemplaba;
Y el canoro jilguero le enamoraba
Con sus cantares.
Porque es mi tierra el nido de los amores,
Copa de almendro tierno, jardín de flores,
Cáliz de aromas,
Del zenzontle armonioso mansión querida,
Por templo de ternura torre escogida
De las palomas.

Así pintaba á México en el suelo extranjero que le dió hospitalidad cariñosa, el fraternal amigo de todos los que sienten, el dulce poeta popular que suspiraba por el puesto de chía, por la china de enagua lentejueleada, por los esquivos galanes de sombrero ancho y corbata roja, que por combatir á los franceses abandonaran el oficio que les daba el pan y la morena que les daba amores, convirtiéndose en « chinacos » á las órdenes de Riva Palacio, de Régules y de Corona.

Prieto en medio de las altivas y arrogantes mujeres americanas, que, según la expresión de Bulnes, parece que han abandonado el pedestal de la estatua, decía cerrando tras de los claros cristales de las gafas sus expresivos y parleros ojos:

Yo vengo de una tierra donde hay hermosas,
Sonrojo de los lirios y de las rosas,
Cuya sonrisa
Le da envidia á las fuentes de los jardines
Y de ella tienen celos los querubines,
Celos la brisa.
Si el párpado levantan se alumbra el suelo;
Si miran amorosas tornan en cielo
Cuanto ellas miran.
De ellas toma la palma su esbelta gala,
Y un beso á la misma alma de ellas se exhala
Cuando suspiran.

Y recordando las amarguras del adverso destino, pensando en la angustia de las mexicanas que lloraban á sus padres, á sus esposos, á sus hijos ó á sus amantes, ausentes, muertos ó comprometidos en la tenaz lucha por la causa y por la libertad de la patria, agregaba:

¡Ay! la hermosa, la virgen, la sin mancilla
La abatió el extranjero con su cuchilla,
Pisó su cuello.

Y su inmundo calzado de sangre tinto
Limpió de sus deidades en el recinto
Con su cabello.
Arrancó de sus hombros el regio manto:
Sobre sus propios ojos bebió su llanto
La indigna orgía.
Llevaban á sus hijos brutales zuavos,
Con el dogal al cuello viles esclavos,
¡Oh patria mía!

Prieto reconcentrándose en sus amarguras, mirando los sacrificios de sus hermanos, la difícil y entonces improbable vuelta á la tierra de sus padres; recordando los verdes campos de Molino del Rey donde se deslizaron los años de su infancia, exclamaba:

Y yo huérfano y solo con la alma herida,
De ese mar de ignominia salvé mi vida
Y errante sigo.
¡Ah! soy el mexicano desheredado:
¡Piedad del infortunio! y al emigrado
Dadle un abrigo.
Que dó el honor impere verá pensiles,
Y el encanto y las pompas de los abriles,
Lagos y rosas.
Y aquella que más odie los invasores
Será el cielo y el culto de sus amores;
Venid hermosas.

¿Cómo no habían de agruparse en derredor del nacional bardo después del triunfo, los proscritos y los soldados que habían vuelto á la tierra de bendición en que nacieron; aquellos que como él habían soñado en un risueño porvenir para la Patria?

Vicente Riva Palacio, que ni un día dejó la blusa del guerrillero y que asombró con su magnanimidad en el canje de los belgas; Ignacio Manuel Altamirano, que se batió bizarramente en las montañas del Sur y con olímpico denuedo en el Cimatario; Ignacio Ramí-

rez, que sufrió destierros y persecuciones; Joaquín M. Alcalde, de fogosa palabra, que probó las amarguras del calabozo; Joaquín Téllez el veterano enemigo de todas las opresiones, y Joaquín M. Escoto poeta y escritor jalisciense, que había sido en Querétaro Asesor General del Ejército del Norte y poco antes Secretario del Gral. Corona segundo Jefe del Ejército de operaciones sobre la plaza, volvían á México y estaban ávidos de tomar la lira y expresar como en mejores tiempos sus elevadas inspiraciones.

Con ellos y sintiendo la misma sed de letras estaban Luis Gonzaga Ortiz, que había recorrido la Italia y desbordaba en sus estrofas el fuego de la juventud; Manuel Peredo, atildado y correcto, galano en el estilo é incisivo en la sátira; Alfredo Chavero lleno de erudición y de prestigio y muy distinguido por el Sr. Juárez; Julián Montiel, que permaneció fiel á la causa liberal y de cuya arpa sensible hacía mucho que no brotaban cantos; Joaquín Villalobos liberal exaltado, que arengaba en plazas y calles á las multitudes; José María Ramírez, autor de la original y preciosa novela « Una rosa y un harapo; » José T. de Cuellar poeta y escritor de clarísimo talento, que había sin miedo ridiculizado en comedias muy aplaudidas como la intitulada « Un ranchero en Irapuato » la manía de asimilarse las palabras y usos de los invasores; Juan Pablo de los Ríos, de estro dulce y apacible y Agustín de Bazán y Caravantes, profundo conocedor de las literaturas antiguas.

No faltaban jóvenes en esos grupos y los que más descollaban eran Justo Sierra, alumno del Colegio de San Ildefonso, que había conquistado premios en todas sus cátedras y merecido amargos reproches por sus ideas liberales; lleno de inspiración, grandilocuente empapado en la Historia y en la filosofía; de arrogante continente y de conversación cautivadora; Enrique de Olavarría y Ferrari, recientemente llegado

de España y perteneciente á distinguida familia, lleno de simpatías para México, dotado de gran talento y de laboriosidad infatigable para el cultivo de las letras, elegante y finísimo en su trato; y Manuel Sánchez Facio, chispeante, decidor y con toda la gracia y el arrojo de un calavera de buen tono.

Y no hay que olvidar que ya estaba entre todos ellos Pedro Santacilia, que había conquistado un buen nombre con sus lindísimos apólogos y con sus escritos de afiligranado estilo y Juan Clemente Zenes, el poeto mártir, el que más tarde iba á ser víctima de sus ideas muriendo en su idolatrada Cuba lejos de los seres que le amaban y lejos también de México donde se le recibió y trató como á un hermano.

Tan selecto núcleo de escritores y bardos, dió desde luego señales de vida é inició una serie de veladas literarias que se efectuaron en los salones de algunas casas tan opulentas como distinguidas en la sociedad.

Era hermoso aquel grupo que saludaba con aladas notas de fé y de entusiasmo, el triunfo definitivo, la victoria eterna de la bandera de la República.

Así renació la vida literaria en 1867. Vivía á la sazón un abogado rico, elegante, sabio y de un trato tan afable, tan dulce, tan correcto y tan fino, que se hacía estimar hondamente de cuantos se le acercaban.

Había puesto su talento al servicio de todos los que sufrían, ya fueran ricos ó pobres; su mano estaba siempre pronta para auxiliar á los menesterosos y su biblioteca siempre abierta para que en ella estudiaran los jóvenes de talento.

Era de un aspecto distinguido y simpático; de cabellos y barba rubia; de espaciosa frente; de claros ojos azules con anteojos de oro; esmerado en el vestir, galano en el hablar, cumplido y serio en sus negocios; angelical en el trato íntimo y opulento para

obsequiar á sus amigos. Había defendido á Maximiliano, exponiéndose á mil peligros y cuando vió perdida su causa escribió una lindísima carta á Víctor Hugo, carta que corría de mano en mano, contestando al gran poeta y disertando juiciosa y sabiamente sobre el fin trágico del infortunado príncipe.

Ese abogado inolvidable era Don Rafael Martínez de la Torre y fué uno de los primeros que recibieron en su opulenta casa á los poetas que formaban el grupo á que he aludido. Mecenas ricibiendo á Horacio, no ha de haber sido más espléndido.

El salón y toda la casa estaban lujosamente dispuestos para honrar y enaltecer á los cantores de México.

Lo que dijo Martínez de la Torre conmovió al auditorio : fué un discurso breve, elegante, sincero y cariñoso.

Esperó á que estuvieran todos reunidos, se levantó de su asiento y reinó en el salón un profundo y respetuoso silencio.

La fisonomía de Prieto relampagueaba de gozo ; los ojos de Altamirano como diamantes negros irradiaban de satisfacción ; Justo Sierra mesaba su rizada y espesa melena negra ; Peredo, gesticulaba como hablando solo y los demás con la sonrisa en los labios miraban al orador con franca expresión de reconocimiento :

Martínez de la Torre habló como él sabía hacerlo y el auditorio saludó su discurso con un aplauso nutrido y prolongado ; después leyeron poesías casi todos los del grupo ; en seguida se abrió el « buffet » y la conversación tuvo por tema las amarguras, los sacrificios y las esperanzas de cada uno durante los días aciagos de la guerra. Hubo brindis llenos de poesía, de entusiasmo y de elegancia.

Pepe Ramírez, el viejo, ese novelista famoso y poeta muy dulce que hoy pasea sus canas y su pobreza

honrada sin que le conozcan muchos de la presente generación, pues ya se retiró del Parnaso sin jubilación ni cesantía, tomó una copa de champagne y dijo aludiendo á Martínez de la Torre y á Riva Palacio :

« Brindo por el General de los poetas y por el Poeta de los Generales, por el abogado de los poetas y por el poeta de los abogados. »

Yo ero entonces un polluelo que contaba quince abriles, lo cual no me impedía alardear de escéptico y de desengañado. Me creía un hombre y hoy, al borde de ser cuarentón me parece que solo era un niño.

Fuí á esa reunión porque me llevó una persona de respeto; me conmoví con cuanto pasó en ella y al salir fuí á despedirme de Altamirano á quien ya le habían dicho que yo escribía, digo mal, « perpetraba » versos.

Altamirano con mucho cariño me dijo :

— « Ahora sí, hijo mío; á estudiar mucho y á escribir sin miedo ; ha renacido la literatura nacional y hay que cantar á la patria libre y unida.

Después fuí á buscar á Guillermo Prieto con ánimo de besarle la mano y me dijo acariciándome la mejilla :

— Ya te diría Nacho que pronto aparecerá un periódico exclusivamente literario; no desmayes, hijo mío; aquí estamos nosotros para alentar á ustedes.

En efecto, á los pocos días dió su primer número el mejor periódico literario que ha tenido México y al cual, por las circunstancias en que apareció se le puso por nombre : « El Renacimiento. »

Todavía al recorrer sus páginas me parece que estoy en aquellos felices años, que tengo el alma sana y vigorosa y que me esperan risueños y traviesos muchos amigos que hoy son personajes y que entonces me acompañaban á elogiar unos ojos hermo-

sos ó unos pies diminutos en la puerta de la Escuela Preparatoria.

FRANCISCO SOSA

(DEL LIBRO « MIS AMIGOS. »)

En los momentos en que Manuel Acuña se suicidaba, llegaba yo á la puerta de la Escuela de Medicina y allí saludé á un joven escritor, laborioso, inteligente y erudito, que iba á una Redacción de la calle de la Perpetua y que tenía conmigo un lazo que nos estrechaba en amistad y en consideraciones mutuas : ser íntimo amigo del Gral. Vicente Riva Palacio á quien ya profesaba yo la devoción cariñosa que no ha entibiado la ausencia ni extinguirá el tiempo en mi corazón.

Entré á la Escuela, encontré muerto al autor de « El Pasado, » y en aquel aturdimiento de dolor y de sorpresa no supe á quién se debía de comunicar la infausta noticia. Sabido es cuán rápidas vuelan estas nuevas dolorosas, y á los pocos minutos de estar en el cuarto de Acuña en unión de algunos estudiantes, no menos sorprendidos y anonadados que yo, ví entrar al escritor á quien poco antes acababa de saludar en la puerta de la Escuela. Era Francisco Sosa. — Nos cambiamos una mirada de pesar supremo y encontré en su fisonomía, en su actitud, en sus palabras balbucientes, la más sincera revelación de lo que pasaba por su alma, en presencia de aquella catástrofe.

Me ligó con más fuerza á su cariño esta manera de estimar y de sentir al infortunado poeta á quien amé como á un hermano.

De entonces á esta fecha han transcurrido diez y ocho años y nada ha perturbado entre nosotros la amistad nacida desde antes de aquel día, pero estrechada y nutrida ante aquel acontecimiento.

¿Cómo no he de dar un lugar de honor en este libro, al escritor, al poeta, al caballero, que, sin asomo de duda, ha trabajado sin descanso y con brillantísimo éxito por la unión de los literatos hispano-americanos; por la gloria de los mexicanos ilustres que en épocas pasadas se distinguieron, y por el renombre de muchos que viven aún y son conocidos merced á los esfuerzos y á la constancia de Sosa?

Francisco Sosa tiene hoy cuarenta y tres años. Es hijo de Don José Domingo Sosa y de Doña Manuela Escalante; nació el año de 1848 en Campeche, y estudió Latinidad, Filosofía y Derecho en la ciudad de Mérida (Yucatán.)

Antes de los quince años ya publicaba versos y fué «La Esperanza,» periódico redactado por los hermanos Zorrilla, la que engalanó sus columnas con su primera composición poética.

Si hemos de creer á los que dicen que las principales aficiones de la vida se manifiestan desde muy temprano, hallaremos confirmada esta idea en la circunstancia de haber publicado Sosa su «Manual de Biografía Yucateca» á los diez y ocho años de edad, cuando más se piensa en cantar á una golondrina ó á una mariposa que en relatar los méritos de un médico, de un guerrero ó de un literato.

Sosa nació con el alma exenta de envidia, está limpio de ese pecado negro y ya en su «Manual de Biografía Yucateca» se manifiesta sano y generoso, advirtiendo que emprende la obra con el anhelo de dar á conocer á sus compatriotas.

Raro es que un joven que siente dentro de su cerebro la llama de la inspiración, no busque todos los medios en que pueda emplearla noblemente dando á la luz pública su nombre y por esto los poetas en sus primeras épocas, invaden las redacciones y ocupan la pluma en labores de índole distinta de la que su vocación les impone. En pocos se adunan tan opuestas facultades y Sosa es de estos pocos y de los de mayor mérito.

Fundó en unión de Don Ramón Aldana «La Revista de Mérida,» periódico que hoy lleva veintitrés años de existencia y que tiene gran reputación por su cordura.

Entonces la política todo lo absorbía y el joven Sosa abordó las cuestiones palpitantes, manifestó con honrada entereza sus ideas, combatió duramente lo que á su juicio debía combatirse y sufrió persecuciones amargas; estuvo preso en un oscuro y húmedo calabozo de San Juan de Ulúa, vió la muerte muy de cerca pues no le faltaron ni las torturas de la capilla y se vió obligado á dejar el campo de que eran dueños sus adversarios, para venir á continuar combatiéndolos en México en 1868.

En aquella época estaba en todo su vigor el renacimiento de las bellas letras; Ignacio M. Altamirano, Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez, Luis G. Ortiz, Vicente Riva Palacio, Juan Antonio Mateos y otros muchos de quienes hablamos ya en este libro, trabajaban con infatigable celo, alentando á sus antiguos amigos, enseñando y estimulando á los jóvenes y dando ejemplo de que á la sombra de la paz, México entraba de lleno á una vida intelectual sana y vigorosa.

Sosa fué recibido con entusiasmo en nuestros círculos más distinguidos.

En cuanto Altamirano conoció su talento le tendió la mano con fraternal estimación y el Gral. Riva Palacio lo hizo su inseparable compañero, lo trató

como á miembro de su familia y le aplaudió sus grandes facultades como pensador y sus grandes virtudes como amigo.

Sosa, en cuanto se apaciguó el hervor de las pasiones políticas; cuando ya sus enemigos calmaron los rencores con que le habían perseguido, escribió en notables y populares periódicos. — « La Vida de México. » « La Revista Universal, » redactada por Ángel Núñez Ortega, « El Domingo » semanario de lujosa edición que contiene interesantísimos estudios, « El Renacimiento » que sin discusión es el primer periódico literario que ha tenido México; embellecieron sus páginas con versos, biografías, estudios y juicios, que eran frutos del ingenio de Sosa

Periódicos muy interesantes de los Estados como « Las Violetas, » de Veracruz, « El Pensamiento » de Jalapa y « El Correo de Sotavento » de Tlacotalpam publicaron con júbilo sus producciones y en todas partes fueron éstas encomiadas y reproducidas.

El año de 1873, en unión del Gral. Riva Palacio fundó « El Radical, » donde aparecieron muchos artículos de gran trascendencia, hijos de su pluma; después formó parte de la redacción de « El Eco del Comercio, » y luego ingresó á la del « Federalista, » de aquel inolvidable diario que no ha tenido otro que le iguale en interés, en oportunidad y en acopio de asuntos y de noticias.

Sobrevino la revolución de 1876 y Sosa redactó « El Bien Público, » afrontando multitud de peligros, pues combatía duramente al Gobierno del Sr. Lerdo; de allí salió para Guanajuato á tomar parte activa en el movimiento político iniciado por el Sr. Iglesias y volvió á México después del triunfo del plan de Tuxtepec.

La redacción de « El Siglo XIX, » se engalanó con las obras de su pluma; pasó después á la del « Nacional » donde trabajó con inquebrantable constancia

algunos años y más tarde tomó parte en « La Libertad, » en unión de antiguos amigos suyos.

Sin ofender á nadie puede decirse que Sosa es entre los escritores mexicanos el que más ha trabajado con éxito por dar á conocer ante el mundo entero y especialmente ante la América latina, toda nuestra vida intelectual. Constantemente envía obras nuestras, se afana porque reproduzcan lo que aquí escribimos, manda retratos de nuestros ingenios, de nuestros guerreros, de nuestros sabios y hasta de nuestras distinguidas damas, sin otro premio que la satisfacción íntima de dar á conocer á sus compatriotas sin importarle que se desconozca ó se olvide cuanto hace por su fama.

« El Perú Ilustrado, » de Lima y « La Argentina, » de Buenos Aires, son elocuentes testimonios de lo que decimos y su última obra « Escritores y Poetas Sud-Americanos » la mejor muestra del anhelo que tiene Sosa por presentarnos á los inspirados y famosos literatos de nuestras hermanas del Sur.

La obra « Escritores y Poetas Sud-Americanos » lujosamente impresa, nos da á conocer por medio de magníficos retratos é imparciales juicios á Ricardo Palma, á quien tanto queremos en México y cuyas importantes producciones engalanan constantemente nuestros periódicos, Bartolomé Mitre, Guillermo Matta, Juana Manuela Gorriti, Numa Pompilio Llona, Carlos Guido y Spano, Luis Benjamín Cisneros, Juan Zorrilla de San Martín, Rafael Obligado, Nicanor Bolet Peraza, Ricardo Gutiérrez, Clorinda Matto, Mariano A. Paliza, Jorge Isaacs, José Antonio de Lavalle, Eduardo de la Barra y Adolfo P. Carranza.

Cierto es que á muchos de estos ingenios les conocemos desde hace muchos años los que cultivamos las letras, pero merced al libro en que Sosa los congrega, hoy podrán todos admirarlos y formarse exacta idea de sus méritos.

Esta obra es un hermoso lazo de unión que honra y enaltece á su erudito y modesto autor.

Ha pasado los años mejores de su vida en las más nobles labores que puede escoger un escritor amante de su patria.

Buscadle como biógrafo y allí está su obra colosal « Biografías de Mexicanos distinguidos, » (I tomo 1884) que es riquísima fuente de datos para la Historia é inmarcesible laurel para las glorias de México. — « El Episcopado Mexicano » (I tomo 1977) obra imparcial interesante y única en su género. El « Manual de Biografía Yucateca, » (I tomo 1866) y « Don Wenceslao Alpuche » (I tomo 1873) son las joyas que cede á la fértil Península donde nació. — « Las Efemérides históricas y Biográficas, » (2 tomos, 1883 « Los Contemporáneos, » (I tomo 1883) « El Bosquejo histórico de Coyoacan, » el « Elogio fúnebre del ilustre Doctor Don Rafael Lucio, » « El Monumento de Cuahutemoc, » y el « Discurso en elogio del poeta mexicano Manuel M. Flores, » obras son que enaltecen á México, que dan gloria á sus hijos, que elevan á la patria al lugar que merece entre todos los pueblos cultos y que no dejarán que muera nunca el nombre del que las escribió con tanto talento como patriotismo.

Buscadle como novelista y como poeta y allí están « Magdalena » (I tomo 1871) « Doce Leyendas » (I tomo 1877.) « Recuerdos » colección de sonetos (I tomo 1890) « Versión Castellana de la Jerusalem Libertada, » « Ecos de Gloria » « Il libro del' Amore » de Marco A. Canini y « Epístola á un amigo ausente » en que campean la inspiración tierna y dulce, el estilo correctísimo y galano, la erudición y la nobleza en apreciaciones, en juicios, en argumentos y en propósitos.

Á él, que como hemos dicho, no conoce la envidia ; á él, que goza con las glorias de sus compatriotas ; á

él, que se regocija saboreando como si fueran suyos los aplausos conquistados por los demás; á él, que ama con intenso amor á su patria, le debemos que se hayan publicado la « Historia Antigua de México » por Don Manuel Orozco y Berra, obra monumental é imperecedera, de la que tiene dedicado un tomo; el « Romancero Nacional, » y las « Lecciones de Historia Patria, » de Guillermo Prieto, y la traducción hecha por Gómez del Palacio, de « La Jerusalem Libertada. »

Ha escrito innumerables biografías y de él solo conocemos una, publicada en « El Nacional, » y de la que tomamos la apreciación siguiente :

« Como biógrafo, es el primero de todos los nuestros. Tenemos obras de este género que honran á nuestras letras : la vida de Zumárraga, por García Icazbalceta; las de Pesado y Gorostiza, por Roa Bárcena ; la de Carpio, por Don Bernardo Couto ; la del « Nigromante, » por Altamirano ; la del « Pensador, » por González Obregón ; la de Morelos, por Zárate ; la de Don Anselmo de la Portilla, por Agüeros ; la de Isabel Prieto, por Vigil, y otras varias ; pero libros como « El Episcopado Mexicano, » y las « Biografías de Mexicanos Distinguidos, » tenemos solamente los del Sr. Sosa. Es un benemérito de nuestras letras este escritor. Lo que ha luchado por acumular datos, fechas, nombres, lugares, sucesos, recuerdos históricos, anécdotas curiosas, es increible ; largos años de pesquisas en los archivos, de investigaciones en las bibliotecas, de consultas á las familias, de estudios y de trabajos constantes emprendidos con gusto por darle á la patria un libro en que se hallan las biografías de sus héroes más grandes, de sus artistas más ilustres, de sus poetas, pensadores, mártires, literatos y sabios más dignos de recuerdo. Esta obra patriótica ha sido la emprendida y llevada á cabo por el Sr. Sosa. Como biógrafo, merece, pues, nuestros

aplausos, sean cuales fueren los errores que no haya podido dominar. Como crítico también merece alabanza. Su prólogo á la « Jerusalem Libertada » — traducción del Sr. Gómez del Palacio — revela buen gusto y mucho estudio. Pasa otro tanto con sus « Escritores y Poetas Sud-Americanos, » obra llamada á ejercer gran influencia en las relaciones literarias de México con las otras Repúblicas latinas. »

Estamos en todo conformes con su biógrafo, y nosotros no vacilamos en darle un laurel como poeta. Lo merece porque tiene sonetos y romances que son verdaderas filigranas de sentimiento y de buen gusto, especialmente el titulado « Lelia », que es en todas partes aplaudido. No ha seguido una escuela de grandes matices ; le placen la forma clásica y la idea elevada.

Francisco Sosa es una gloria literaria de México ; muchos dentro de la esfera de las letras, podrán hacer tanto como él en bien de los poetas de nuestro Parnaso, pero nadie ha hecho más que él ni tiene tantos títulos á la gratitud, al aplauso y al cariño de todos.

Me creo imparcial para juzgarlo porque él no me ha biografiado y porque no ha sido nuestro cariño el que se vale de circunloquios para manifestarse.

Sosa es una gloria de las letras mexicanas ; un amigo modelo, un caballero sin tacha y un amantísimo devoto de todos los que cultivando las bellas letras, escriben, piensan y sienten en el Continente Americano.

LA FIESTA DEL PENDÓN

Á la encantadora
Señorita Dolores Mercado y Parra.

Así como hoy nos afanamos por celebrar con toda la pompa necesaria el aniversario de nuestra independencia, y desde el más rico hasta el más pobre contribuyen para la solemnidad del 16 de Septiembre; allá en otros tiempos, antes de que el venerable Cura de Dolores anunciara con un grito el nacimiento de la patria, afanábase el Gobierno Colonial por celebrar el aniversario de la entrada de Cortés á la capital del imperio azteca.

Era para los españoles un gran día, pues á mi juicio, si esperaron al pisar tierra de Anáhuac dar cima á la colosal empresa que acometiron, no todos creían llegar con vida á la más bella ciudad del imperio.

Heroica fué la hazaña de Hernán Cortés quemando sus naves ó hundiéndolas, que es lo más probable; pero á pesar de su valor indómito, ha de haber tenido por un milagro el verse dueño y señor de los vastos dominos mexicanos.

Prueba esto la manera religiosa con que el conquistador conmemoró los principales hechos de su campaña. Cuentan las crónicas que el hospital de la Purísima Concepción, hoy de Jesús Nazareno, lo mandó erigir Don Hernando frente al sitio en que se efectuó en 8 de Noviembre de 1519 su primera entrevista con el emperador Moctezuma.

Pertenecía dicho sitio á la calle que hoy conocemos por Real del Rastro y que entonces era el camino de Ixtapalapam, porque unía la capital con aquel pueblo, cuyo señor en los días en que allí se acuartelaron las

tropas de Cortés, era un hermano de Moctezuma, llamado Cuitlahuatzin.

El lugar en que aún vemos el Hospital de Jesús Nazareno se llamaba Huitzillan, famoso en tiempo de los aztecas, porque en él se desbordaron las aguas que por un caño subterráneo trajo el emperador Ahuizotl desde la vertiente de Acuecuexco — en Coyoacán — hasta Tenoxtitlán. Ese desbordamiento fué de tal magnitud, que anegó la ciudad, dañando los edificios y poniendo en consternación á los habitantes, que atribuyeron á genios maléficos tan espantosa catástrofe.

Pero estas son digresiones que huelgan en nuestro relato.

Cortés dió gracias al cielo por haber entrado sano y salvo á México el 13 de Agosto de 1521 y convino con todos los que le acompañaban en que se celebraría cada año en la misma fecha tan fausto suceso.

Esa fiesta llegó á ser la de mayor pompa entre todas las que se celebraban bajo el gobierno de los virreyes y se llamaba del « Pendón » ó « Estandarte. »

El estandarte á que se llamó « pendón » y que servía para esta solemnidad, no fué, como generalmente se ha creído, el que trajo Cortés, sino uno que hizo construir el Ayuntamiento de México por acuerdo de 31 de Julio de 1528 para celebrar en ese año la toma de la capital. Costó ese pendón diez y nueve pesos un real: era de tafetán encarnado y blanco, con franja, cerco y cordones. Nadie sabe si se le pintaron ó pusieron algunas armas; sirvió constantemente para esa fiesta, durando hasta 1821, desde cuya fecha se ignora su paradero.

Desde el dia 12 de Agosto en la tarde se conducía el « pendón » al templo de San Hipólito en una lucidísima cabalgata que salía de las casas de Cabildo y á la que concurrían todas las autoridades civiles y militares, la nobleza y el Ayutamiento, y lo dejaban allí desde las vísperas hasta que concluía la función

del día siguiente, para ser devuelto con la misma solemnidad.

El pendón quedaba expuesto al público durante todo el día en el balcón de la sala de Juntas del mismo Ayuntamiento, escoltado por dos granaderos que se colocaban á sus lados, y como señalado honor se hacían dos salvas de veintiún cañonazos, únicas de este número que se celebraban en el año, pues las demás eran de quince.

La primera salva se hacía el 12 á las dos de la tarde y la segunda el 13 á las seis de la misma, una al ponerlo en el balcón y otra al retirarlo.

¿ Y el estandarte original que trajo el conquitador, dónde se encuentra ?

Dice á este respecto lo siguiente un cronista digno de crédito :

« Un autor asegura que en la segunda expedición contra México dió Cortés al capitán general de los tlaxcaltecas un estandarte que era de damasco encarnado, y tenía por una cara ó haz pintadas las armas reales de Castilla y León, y por la otra una imágen de la Santísima Virgen, con túnica encarnada, manto azul, las labores de la orla verdes y la corona y estrellas doradas. »

En el Museo hay un estandarte semejante y según dice abajo el cuadro en que se encierra, fué « el que trajo Don Fernando Cortés. »

Como era natural, en cuanto entró por nuestras calles la bandera tricolor, emblema de la patria libre independiente y unida, se perdió en el polvo del olvido la memoria de la fiesta del 13 de Agosto, y sólo se agolpaba la gente en ese día frente al templo y hospital de San Hipólito, para visitar y socorrer á los dementes allí asilados.

El Gobierno consideró después de muchos años lo perjudicial de estas visitas, que excitaban ó abatían à los infelices enfermos y en nuestros días sólo se

anima el barrio con la raquítica verbena que costean algunos vecinos y que no tiene otro objeto que el de proteger á los mercaderes ambulantes.

PRÓLOGO DE LAS POESÍAS DE LUIS PONCE

Melancólico y tierno como el armonioso rumor de nuestras selvas vírgenes, llegó á México el año de 1850 un joven á quien no apuntaba todavía el bozo, pero sí ya fulguraba en sus ojos esa luz misteriosa que es la reveladora del genio.

Aquel joven, ó mejor dicho, aquel niño que ingresó al colegio de San Juan de Letrán, era originario del pueblo de Acaxochitlán (Estado de Hidalgo) donde vió la luz primera el 10 de Mayo de 1839.

Hijo del honradísimo comerciante Don Felipe Ponce y de la angelical y virtuosa Sra. Doña Isabel Romero, todas las dichas del hogar, todas las dulzuras de la infancia, parecían estarle destinadas, pero el hado adverso dejó al niño sin padre desde sus días primeros y una sombra de íntima tristeza veló desde entonces su frente pensadora.

Luis Ponce quedó bajo la dirección de su tío el Presbítero Don José María Borja y Vivanco, quien se encargó de su educación en la Capital de la República, para que siguiera una carrera científica.

Por singular destino fué á un colegio que puede llamarse « nido de poetas » y Luis Ponce entró á los misterios de la literatura en el templo donde los interpretaban con aplauso Ignacio M. Altamirano, Marcos Arróniz, Manuel M. Flores, Manuel y Juan A. Mateos,

Juan Díaz Covarrubias, José Rivera y Río, Alfredo Chavero, Manuel Olaguíbel, y tantos otros que han hecho resonar gloriosamente sus nombres, lo mismo en el foro que en la cátedra, en el Parnaso y en la tribuna.

No es de extrañarse que Ponce, educado en medio del grupo juvenil más avanzado en ideas, fuera liberal de convicción íntima, lo cual demostró siempre desde sus estudios de gramática y filosofía hasta los superiores que hizo con notable éxito en la Escuela de Medicina donde adquirió el título profesional en el año de 1861.

Era época de prueba y de lucha y Ponce ingresó á las filas liberales en calidad de miembro del cuerpo médico militar asistiendo á la gloriosa jornada del Cinco de Mayo.

Después se radicó en Tulancingo y ejerció su profesión como verdadero sacerdote de la caridad, pues auxiliaba gratuitamente á numerosas familias pobres.

Al triunfar la República en 1867, Luis Ponce inició la fundación de un hospital como regidor que era en el Ayuntamiento; su idea fué acogida con entusiasmo y se llevó á debido efecto fundándose más tarde el hospital que actualmente lleva su nombre por decreto que en 1877 expidió el mismo Ayuntamiento.

Ponce conoció las amarguras del destierro en la época del Imperio, pues ni un solo día se dió punto de reposo en trabajar por la causa del pueblo, lo cual ocasionó que le tuvieran por conspirador y que lo amenazaran con el peligro inminente de entregarlo á las Cortes Marciales.

Soñador melancólico, servíanle sus propias penas de temas para sus versos y con frecuencia aparecían éstos engalanando las columnas de los más interesantes periódicos. — Cuando Altamirano fundó « El Renacimiento » que ha sido sin duda alguna la publicación literaria de mayor importancia que ha tenido

México, las producciones de Luis Ponce llamaban la atención de todos los círculos, porque destilaban esa esencia que se perfuma con azucenas del monte Himetho y se endulza con miel hiblea; esencia que no gusta á sentidos toscos y que se estima por rara y de la cual sólo son dueños esos grandes visionarios que nacen predestinados á sentir y á despertar sentimientos en los corazones nobles.

Luis Ponce es un poeta subjetivo, no pertenece á esas escuelas nuevas que los griegos desconocieron y que no serían si las conociesen, del gusto de los eternos maestros de lo bello. — Hoy se hacen muchos versos en todas partes : hay abundancia de versificadores, pero entre esto y hacer poesía, existe una gran distancia. El numen, el estro, la inspiración, tienen á su servicio la rima, pero cuando ésta vive por sí sola, seméjase á las arpas que suenan con cualquiera mano pero que necesitan una hábil y experta que arranque de sus cuerdas melodías dulcísimas.

La poesía de Ponce, ya contemplativa, ya erótica, ya dolorida y plañidera, es hija legítima de sus más recónditos sentimientos; nació como las flores del Trópico, sin que las sembrara otra mano que la de la Naturaleza, ni las regara en su crecimiento otro jardinero que el espacio con lluvia y con el rocío. — Ponce es cantor á semejanza de los pájaros de nuestros bosques; emite todas las notas, desde la atronadora del bardo heróico hasta la suave y dulce que vibra en la serenata de una noche de luna.

No es posible seguir un método para estudiar á los líricos americanos, ni menos podría seguirlo yo, que siendo el último de todos he hecho una fusión de todas las escuelas literarias, obedeciendo á mis propios sentimientos, y no he parado mientes en si éste ó el otro canto que ha nacido de la lira está ó no conforme en su índole con lo que pide el realismo ó con lo que requiere la escuela romántica.

La belleza es inmutable; el sentimiento de lo bello, se educa y se vigoriza en cada espíritu, pero las manifestaciones de ese sentimiento varían tanto como la Naturaleza.

En las páginas de Ponce coleccionadas por cariñosas manos cuando él ya había abandonado para siempre este valle de amarguras, encontrará el que ame tiernas manifestaciones del amor puro; el que sienta hallará lágrimas reprimidas ó dispersadas entre las flores de su jardín íntimo; el que piense no tendrá aquí fuentes estériles para sus lucubraciones, pues Ponce toca la filosofía en todos sus vértices y así le hallamos creyente y empírico en los ideales religiosos como escéptico y pirrónico en ocasiones al delirar en la felicidad humana. — Poeta sin otra escuela que la de sus propios sentimientos, sin otros cuadros que copiar ó que descubrir que los de la exuberante Naturaleza en medio de la cual vivía ni envidioso ni envidiado y quizás más querido y más mimado que cuantos le rodeaban, sus versos son el más puro reflejo de su ánimo y la más pura expresión de sus delicados sentimientos.

Yo leí muchas de estas composiciones, cuando era un adolescente, cuando al lado de Acuña y de Cuenca, era nuestro placer más santo hojear los periódicos literarios que aparecieron después del triunfo de la causa Republicana en 1867 y confieso que atrajeron mi atención y que sentí profunda simpatía por el poeta. — ¿Quién había de decirle que sería yo el que pusiera unas cuantas líneas como prólogo al volumen en que han de pasar á la posteridad?

Hay en las obras de Ponce la espontaneidad de lo que nace sin aspiraciones y la franca simpatía de la modestia.

Acaso peque por descuido de forma; acaso su prosodia adolezca de las disonancias de nuestros modismos por los cuales no somos los hispano-americanos

muy respetuosos con la Academia, pero es perdonable á la flor el desorden de sus pétalos si su aroma es puro, suave y delicado.

Ramillete de flores escogidas, este libro no pide nada, no quiere nada, no aspira á nada. — Brotado del corazón sano de un poeta honrado, reflejo de su carácter, modelado en sus luchas ideales y materiales con el Destino, se verá bien premiado, si despierta ecos de simpatía en las almas sensibles, si enjuga alguna doliente lágrima, si apaga alguna amarga queja ó si puede al menos servir de solaz en los hogares.

El poeta, el autor de estas páginas, duerme el más sosegado de los sueños : hizo mil beneficios y la estela de gratitud que dejó en pos de sí, es el mejor cirio que arde sobre su tumba. Si estos versos han de valerle un lauro, ya sólo será su memoria la que lo recoja ; si han de merecer la mordedura de los envidiosos pueden éstos hincar sin temor su afilado diente, que nadie habrá que les responda.

El Parnaso nacional que se estremece de júbilo con cada nueva obra de sus bardos, recibirá este libro y lo mostrará á los extraños con el mismo orgullo con que la ilustre madre de los Gracos señalaba á éstos como sus mejores joyas.

¡Ojalá todo lo que sale de nuestras prensas pudiera ser tan sano como el libro de Luis Ponce ! Libros como este no ruborizan ni dañan á nadie. Nunca las quejas ó las esperanzas del alma se han anotado en el « Sylabus » de la moral y del buen gusto.

LA ERMITA DE JUAN GARRIDO

Á la inteligente y bella
Srita. Luisa Mercado y Parra.

La hermosa y amplia avenida de los « Hombres Ilustres » que hoy comprende las avenidas Poniente y Oriente, era allá por los días de la conquista una inmensa calzada que unía la capital del imperio de Tenochtitlán con el independiente señorío de Tlacopam.

Llamábase « camino de Tlacopam ó Tacuba » y fué teatro de la sangrienta batalla de la « Noche Triste » que hizo llorar de amargura al valeroso Don Hernando Cortés.

Terrible fué la embestida que dieron los aztecas á las tropas del conquistador y por verdadero milagro no acabaron con ellas.

Cuentan que retirábanse estas tropas en el mayor sigilo, y al llegar á un lugar en que el camino se ensanchaba y que era nada menos que el actual crucero del Puente de la Mariscala, fueron sorprendidas por alguien que dió voces que se propagaron rápidamente, sonando á poco el gran teponaxtle del templo del dios de la guerra, lo cual despertó á todos los habitantes y éstos con encono y arrojo cayeron sobre los españoles con intención manifiesta de exterminarlos.

Era noche lluviosa y oscura, fecha 1° de Julio y año del Señor de mil quinientos veinte.

El lugar en que más se encarnizó la campaña es el que hoy llamamos calle del Portillo de San Diego y allí estuvo á punto de perecer á manos de cinco indios un soldado español que se llamaba Juan Garrido.

« Madre de Dios, gritó al verse tendido sobre una fangosa charca en que la sangre había teñido el barro, sálvame que yo alzaré para tu culto un altar en este sitio si la vida me alargas. »

Y levantándose apoyado en la fé cristiana, sacó fuerzas para soportar su férrea armadura como si de tela de seda estuviera fabricada y derribó á sus enemigos y se salvó como pudo.

Cortés se fué á Tlaxcala batiéndose bizarramente, como era su costumbre, en las llanuras de Otompam; renovó amistades y alianzas con los Tlaxcaltecas, recobró sus fuerzas agotadas y á la postre salió de aquella ciudad el día de los santos inocentes, rumbo á México y al frente de un ejército en que no había un millar de infantes ni dos centenas de arcabuceros, ni un centenar de caballos, pero sí cerca de doscientos mil aliados de Huetxotzinco, Cholollan y Tlaxcala, con todos los cuales llegó el penúltimo día del año á Texcoco.

Allí ahorcó á Xicotencatl porque desertó del ejército con seguro afán de servir á su patria amenazada é invadida.

Decidióse don Hernando á sitiar á Tenochtitlán, cuando ya sus tropas estaban organizadas en tres divisiones de cien mil hombres cada una, á las órdenes de Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval y Cristóbal de Olid.

El sitio duró setenta y cinco días terminando el 13 de Agosto de 1521.

El 13 de Agosto corresponde al noveno día del mes « Tlaxochimaco » en el cual se celebraban dos fiestas de grande importancia entre los aztecas.

Una de ellas, era la segunda que se hacía en el año á Huitzilopochtli, para la cual, además de las ceremonias acostumbradas, se adornaban con flores los ídolos de los templos y los de las casas, práctica que correspondía al nombre del mes, pues « Tlaxochimaco » significa « ofrenda de flores. »

La otra, era la grandiosa fiesta en honor de « Xacateuchtli », dios del Comercio, en la cual los nobles de ambos sexos bailaban poniéndose las manos sobre los hombros en señal de mutuo y aristocrático respeto.

Después del baile seguían los sacrificios de algunos prisioneros.

En ese mes, que comprendía desde el 5 hasta el 25 de Agosto y en día 13, entró el ejército conquistador hasta el último rincón de la ciudad de Tenoch, cayendo prisioneros el inmortal « Cuautemoc » (cantado en hermoso poema por Eduardo del Valle) y el infortunado monarca de Tlacopam.

Declaróse al santo del día, San Hipólito, patrono de la ciudad de México.

Repuesto de la fatiga Don Hernando, vió que se le acercaba á hablarle un soldado.

— ¿ Qué quieres ? ¿ por qué te allegas á mí ? le preguntó.

No demando nada, respondió el arcabucero. Hace hoy dos años tres meses y veintitrés días que llegamos á Ulúa y Chalchiuhcuecan y un año cuarenta y cuatro días que estuve á punto de perecer, sirviendo al Rey, que Dios guarde, y á vos que me trajisteis á estas tierras. Prometí á la Madre de Dios alzarle un templo para su veneración y gloria en el mismo lugar en que iban á matarme y tengo escudos con que levantarlo pobremente.

— ¿Y qué te falta para dar cumplímiento si todo lo tienes?

— El permiso para tomar el sitio y el nombre para mi templo.

— Del sitio dispones y ¿ qué otro nombre sería mejor que el de « Los Mártires » pues muchos lo fueron en esa noche ?

Retiróse el arcabucero ; construyóse en breve una ermita humilde en el sitio consabido y por más que

lo pretendió el conquistador nadie la llamó de los mártires, sino que pasado el tiempo todos la conocían por « ermita de Juan Garrido. »

Era estrecha, humilde y de raquítica fábrica, así es que, al correr de los años, se deterioró y hubo necesidad de reponerla bajo mejores auspicios en 1739.

Aquella ermita se había atraído la curiosidad y la estimación de todos, pues en uno de sus costados había fundado un vecino de México, piadoso y caritativo, un hospital que sostenía con su propio peculio y las limosnas de los buenos, en el cual atendía personalmente á muchos dementes que antes vagaban por las calles siendo víctimas de las burlas del pueblo ignorante que los creía hechizados y endemoniados y los apedreaba como á perros rabiosos.

Ese hombre modelo de virtudes cristianas, se llamaba Bernardino Álvarez y fueron tantas sus buenas obras que lo tenían por santo de carne y hueso.

Su hospital se llamaba de San Hipólito pues le quiso dar ese nombre en memoria del día en que entraron los conquistadores á nuestra ciudad.

El tribunal del Consulado ayudó á Bernardino Álvarez para la reposición de la ermita sin perdonar cuantiosos gastos ni sacrificios y así se logró levantar una iglesia amplia y de suntuosa fábrica con un buen departamento para enajenados.

Eran tan severas las reglas impuestas por Bernardino Álvarez á los miembros de la asociación de San Hipólito que le ayudaban en el ejercicio de la caridad, que las aprobaron Gregorio XIII primero y después Sixto V. — La asociación se extendió y pudo hacerse cargo del hospital del Espíritu Santo y del Real exclusivo para los indios.

Fueron tantos los méritos, tan grande la abnegación de Bernardino Álvarez, quien no sólo se conformó con haber fundado en la capital ese santo asilo sino que fundó otro en Puebla bajo la advoca-

ción de San Roque, que el papa Clemente VIII concedió por bula de 1º de Octubre de 1594 que la asociación se trasformase en congregación semejante á la de San Juan de Dios, es decir, con votos de hospitalidad y obediencia pues los de pobreza y castidad no obligaban á los hermanos.

Los frailes hipólitos prestaron grandes servicios á los pobres y eran tan abnegados, que una vez en que un demente asesinó á un novicio abriéndole la cabeza con una pala de albañil, el virrey quiso arcabucear al asesino y la comunidad se opuso abiertamente alegando la inocencia del enfermo y su resolución de asistirlo « hasta que acabase con el último religioso. »

El virrey, pasmado de tan eximia caridad, quedó convencido y asistió con la Audiencia y tribunales al funeral de aquella víctima de su vocación.

Bernardino Álvarez, modelo de filántropos, gloria de nuestro pueblo, pues era de cuna muy humilde, murió de setenta años de edad, á las doce de la noche del 12 de Agosto de 1584, por lo cual refería el pueblo la conseja de que se lo había llevado al cielo San Hipólito, en el primer minuto del día que le tiene señalado la iglesia para conmemorarlo.

¡ Han pasado tres siglos ! ¡ Todavía se hospedan y se curan á los dementes en la casa fundada por Bernardino Álvarez !

¿ Qué mejor monumento para perpetuar su nombre y sus virtudes que ese útil asilo abierto á la desgracia en el mismo sitio en que mirando de cerca la muerte se encomendó á la madre de Dios y después le alzó una humilde ermita el arcabucero Juan Garrido ?

JOSÉ MARÍA VELASCO

(DEL LIBRO « MIS AMIGOS. »)

Yo busco en los artistas la encarnación de un ideal sublime porque el ideal es el alma de las obras humanas. No me deis una estatua, ni un lienzo, ni una poesía en que no se adivine sin necesidad de que nos lo digan el fin que ha motivado su ejecución. Comprendo la desesperación de Miguel Ángel, rompiendo una rodilla á su Moisés porque no le hablaba; adivino la inquietud de Murillo al contemplar ya concluída su « Concepción » pareciéndole que ella lo miraba con ojos naturales puestos en aquel rostro más que por sus pinceles por obra de la Providencia y me imagino á Shakespeare estremeciéndose de pavor ante la representación de su « Otelo. »

Un país sin artistas sería semejante á un cielo sin astros y creo que si la raza latina se ha impuesto durante tantos siglos al espíritu humano es porque ha sido la que cuenta en su seno á Miguel Ángel, á Rafael, á Murillo y á Velázquez, á Dante Alighieri, á Petrarca, á Tasso y Ariosto, á Cervantes, Calderón de la Barca y Lope de Vega, á Racine, Corneille y Moliere, á Camoens y Herculano, á Rossini y á Palestrina, á todo ese rico y sublime catálogo que irradia más fulgores que la constelación de Orión en una noche del trópico.

Nuestro país tiene sus campos y sus selvas vírgenes y como éstos, vírgenes también los campos del arte.

Muchos ingenios ha producido México pero no han sido todos ellos hijos de las Universidades y de las Academias. La inspiración de sus poetas, la gloria de sus pintores, el esplendor de sus guerreros, ha nacido del seno de las clases medias, se ha nutrido al aire libre, ha llegado á la cima como llegan las águilas con el impulso de sus propias alas y sin seguir un rumbo fijo ni un derrotero impuesto por el dómine ni por una ley tan rigorosa como deficiente.

Oigamos lo que mi sabio maestro Altamirano dice á este respecto :

« Ya se ve, pues, que los gobiernos no pueden ser la causa de que las bellas Artes se mantengan estacionarias en México. — ¿ Se trata del público ? Hay más razón para quejarse de él. — Nuestros ricos gustan más de adornar sus casas con muebles suntuosos que con buenas obras de arte. Los industriales mexicanos y los comerciantes extranjeros que son los aprovechados se felicitan de ello. Nuestros artistas no concurren al adorno de las casas ricas y se quejan. Lo peor es que ni los artistas europeos tienen mejor suerte con nuestros hombres adinerados. Es rarísimo encontrar en una casa opulenta de México una galería de pinturas : es rarísimo encontrar en un salón un cuadro valioso, un bronce exquisito, un mármol notable, siquiera un grabado de mérito. Fotografías no siempre buenas, juguetes de zinc, muñecos de pasta, hé aquí los adornos que se creen de buen gusto.

Por ese lado los artistas tienen razón. Pero en cambio hay en México no pocos hombres de posición mediana, que rinden culto al Arte y que hacen gustosos un sacrificio por obtener una obra bella. Tales hombres bastan para estimular el talento de los artistas. Además, la prensa, es necesario hacerle justicia, se encarga y se ha encargado siempre con empeño de popularizar un trabajo de valor cuando se ha presentado en nuestras Exposiciones. »

Hasta aquí el maestro. En esas frases está sintetizada la vida del arte entre nosotros. Poco ha producido la Academia pero entre lo poco hay bueno, hay algo que puede calificarse de genial y de notable.

¿Quién no conoce, siquiera un cuadro del más aventajado discípulo de Landesio, del celebrado pintor José María Velasco? León Cahú, el gran crítico de arte, ha hecho un hermoso juicio de las obras de Velasco presentadas en la última exposición de París. Era natural que llamaran la atención de los inteligentes. Aquí donde todos nos consideramos con derecho á « tutearnos » y donde el que pinta un Cristo anémico ya se cree autorizado para echar la mano sobre el hombro de Pina; aquí donde el que firma dos cuartetas ya quiere tutear á Prieto y Justo Sierra, no hemos hecho justicia muchas veces á los artistas. — ¡Cuántas ocasiones pasaba Ocaranza inadvertido entre la multitud! Y allí están sus lienzos en la sala de Manuel A. Mercado, artista y poeta de corazón, que conmueven al que los mira con detenimiento! ¡Cómo se agostó Acuña entre la maleza del vulgo para ser comprendido después de muerto! ¡Cómo atraviesa las calles, pobre y olvidado, José María Ramírez, el autor de « Una Rosa y un Harapo » sufriendo el desdén de los que no conocen á nuestros literatos de pura sangre!

José María Velasco ha sido aplaudido en Europa; la Academia nuestra ha comprado algunas de sus obras mejores y hay varias casas en que sus cuadros se conservan con respetuosa devoción por su indisputable mérito!

Hay que fijarse en los paisajes de este fecundo y genial artista. Nadie ha reproducido como él las transparencias de nuestro cielo azul y brillante; nadie ha trasladado con mayor verdad, al lienzo, las purpúreas tintas de los crepúsculos sobre las crestas de nieve de los volcanes, ó sobre la rizada superficie de nuestros lagos. Con prodigiosos pinceles ha retratado todos los

matices de la lujuriosa vegetación de la tierra caliente y se oye al mirar sus cuadros cómo suenan las hojas de los platanares, tostadas por el sol que fermenta la miel en las cañas y acendra los néctares en los rojos botones del cafeto. Velasco ha reproducido con admirable maestría el bosque secular de nuestras tradiciones, la misteriosa selva coronada por el castillo de Chapultepec y ha hecho que ojos extraños conozcan y admiren los ahuehuetes con sus diademas de canas y sus troncos ungidos por cien generaciones convertidas ya en polvo. — Velasco, sin otro modelo que la Naturaleza y siendo un gran conocedor de la Botánica, la Zoología y la Mineralogía, ha eternizado en sus lienzos nuestras montañas, así las que circundan el valle donde Cuahutemoc asombró con su heroísmo, como las que sostienen la humilde choza de paja en que nació el Benemérito de América Benito Juárez. Es el Lope de Vega de nuestros pintores, no descansa nunca; ha producido sin exageración más de ciento ochenta cuadros y todos ellos han sido copiados del natural; todos son nuestros; en todos hay esta luz que hace aparecer más vivos los colores á los ojos de los europeos, que lastima las pupilas de los que nacieron entre las brumas del Norte; que no tiene el fondo gris que entristece nuestro ánimo cuando nos sorprende Enero en otros climas y que baña en tintes de zafiro á los lirios, de topacio á las margaritas, de rubíes á los mirthos, de esmeralda á las pomposas hojas de las mafafas y de diamante á las gotas que llora el alba sobre las mimosas.

En frente de los grandes cuadros de Velasco que representan el Valle de México, el de Oaxaca, Guelatao ó Chapultepec, he sentido la misma impresión que me ha causado todo eso, al natural, cuando me he puesto á contemplarlo admirando las maravillas de esta tierra que es mi patria y patria del inspirado y admirable pin tor que con tanto genio las reproduce.

Interpretar los secretos del color y la línea; aprisionar entre las cerdas de los pinceles todos los encantos de la Naturaleza en la pomposa manifestación de sus más brillantes galas; copiar esta luz, esta atmósfera, este conjunto de matices que tanta variedad ofrecen á cada hora del día, ha sido la gloria de José María Velasco.

Nuestro famoso pintor tiene hoy cincuenta y un años, pues nació el 6 de Julio de 1840 en Temascalzingo, municipalidad de Ixtlahuaca en el Estado de México. Sus padres fueron Don Felipe Velasco y Doña María Obregón. Tuvo cinco hermanos, de los cuales tres murieron en la primera edad y los otros dos son muy conocidos en el mundo científico, sobre todo uno de ellos, Don Ildefonso, eminente clínico que falleció á la edad de cuarenta y dos años, siendo Presidente del Consejo Superior de Salubridad y Catedrático de Clínica interna en la Escuela Nacional de Medicina de México. Su otro hermano, Don Antonio, es profesor de medicina doméstica en la Escuela Normal de Profesoras.

José María Velasco perdió á su padre el año de 1850, en la terrible invasión del cólera, y al lado de su virtuosa madre hizo sus estudios primarios, teniendo á la vez que ayudarle para subvenir á las necesidades de la familia; en los ratos que le dejaban libres las obligaciones de la Escuela.

Este apoyo se unía al eficaz amparo de sus tíos paternos Guadalupe y Pedro Velasco que se esforzaron en dar porvenir á sus sobrinos, colocándolos como depedientes de sus casas de comercio, hasta el año de 1858 en que José María, impulsado por una vocación irresistible resolvió dedicarse al estudio del arte y un año más tarde su hermano Ildefonso, al estudio de las ciencias ingresando al Seminario Conciliar.

Á los dos años de haber ingresado á la Academia, obtuvo José María Velasco, por oposición, una de las

pensiones que se conceden en esa Escuela y fueron tales sus progresos que en 1868, es decir, á los diez años de haberse inscrito como alumno, le nombró el gobierno del Sr. Juárez, profesor de la clase de perspectiva.

Velasco tuvo por maestro á Don Eugenio Landesio, el inolvidable artista, distinguido de igual manera por su saber profundo que por su aspecto y modales aristocráticos.

Landesio no quiso regresar á Italia, su tierra natal, hasta ver asegurado el porvenir de su discípulo á quien quería con íntimo y verdadero cariño.

Landesio dejó la clase en la época del Sr. Lerdo de Tejada y lo reemplazó el Sr. Salvador Murillo, quien, al partir para Europa, dejó en su puesto á Petronilo Monroy, pintor de figura que, como los anteriores, duerme hoy el eterno sueño del sepulcro.

Al triunfar el General Díaz en 1876 se le dió la dirección de esa clase á José María Velasco, quedando como Profesor de Perspectiva, Dibujo y Pintura de Paisaje.

Velasco, estudió con tenaz empeño y sin obligación de hacerlo, varias ciencias, concurriendo á la Escuela de Medicina en compañía de su hermano Ildefonso, cultivando con predilección la Historia Natural y emprendiendo sin éxito por falta de suscriptores la publicación de la Flora del Valle de México, obra que le valió ser nombrado socio de número de la sociedad de Historia Natural. — Muchos trabajos de Velasco, sobre ciencias naturales, engalanan las páginas de « La Naturaleza » periódico interesantísimo que ha sido el órgano de esa sociedad.

El reputado químico y naturalista Don Gumersindo Mendoza, propuso al Gobierno que nombrara á Velasco Profesor dibujante del Museo Nacional y hasta la fecha continúa desempeñando esa plaza.

Al ir á Europa para presentar sus obras en la Expo-

sición Universal de París en 1889, mereció los aplausos de la prensa, los elegios de los críticos más sensatos y el beneplácito del Gobierno francés que lo condecoró con la cruz de la Legión de Honor, para cuyo uso ha obtenido licencia del Congreso.

No cabe en este periódico la lista de todos los cuadros que Velasco ha pintado y que han sido cerca de doscientos figurando entre ellos los siguientes:

« Patio del Convento de San Agustín », « Plaza de San Jacinto en San Ángel », « Montañas de la Magdalena », « Rio del Olivar », (caza de los antiguos mexicanos), « Peñas del Río del Olivar del Conde », « Vertiente del río del Olivar », « Ladera en las montañas de Tepotzotlán », « Xochitzin propone á Huautli », Jefe de los chichimecas, « Puente rústico sobre un Ayle, » (San Ángel) « Cabrío de San Ángel », « Cedro de Chimalhistac », « Alameda de México », « Árbol del Perú », « Ahuehuete de Chapultepec frente á la gruta », « Cañada de Metlac », « Puente curvo en Metlac », « Vista de Oaxaca desde Monte Albán », Id. desde el cerro del fortín, « Valle de México desde el cerro de Atraevalco », « San Sebastián Chimalhistac », « Cascada de Barrio Nuevo », (Orizaba.) « Bosque de Jalapa », « Ajusco visto desde el Tepeyac », « Chapultepec desde el paseo de la Reforma », « Calzada de la Piedad », « Río de Tlaxcala, confluente del Zahuapan », « Rocas del cerro de Atzacoalco », « Cardon del pueblo de Dominguillo », (Oaxaca.) « Rio de San Angel », « Perués del Tepeyac », « Barranca del Agua Santa », (Tlaxcala.) « Ixtacsihualt y Popocatepetl » desde el Santuario de Ocotlán, (Tlaxcala,) « Río de Tlaxcala » « Pirámide del Sol en Teotihuacán », « Pirámides del Sol y de la Luna en Teotihuacán », « Río de Tacubaya, Chapultepec y Valle de México », « Popocatepetl é Ixtlacsihuatl », (Lago de Chalco.) « Ruinas y población de Mitla », « Guelatao » (Oaxaca.) Id. visto por otro punto. « Temascalcingo », (tierra nativa

del Señor Velasco.) « Chapultepec » desde la calzada de Tacubaya. Id. desde la estación del ferrocarril. « Ahuehuete de Chapultepec », « Vista de Chapultepec », « Vista de México desde el Tepeyac », « Templo de San Bernardo », « Cañada de la Magdalena », « Baño de Netzahualcoyotl », « Ahuehuete de la Noche triste », « Valle de México » pintado expresamente para ser presentado en la Exposición de Filadelfia (premiado.) « Llorones de Tacubaya », « Cascada de Necaxa », « Cordillera del Valle de México », « Vista de la Carolina », (Atlixco.) « Valle de México », (Para la Exposición de París de 1878.) « Catedral de Oaxaca », « Vista de la Carbonera », (Oaxaca.) « Vista de Guelatao », Id. de la Cordillera de Ajusco. « Vista de de México », (simulacro 5 de Mayo.) « Volcán del Citaltepetl », desde Coscomatepec. « Montañas de Ajusco », Id. de Monte Alto. « Vista de Tlaxcala ».

Hemos citado algunos de los más importantes, pero muchos de ellos han sido repetidos en mayor ó menor escala, lo cual prueba que nuestro artista no descansa nunca; que pinta sin cesar y que todos sus cuadros son asuntos de la naturaleza americana.

Comprendo porque lo he sentido, lo que se goza al ver en tierra extraña un cuadro de Velasco, como que vive en el lienzo todo lo que sus pinceles copian.

Es un gran paisajista, un admirable intérprete de perspectivas del Valle; su nombre no se perderá en los anales del arte mexicano; honra al país en que ha nacido; á la academia en que ha estudiado y á la sociedad en que vive lleno de modestia y de virtudes domésticas. — Padre amantísimo y esposo ejemplar, Velasco se consagra á su trabajo de artista y á la educación de sus ocho hijos, uno de los cuales le acompañó en su viaje á Europa.

Hombres como Velasco merecen todos los aplausos, todos los homenajes, todos los lauros, destinados á la perseverencia, al talento y la honradez de un artista

que no ha empañado nunca sus ideales y que en sus obras imperecederas enaltece á la vez que su nombre, el de la tierra en que se ha mecido su cuna.

EDUARDO DEL VALLE

(DEL LIBRO « MIS AMIGOS »)

El poeta de quien hoy me ocupo con verdadera complacencia, es entre los cantores modernos de mi patria el único que se ha consagrado al cultivo de la poesía heroica, llevando á cabo con laudable propósito y con gran éxito la difícil tarea de escribir un poema épico que ya es muy conocido de los amantes de las bellas letras por haberse publicado en 1886.

Ese poema, que se intitula « Cuauhtemoc, » y está dividido en nueve cantos, es según la frase de mi sabio maestro Altamirano, en el estudio que sirve de prólogo á dicho trabajo — « heroico sin ser legendario, y precisamente porque no se apoya más que en la verdad. »

El mérito de Valle es tan grande que creo de justicia citar aquí algunas de las opiniones del maestro Altamirano: « El poeta Eduardo del Valle ha sido uno de los primeros mexicanos que han consagrado su talento y su inspiración á revindicar la verdad en los sucesos de la Conquista, y el primero que ha templado su lira para cantar exclusivamente las hazañas del joven caudillo, que alumbró con su gloria, como un sol moribundo, la ruina de la México india. »

« El poema de Valle sí es una verdadera Epopeya y tiene de particular que está apegado exactamente á la Historia, lo que no impide que tenga todas las galas y encantos de la poesía; la robustez de entonación, la belleza y novedad de los cuadros, los retratos acabados de los personajes, el interés del relato que se aviva con la gravedad de las transiciones y lo importante de las peripecias. En fin, la narración épica palpita, como en el Canto antiguo, y suspende y embarga el ánimo de los oyentes y de los lectores, pendientes del sentido de la octava real, siempre fácil, clara, castiza, sonora, sin construcciones abstrusas, sin consonantes desagradables, sin esos escollos de lenguaje ó de prosodia que distraen la atención del menos crítico. Hemos dicho que el poema está apegado á la Historia, y esta es una singularidad que parecerá á algunos extraña, cuando no la tengan por defecto.

« Pues bien : sí, aquí se realiza un fenómeno literario digno de notarse. Lo general ha sido que la Historia se funde en los hechos, y la Epopeya en la leyenda.

« Y en lo relativo á la Conquista de México, ha sucedido que la Historia se ha fundado en la Leyenda por las razones que hemos expuesto al principio, y el poema de Valle es el que se funda en los hechos mejor comprobados. Así lo ha querido el poeta, y ha hecho bien. Su obra es una revindicación, al mismo tiempo que un monumento de arte. Para ensalzar á su héroe, buscaba y quería la verdad, ya que los cantores de Cortés : Saavedra, Guzmán, Ruiz de León y aun D. Nicolás de Moratín, buscaron para sus pobres poemas el turbio manantial de las falsedades y de los cuentos. El « Cuauhtemoc » es, pues, un poema apoyado en la verdad. ¿Esto le quita su carácter heroico? De ninguna manera. »

Estas opiniones del maestro harán entender al menos docto, lo que vale y significa la obra de Valle.

El poeta que logra con sus brillantes descripciones que el lector conozca, como si los tratara mano á mano, los personajes, los sitios y los grandes hechos del caudillo que le sirve de tema principal de su obra, tiene ganados para siempre los aplausos de los inteligentes y los lauros de la posteridad. Homero, modelo de los épicos, más bien quiso inmortalizar á los héroes de la guerra de Troya que cantar la venganza de Aquiles, que es el incidente que da unidad al poema; y nuestro bardo heroico propúsose dar realce á los grandes hechos de Cuauhtemoc tocando al paso á muchos otros personajes que se destacan por audaces y crueles sin que el poeta haya tenido intención de herir á la antigua Metrópoli por la que abriga marcadas y profundas simpatías.

El poema « Cuauhtemoc » es para mí una obra que leo con profundo cariño, y hay justicia para ello. Eduardo del Valle con quien me liga antigua y fraternal amistad, estaba hace algunos años retraído de la vida literaria, parecíame que la decepción, la tristeza, la seguridad de que en nuestro país poco alcanzan los hombres dados á los trabajos de la pluma, lo retenían en un austero aislamiento. Alguna vez nos encontramos en un viaje, y allí, dentro de un wagón que cruzaba rápido sobre hondas barrancas, mirando un horizonte azul y límpido, le dije : usted podría con su inspiración poderosa acometer una obra perdurable, tomando como personaje á alguno de nuestros héroes.

Pasábamos frente á Otumba, y haciendo los dos reflexiones sobre la supuesta batalla en que Solís hace intervenir á Santiago, me dijo tales cosas de Cuauhtemoc que yo, con la autoridad de un hermano le dije : Escriba usted un poema sobre ese héroe. — Á los ocho días, fué á mi casa y me leyó el lindísimo romance, que no se desdeñaría en firmar el Duque de Rivas, intitulado ; « La Visión de un Monarca » que me hizo

el honor de dedicármelo y que con toda la imparcialidad de un juez honrado es una de las joyas de la lira de este amigo mío. — Ese romance que sirve de introducción al poema « Cuauhtemoc » es para mí, un modelo de galanura de estilo, de brillantez de imágenes y revela á un poeta cuyo nombre no se perderá en los abismos del tiempo.

Después, Eduardo me leyó el primer canto de su poema, lo aplaudí con el alma; siguió con tenaz empeño y cuando ya iba á la mitad le hallé otra vez decepcionado y casi resuelto á abandonar la empresa. — « Vendrá — le dije — la estación de las lluvias y en esas tardes tristes, nubladas, cuando las gotas del cielo azoten las vidrieras del estudio en que usted se declara prisionero, la gloria del héroe y el cariño mío, lo alentarán á concluir el poema. » — Así fué. — Vino esa estación y Eduardo concluyó ese poema que es el único que en el género épico podemos presentar al mundo literario.

Eduardo del Valle está en el vigor de la vida. Nació en Puebla el 2 de Marzo de 1843, habiendo sido sus padres Don Juan N. del Valle, conocido editor, y Doña Josefa Zerón, modelo de virtudes evangélicas y tesoro de bondad y de inteligencia. Cursó en 1855 y 1856 latinidad y filosofía en el Seminario Conciliar de México, ingresando en Octubre de 1856 al Colegio Militar donde permaneció hasta 1859, cursando las materias militares de Reglamento, siendo las principales las matemáticas y el francés.

Salió al cuerpo de Ingenieros en 1859 y sirvió hasta 1860 en que fué dado de baja todo el Ejército cuando triunfó la causa liberal.

En 1859 y 1860 concurrió á varias campañas en el Sur de los Estados de México y Michoacán, en Veracruz y en los Estados del Bajío, distinguiéndose por el estricto cumplimiento de sus deberes.

De 1861 en adelante se consagró á asuntos tipográ-

ficos, ya como impresor, ya como editor, entregándose al mismo tiempo á los estudios literarios bajo la dirección del Lic. Alejandro Villaseñor de San Luis Potosí, del Sr. Don Joaquín García de la Huerta, poeta cubano y de la de su hermano Manuel del Valle.

Desde ese año, comenzó á publicar en diversos periódicos, poesías del género erótico, que fueron reproducidas con general aplauso.

Entregado á esos trabajos nobles que ofrece una vocación literaria; recibiendo en su humilde retraimiento las sinceras ovaciones que se tributan al talento, escribió en 1884: « La Visión de Moctezuma » que le valió una corona de sus admiradores.

Escribió entonces « Las Arras de la Boda » en estrofas de las cuales muchas recuerdan á los mejores poetas españoles, y que mereció los aplausos más calurosos de los mejores literatos del país.

Valle escribió con plausible constancia sobre diversos asuntos en un periódico literario « El Álbum de la Mujer » donde apareció su lindísima leyenda « El Castillo de Couziéres » que reviste en sus versos una fluidez digna de los mejores tiempos del cantor de Granada, es decir, cuando éste conmovió á sus lectores con « Margarita la Tornera » y « El Cristo de la Vega. »

Después publicó su pequeño poema « Lupe, » de carácter realista y con décimas rotundas y sonoras.

Por encargo del laborioso é inteligente Dr. Antonio Peñafiel escribió la leyenda « Coyolicatzin, » típica en su género, buena en su estructura y de la cual, así como de las anteriores se han hecho ediciones especiales, ilustradas con láminas alusivas.

Eduardo del Valle ingresó hace algunos años al Liceo Hidalgo y fué electo Presidente durante un período.

En esa sociedad literaria que contó en su seno á

los más grandes talentos del país, Valle leyó su poema « Cuauhtemoc » siendo aplaudido en cada noche, pues esa obra suya es de tal valer que se ha repartido como premio de lectura en las Escuelas del Ayuntamiento de México y de otras localidades. En algunas de esas Escuelas sirve de texto habiéndose agotado la primera edición de 1.500 ejemplares.

El poema « Cuauhtemoc » para cuya terminación, cooperaron mucho los consejos entusiastas y las sinceras indicaciones del maestro Altamirano, que cuando escuchaba un nuevo canto, estimulaba á Valle para seguir el otro, revela el criterio, la seguridad y la fé, con que el autor adunó la historia á la poesía, sin que la primera perdiese por la hermosura de la forma y de la expresión ni la segunda abatiera sus alas obligada por la severidad de los hechos.

Era natural que al inaugurarse la estatua del último Emperador Azteca, la corporación Municipal nombrara como orador oficial al ilustre bardo que había sido cantor del inmortal héroe, y así fué en efecto, porque designó á Eduardo del Valle que alcanzó en tan solemne fiesta un nuevo y legítimo triunfo.

Valle es socio honorario de la Sociedad de Geografía y Estadística ; miembro de la Asociación del Colegio Militar de la cual ha sido dos veces vice-presidente y una vez presidente.

Empleado en el Gobierno del Distrito Federal desde 1878, ha desempeñado diferentes cargos, comisiones y empleos, siendo en la actualidad Jefe de la Sección del Estado Civil, cuya plaza se le confirió en Agosto de 1884.

Eduardo del Valle es uno de esos talentos que prestan á la literatura nacional grandes servicios; que se conforma con satisfacer sus propias inspiraciones que hace conocer á un reducido círculo de amigos íntimos, que estiman en toda su latitud sus grandes y valiosas facultades.

Ha leído mucho y todo con provecho ; conoce á fondo la historia de su patria y por eso busca y recoge en ella los temas de sus obras. Sin duda comprende que en la época actual, cuando todas las tradiciones heroicas de la raza azteca se van perdiendo bajo el desdén de muchos filósofos que no ven en la tierra nativa más que un detalle biográfico sin importancia, es preciso enaltecerlas, pintarlas, infundirlas en el corazón sencillo del pueblo, para que no se pierdan con el trascurso de los años y para que en lo porvenir palpiten en esas estrofas que, como las del poema « Cuauhtemoc » obligan al más insensible á adorar á su Patria, á venerar á sus héroes, á sentirse orgulloso de haber visto la luz en una tierra que ha producido hombres dignos de la doble corona de laurel y encina que simboliza la inmortalidad.

Á mí no me importa que los espíritus apocados por la envidia, miren con desdén ó con desprecio á estos nobles cantores de mi nación ; yo sé cuánto valen y sé cuánto pueden, por eso, al encontrármelos en medio de un grupo que ni siquiera los escucha, es á los primeros que tiendo mis brazos y mi corazón de amigo y de compatriota. Hemos llegado á unos días de escepticismo tan hondo, en los cuales es preciso despertar por todos los medios posibles la fé y el amor en los corazones endurecidos. Recuerdo que algún día fuí con Eduardo del Valle, en tarde serena y hermosa, á ver con detenimiento el grandioso monumento levantado á Cuauhtemoc en la calzada de la Reforma y que, como me decía mi inolvidable amigo Ramón Mendoza, Ministro de la República Argentina, basta para dar á México renombre artístico.

Cuando estábamos al pie de la estatua yo le dije á Valle : « si el monarca indio hablara, daría á usted las gracias por haber cantado sus hazañas, su heroísmo, su abnegación, su martirio y su gloria, con una lira que no ha ensordecido sus cuerdas en los estruendos

de la orgía ni con los bajos acordes de una adulación torpe y abyecta. Si el monarca indio hablara le diría « gracias porque en pleno siglo diez y nueve has defendido los fueros de la patria antigua, el valor de mi raza, mis esfuerzos y mis desgracias ».

El poeta callaba conmovido mirando cómo los últimos rayos del sol poniente coronaban de oro y púrpura la cabeza del Emperador, con tanta luz como la que ha derramado con su nombre el sol de la inmortalidad sobre los campos de la Historia.

Eduardo del Valle, que prepara su nuevo poema « Morelos » vive modestamente consagrando muchas de sus horas á la versión del francés al castellano, de una obra de Laurent, así como en otro tiempo y en unión de su hermano Manuel se consagró á la traducción de muchas novelas francesas.

Amigo mío de corazón, no puedo ser su juez, pero el cariño que le profeso no me impide reconocer su mérito: es el único poeta épico de nuestro Parnaso y ojalá que él alcanzara á vivir para felicidad de sus hijos, á quienes ama entrañablemente, el tiempo que vivirá coronado por los aplausos de los hombres pensadores su poema « Cuauhtemoc » que es acaso uno de los más hermosos bronces del pedestal de su fama literaria.

FRANCISCO GÓMEZ FLORES

(DEL LIBRO « MIS AMIGOS. »)

Cuando el público más ilustrado de la ciudad de México, esperaba con ansia la edición de las obras

dramáticas del inspirado y fecundo Peón Contreras, que sin disputa es el Lope de Vega de nuestro empobrecido y desdeñado teatro, aparecieron éstas causando verdadero alboroto y teniendo como rico vestíbulo un imparcial juicio crítico, que por lo galano del estilo, lo sólido de los razonamientos y el caudal de erudición empleado en su estructura, reveló ser hijo de un ingenio esclarecido.

Lo calzaba la firma de Francisco Gómez Flores, joven todavía por los años y maduro, juicioso y casi provecto por el elevado pensar y el hondo sentir manifestado á cada paso en las obras de su pluma.

¿Era esto lo que daba nombre al escritor sinaloense? No, porque ya lo tenía de antemano en los círculos literarios donde con la modestia que lo distingue, era conocido y estimado como se merece; pero ese prólogo en las obras de un poeta de tan alto renombre, significaba al menos que no podía considerarse como escritor de poca talla á quien había sido elegido y llamado por el aplaudido autor de « La Hija del Rey » para encabezar como juez erudito la selecta colección de sus dramas.

En todas las producciones valiosas, se aprecia al prologista, como al que presenta en un salón de aristocráticos moradores, al príncipe que hace su primera visita conducido por uno de sus más nobles y ameritados amigos.

Gómez Flores nació en la ciudad de México el 9 de Febrero del año de 1856 y fué llevado antes de cumplir cuatro meses al puerto de Mazatlán donde se educó é instruyó en los ramos de la enseñanza elemental y primaria, demostrando sus grandes aptitudes y su inteligencia clarísima desde que le pusieron el primer libro en las manos y le tomaron la primera lección en las aulas.

Para comprender el empeño con que se cultivó su espíritu, bastará saber que es hijo de un hombre

ilustre, de un abogado sapientísimo á quien debe el heroico Estado de Sinaloa, sobre todo en los ramos de enseñanza, mejoras trascendentales y servicios valiosos, pues obras suyas son los mejores reglamentos y las leyes más amplias que allí tienen y que están todas inspiradas en la más pura y firme democracia.

Tan eminente jurisconsulto contribuyó á formar la constitución del Estado y á concluir la ley de municipalidades, siendo en Mazatlán por muchos años y así lo manifiesta el entendido escritor J. Javier Gaxiola en sus importantes y útiles monografías de escritores sinaloenses « el árbitro de todas las cuestiones hacendarias y mercantiles. »

Familia de pensadores es la de mi amigo á quien traigo hoy con todo gusto á estas páginas pues eran hermanos de su esclarecido progenitor el poeta Don Miguel Gómez Flores á quien mucho distinguió y quiso el benemérito Juárez, y Don Bernardo Flores, que en los Gobiernos de Arista y Comonfort desempeñó altos cargos y de quien decían ser uno de los pocos ricos que leen y estudian toda su Biblioteca.

Era natural, repito, que al descendiente de tan límpio abolengo se le educara con esmero y en prueba de esto, se le puso en 1870, no encontrando mejores planteles, en el Colegio Náutico del Puerto donde cursó matemáticas en su vasta extensión, Hidrografía, Orografía, Cronología, Cosmografía, Pilotaje, Inglés, Francés, Lavado de Planos, y Dibujo Topográfico. Tan aprovechado salió de este plantel que se le nombró en la comisión para levantar el plano del puerto y bahía de Mazatlán.

En 1874 vino á la Capital é ingresó á la Escuela Nacional Preparatoria, de donde partió, por motivos de salud, al colegio del Estado de Puebla en el cual estudió filosofía, griego y latín, alcanzando por aclamación en la primera materia el primer premio. En la

revolución política de 1876, cuando era cursante de primer año de Derecho, á causa de haberse sublevado el 8º. Batallón de línea en favor del Plan de Tuxtepec, Gómez Flores interrumpió sus estudios, dejó al poco tiempo la ciudad y se entregó al periodismo y los trabajos literarios.

Con tan sólida base de conocimientos científicos, filosóficos é históricos, pudo tratar los más complicados asuntos y llamó desde luego la atención de los pensadores pues sus creaciones tenían alma y alas vigorosas.

No era un advenedizo en la prensa ni un desconocido en las academias ni un intruso en las agrupaciones políticas y en las sociedades literarias. Su recto pensar, su cultivado y sano criterio, el trato constante con los elegidos del saber, le daban todos los títulos más envidiables y quizá de mejor valimiento que los que traen en rico pergamino el sello universitario y la aprobación de varios catedráticos.

Con inspiración brillante, Gómez Flores escribió versos en su primera juventud, mejor dicho, en su infancia. Algunos mirtos, ricos en miel y en matices, cortó su experta mano en las faldas del monte Himetho con beneplácito de las Hijas de Apolo. Pero sea que por índole natural gusta de serias labores como las que imponen la filosofía y la crítica, sea porque su carácter reposado y juicioso le ha retenido en las meritorias lucubraciones de los más graves estudios, el hecho es que son pocas las poesías que nos ha dado á conocer y muchas las obras trascendentales que ya han ungido su nombre con el aplauso unánime de los doctos. — Mucho ha escrito Gómez Flores; su pluma no ha estado en reposo y siempre ha infundido respetabilidad y mérito á las publicaciones periódicas en que ha colaborado ó que ha dirigido, así en nuestra ciudad como en el puerto donde ha residido la mayor parte de su vida.

Escritor de polémica, crítico de gran sabiduría, no ha descendido nunca á pequeñeces ajenas á su carácter y tiene hoy su pluma limpia de toda mancha y llena de prestigio y de estimación en todas partes.

En 1881 publicó Gómez Flores un libro intitulado « Bocetos Literarios » en que coleccionó interesantísimos artículos. Leí yo esa obra con verdadera delectación porque encontré en todas sus páginas la sinceridad de carácter, la firmeza de opiniones estéticas y el afán de servir á las letras nacionales, que sintetizan por decirlo así las virtudes literarias de su joven autor.

Toda la evolución intelectual de los primeros años del Gobierno del Gral. Díaz, está condensada en los « Bocetos Literarios. » Recorriendo esas páginas he visto surgir á mis ojos, personajes y escenas que me conmovieron y me interesaron. Allí encuentro un artículo juzgando uno de los pecados dramáticos que perpetré por servir á un actor á quien mucho quise y que murió desesperado y ciego en el hospital de locos. ¡ Pobre Galza ! Él representó admirablemente el papel de Colón en aquella obra mía, que como dice Gómez Flores : « Sin enredo de ningún género, sin choque de pasiones, sin acción propiamente dicha, sin nada en fin de lo que constituye una pieza dramática, se presenta al crisol de la crítica, como una apología teatral de aquel hombre extraordinario, que después de haber colocado en el áureo cetro de los reyes de Castilla, su joya más brillante, arrastró vida de mendigo y murió en la miseria, olvidado de todos. »

Con el título de « Primicias Literarias » brillan en bocetos artículos de crítica concienzuda, como los denominados « La literatura huguiano-mexicana », « La literatura germano-mexicana » y « Literatura doméstica » Gómez Flores censuró con mucho talento la manía *becqueriana* de nuestros poetas, cuando no había periódico en que no aparecieran esos *lieds* al

estilo del país que llegaron á hacerse insoportables.

Coincide en esto el pensar de Gómez Flores con el del eminente poeta argentino Rafael Obligado que en una carta privada me dice :

« El desconocimiento de la antigüedad clásica, por una parte ; la desgraciada imitación de los franceses, especialmente de Hugo, Lamartine y Musset, por otra ; y, por fin, las parodias de Heine (visto á través de Becquer) precipitaron nuestra producción poética por vías artificiales, desnaturalizaron el carácter de nuestra raza, eternamente española, y nos dejaron en tierra americana esos abominables volúmenes de versos en que abunda todo, menos la famila, menos la patria, menos la Divinidad, menos cuanto vive y palpita con irresistible fuerza en nuestra sangre. — Añada usted á estos males, por ser consecuencia natural de ellos mismos, una insanable vaguedad imaginativa en nuestros líricos, un apocamiento de nuestra lengua, vigorosa de suyo, y el ridículo prurito de hacer poesía *científico-filosófico-trascendental* (cosa en que ni soñaron los griegos, eternos maestros de lo bello), y se lamentará conmigo del tiempo y labor que hemos perdido. »

Gómez Flores hace importantes y serias reflexiones sobre esto y mostrándose partidario fidelísimo de la literatura limpia y sana que dió renombre á los más celebrados autores de los siglos de oro, se extiende en valiosos juicios sobre el desarrollo de nuestro teatro en el prólogo de las obras de Peón y Contreras, así como en « Nueva España en su aspecto literario » trae eruditísimas consideraciones históricas, no sólo sobre la dramática y la lírica, sino también sobre otras bellas artes y sobre las ciencias desde los tiempos primitivos de Anáhuac.

Rico en conocimientos y atinado en sus imparciales pareceres se manifiesta Gómez Flores cuando espiga en campo histórico ó cuando pisa con planta firme los

dominios de la crítica en que tanto ha sobresalido en España Don Manuel Cañete y aquí el inolvidable Doctor Manuel Peredo. Los juicios sobre « La Cadena de Hierro » de Agustín F. Cuenca; « El Paje de la Virreina » y « Quetzalcoatl » de Alfredo Chavero, y « El Conde de Peñalva » de Peón y Contreras; la « Noticia de la vida y obras de José Peón y Contreras » así como el Prefacio escrito para los « Romances Dramáticos del mismo poeta » el extenso y erudito prólogo para las obras Dramáticas y « Crítica Literaria en México » son vivos testimonios de que se puede en edad temprana alcanzar la madurez de raciocinio que ennoblece y distingue á varios escritores cuando han consumido en penosas vigilias las mejores horas de su vida.

Gómez Flores ha alcanzado en los albores de su juventud estos triunfos sobre la opinión y ya es autoridad en materia de crítica puesto que la ha ejercido con tan grande habilidad que nadie puede darse por herido ni lastimado, pues jamás mojó su pluma, como lo hacen otros, en tintas innobles y pestilentes. Á esto debe gozar de la alta estimación que se le profesa en todos los círculos y bien hizo en dedicar su libro « Bocetos Literarios » á sus amantes padres, pues nada hay en esas páginas que empañe el limpio brillo del nombre que de ellos ha heredado.

Seis años después de que aparecieron los « Bocetos », en 1887 Gómez Flores publicó una obra intitulada « Humorismo y Crítica » y en 1891 reunió en un nuevo libro intitulado « Narraciones y Caprichos » « Apuntamientos de un Viandante » (discursos, cartas y artículos) la segunda parte de una obra que publicó un año antes en Culiacán, pero sin que dichas partes tengan otra conexión que el carácter de las narraciones de viaje y el deseo del autor de que formen un solo conjunto de trabajos de la misma índole.

Este libro es de importancia palmaria; en el artí-

culo « La Literatura y La Crítica » dice su autor :

« Siempre he pensado así : que la literatura de un pueblo constituye uno de sus más poderosos elementos de organización, porque en ella se vienen á condensar en último análisis todos sus otros ramos de cultura. Las naciones todas de la tierra han comprendido bien esta verdad, esforzándose por producir una literatura adecuada á sus condiciones de existencia política y social. Pretender separar las manifestaciones artísticas de las demás actividades de los pueblos, es una pretensión insensata, porque todas las manifestaciones intelectuales están tan íntimamente ligadas, que no puede ninguna de ellas dar un paso sin arrastrar á las otras en su movimiento : tienden todas, como los líquidos, á buscar su nivel. »

« Veo ya en algunas de nuestras composiciones como vislumbres de una evolución favorable á la patria; ciertas tendencias á la autonomía en materia tan capital de la vida colectiva; ímpetus vigorosos de romper las cadenas de la servidumbre é inequívocos indicios de independencia futura. Al alumbrar la aurora del siglo venidero, quizás nuestra literatura esté ya dotada de peculiar carácter y formas artísticas originales. Pero téngase presente que para que este horóscopo se ponga en vías de realizarse, debe la crítica allanar antes el camino y limpiarle cuidadosamente de ripios, abrojos y malezas. ¡ Siegue la hoz del crítico la hierba inútil, la breña que estorba y desluce y el sendero será grato y hermoso á los transeuntes del Parnaso ! »

Esto que puede llamarse el credo literario del autor, está justificado en todas sus nobles labores. Él ha hecho copias admirables de lo que son en ciertas esferas los pseudo-periodistas, los pseudo-poetas, los pseudo-literatos y ha encomiado sin darse punto de reposo á los de verdadera vocación, á todos los que han trabajado con utilidad para el arte, censurando

severamente á las avutardas del mundo literario.

En « Narraciones y Caprichos » me he encontrado, ya un discurso notable como el de la « Muerte de Hidalgo » que respira patriotismo y elevación de sentimientos, ya una alocución sincera y llena de consejos prudentes como la que intituló « El Liceo Mexicano, » ya estudios de trascendencia como « La Autoridad Civil y La Eclesiástica, » ya consideraciones dignas de conocerse como las que campean y sobresalen en « Literatura Mexicana » « Epístola Explicativa » « El Derecho Natural » « Los líricos sud-americanos y la originalidad de nuestra literatura » y su hermoso discurso « La Batalla de San Pedro en Sinaloa » en que además de la brillante descripción de ese glorioso hecho de armas, hace resaltar la incuria de los historiadores mexicanos y extranjeros que apenas han hablado de él muy someramente cuando forma sin duda ninguna uno de los timbres más bellos de la guerra contra la invasión francesa.

Puede decirse que Gómez Flores ha sido el primero que revindica al héroe Rosales y lo presenta ante la patria y ante el mundo con toda la majestad y la grandeza de que lo revistieron su clemencia, su valor, su genio militar en la batalla campal librada contra las huestes napoleónicas el 22 de Diciembre de 1864.

El Estado de Sinaloa orgulloso de haber tenido en Rosales un héroe, inmortal en la historia, debe regocijarse de tener también un escritor concienzudo é imparcial que publica esas glorias, enarrándolas con galano y fácil estilo y poniéndolas en el lugar que por omisión involuntaria acaso, le habían negado otros muchos escritores, esceptuando á Ignacio Ramírez y Don José María Iglesias que ya lo habían tratado aunque en publicaciones menos visibles y más limitadas que el libro del jòven literato de quien me ocupo.

Hay también en este libro, páginas que, como la

consagrada á Rosales, merecen ser estudiadas por nuestros historiadores y romanceros como las de « Operaciones militares en el Estado de Sinaloa durante la guerra de la intervención Francesa. »

Nuestros literatos que, conforme con la opinión que emite Gómez Flores y que acepto en todas sus partes, quieran contribuir á la formación de una literatura adecuada y genérica del país, deben buscar la áurea veta que ha de darles bonanza, en todos estos apuntamientos de hechos gloriosos que una vez reunidos han de constituir la perdurable epopeya de nuestra nacionalidad. — No con otra mira, he emprendido, aunque sin fuerzas, el romancero de la guerra contra la intervención y por esto estimo en todo su inmenso valor á los literatos que, como Gómez Flores, ofrecen ricos materiales ya labrados y pulidos á los buscadores de interesantes argumentos.

Hechas estas consideraciones, nadie negará su importancia y valor á un libro como « Narraciones y Caprichos » en el que dejo de citar por falta de espacio, otros muchos artículos descriptivos, históricos, festivos y críticos que revelan el talento y la erudición de quien con tanta galanura los ha escrito y coleccionado.

Tiene trescientas cincuenta y tres páginas ese libro y no se cae de las manos de quien lo toma, pues ofrece todos los atractivos que deleitan y satisfacen á los espíritus cultivados y amantes de la verdad y de la inteligencia.

El volumen intitulado « Humorismo y Crítica » « Monólogos de Merlín » es una vasta colección de artículos literarios, políticos, de controversia, filosóficos y festivos en que hay material para todos los gustos á condición de que éstos no se encuentren estragados. El estilo siempre es galano, porque es de Gómez Flores y ya he dicho desde hace varios años, que cincela las frases, que construye filigranas de

lenguaje, y en verdad que lo admirable de su pluma es que no decaiga ni se fatigue en la polémica ni en las disertaciones históricas.

Muchos son los literatos juzgados por Gómez Flores, pues no ha recibido en vano ninguna obra de las que aquéllos dan á luz ni guarda sin leerlas cuantas obras mexicanas llegan á sus manos.

Léase « Humorismo y Crítica » y se encontrará que no escasea la sal ática que obliga á reir al más serio y que recuerda la pluma de Fígaro en las cartas al Bachiller Niporesas en los artículos de costumbres y en los juicios de muchas obras de los hombres de su tiempo.

Me falta espacio para hacer un examen de obra tan interesante pero puedo asegurar que afirma la brillante reputación de su autor y contribuye á despertar el ideal, que no es poco lograr con un libro.

No sólo al periodismo y á las letras ha vivido consagrado Gómez Flores, ni esto solo distrae y nutre su espíritu, pues la instrucción pública es el ramo que le debe mayores servicios. Ha sido catedrático de Gramática General y Castellana, Literatura é Historia Universal y Patria en el Colegio Rosales y hoy lo es de Derecho ; Constitucional y Economía Política en la Escuela Normal de Profesoras y de Gramática española y Composición, Lectura Superior, Recitado y Reminiscencia en la de Profesores.

En esta cátedra que tomó á su cargo algún tiempo el maestro Altamirano, Gómez Flores ha seguido un método que le da brillantes resultados.

Representante del Estado de Sinaloa en los dos primeros Congresos Nacionales de Instrucción Pública, fué en ellos uno de los individuos que trabajaron más : sus ideas fueron de las más avanzadas en aquel recinto y defendió con calor, con entusiasmo, con luminoso talento los principios filosóficos y políticos que constituyen el credo de la escuela moderna.

Trabajó en seis ó siete importantísimos dictámenes, tales como el de la intervención que el Estado debe tener en las escuelas privadas y el relativo á los estudios preparatorios. Ocupó la tribuna ocho ó diez veces en cada congreso, siendo muy aplaudido y confirmando su fama de orador razonado, lógico y erudito.

Al discutirse el 23 de Enero del año actual la cuestión de títulos, Gómez Flores con una energía digna de todo aplauso improvisó un extenso discurso que abunda en galas oratorias, en razonamientos sólidos, en arranques de alta escuela, terminando con este sano pensamiento, hijo de su convicción profunda: «Si hemos de ser dignos de este honrosísimo nombre (Congreso Constituyente de la Instrucción), si hemos de constituir efectivamente la enseñanza nacional, fundémosla sobre la piedra angular del saber comprobado, y declaremos de una vez, que en la cátedra santa de la escuela primaria, sólo tienen derecho á iniciar á los niños en las augustas verdades de la ciencia, quienes merezcan de la sociedad tan alta y honorífica investidura.»

En la sesión del 9 de Febrero, defendió con vigor y con suma elocuencia la parte literaria del programa de estudios preparatorios. Sus consideraciones sobre la supresión del latín para determinadas carreras, sobre la utilidad real de las lenguas muertas, sobre la ampliación del estudio de la gramática española y de las principales secciones de literatura, sobre la lectura superior, emocional, expresiva ó estética y sobre otros puntos de igual importancia, probaron á la asamblea que el joven orador tiene un riquísimo caudal de sabiduría y una grande y brillante facilidad de expresar sus pensamientos en la forma más noble y más galana.

Otro triunfo oratorio alcanzó Gómez Flores con su discurso pronunciado el 29 de Junio del presente año en la Escuela Normal de Profesores, en la solemne re-

partición de títulos hecha por el Presidente de la República á los primeros alumnos que han terminado la carrera. Es una hermosa producción que cautiva no sólo por la elevada mira de las ideas sino por la limpieza y fluidez del estilo que recuerda el de los príncipes de la tribuna española.

Sus últimos trabajos son cinco biografías incluídas en la obra que con el título de « Liberales Ilustres Mexicanos » y con la colaboración de un grupo de notables escritores, está editando el Sr. D. Daniel Cabrera. Hé aquí los próceres biografiados : Valentín Gómez Farías, Jesús González Ortega, Pedro Ogazón, José María Patoni, y Manuel Cepeda Peraza. El número total de biografías que Gómez Flores tiene compromiso de escribir para dicha obra es de 18, y es inútil añadir que en las ya publicadas campean su conocido criterio y su estilo, así como campearán sin duda en las sucesivas.

Gómez Flores ha sido diputado tres veces á la Legislatura del Estado de Sinaloa, Ministro supernumerario del Tribunal Supremo del mismo Estado, Vocal de la Junta Directiva de estudios del puerto de Mazatlán y Regidor del Ayuntamiento en dicha localidad.

El Sr. Gaxiola lo considera con justicia el verdadero fundador y propagador del periodismo en Sinaloa.

Joven todavía, amante como pocos del estudio, modelo de hijos y de amigos, se casó en Mazatlán el 12 de Marzo de 1890 con la Srita. Isaura Gómez y vino á México donde tiene su hogar lleno de tranquila y dulce felicidad.

Grandes servicios ha prestado á las letras y á la instrucción pública; sus libros son por decirlo así, historias de su época bajo el punto de vista del desarrollo intelectual y moral que las ha caracterizado ; mucho producirá todavía su pluma, pues mucho prometen su edad, su instrucción y su talento.

Goza de gran estimación entre las personalidades salientes de la política y la administración y se le augura brillante porvenir en ese sentido.

Su nombre no se perderá en el olvido, pues es ya un timbre de honor en la literatura de mi patria.

PRÓLOGO DE LAS POESÍAS COMPLETAS

DE JOSEFINA PÉREZ DE GARCÍA TORRES

No es para todos los espíritus nutridos en el frío prosaísmo de nuestra época, un gran acontecimiento la aparición de un nuevo libro de versos. Parece á muchos que en este siglo del hierro y del carbón, debe de considerarse á los poetas como personajes trashumantes que se quejan, se duelen y se plañen de las miserias de la vida á semejanza de esas aves exóticas que hasta los cazadores deprecian y que nacen y mueren en lo más recóndito de un bosque.

Ya no hallaréis á los trovadores antiguos que erraban de ciudad en ciudad, de alquería en alquería con el mandolín al brazo y la melancolía en el rostro, en pos del feudal castillo á cuyo pie anhelaban levantar en la callada noche el canto místico, expresión de sus amores.

La Grecia, altar y cuna de los maestros de lo bello vive aún en Homero; Horacio y Virgilio mantienen vivo el fuego del esplendor latino; Dante descorre á los ojos de las generaciones nuevas todas las sombrías luchas del amor y del odio que constituyen la más real epopeya de la Edad Media; Petrarca conmueve

todavía con los sollozos de la pasión más pura; Ariosto se hace aplaudir al través de los siglos con las grandiosas concepciones de su numen; Tasso trae hasta nosotros su profunda tristeza y su amor desgraciado; Shakspeare, buzo del corazón humano, tiene aún viviendo como si fueran de carne á Otelo y Macbeth, á Desdémona y á Ofelia, á Romeo y á Julieta; y Goethe puede desde el Olimpo mirar cómo se estremecen los hombres de nuestros días en frente de su Fausto que ha servido de tema á nuevas obras hijas del genio en la escultura, en la pintura y en la música.

Cervantes existe en su imperecedero Quijote; Racine y Moliére surgen sobre la escena en cada vez que se representan sus obras y Calderón y Lope arrebatan los ánimos de alegría y entusiasmo con sus estrofas profundas y dulcísimas.

Desde esa sombría Alemania que clava con audacia en las nubes las agujas de su catedral de Colonia y desde esa Italia que parece reunir en su seno todas las maravillas del arte y todas las galas de la Naturaleza, hasta la India Oriental, donde Valmiki, el Homero de los Vedas escribió el poema de la religión y del amor; hasta esta América donde Cuauhtemoc, Caupolican y el Manco Capac bastan para nutrir con sus ejemplos á la epopeya y donde se identifican el vigor del ingenio, con el de la luz y de la hermosura; resuena limpia y vibrante todavía la voz de la inspiración, los acentos de aquellos bardos que si desaparecieron del estrecho estadio que pisaran con humana forma, siguen deslumbrando y conmoviendo desde el templo consagrado á los dioses por la mitología antigua y á los predilectos de la inteligencia por la edad moderna.

Luego, aunque nuestro tiempo sea árido y metalizado, la poesía no ha muerto y aun vivifica y regocija á los seres sensibles. ¡Pero si ni la poesía ni ninguna de las bellas artes se extinguirán nunca! Habría que

extinguir el amor á lo grande y á lo bello y así como los seres dotados con alas buscan el espacio, han de buscar el ideal cuantos crean y amen sobre la superficie de la tierra.

Mientras haya una religión, una esperanza, un goce ó un padecimiento en el corazón humano habrá poesía, y mientras ésta exista, servirá de consuelo, de estímulo y de placer á los hombres.

Los primeros poetas copiaban de la Naturaleza viva. por eso se encuentra en sus creaciones lo grande, lo monstruoso y lo bello del original; no tenían la corrección académica que exige la civilización á los hijos del refinamiento, pero palpitaba en sus obras el calor y la luz, el color y la forma de todo lo que una mano invisible ha esparcido en el Cosmos para eternizar su omnipotencia.

Las generaciones nuevas se han conformado con copiar é imitar á las que les han precedido, y por esto acontece que no las exceden en grandeza ni en originalidad.

La más bella expresión del pensamiento, la más delicada forma del estilo, la más resonante armonía de las frases, el conjunto estético que produce la emoción en los lectores, todo lo que el arte pide, anhelando la perfección posible, se encuentra en los poetas eminentes, en esos profetas antiguos y modernos que honran á la humanidad á quien llenan de luz con sus inmortales estrofas.

Habrá poesía mientras haya dolor ó goce y será más duradera la elegía porque el dolor es lo que más dura en la tierra. Desde los griegos, cuyo canto funeral era el *Elegos*, tan magistralmente interpretado por Minnermo y los latinos que en Propercio y Ovidio, han perpetuado sus lamentaciones más hondas, hasta España con Jorge Manrique, Gallego, Espronceda, García Tassara y Ruiz Aguilera; Francia con Millevaye, André Chenier, Lamartine y Leconte Delisle; Italia

con Petrarca, Leopardi, Praga y Carduci; Inglaterra con Young; Alemania con Schiler y Polonia con Kranziuski, la tristeza, el dolor y la soledad han servido de Númenes á los más inspirados ingenios.

La noche pertenece al pensamiento, dice un gran escritor, y todos estos poetas, cantores de la tristeza tienen sus « Noches inmortales. »

¿Por qué ha sido y será siempre la noche, templo de la tristeza y de la meditación, el encanto de los poetas? Diderot nos lo explica hermosamente :

« No es por el color, ni por los astros que brillan en la noche, por lo que nos admira el firmamento. Si colocados en el fondo de un pozo no vierais más que una pequeña parte, seríais de mi opinión; una mujer que fuera á una tienda de sedas y el dueño le ofreciera una vara ó dos de firmamento, quiero decir, de una tela del más bello azul, con brillantes estrellas, no lo tomaría para hacerse un vestido ¿de qué nace pues, el trasporte que nos causa una noche serena y estrellada? Es, si mucho no me engaño, del espacio inmenso que nos rodea, del silencio profundo que reina en este espacio, y otras ideas accesorias, referentes las unas á la astronomía y las otras á la religión; al decir astronomía quiero referirme á la popular, que se limita á saber que estos puntos brillantes son masas prodigiosas, relegadas á enormes distancias, donde son el centro de una infinidad de mundos, suspendidos sobre nuestras cabezas y donde el globo que habitamos se distinguirá apenas. ¡Cuál no ha de ser nuestro estremecimiento cuando imaginemos un creador de toda esta enorme máquina, llenándola, viéndonos, entendiéndonos, rodeándonos y tocándonos! He aquí, si mucho no me engaño, las fuentes principales de nuestra sensación á la vista del firmamento; es un efecto, mitad físico, mitad religioso. »

La noche ha sido la inspiradora de todas las almas sensibles y desde Goethe exclamando :

¡ Stünd ich Natur ! ¡ vor dir Mann allein !
Da war's der Muhe werth ein Mensch zu seyn,

hasta los bardos contemporáneos, la noche arranca flébiles suspiros y dulces cadencias á las liras y á los corazones.

El cultivo de la poesía enaltece el espíritu ; fortalece el ánimo, afina y pule los sentimientos, arraiga el culto por lo bello y lo grande y abre nuevos horizontes para encontrar resignación, consuelo y aliento en la lucha por la existencia.

Y si es tan noble en el hombre, en la mujer es además sagrado y bienhechor, porque la convierte en mensajera de la ternura escrita. Nadie como ella puede traducir los estremecimientos misteriosos que sacan las lágrimas á los ojos y los suspiros al pecho, cuando el amor, como principal agente, la obliga á mover el pensamiento y la pluma.

Nuestro país tiene sus cantoras privilegiadas. Es Sor Juana Inés de la Cruz la primera de todas y de ella dice el Padre Fray Luis Tinco de Morales en la aprobación del tomo que con el título de « Poemas de la Unica poetisa Americana, Musa Décima », se imprimió en Valencia el año de 1709 lo que sigue :

« En el nacimiento de Platón, escriben las Historias profanas, que llovió el cielo oro, para simbolizar lo precioso de aquel ingenio : en el nacimiento de Sor Juana no se dice que genial el cielo se desatase en esta lluvia supersticiosa ; pero sabemos que nació en una tierra, que ella misma produce el oro como llovido. Si esto es pronóstico de algún aprecio, no hay duda que este es mayor y más abundante. »

« Bien veo cuán poco se aplica este metal hacia la parte de los genios versificantes : *me nisi paupertas invida deprimeret.* Todo lo hace la poca honra del siglo que tiene esterilizado el plantel de los Mecenas, y juntamente el de las acciones gloriosas, conque no

hay que extrañar no se estimen los escritos, donde no se atiende al obrar digno de que se escriba. »

Y nada más cierto que lo que dice el Padre Tinco respecto del siglo que esteriliza el plantel de los Meccenas, sobre todo para las poetisas.

Las mujeres que han cultivado la poesía han sobresalido como vivísimas entrellas en su tiempo.

Proba, romana, tradujo á Homero ; Nicostrata madre de Evandro, llamada « Carmenta » ordenó las letras del alfabeto latino : Convina, venció á Píndaro, en Tebas, disputando en verso y compuso cinco libros de epigramas (léase á « Eliano) ; Safo compuso además de sus odas, Epigramas, Elegías y Yambos, creando discípulos y un género de verso, el Sáfico (véanse Suidas y Estrabón) ; Damófila, compañera suya, escribió poemas á Diana ; Stortencia, romana, según Apiano Alexandrino, fué el Demóstenes de su sexo defendiendo con su elocuencia á mil cuatrocientas matronas, de la opresión ; Cornicicia, romana también (epístolas de San Gerónimo) compuso muchos libros en prosa y verso, distinguiéndose tanto en sus rimas fáciles y fluidas que á todos les parecía natural imitarlas ; la mujer de Lucano, Pola Argentaria, corrigió los tres primeros libros de su marido. (La Farsalia) Elena, madre de Constantino, fué poetia ilustre (véase Polidoro) ; á Enina la llamaban el Homero de las mujeres ; Casandra, natural de Venecia, se graduó de Doctora, habló en el Senado y compuso una obra « Del Orden de las Ciencias, » pero sería larga la lista de mujeres inspiradas hasta llegar á nuestra Sor Juana, que mereció como Constanza, mujer de Alejandro Esforcia, ser llamada « poetisa única » con la circunstancia de que nuestra Juana jamás tuvo maestros ni consejeros, pudiendo por sí sola, como dice el P. Diego Calleja, llenar de asombro las dos Españas con la opinión de su admirable sabiduría.

Con Sor Juana comienza la serie luminosa de nues-

tros ingenios femeniles, por más que ella, defensora inmortal de su sexo, no pudiera presentir otra patria que la que en su época le designaban el trono y el convento.

Una mujer — según el erudito y laborioso Pimentel — fué la cantora de nuestra Independencia, y tan humilde y modesta que ni á su nombre rinden homenaje en la historia.

« La primera persona que cantó la independencia nacional parece haber sido una mujer, la poetisa Josefa Mendoza que murió á principios del presente siglo. Era natural de Guanajuato » (Pimentel, Historia crítica de las ciencias y de la Literatura en México, desde la conquista hasta nuestros días. Pag. 701).

El sabio literato á quien pertenece esta cita, demuestra que durante la época de la dominación española, hubo en México varias personas del bello sexo dedicadas al cultivo de las Musas, sucediendo lo mismo después de la Independencia, según lo prueban entre otros nombres que pudieran citarse los de Heraclia Badillo, Dolores Guerrero, Josefa Letechipía, Teresa Vera é Isabel Prieto. »

El Sr. Pimentel sólo se ocupa de ingenios que ya no viven y hace bien, porque la posteridad es fría é imparcial, pudiendo por lo mismo calificar sin preocupaciones el mérito de cada uno de los que ocupan el eterno solio de la Fama en los altares de la Historia.

De haberse ocupado de los vivos ya figurarían en las páginas de su interesante libro los nombres de Esther Tapia de Castellanos, Laureana Wright de Kleinohans, Josefa Murillo y Josefina Pérez de García Torres.

De esta última tengo á la vista dos preciosos volúmenes, uno intitulado « Rimas » y otro « Poemas. »

Representan cada uno de ellos, la noble labor de muchos días, tal vez de algunos años, en los instantes

de calma que permite el sacerdocio sublime de la maternidad y los otros deberes íntimos del hogar tranquilo.

Porque antes de juzgar á la poetisa hay que decir algo sobre la mujer, pues existe la dualidad en todos los casos aunque se compenetre y brille como la única luz de dos llamas en las creaciones del espíritu.

Josefina Pérez de García Torres nació en Jalapa, tierra de perpetua primavera, de maravillas naturales, de flores, frutos y pájaros, que realiza el pensamiento de Goethe:

Le pays où fleurit l'oranger,
Le pays des fruits d'or, et des roses vermeilles,
Où la brise est plus douce, et l'oiseau plus léger
Où dans toutes saisons butinent les abeilles.

Una niñez sosegada y dulce; una educación moral y sana, merced á los esfuerzos sacrosantos de una madre amorosísima; una afición desde muy temprano al estudio y cultivo de las bellas letras y después, en el albor de la juventud, un viaje á la capital de la República, donde todos los más ameritados literatos y poetas, Ignacio Ramírez, Ignacio Manuel Altamirano, Luis G. Ortiz, Guillermo Prieto, Joaquín Tellez, Manuel Acuña, Agustín F. Cuenca, y otros muchos saludarán su arribo consagrándole inspirados cantos, celebrando en su honor veladas en el mejor de nuestros Liceos; ofreciéndole un álbum con todos los ejemplares más ricos de la flora de Jalapa y de la flora inmortal de nuestro Parnaso; invitándola á escribir en los más reputados periódicos y á leer sus producciones en los más interesantes círculos y en las más famosas agrupaciones del país.

Su nombre voló entonces por los espacios de la Fama; ciñó las coronas de la admiración y del aplauso unánime; se hizo estimar por su modestia, su discre-

ción y sus virtudes y después, como la inolvidable Carolina Coronado, gloria de España, amó y fué amada; se desposó con el dueño de su corazón, que como los antiguos caballeros levantó para su dama un opulento castillo y se escondió á las miradas de la multitud que la aplaudía para ser en el silencio un modelo de esposas y de madres. Puede hoy como Cornelia, mostrar como sus mejores joyas á los hijos que para regocijo de su corazón le ha dado el cielo y en medio de esa inefable ventura, ahora ha coleccionado y da á la prensa las obras de su ingenio, los frutos de su inspiración, tiernos y delicados, por ser nacidos de su alma, y hermosos y nuevos porque han brotado de un estro que se nutrió en esta virgen tierra americana llena de galas y de esplendores.

Pasemos á examinar las « Rimas. »

El verdadero genio artístico, dice un insigne literato, cumple sin saberlo con todos los preceptos á que debe sujetarse toda obra literaria, y cumple mejor que cualquiera de los académicos, porque la regla no es más que la ley de su naturaleza, que siente con vigor y expresa con exactitud y porque con las alas vigorosas de que está dotado, salva todos los escollos y menosprecia todos los abismos.

Yo convengo en que la forma pulimentada y correcta da mucho ser á las obras, pero entre la forma y la esencia hay una gran distancia, y poco valdrá una composición correctísima pero fría, como sería lamentable hallar otra de mucho fondo y de tosca superficie.

No todos los cultivadores de la poesía estiman las ventajas que resultan del conocimiento de la Retórica y Poética, y debo de advertir que no la considero en el estrecho y pobre sentido de los que la reducen á una colección de artículos con los cuales forman un código literario al que debe amoldarse la composición, sino en el único sentido propio de todo arte libre, que

consiste en el conocimiento de su objeto y contenido, y en el de las transformaciones por que pasa este objeto hasta extereorizarse en la obra literaria.

Dos elementos constituyen el lenguaje poético : uno interno y otro externo ; el primero pertenece al espíritu, el segundo es acústico. El poeta que consiga adunar á la belleza de la forma la elevación, hermosura y novedad del pensamiento, habrá dominado el arte y merecerá el lauro de oro destinado á los príncipes del ingenio.

Algunos exigentes buscan en cada obra poética que cae en sus manos, ideas nuevas, sin fijarse en que nada es más difícil que encontrarlas.

Yo no opino como ellos ; el pensamiento más vulgar, vestido con un lujoso ropaje, tendrá todos los caracteres de la novedad y dará renombre de artista al que supiere presentarlo mejor que ningún otro.

Ningún pensamiento más trivial que este : « la América no quiere tener reyes. » Pero en la lira del inspirado Eduardo de la Barra, se torna en nuevo y deslumbra con su belleza en la forma siguiente :

« La América no quiere más armiño
Que el que admira en su blanca Cordillera,
Ni más corona que su sol ardiente ;
Ni más púrpura espera
Que el vespertino manto de Occidente
Que ondeando flota en su azulada esfera. »

Sentir así y expresarse de este modo, da derecho á erguirse con orgullo en las cumbres del Parnaso, pues encontrar en lo más trivial, novedad y belleza, no le está reservado á todos.

Yo he leído una por una las rimas de nuestra tierna poetisa Josefina Pérez de García Torres, y he encontrado una espontánea naturalidad y un suave sentimiento que las avalora y caracteriza.

Dice nuestra poetisa:

« Engarzado en praderas de esmeralda
Como girón del cielo desprendido,
Refleja un lago en sus dormidas ondas
De las estrellas el fulgor divino;
Así de tu alma en el sereno fondo
Alce el amor su bello paraíso
Y sólo flores se retraten puras
En el cristal de tu existir tranquilo..... »

En una breve composición, que afecta la forma de los lieds de Heine, nos dice:

« Cuando la noche esparce
Su oscuro velo
Y mis ojos se cierran
Al blando sueño;
Junto á mí pasan
Los muertos que he querido
Con toda el alma.
¿Es acaso, Dios mío,
Que en el arcano
De tu bondad sublime
Y eterno encanto;
Al que en ti espera
Permites mirar vivas
Sus dichas muertas? »

Hay en « La Vida del Campo » matices que recuerdan la realidad del paisaje á cuantos conocemos el hermoso vergel donde nació Josefina; y á nadie que haya visto aquella naturaleza exuberante, le disgustarán los siguientes toques que realzan el cuadro:

« El trigal les regala
Sus granos de oro,
El maíz sus mazorcas
De flecos blondos.
. . . . . .

El algodón sus copos
Despliega rico,
Los vellones mostrando
De blanco armiño,
Que en las llanuras
Argentadas parecen
Flores de espuma. »
Entre las verdes hojas
Se abren ufanas
Las rojas florecillas
De las granada;
En cuyo fruto
Fulguran los rubíes
De dulce jugo.

Los sentimientos delicados, la ternura íntima que anida en el corazón femenino, encuentra en la rima fácil y sencilla una expresión franca y verdadera; por esto las buenas poetisas son tan estimadas, porque nadie les supera en sencillez para la revelación de las dotes del espíritu.

Dice la inspirada cantora que estudiamos, en el final de un soneto dedicado á la santa mujer que le dió la vida:

Hora sublime en que la tierra entona
El hosana de amor que á Dios envía.
Como una ofrenda que á su culto abona

Yo envidiando tan dulde melodía
Como al creador te ofrezco una corona
De suspiros del alma, madre mía.

Ha sido privilegio de nuestra rica lengua que con ella pueda imitarse la armonía más dulce en el metro alejandrino; y poetas hay como Zorrilla, Grilo y otros, á los que puede llamarse músicos de la palabra. Josefina Pérez maneja con habilidad y elegancia este metro y de ello da prueba en la poesía intitulada

« Adoración » en la cual encontramos estrofas como éstas :

Con marco de corales y conchas purpurinas
Espejo á tu belleza le ofrece el ancho mar
Y borda de luceros las nítidas cortinas
Que en olas espumosas despliega al murmurar.
. . . . . .

Y todo este conjunto de galas y armonías
Tan sólo á tu mirada del polvo se formó,
Que al fiat de tu palabra formáronse los días
Y todo el Universo de seres se pobló.

Es grato que una mujer cante á la patria y á sus héroes y satisface que para tan nobles asuntos elija lo que llamaremos la entonación majestuosa de los clásicos.

Tiene Josefina Pérez un canto á Hidalgo y en él encontramos arranques dignos de todo aplauso.

¡Oh ! si dado me fuera
Inspirarme de Hidalgo en el ejemplo !
¡ Oh ! si mi voz tuviera
Prestigio, yo erigiera
En cada pecho mexicano un templo !
. . . . . .

¡Oh! mártir de la idea!
Trémulo el labio con amor te nombra
Porque el alma desea
Que á México le sea
Propicia y grata tu bendita sombra.

No seré yo el que pretenda afirmar que nuestra poetisa obedece á una escuela determinada, ni que ha creado estilo, ni que brilla por una corrección académica. Si ser poeta es « pensar alto, sentir hondo, y hablar claro » todo el que lea las « Rimas » hallará

en muchas de ellas estas tres condiciones. Dotada desde muy niña de una asombrosa facilidad para expresar en verso sus sentimientos, gran parte de estas composiciones han sido elaboradas en los primeros días de la vida; cuando la ilusión derrama sus fulgores color de rosa en los horizontes que la esperanza finge delante de nuestros ojos.

No pidáis corrección clásica, ni pulimento académico á lo espontáneo é inexperto que brota con la primera sonrisa ó con la primera lágrima.

No puede negarse que la belleza de las imágenes es la que avalora y enaltece las composiciones y muchas bellas imágenes encontramos en las poesías de Josefina

« Las miradas de amor del infinito
Son las estrellas que en el éter tiemblan »

dice en su composición « Al Genio » y en un delicadísimo romance consagrado « Á un Poeta » encontramos rasgos como éstos:

Los blandos trinos
Que en coro exhalan
Las aves todas
De la montaña,
Cuando la noche
Tranquila avanza
Llorando estrellas
Sobre su falda;
No son tan dulces
Como de tu arpa
Los dulces sones
Que vierte blanda.

. . . . . .

¡Oh! ¡sí! Poeta,
Cuando tu cantas
Envidia tienen
Todas las auras,

Las aves todas
De la montaña;
Todas las fuentes;
Todas las almas!

El canto « Á Jalapa » es descriptivo y real pues todos los ricos matices de la mejor paleta se encuentran pobres cuando se trata de copiar un vergel tan lleno de hechizos naturales.

¡Oh! quién cantar pudiera con célica ternura,
Tus valles y tu cielo, tus bosques y tu sol!
Tus diáfanos celajes, tu espléndida hermosura,
Tus auras y tus fuentes de lánguido rumor!
Pero hija de las sombras, acaso no es mi suerte
Morir entre esas flores que desde niña amé!
¡Ni un canto digno tengo, Jalapa, que ofrecerte,
Pues son mis pobres versos cantares sin valer!
. . . . . .
Que Dios te dé, Jalapa, la dicha que ambiciono
Y alumbre un sol de gloria tu hermoso porvenir!

¿Cómo no se ha de suspirar por la nativa tierra y cómo no han de consagrársele acentos llenos de pasión y de ternura? En el alma de Josefina, vibran todas las cuerdas del sentimiento y del amor cuando consagra sus inspiraciones á los cultos íntimos de la patria y de la familia.

En su canto « La Mujer » hay pensamientos levantados y hermosos, pues nuestra poetisa como hija de un siglo luminoso, sueña y anhela para gloria de su sexo todo lo que pueda levantarlo é inmortalizarlo en la escala de la Ciencia, de la Razón y de la Virtud.

En la composición « Horas Vespertinas » se muestra pintora habilísima de las ansiedades del pecho enamorado y revela cómo sabe y puede manejar la pluma en el género subjetivo que tanto la caracteriza en la mayor parte de su labor poética.

No era posible que quien tanto ama la poesía y con tanta constancia la cultiva, dejara de consagrar un canto á la inmortal Sor Juana Inés de la Cruz y los versos que Josefina le dedica son digna ofrenda para tan alto ingenio.

Pero no he de fatigar al lector enumerando cada « Rima » de las que contiene este volumen y me bastará decir acerca del conjunto lo que en conciencia opino con la esperanza de que habrá muchos que coincidirán conmigo en la manera de estimar y valorizar los versos de nuestra ameritada cantora.

En las poesías de Josefina Pérez de García Torres intituladas « Rimas, » se tratan por decirlo así todos los asuntos que son los bellos estados ó sentimientos que aparecen en el alma del poeta cuando la inspiran lo hermoso y lo sublime. Hay en ellas interés é integridad del sentimiento; desarrollo de las ideas y fluidez, soltura, facilidad en el manejo de verso, sin que en algunas ocasiones deje de notarse la prosodia de que solemos usar en nuestra América, derivada del uso peculiar con que manejámos el idioma.

Una perspectiva risueña de las que ofrece á cada paso nuestra rica y exuberante Naturaleza; una ave que se plañe y se duele en la rama de un liquidámbar; el nardo que satura con su aroma el tibio ambiente de Abril ó el floripondio que como invertida copa de alabastro derrama sus esencias en las boscosas callejas de Jalapa; el sentimiento filial que se aviva en el alma con el recuerdo del padre muerto ó en presencia de las ternezas y virtudes de una madre amorosa; la dulce fruición que inspiran los hijos cuando alegres juguetean en el seno del hogar tranquilo; el arranque patriótico que despierta el valor y abnegación de los héroes; la apacible melancolía de una tarde serena ó de una de esas noches en que la luna derrama en la esfera azul sus torrentes de luz de plata; los sentimientos que engendra la

amistad; la fé que inspira esa inmaculada creación mística que es para las hijas de nuestra raza una protectora constante; la pureza de los afectos que son el bálsamo para todos los dolores en la amarga peregrinación por la tierra; en una palabra, la fé, el amor, la esperanza, son los temas que han inspirado las « Rimas; » por eso campean y resplandecen en ellas aquilatándolas y enalteciéndolas á los ojos de los que sienten, de los que aman y de los que esperan.

Nada más bello que la ingenuidad en las obras literarias porque las acerca á la Naturaleza que, si en concepto de « La Bruyere » es un monstruo que se devora á sí mismo, en concepto de otros es el modelo de los modelos y la fuente de verdad más sana y más pura que pudiera encontrarse para dar libre vuelo á la inspiración y al sentimiento.

México tiene sus cantoras que han ceñido los lauros ambicionados por los predilectos del genio y nuestra inspirada Josefina los ciñe ya porque los ha conquistado con su poderoso numen.

Mi inteligente y reputado amigo Jean A. Mateos dice en un juicio acerca de Josefina:

« Tengo entendido que la ilustre poetisa mexicana Josefina Pérez de García Torres, es la primera en su género, no sólo en la República, sino en todo el continente americano, rival de la Avellaneda y superior á Carolina Coronado. »

« Desde Sor Juana Inés de la Cruz hasta nuestros días, ningún cerebro de mujer se había posado en las alturas del genio como la inspirada poetisa; nunca el idioma había sido manejado con tanta gracia, nunca el ritmo había encontrado para su armonía tantos pensamientos más elevados ni ideas más sorprendentes. »

No puedo resistir á copiar el final del juicio de Mateos porque es muy interesante y muy verdadero. Dice así:

« Ya no es la mujer apasionada que canta sus amores ó sus desdichas: es el alma que se levanta como el águila, es el pensamiento humano con una fuerza irresistible.

« Todo á tu influjo celestial se anima
Y entona grata rima
Deificando tu dulce poderío;
Desde la humilde vid de la floresta
Hasta la palma enhiesta
Que recama de perlas el rocío!

. . . . . .

Tu seductora influencia se refleja
En la graciosa abeja
Que liba las esencias más extrañas,
Y en el águila audaz de altivo vuelo
Que se remonta al cielo
Dominando las ásperas montañas!

« Parece fatigada por una serie de arranques sublimes y se abate como el sabino al impulso de los huracanes; recobra sus sentimientos de ternura y se vuelve hacia el amor, fuente inagotable de sus inspiraciones. Entonces canta á la mujer, con sus tendencias á todo lo grande, con su entereza para la angustia y su decisión hasta el sacrificio y el martirio, y va hasta ese límite pavoroso entre la existencia y el eterno olvido.

« Y aun refleja su pálida sonrisa,
Cuando flota indecisa
En los limbos oscuros de la muerte,
De su amor celestial el casto anhelo,
Y al remontarse al cielo,
Aun fija en el que amó, su vista inerte.

« ¡ Qué imagen más hermosa! la última sonrisa sobre el labio agonizante de una mujer!..... la son-

risa de la muerte!..... sonrisa que se va desvaneciendo como el crepúsculo del anochecer, hasta ocultarse en las sombras impasibles del sepulcro!..... Esa mirada última de amor congelada en la pupila, alumbrada por los últimos rayos de la vida y velada por las primeras sombras de la muerte.

« Esta estrofa bastaría para llevar una corona á la frente de la moderna Safo.

« El corazón de una mujer siempre es un poema: el escollo está en saberlo descifrar. Nuestra poetisa penetra en ese camino explorado por su privilegiada inteligencia, trae el sentimiento al imperio de su inspiración y lo traslada en un canto de apoteosis, en un ritmo de glorificación.

¡Oh! dulces, tiernos y amorosos seres,
Que en forma de mujeres,
Semejantes á lindas mariposas,
Adoran hasta el trance postrimero,
Y es su amor hechicero
Tan puro como el beso de las rosas,
. . . . . .
Por eso en las uniones terrenales,
Fuente de bien y males,
De borrascas y calma bendecida,
De ensueños gratos y verdad patente,
Me inclino reverente
Ante el móvil secreto de la vida.

« Esta última tirada de versos, es ráfaga de un cometa sobre un cielo cuajado de estrellas. Es un soberbio arranque de lirismo que envidiaría cualquier poeta. No sabemos qué admirar más, si la valentía de las ideas ó lo armonioso de los versos.

« Y cuando vemos que toda esta poesía sale como el humo del incienso por las ojivas del templo del hogar, cuando estos cantos se desprenden de los labios santos de una madre bella y joven todavía, que

comparte su cariño con un esposo y unos niños que ya pueden escucharla; entonces sentimos un profundo respeto por ese ángel de la familia, que vierte como el rocío sus inspiraciones sobre la frente de sus hijos, y enciende de luz purísima las noches del hogar. Nuestra poetisa se hace sentir desde las apacibles sombras de la modestia, como la violeta, por el perfume de sus versos. ¡Con cuánto placer hubiéramos asistido á una velada para oír de su voz el poema del Amor Universal! Nos hemos visto asaltados de tanta escritora fastidiosa y pedante; que al ver el ridículo que ha pesado sobre ellas, el verdadero mérito se retrae por temor de que se le equivoque con esa moneda falsa, que circula con tanto descaro en el mercado de nuestra literatura.

« Esas viejas filibusteras de las letras, han intentado á veces invasiones de especulación, que no han hecho fortuna en el buen sentido ni en la sana crítica. Novelas insulsas, versos rebuscados, plagios abominables y simplezas, que no resisten el primer ensayo del criterio. En cambio tenemos también capacidades privilegiadas como la de Esther Tapia, modesta también, como la autora del Amor Universal y otras jóvenes que comienzan con algún éxito sus experimentos literarios.

« Nosotros diremos con la ruda franqueza que nos caracteriza *que no creemos en la mujer.* Podrá tener mucho talento, una imaginación privilegiada, una grande instrucción que haga la delicia de una sociedad distinguida, volará como las golondrinas y las alondras, pero pocas veces llegará á las altas cumbres del saber y del genio. Por eso nos inclinamos ante estas maravillosas excepciones, que serán siempre la glorificación de la inteligencia humana. »

Poco podría yo agregar al juicio de mi ilustrado amigo y sin querer al hablar de las « Rimas » tuve que tocar uno de los « Poemas. »

Veamos cómo son éstos y cuál es el interés que pueden ofrecernos en esta época materialista y fría por que atravesamos.

El volumen que contiene las « Rimas » respira fragancia de juventud, ingenuidad, honradez y pureza; basta á su inspirada cantora para crearle un nombre en nuestro Parnaso.

Abramos el libro de los « Poemas. »

No sé si damos los modernos la misma acepción que los antiguos á la palabra « Poema, » pero allí tenemos á los príncipes del Parnaso Español moderno : Núñez de Arce y Campoamor que denominan « Pequeños Poemas » á composiciones especiales en que el más sencillo argumento se divide en cantos sin perder la estética del conjunto.

No hay poetas épicos que nos conmuevan actualmente, lo cual ha hecho afirmar á doctos preceptistas que el poema épico es incompatible con nuestro tiempo, sin fijarse acaso en que no es razón que no existan las instituciones ni las ideas de otros siglos para deducir que nada haya de común en la tendencia y elevación del genio que es igual en todos tiempos, pudiendo por lo mismo, crear hoy epopeyas dignas de las que nos han legado los bardos de otras edades.

El poema épico ofrece grandes escollos, dificultades sin cuento y sobre todo la condición de que el poeta no decaiga ni se canse, á fin de mantener el interés y el gusto en sus lectores.

Por esto he sido de los primeros en aplaudir á nuestro cantor heroico Eduardo del Valle que, con entereza y constancia dignas de premio llevó á cabo la formación y conclusión del poema « Cuahutemoc » que basta á mi juicio para dar una idea ante los extraños, de la grandeza del héroe azteca, de la importancia de su raza y de la conducta que para el logro de la conquista observaron los primeros soldados de Castilla que pisaron nuestro territorio.

Fuera de Eduardo del Valle, no conozco en nuestra patria y en los tiempos que alcanzamos á ningún otro que haya acometido con éxito tarea tan noble y tan difícil.

Nuestra poetisa Josefina Pérez de García Torres, llama poemas y tiene razón en llamarlos así, á composiciones más ó menos extensas en que se obedecen las exigencias de los preceptistas, es decir, se cuida de que los episodios surjan naturales y tengan con el asunto elegido la suficiente conexión para que no parezcan pegados á él por la voluntad de la autora.

Los poemas que en este volumen aparecen, son ocho y de ellos forma parte « El Amor Universal » juzgado con tanta cordura y con tanta imparcialidad por mi amigo el Sr. Mateos.

En el poema « Dios » encontramos elevación y majestad en las ideas y en las imágenes :

Y que mi voz que al Hacedor pregona
En el canto que ofrezco á su grandeza,
La admita como el ritmo que le entona,
En su lira inmortal, Naturaleza.

. . . . . .

Y el prometido Dios, el poderoso
Que el mal nos muestra y el pesar mitiga,
Las palabras primeras que piadoso
Al hombre dijo en su mortal fatiga,
Fueron éstas que un bálsamo atesoran :
« ¡Oh bienaventurados los que lloran ! »

. . . . . .

Divinizada por el ígneo sello
De santa redención que todo alcanza,
La mujer se elevó como un destello,
De prometida paz y de esperanza.
Cristo arrancó de su virgíneo cuello,
La cadena de esclava con su alianza,
Y fué de entonces solitaria y bella
Del casto hogar la bendecida estrella.

En estas estrofas cualquiera conocerá la índole suave y dulce de la poètisa, aunque muchos dirán que nada es más fácil que cantar loores á Dios y más cuando es una alma femenina la que adora y reconoce su inmortal grandeza.

Todos los pueblos de la tierra han cantado á la Divinidad; todos la presienten; todos la adivinan y en las horas amargas de la soledad y del dolor; cuando el infortunio y los desengaños llenan de hiel hasta los bordes la copa que acercamos diariamente á nuestros labios; cuando la muerte nos arrebata un ser querido; cuando la pobreza nos priva de todos los placeres y nos despoja de todas las galas; cuando la ingratitud nos obliga á volver la cara con espanto de donde creímos recoger sonrisas y bendiciones; cuando en medio del mar alborotado nuestro bajel se estremece y cruje y está en riesgo de ser devorado por las gigantescas olas; en una palabra, cuando no hay remedio material ni conocido para nuestros padecimientos secretos, entonces, lo mismo el rico que el pobre, lo mismo el poderoso que el desvalido, vuelven involuntariamente los ojos hacia la azul esfera, que cubre la tierra, y buscando con avidez un consuelo inmortal en el fondo luminoso de esa esfera, repiten las palabras del Nazareno: « ¡Dios mio! ¿por qué me has abandonado? »

Y este argumento, lo mismo Isaías que Job, lo mismo los cantores de la India Oriental como los poetas del mundo que se reputa más civilizado en la edad moderna, lo han elegido para sus composiciones y han propagado la creencia en un Ser Supremo, porque un poeta sin fe parece una flor sin perfume.

Nuestra poetisa, creyente y piadosa sin amaneramiento, concluye su canto con las siguientes estrofas que revelan los nobles sentimientos que nutren su espíritu:

¡Oh divino Hacedor! Es obra tuya
Cuanto en el orbe portentoso existe
¡Que al afligido ser se restituya
La paz que al darle corazón le diste!
¡Que á su alma enferma la esperanza afluya
Iluminando su morada triste
Y vibre en él con plácido embeleso
El himno sacrosanto del progreso!
Que esa estrofa inmortal sea repetida
De nación en nación, de mundo en mundo,
Y al sentir que á tí deben esa vida,
Que eres luz y bondad y bien fecundo,
Los hombres con el alma estremecida
Ante tus plantas, con amor profundo,
Exclamarán sin duelos ni amarguras:
¡Eterna gloria á Dios en las alturas!

Es natural que una mujer superior que así canta á la Divinidad, cante con el mismo fuego al padre de la Independencia de su patria y el poema que nuestra poetisa le consagra y que fué escrito cuando era una niña, no en vano le valió grandes aplausos en la primera de nuestras sociedades literarias, en el Liceo Hidalgo.

« Yo sé que los acentos
que de mis labios brotan
son débiles y fríos
para cantar tus glorias;
que tan sólo son dignos
de tu virtud heroica
los cánticos que el Genio
en tu loor entona;
pero aunque humilde y débil
y tímida y medrosa,
para encomiar tus hechos
la fé no me abandona,
que siento arder en mi alma
la inextinguible antorcha

del entusiasmo santo
que anima á los patriotas,
que al débil le da fuerza,
que á los valientes honra;
y si el saber me falta
la voluntad me sobra.

No puede manifestarse con mayor modestia, ni con más pura sencillez, el temor que infunde al ánimo acometer empresa tan atrevida como la de cantar á un héroe de excelsa magnitud como lo es á todas luces nuestro Hidalgo, pero la poetisa supo elevarse á gran altura y esta circunstancia unida á la de ser entonces muy joven, de poseer una modestia que nunca la ha abandonado y presentarse con timidez á leer su composición en medio de nuestros más celebrados literatos y poetas, le valieron nutridos aplausos.

Pocas poetisas tendrán como la que ha escrito los versos de que me ocupo, más hermosa entrada en la vida de la fama y de la popularidad. En rico álbum que puede considerarse como el altar de sus triunfos, depositaron las más bellas ofrendas del ingenio todos los cantores de nuestro Panarso y allí está juzgado en atildada y fácil rima, el estro de la inspirada jalapeña que no conforme con haber nacido en un vergel semejante á los que pintan los orientales en sus cuentos de hadas, enriquece al jardín de las musas con nuevas rosas de vivísimos matices.

Al hablar del poema « Hidalgo » no puedo menos de recordar la aparición de la poetisa en el Liceo presidido por Ignacio Ramírez. — El periódico « El Porvenir » la anunció así :

« Después una joven fué á la tribuna. Un rumor grato, que se hacía notar en el salón, anunciaba que aquella joven era muy esperada de todos. — ¿ No era conocida ? ¡ Ah ! sí, que mal puede dejarse de conocer á la que en todas partes brilla por sus versos. Aquella

joven era la poetisa jalapeña, Josefina Pérez. Gallarda, hermosa, de voz dulcísima, de modales finos, vestida con sencilla elegancia, Josefina cautivó con su voz á todos los que la oimos...

« Su composición galana y fluida era escuchada atentamente. La joven leía levantando de vez en cuando, una cabeza en la que parecía que alguien había derramado estrellas. Josefina, trajo de su preciosa tierra *cocuyos* que la acompañasen. Y allí alumbraron más de lo que alumbran, y fueron más bellos de lo que son, porque estaban con ella. »

En el poema « Chapultepec » hay galanuras y novedades dignas de todo encomio, pues es un recurso artístico juntar bajo los añosos ahuehuetes, al pie de esos gigantes seculares coronados de canas, las sombras de Moctezuma y de Maximiliano y reflexionar sobre la miseria humana, sobre lo efímero de las pompas terrenales, á semejanza del emperador Netzahualcoyotl cuando dice :

« Pasaron estas glorias como el polvoroso humo
» que vomita y sale del infernal fuego del Popocate-
» petl, sin otros monumentos que recuerden su exis-
» tencia en las toscas pieles en que se escriben. »

Dice nuestra poetisa :

¡Xicotencal! ¡Guerrero! los caudillos
De inmortales hazañas. . . . .
. . . . . .
¿Que habéis hallado en la escabrosa senda
Que la gloria mostrara á vuestros ojos?
¡Tan sólo la horca horrenda,
Ó en horrible contienda
Palpitantes y fúnebres despojos!

Hay en el poema « Chapultepec » arranques dignos de la epopeya y por no hacer gran acopio de los versos que han de ser leídos no los traslado íntegros.

¿Á quién no ha de agradar la manera con que Moctezuma exhorta á los campeones en el sagrado bosque?

« Vosotros los guerreros cuya historia
Es un girón de la infinita gloria
Con que el Dios de los cielos se extasía,
Y que habéis renunciado noblemente
Á los placeres y al poder ingente
Como á las dichas que el poder ansía;
Que por salvar la patria idolatrada,
Por no verla humillada
Habéis sacrificado vuestras viñas
Ante el ara bendita de sus leyes,
Arrojando á traidores y virreyes
De sus ricas florestas y campiñas,
Y á la par que la ciencia
Le habéis dado también vuestra existencia.
Decidme si después de tanta lucha
Y sangre, y sacrificios y martirios,
Nuestra ambición es mucha
De verla coronada con los lirios
De la paz venturosa y la riqueza
Que forman de los pueblos la grandeza.

Hay entonación vigorosa, sentimiento patriótico, afán de pintar con exactitud y maestría á los protagonistas del poema y por último evidencia de que hay numen en la que de esta manera tañe la lira.

Sus poemas aquí publicados determinan el género en que nuestra ilustre poetisa se distingue, así como sus « Rimas » confirman en su mayor parte la definición que de poesía lírica da en sus Principios de Literatura mi nunca bien llorado amigo el eminente crítico español Don Manuel de la Revilla, cuando nos dice que es la expresión artística de la belleza subjetiva por medio de la palabra rítmica, ó mejor, la bella y artística representación de los estados de conciencia del poeta, por medio de la palabra rítmica.

Otros poemas como el intitulado « Junto á una reja », tienen en la colección de nuestra poetisa el carácter de leyenda romántica, pero aunque sólo un fragmento aparece en estas hojas, hay lo suficiente para darnos cuenta de la rima fácil y elegante de Josefina :

« Él suspirando la contempla y dice :
¡ Fiero destino de tu amor me aleja !
Nunca me acuses si morir prefiero !
¡ Alma de mi alma ! »

En el poema « Los celos matan » ; dedicado á mi sapientísimo maestro Don Ignacio Ramírez, que tanto estimó y aplaudió á la creadora de este libro, abundan las imágenes nobles y los pensamientos elevados :

« Oh, sí, bendito seas,
Amor, luz de los cielos,
Que al hombre transformando
Lo eriges en un Dios.

. . . . . .

. . . . . .

Tan sólo yo no encuentro
Un alma cual la mía,
Que sienta mis delirios,
Que adore como yo,
Y puesto que es mi suerte
Vivir sin esa gloria ;
Apaga tus latidos
Ardiente corazón. »

De carácter místico y dulce, es la leyenda oriental intitulada « El Trébol de Judea », cuya sencillez y delicadeza son dignas del argumento y de la majestad del personaje.

Intitúlase « La Tempestad del alma » otro poema si así puede llamarse, de los de esta colección ; pero en

realidad es el conjunto de composiciones llenas de sentimiento y de ternura, en las cuales se lamenta la ausencia eterna de un sér amado, se pintan con vivísimos matices todos los arrebatos y delirios de una pasión devoradora, se maneja con galanura y elegancia ese idioma de amor que parece formarse en los nidos con arrullos, en las olas con rumores y con flébiles suspiros en los oscuros senos del bosque; estrofas hay en que, con un romanticismo delicado, se describe el frío lecho en que ha de dormirse el último sueño; el verde sauce que le ha de prestar grata sombra, y el mirto lleno de miel que adornará su lápida, permitiendo á la zumbadora abeja que goce y se estremezca llena de vida sobre las cenizas de la muerte.

Ha sido una labor noble, un trabajo fecundo, una misión alta, la que ha llevado á cabo Josefina Pérez de García Torres en la plenitud de su vida; cuando le sonríe el amor sagrado de la familia y esa hada misteriosa que se llama la fortuna, y que ha sido para ella menos desdeñosa que para los cultivadores de las letras, que parecen sentenciados á cimentar sus palacios sobre las nubes.

Madre tierna y amorosísima, Josefina consagra cada uno de sus tomos, así los poemas como las rimas, á sus pequeños hijos Salvador, Fernando y Alberto, que ya acusan en sus pocos años una clara inteligencia. Son conmovedoras estas dedicatorias, pues la autora manifiesta en ellas, que no aspira al aplauso público, sino á que sus hijos piensen en ella cuando ya no exista, pues estando éstos en los comienzos de su edad, cree que si ella no los alcanza en la madurez de la vida, su libro sí los acompañará y les hablará en sus páginas de la que tanto los adoró sobre la tierra.

Cuando Josefina canta á sus hijos, hay en sus estrofas la ingenuidad sublime del amor más puro:

« Son mis hijos amados; son mi aurora
En mi noche de duelo;
La sonrisa de amor que me deleita
Y enaltece mi espíritu hasta el cielo ».

Toda la composición es hermosa, y si aquí no la copio es porque ya la verán íntegra los lectores.

Sí me permitiré copiar el pensamiento final, que entraña la esencia de todo el canto:

« Que cuando reposemos de la tumba
En el oscuro seno
Su padre y yo, y solos para siempre
Prueben del mundo su letal veneno;

Recuerden que enseñarles de la vida
El bien, fué nuestro anhelo,
Y que el sér que trabaja y es honrado
No sufre humillación en su desvelo.

Que nada valen los aplausos vanos,
Ni del placer la esencia,
Y es preferible á todos los honores
La quietud de una límpida conciencia.

Entonces nuestras almas conmovidas,
Dejando lo finito,
Se elevarán á Dios en himno ardiente
Perdiéndose en lo azul del infinito. »

Aquí no hay quimérica poesía sino verdad indiscutible. Nadie pinta el amor de una madre como la madre misma, y cuando ésta es de un espíritu superior y de una educación exquisita, la interpretación de los sentimientos íntimos es hermosa.

Michelet, el grande, el incomparable Michelet, dice lo siguiente:

« Hay madres tan idólatras, tan engolfadas en la contemplación del hijo, que permanecerían todo el

día arrodilladas delante de la cuna », así son para dicha nuestra las madres mexicanas, y así es la inspirada poetisa que hoy consagra á sus hijos la savia de sus pensamientos, con el mismo amor con que les diera la savia que corre transformada en sangre por sus venas.

En estas épocas en que la poesía poco priva, en que parece que la sociedad está enferma de ese realismo que obliga á rechazar todos los ideales, sin atender ni á los que se llaman « Dios », Patria », y « Amor » deben recibirse con entusiasmo y con gratitud, los libros en que se habla de la Divinidad, de la tierra en que se ha nacido y de la familia que constituye para cada uno, su más valioso tesoro !

Sufren mucho los que tienen alma sensible y vocación de poeta creyente en medio de los prosaísmos del siglo. Parece que éstos son los genios á quienes aplicó Heine aquellas palabras : « Siempre que una alma grande se ha remontado en alas de su pensamiento, ha encontrado un Calvario, » ó como dijo Daniel Mantilla, el infortunado Abel Karl, hablando de Lamartine : « El genio es una cruz : para los que saben llevarla con valor y resignación hasta la cima de la montaña, se convierte en el árbol sagrado de la gloria, á cuya sombra se duerme el sueño de la inmortalidad. »

Un tomo de versos que rebosan ternura y sentimiento, esperanza y fé ¿ hará entre los fríos razonadores, el mismo papel que haría un ramillete de gardenias en un taller de locomotoras ?

Agradezcamos á la Naturaleza que perfume el hierro con los nectarios de sus más exquisitas flores, aunque éstas sean holladas al paso vertiginoso y terrible del monstruo de melena de fuego.

¡ Siempre se respira con delicia una atmósfera saturada de suaves esencias !

La poesía es la esencia del amor, de la fé, del dolor

y de la esperanza; sus más bellas galas forman la riqueza de los que sienten, de los que sufren, de los que confían y de los que esperan.

No todo es frío materialismo ni realidad desnuda, hay que mirar con arrobamiento esos celajes de oro y grana que bordan la clámide del crepúsculo; hay que meditar algo grande y sublime en frente de esa mar profunda que eternamente sacude sus verdes olas; hay que buscar la estrella de la esperanza detrás de la azul cortina que envuelve la esfera de barro, sobre la cual hacemos nuestras breves peregrinaciones; y hay por último, necesidad de soñar en una vida de perpetua comunión, con el ideal que embellece nuestras horas, para buscar en esos goces sin nombre, la recompensa de tantas amarguras humanas.

Y mientras nos impulse á todo esto esa secreta fuerza interior que arroja á los surcos del cerebro las semillas del pensamiento, no será un mueble extraño un libro de versos, ni menos si han sido inspirados, como los de nuestra poetisa, por noblezas y elevaciones que á todos regocijan y conmueven.

El Parnaso Nacional se enriquece con esta obra, y á nosotros nos es muy grato, al presentarla á los lectores, consagrar un aplauso á la autora, que vive llena de modestia, lo cual prueba una vez más, que esta virtud es la eterna compañera del verdadero mérito.

México, 19 de Marzo de 1892.

LA CARTERA ROJA

CUENTO DE NOCHE BUENA

Al Duque Job.

I

Hará poco más ó menos un año, que vagando al acaso por estas calles de mi ciudad nativa, me encontré cerca de la media noche sobre las frías baldosas de una acera, una carterita de piel rusa que me pareció á primera vista y al blanco fulgor de la clara luz de la luna, un manchón de sangre.

La recogí con curiosidad y la hubiera registrado desde luego, si no me distraen tan á tiempo los cantos dulcísimos de una posada que son, para mi espíritu soñador, cautivadores y gratos por encerrar en sus armonías el más rico de los tesoros : todos los recuerdos de la infancia !

Habladle á cualquiera mexicano, si es como yo, hijo legítimo de la capital de la República, de aquellos tiempos en que la plaza de la Constitución como hoy la llamamos ó de Armas como la llamaron nuestros padres, se poblaba en los días de Diciembre de vendedores de heno y de lama, parásitas traídas del bosque secular de Chapultepec, frescas, olorosas y matizadas con esas flores de hojas carnosas, de color de sangre, largas y puntiagudas que llamamos flores de Noche Buena. Habladnos de aquellas barracas de tejamanil y manta en que surgían el portalito de algodón y clara de huevo con polvo de plata ; los santos peregrinos con su San José de capa amarilla y túnica verde, su Virgen de clámide azul y veste guinda, el

buey y la mula y entre ellos sobre un haz de paja el niño Dios, de ojos pardos y mejillas de escarlata medio cubierto por la escarcha figurada con hilos de plata.

Habladnos de aquellos pastores de ancho y amarillo sombrero; un Bato que recibe de una Gila de barro; la olla de migas, tal como aparecían en las pastorelas de Osorno que se representaban en el teatro de Nuevo México que ya no existe pues hoy está convertido en herrería; un Bras con su flauta primitiva en una mano y un ramo de rosas en la otra; un lago figurado con un pedazo de espejo y los cisnes nadando en él con sus picos pintados de almagre; un cometa de estaño con su larga cola de tres puntas; un Sol y una Luna, también de estaño, con ojos, narices y boca; unas estrellas y unos reyes magos que ya no los fabrican como entonces; una colación de grandes confites azules y colorados; habladnos de todo esto á los que ya peinamos canas y nos daréis un baño en la misteriosa fuente de Juvencio; nos trasportaréis por encanto á unos días que se han ído para no volver nunca; nos haréis ver como si existiera aquel nacimiento alumbrado con velas verdes y rojas; sentiremos la caricia de nuestros compañeros, hoy convertidos en polvo, veremos á nuestros compañeros de colegio, amigos íntimos que nos acompañaban noche por noche á cantar el « ora pro nobis » de la letanía en la devoción casera y por último, nos haréis sentir el beso celestial de nuestra madre que al dormirnos nos decía : anda, duerme, ya es muy tarde, mañana la posada le toca á tu hermano y si no vas temprano á la Escuela no te dará tu alcatraz con fleco de oro. »

¡Oh mes de Diciembre sembrado de recuerdos sin mancha! ¡Oh noches invernales en que dimos la primera carta á nuestra primera novia, sintiendo en nuestro corazón la verdad de aquella aleluya que cantábamos al entrar los peregrinos á tomar posada :

« Abranse las puertas
rómpanse los velos
que viene á posar
el rey de los cielos! »

¡Oh luna serena, límpida y clara, que nos bañabas con tus pálidos rayos cuando en nuestra frente en vez del remordimiento sólo vagaba la rizada guedeja de nuestros oscuros y sedosos cabellos! ¡Oh cantos tiernos que encerráis en vuestra monotonía la más arrulladora música de cuantas resuenan en nuestros cansados oídos! ¿Cómo no amar todo esto? Dicen que Boadbil en su destierro buscaba los parajes más altos para divisar á Granada; así yo en los días de Diciembre, vago sin rumbo por las calles, me detengo arrebujado en mi capa, en cada puerta donde hay posadas, recojo con avidez los ecos de las aleluyas y de la letanía, espío á los traviesos chicuelos que devorando cacahuates y tejocotes, escoltan á los peregrinos y en frente de todo esto cierro los ojos y miro los días pasados llenos de inefable ternura, olvidando que hay en mi derredor muchas tumbas ó que pasan junto de mí convertidos ya en señores de posición y rango, aquellos niños que deletrearon el silabario al mismo tiempo que yo y que hoy, algunos ricos, otros renombrados, otros en desgracia, ya no tienen como yo tampoco tengo aquellos seres buenos que los llevaron de la mano, seguidos de un criado que cargaba el inmenso canasto, á comprar en la plaza todo lo necesario para el nacimiento.

Meditando en tan dulces recuerdos; no registré la cartera; pero acabaron los cantos, me fuí á mi solitaria alcoba; allí examiné el objeto encontrado al acaso y en el librito de hojas pequeñas que contenía, leí algo que me pareció interesante.

Lo escrito no estaba firmado; lo acompañaban unas violetas secas atadas con una hebra de seda color

de rosa y un billete de la lotería que por su fecha y la advertencia en él impresa se conocía que había caducado.

La breve historieta escrita, no ha necesitado corrección ninguna; acusaba estar hecha por una mano femenina, algo nerviosa, pues había rasgos que culebreaban y se había echado en olvido la acentuación ortográfica que hoy prescribe la Academia.

¿Qué dirá esto? me dije al ver la primera hojilla llena de menudas letras, pero á medida que fuí leyendo, me entró vivo deseo de conocer á la autora. ¡Vano intento! todavía no sé quién es ella, si vive ó muere; si es feliz ó infortunada, pero contando con que la dará su indulgencia el lector, me decido á publicar lo que ella escribió, acaso sin imaginarse que iría nunca á la imprenta ni á las columnas de un periódico, y si ella lo lee porque los periódicos van á todas las manos, que me dispense y me perdone, en gracia siquiera de que he tomado sus apuntes para que sean un sano entretenimiento en los hermosos días de la Navidad, en esta época que es para todos simpática é interesante y en la que todos recordamos el villancico español que canta el pueblo de Madrid al son de los panderos y de las zampoñas:

« La Noche Buena se viene
La Noche Buena se va
y nosotros nos iremos
y no volveremos más!

En el diminuto libro de la cartera de piel rusa, decía lo siguiente, que trascribo al pie de la letra:

Día 16. — Hoy comenzaron las posadas. Mi madre me llevó á comprar los peregrinos y después ella misma los arregló en las andas, con heno y con ramas de pino.

Vinieron á acompañarme muchas amiguitas y Lola, la que más me quiere, cantó la letanía y los versos

para pedir la posada. Acabamos cerca de las once. ¡Qué noche tan linda! ¡Con cuánta tristeza he visto apagarse los farolillos de colores del corredor! Mañana le tocará la posada á mi primo Antonio.

Día 20. — Nuestras posadas siguen más bonitas en cada noche. Mamá no quiere que me desvele ni que converse mucho en la sala, porque me está preparando para hacer mi primera comunión en la Pascua de Navidad. ¡Qué hermoso será recibir á Dios en ese día! ¿Por qué no vuela el tiempo?

Día 25. — Hoy he hecho mi primera comunión. Siento que está Dios en mi pensamiento, en mi corazón, en mi sangre. Me muriera yo en esta hora. ¡Oh qué suprema felicidad! ¡Qué hermoso viaje! De la tierra al cielo no ha de haber más que luz..... mucha luz..... mi madre está loca de alegría, mis hermanos me envidian noblemente. Ellos todavía no han comulgado. Hasta el chocolate me ha sabido á gloria! El «nacimiento» que pusimos en casa tiene un niño Jesús muy hermoso; sus ojos parece que me ven y que sonríen. Me han hecho muchos regalos.

Día 26. — (dos años después.) ¡Hoy lo he conocido! Dentro de quince días hará dos años que comulgué. — Nunca había vuelto á sentir una impresión tan extraña. — ¿Dicen que no se habla sin palabras? Nunca he oído su voz y sin embargo todo me lo ha dicho con los ojos. ¿Para qué me miraría así? Estoy muy intranquila, lo único que sé es que si no vuelve á verme me moriré de angustia. ¿Por qué nací mujer? Si yo fuera hombre y él fuera mujer, yo iría detrás de sus pasos por todas partes. Si mi madre lo hubiera invitado á las posadas de casa! — Parece que tiene un genio muy corto. Lo hubiera yo encontrado antes de las fiestas, habría sido la más feliz de las mujeres. La Noche Buena no ha estado tan alegre como en otros años. ¡Quiera la Virgen que la del año entrante sea como yo la ambiciono!

Día 10. — Debe de ser muy bueno, sí, muy bueno. Ha temblado mucho al darme la primera carta y me dijo que no tenía inconveniente en que lo supiera mi madre. Ya se lo dije y la pobrecita lloró y dándome un beso me dijo: ¿tú lo quieres? Yo bajé los ojos avergonzada y mi madre agregó: ¡Ya me figuraba yo que lo querías mucho! Y no ha mentido, lo quiero más..... no..... tanto como á mi madre, esto es amar mucho ¿no es verdad?

Día 3. — Hace cerca de dos meses que nos conocimos y ya no puedo contenerme, ya le dije que sí lo quiero... me dió vergüenza decir que lo amo. Mañana vendrá su padre á pedir mi mano. Mamá está inconsolable ¡pobrecita! pero si llego á casarme con él no la dejaré nunca... no... ¡es tan buena!

Día 4. — Hoy vino mi futuro padre político. Es un señor muy grave. Al conocerme me tendió la mano diciéndome: ¿como va, señorita? — Al despedirse me dijo: «adiós, hija mía» — Soy la más dichosa de las mujeres — Mi madre al oirlo lo miró con celos.

Día 2. — En dos meses se han llevado á cabo todas sus promesas. La casa ya está puesta y ya fuí con mi madre y con él á verla. Es muy sencilla, domina en todo el color azul y el blanco. Dice que son símbolos de su felicidad y de mi pureza. Á mediados del mes de Enero entrante nos uniremos para ya no separarnos jamás. Todas mis compañeras de colegio me han ofrecido asistir á mi boda que hemos decidido se efectúe en Santa Brígida. Dice mi padrino que él me regalará el devocionario blanco que he de llevar á la iglesia.

Día 22. — ¡Dios mío! está muy enfermo, muy grave, un ataque del corazón lo tiene postrado en cama desde antes de ayer. Hoy iré con mi madre á velarlo; no quiere que me aparte yo de su mirada.

Día 24. — ¡Ya! ¡Qué desgraciada soy!..... Parece de cera; tengo en mis labios el frío de su rostro..... ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿en qué te he ofendido tanto

que me castigas así? . . . . . .
quiero morirme yo también..... ! Y hoy es Noche Buena!..... ¿Noche Buena? ¿Cómo ha de ser Buena, Dios mío? Yo me vuelvo loca.

Día 26. — ¡Hace un año hoy! ¡Un siglo, un siglo inmenso! He comprado un billete de la lotería y si sale premiado yo le haré su monumento así como he cultivado el jardincito que tiene su sepulcro..... De ese jardincito corté estas violetas que han de tener algo suyo.

Si hubiera vivido..... ¡ay!....., ahora ya tendríamos más felicidad..... ¡pobrecito!

Aquí acababan los apuntes, manchados por algo como gotas de agua, si duda fueron lágrimas.....

¿De quién será esto? me dije hundido en las más amargas reflexiones. La muerte es siempre, como la llama el Duque Job: ¡la traidora!

Si la persona á quien pertenece esta cartera, vive y quiere recogerla, yo la guardo como una reliquia y se la devolveré religiosamente.

¡Todas las historias del corazón interesan á los seres que tuvimos la desgracia de nacer sensibles!

MANUEL LEVÍ

(DEL LIBRO « MIS AMIGOS »).

Mi amigo Leví nació en Córdoba.

Su fisonomía, en la que hay muchos rasgos de las razas orientales, más bien lo revelaría oriundo de la

otra Córdoba, donde resonaban armonías dulces en el harem y tristes cantos en la mezquita aljama.

Pero Leví nació en la Córdoba del Estado de Veracruz, simpática y floridísima ciudad, que tiene hijas de ojos tan grandes y tan negros como los de Holal é Hixem, que en la Córdoba española deslumbraron á los califas.

Manuel Leví perdió á su padre á los cinco años de edad y se educó en las escuelas municipales del Estado.

Recuerdo que Bulnes, cuyo talento no decae nunca, dijo en su obra « Once mil leguas sobre el hemisferio Norte » que en materia de instrucción pública y de progreso de todo género consideraba á Veracruz en el siglo XX, al compararlo con la capital de la República.

Nada es más cierto. En Veracruz se imparte profusamente la instrucción al pueblo y, como natural consecuencia el pueblo adelanta, conoce sus derechos y ama el progreso moral y material de la tierra en que ha nacido.

Leví luchó con la miseria hasta los trece años que pasó de la escuela al comercio y pudo en un constante trabajo, en casas de renombre y capital, perfeccionarse en la alta contabilidad y aprender y manejar como si le fueran propios el alemán y el inglés ya que la lengua de Víctor Hugo la poseía desde la cuna, por haberla aprendido de su padre que era de Burdeos.

Los méritos de Leví le valieron que se fijaran en él siendo muy joven, para hacerlo regidor primero y después Diputado á la Legislatura, de donde las varias veces que ocupó la curul, dió claros testimonios de talento, de energía, de honradez y de patriotismo.

Enérgico por temperamento, valiente por organización, caballeroso por la sangre, conquistó amigos leales á quienes sirvió con desinterés, sacrificando

todo á sus triunfos políticos, cuando las circunstancias lo impulsaron á tomar activa parte en las luchas electorales.

Liberal sin tacha, amigo y decidido partidario del Gral. Porfirio Díaz, prestó importantes servicios á la revolución de Tuxtepec.

No sólo con las armas combatió Leví llegando á coronel, sino que puso su inteligencia y sus conocimientos al servicio de la causa que le era simpática y colaboró en los periódicos « El Ferrocarril », en su primera época y « El Pueblo » de Veracruz.

En esos periódicos llamaron la atención sus artículos sobre asuntos económicos y políticos, de tal manera, que más de una vez se hicieron en materias financieras algunas reformas de las que él indicara.

Más tarde, fundó en Veracruz un periódico « La Opinión del Pueblo » en el que desplegó todas sus condiciones de energía y de lealtad, abriendo polémicas que no dejaron de proporcionarle amargos y tristes lances y constantes desazones.

Amigo muy adicto del Gral. Juan de la Luz Enríquez, fué á sus órdenes Secretario del Cuartel General de la línea militar de Yucatán, Campeche, Tabasco y Chiapas, cuando el General citado llevó la Comisión política de reducir esos Estados al nuevo orden impuesto por la revolución de Tuxtepec.

Conocidas sus cualidades como partidario leal, su pundonor como soldado y su patriotismo como ciudadano, fué electo Diputado al noveno Congreso de la Unión en cuyo seno siguió prestando importantes servicios á la causa.

El Gobierno utilizó sus conocimientos hacendarios nombrándolo Jefe de Hacienda en Yucatán, enviándole después con igual encargo á Campeche y dándole más tarde la Administración de la Aduana marítima de Túxpam.

Desempeñaba ese empleo con todo acierto y se vió

inclinado á renunciarlo para servir al Estado y á la Administración del Gral. Enríquez.

No es de extrañarse que el Gral. Enríquez, que conoce á fondo las aptitudes de Leví, lo nombrara Tesorero General del Estado, en cuyo empleo ha hecho muchos y muy valiosos trabajos, con los que llevó á buen término la organización de la Hacienda Pública.

La vida agitada y turbulenta á que dan lugar las penurias de la niñez, los desengaños de la juventud, las amarguras de la política y el frío conocimiento de los hombres y de las cosas, han producido en el ánimo de Leví un temperamento filosófico en que sólo se rinde culto á los hechos reales, sin revestir de sueños fantásticos ni de doradas quimeras los naturales impulsos del corazón humano.

Por esto en Manuel Leví encuentran algunos un realismo que juzgan escéptico, pero detrás de ese carácter hay un corazon benévolo por excelencia, abierto de par en par á lo bueno y á lo noble, é idólatra de la amistad sin medir sacrificios ni calcular obstáculos.

Leví tiene un hogar tranquilo en el que sus dos nijos Eneas y Aquiles constituyen su encanto, su religión y su ventura.

Yo he podido medir muy de cerca las cualidades de mi buen amigo y he encontrado que hay en su pecho veneros de afecto que se propagan y florecen sin mieles ni resabios femeniles.

Leví pertenece á varias sociedades literarias y filantrópicas y presta á todas ellas servicios de notoria importancia.

Es un amigo experto y sincero y un partidario leal, ama la ciencia y las letras y cuando quiere escribe con una facilidad, una galanura y un fondo, que revelan sus claras dotes como pensador, como filósofo y como sociologista.

Ya sé que van á darle pena estas líneas, porque es enemigo de que se hable de él en público, pero no puede faltar en el « Libro de mis Amigos » quien tiene en mi consideración y en mi afecto un lugar tan preferente y tan merecido.

Tengo por él y por su familia, esa sincera devoción que infunden al espíritu la nobleza de sentimientos. Leví tiene un culto por la memoria de su virtuosa madre y yo me imagino la distinción y la inteligencia de ella, cuando veo á la hermana de mi amigo, á la Sra. Luisa Leví de Rueff, que cautiva no sólo con su presencia y su conversación llena de gracia, sino con esa majestad aristocrática sin afectación, que forma la atmósfera que la envuelve.

Una hija es la revelación de las dotes de la madre y basta conocer á la Sra. Leví de Rueff para adivinar cómo sería la angelical madre de mi amigo.

Leví no mide sacrificios cuando trata de servir á sus amigos. Es un paladín de los más nobles afectos del corazón.

¿Para qué he de deciros que como Tesorero general de Veracruz desde 1884 despacha á satisfacción de todos su oficina? ¿Qué os importa saber que es radical en principios ni que fué en 1879 y 80 jefe del partido veracruzanista que trajo al poder á la actual administración del Estado?

Es un caballero completo. Su religión la forma una Trinidad Augusta : su patria, su familia y sus amigos.

Detrás de su serio semblante y de sus frases llenas de amargos resabios, hay una alma limpia, noble y elevada.

TABARÉ

Á mi querido amigo el señor don Ramón Mendoza, ministro de la República Argentina en México.

He soñado desde niño con una literatura enteramente americana. En medio de nuestros seculares bosques, viviendo en las canosas ramas de los ahuehuetes, hay pájaros que cantan con voces no aprendidas, algo que pudiera llamarse el himno de las selvas indianas. ¿Por qué no ha de haber poetas que los imiten?

¿Estamos obligados en lengua ajena á cantar tradiciones, costumbres, sentimientos y glorias ajenas? ¡Si nuestra historia está sembrada de episodios heroicos dignos de los bardos griegos! ¡Si cada nación de las que constituyen la América latina tiene inédita una Iliada propia, que espera un Homero que la entregue á la Fama!

Literatura americana en lengua española es la que crearán los poetas netamente americanos y en ella quedarán para siempre enaltecidos los hechos de nuestros héroes, los sacrificios de nuestros mártires, el vigor y la grandeza de las razas primitivas, la fertilidad de nuestro opulento y fecundo continente velado por el cielo más diáfano, alfombrado por la vegetación más fértil, erizado por las montañas más altas y más ricas y, digámoslo de una vez, poblado por seres en que se confunden y mezclan todas las actividades intelectuales que favorecen el sentimiento más puro en estética para todas las artes.

No es un error afirmar que por la altura de nuestras comarcas, son en ellas más vivos los matices de los

celajes, del campo, de las hojas, de los pétalos y de las olas; más exquisitas las plumas y la voz de los pájaros; más rica la flora que cuaja en gardenias, tuberosas, lirios y camelias y más dispuesta la imaginación para crear todo lo que nutre la poesía vírgen y nueva que inmortalizaron los libros orientales.

Nosotros — como asentó en mi álbum el eminente Castelar — nacemos donde la República y la Libertad nacen con el vigor de las selvas no profanadas y entre los salvajes conciertos producidos por las mil voces de la Naturaleza, á tiempo que el Viejo Mundo presenta sus ruinas amontonadas como un oleaje petrificado, sobre las cuales crecen la cicuta y la ortiga y tristemente cantan las siniestras cornejas sus melancólicas elegías.

Pues bien, esos conciertos salvajes pero hermosos, en que los artistas son los zenzontles y los urutíes; en que visten lujosísimos é incopiables trajes, más ricos que los de todos los reyes, los quetzales y los colibríes; esas montañas coronadas de eternas nieves como el Ixtlacihuatl, el Popocatepetl y el Citlatepetl; ó los que escalan el cielo como los Andes; los hondos ventisqueros donde ruge la fiera indómita y arrastra sus matizadas escamas la ponzoñosa serpiente; los ríos como mares en cuyas floridas riberas se mecen los nenúfares y los camalotes; las ciudades extrañas alzadas en los desiertos por las tribus nómades que llevan consigo sus dioses, sus familias, sus armas y hasta sus sepulcros; la manera de creer, de sentir, de luchar y de perecer de estas razas en las que hay Elenas, Judits, Beatrices y Juanas de Arco ¿no tendrán cantores propios nacidos en medio de ellas, que las describan y las revelen á los lectores de los pueblos viejos?

Sí los tendrán á fe mía, y puedo aventurarme en esta esperanza hasta decir que ya surgen algunos en nuestro siglo.

Usted, querido amigo, ha puesto en mis manos un libro hermoso, obra de un poeta uruguayo que me cautiva con su estro; libro destinado á vivir luengos años sobre esta tierra de promisión para el progreso humano, que se llama la América latina.

Ese libro contiene el poema « Tabaré », hijo del numen de Juan Zorrilla de San Martín.

Ocúrrese á cualquiera preguntar con curiosidad femenina ¿cómo es el poeta? Su retrato me lo revela, con una frente en perpetua gestación de ideas y coronada de profusa y desordenada cabellera; con ojos de mirar reflexivo y á la par melancólico; con una expresión de fisonomía triste y seria, pero dulce y franca.

Dicen que los juicios del extranjero se asemejan á los de la posteridad en lo fríos y en lo imparciales y aunque extranjeros no somos entre sí los americanos, el hecho de ser del Sur el autor del « Tabaré » y yo del Norte, y la circunstancia de estar el Uruguay tan distante de México, dan en este caso tintes de extranjería á mis opiniones, que sin duda les añadirán ante los más severos la condición de imparcialidad que para los juicios literarios se requiere.

Dicho esto, permita usted que con el desorden, el poco aliño y la ruda franqueza que son cualidades ingénitas de mi carácter, diga respecto del « Tabaré » cuanto se me venga á las mientes. No abrigo temor de que me tachen de incorrecto porque nunca he soñado en adquirir un sillón de la Academia, ni nadie podrá juzgarme parcial ó apasionado, porque no conozco al poeta sino á su obra y no escribo este juicio por encargo sino por antojo.

El libro está abierto delante de mí; allá va lo que pienso y lo que creo; recíbalo usted como un testimonio de nuestra estrecha amistad, seguro de que ésto me basta y me conforma.

*
* *

Soy enemigo de obedecer á la rutina; creo que las obras del ingenio humano deben amoldarse en la forma que mejor convenga á sus autores y no censuro al poeta porque no haya escrito su poema en octavas reales. Ha elegido el verso asonantado y ha hecho muy bien. La primera condición de un americano es vivir y desarrollarse en pleno ambiente de libertad; así es que hasta en esto se revela americano el poema. ¡Hasta en lo intelectual refleja sus beneficios la independencia de la antigua madre Patria!

El poema se intitula: « Tabaré » ¿Qué significa la palabra « Tabaré »? Zorrilla de San Martín nos dice en sus notas:

« El nombre de « Tabaré » se encuentra en el Viaje al Río de la Plata y Uruguay » de Ulderico Schmidel, aventurero alemán que acompañó al bravo y honesto Alvar Núñez en su memorable expedición al Paraguay.

» Éste nos presenta á un cacique « Tabaré », que hizo sudar el hopo, como decía Cervantes, á los bizarros expedicionarios de Alvar Núñez en las inmediaciones de la Asunción, que los indios llamaban « Lambaré ».

» No es ése, sin embargo, el protagonista de mi poema.

» ¿Cuál es entonces?

» Otro; y para explicaciones basta y sobra con lo dicho. Quede sólo sentado que « Tabaré » es el nombre de un cacique que un dia existió; y que la voz « Tabaré » es genuina y muy característica de la lengua « tupi ». Lo cual, unido al sonido eufónico de esa voz, me indujo á adoptarla para designar con ella á mi protagonista, y, por fin, que la palabra « Tabaré » está compuesta de las voces « taba », pueblo ó caserío y « ré », después, es decir: el que vive solo, lejos ó retirado del pueblo. (Anotaciones de Angelis á la Historia de Rui Díaz.)

» ¡Ojalá que mi Tabaré olvidado por los historiadores

porque no lo vieron, ó no quisieron, ó no pudieron verlo, resulte, sin embargo, más histórico que el Tabaré de Schmidel ó de Rui Díaz!

» Mucho pedir es eso: sin embargo lo diré sin vana pretensión, no creo que los cronistas de la conquista (incluso el bueno del arcediano Centenera que tantas cosas archicuriosas vió por estos mundos con los ojos de la imaginación que dió vida á « La Argentina ») no creo, digo, que los cronistas hayan visto á aquellos indiotes estrafalarios que tanto quehacer dieron á los heroicos conquistadores con mayor intensidad que la con que yo he visto á mi imposible charrúa de ojos azules. »

Esto dice el poeta y yo creo que su « Tabaré » vencerá á todos, porque opino como él: « las historias de los poetas son á veces más « historia » que las de los historiadores. »

Pero vamos al poema. Yo deseo presentaros al poeta con sus hermosas concepciones vaciadas con admirable maestría en hermosos versos. Él tiene la palabra en la introducción de su poema:

« Seguidme hasta saber de esas historias,
Que el mar y el cielo y el dolor nos cuentan,
La que narra el ombú de nuestras lomas,
El verde canelón de las riberas,

La palma centenaria, el camalote,
El ñandubay, los talas y las ceibas;
La historia de la sangre de un desierto,
La triste historia de una raza muerta. »

El poeta entra lleno de fe en la ejecución de su obra sabiendo, como lo dice, que:

« Crecen laureles, hijos de la noche,
Que esperan liras para asirse á ellas,
Allá en la oscuridad en que aún palpita
El grito del desierto y de la selva. »

Es verdad! Hay que traducir ese grito en ritmo castellano; hay que pasar sobre la sangre oreada por el sol americano y sorprender en sus negruzcos manchones todo lo que sintió una raza extinguida. Para esas inquisiciones de la sombra, de lo lejano, de lo ignorado, hay que lanzar el pensamiento en medio de la niebla densa, de lo que ya no tiene forma ni color, y sentir eso que el poeta pinta asi:

« Sumersión del espíritu en lo oscuro,
Reino de las quimeras,
En que no sabe el pensamiento humano
Si desciende, ó asciende, ó se despeña! »

En el libro primero, canto primero, ya se revela el poeta de América:

« El Uruguay y el Plata
Vivían su salvaje primavera;
La sonrisa de Dios de que nacieron
Aún palpita en las aguas y en las selvas;

Aún viste al espinillo
Su amarillo « tipoy »; aún en la yerba
Engendra los vapores temblorosos
Y á la calandria en el « ombú » despierta.

Aún dibuja misterios
En el « mburucuyá » de las riberas,
Anuncia el día, y por la tarde enciende
Su último beso en la primera estrella.

Aún alienta en el viento
Que cimbra blandamente las palmeras,
Que remece los juncos de la orilla
Y las hebras del sauce balancea;

Y hasta el río dormido
Baja en el rayo de las lunas llenas,
Para enhebrar diamantes en las olas
Y resbalar ó retorcerse en ellas. »

Pinta después el río Uruguay como serpiente que se arrastra en el virginal regazo de la América y respondiendo al grito que sus tormentas lanzan á los aires, habla de una raza que en las riberas aparece desnuda : ¡ la raza charrúa !

Sólo al poeta es dado trazar con mágicos pinceles cuadros deslumbradores por su novedad y su belleza ; Zorrilla de San Martín se desborda en un lirismo sublime ; tiene, como el trópico su vegetación exuberante y grandiosa, imágenes y conceptos que brillan en el conjunto de la obra como las pulimentadas facetas de un diamante inmenso. No tienen los líricos europeos el colorido, la estructura de filigrana, la pedrería valiosa de las joyas del Nuevo Mundo. Á mí me deslumbran, lo confieso, estos arrebatos de Zorrilla de San Martín, cuando al hablar de su nativo suelo dice :

« La patria, cuyo nombre
es canción en el arpa del poeta,
grito en el corazón, luz en la aurora
fuego en la mente y en el cielo estrella. »

Á la raza « charrúa » de la cual sólo queda el nombre, dice el autor de « Tabaré » que

« La encuentra el pensamiento
Antes que el mundo antiguo la sorprenda,
En lucha con la tierra y con el cielo
Y en su salvaje libertad envuelta.

Para ella, el horizonte cierra el mundo
Con un muro de piedra ;
Tras él duermen las tardes y las lunas,
Tras él la aurora duerme y se despierta,

Cruza el salvaje errante
La soledad de la llanura inmensa ;

Y el amarillo tigre, como el indio,
Como él fiero y desnudo la atraviesa.

El tigre brama ; el indio
Contesta en el silbido de su flecha.
¿Dónde va ? ¿Qué persigue ? Tras su paso,
Sobre ese suelo virgen ¿ qué nos deja ?

¿Para él está formada
Esa encantada tierra
Que á los diáfanos cielos de Diciembre
Les devuelve una flor por cada estrella ?
. . . . . .

En esa raza de su excelso origen
Aun el vestigio queda,
Como el toque de luz amarillento
Que un sol que muere en los espacios deja.

Nacida para el bien, el mal la rinde ;
Destinada á la paz vive en la guerra
Hojas perdidas de su tronco enfermo
El remolino las arrastra enfermas. »

Descrita la condición y la suerte de esa raza, pinta el poeta al viejo cacique « Caracé », convocando con encendidas hogueras á las dispersas tribus. « Caracé » tiene en el cuerpo tantas heridas como manchas la piel del tigre y ha adornado su toldo con pieles y cabelleras de caciques « yaros » y « bohanes », arrancadas por su propio brazo ; diez son sus mujeres encargadas de aguzarle las espinas de sus flechas, encender el fuego de su toldo y fermentar el jugo de las palmas.

En las siguientes estrofas el poeta tiene imágenes bellísimas que como él dice en sus notas « no son hijas de la inspiración subjetiva, sino de una investigación laboriosa de la etimología de las voces guaraníticas con que esas ideas se expresaban por el indio » :

« Nadie sabe los fríos
Que ha vivido el cacique; pero cuentan
Que allá « en el tiempo de los soles largos »,
Al Uruguay llegó, desde la sierra

Lejana, muy lejana,
Que ve salir el sol, cuando las ceibas
En que hoy anida el águila, sentían
Correr la savia en su primer corteza.

Ya entonces había visto
Cruzar las lunas en las « horas lentas »;
Pero aun es joven, cual si con sus manos
Contar sus fríos « Caracé » pudiera;

Aun en sus fuertes dedos
Es la maza de piedra
El brazo de la muerte que en las tribus
Derrama el frío que en los huesos queda. »

Los « soles largos » en los veranos del Sur, la antigüedad pintada en la dura corteza de las ceibas y el invierno en las lunas de las horas lentas, son imágenes llenas de novedad, como la de llamar al sueño del sepulcro el frío que en los huesos queda.

Aire embalsamado en las selvas uruguayas es el que se respira leyendo estos versos. ¡Cómo hay quien diga que no tienen literatura propia los americanos del Sur! ¿No son los argentinos Mármol y Obligado, el venezolano Bello, el chileno La Barra y el uruguayo Zorrilla dueños de un estilo netamente nacional y propio?

El viejo cacique convoca á las tribus, porque ha visto tendido desde la playa que una inmensa piragua cruzaba por las islas del « Paraná-Guazú » dirigiéndose á la ribera. El poeta tiene aquí una figura hermosa, pues dice pintando la entrada de esa embarcación en el Uruguay:

« La nave avanza altiva;
Lanza un grito del cielo que retiembla;
Llega á la costa y agarrando al río
Por la erizada crín, en él se sienta. »

Rodean á Caracé los indios y al mirar espantados que descienden de la nave los hombres blancos, disparan sobre ellos una lluvia de saetas obligándolos á huir por las breñas :

« Dejando sangre en la salvaje playa
Y una mujer en la sangrienta arena.
. . . . . .
Parece flor de sangre,
Sonrisa de un dolor; es la primera
Gota de llanto que, entre sangre tanta,
Derramó España en nuestra virgen tierra. »

« Caracé » da á sus soldados todo el botín de guerra y él se lleva á su toldo á la blanca prisionera. Imaginaos en el silencio de aquellas soledades, cuando llega la noche con su clámide tachonada de cintilantes estrellas, la sed de amor de aquel indio frente á una mujer blanca como el lirio, que tiembla de pavor y de tristeza como la paloma en garras de un tigre. Así presenta Zorrilla de San Martín un drama en la sombra. Esa mujer que en el poema se llama Magdalena, sólo lloraba y rezaba; así vivió en el toldo del cacique y así fué madre.

El hijo de esa prisionera, nacido en el bosque y arrullado por los primeros cánticos cristianos que resonaron en la tierra uruguaya, se llamó Tabaré : Con gran novedad describe el poeta el asombro de los charruás al contemplar á ese niño que tenía en las pupilas :

« El azulado cerco
Que entre sus hojas pálidas ostenta
La flor del cardo en pos de un aguacero. »

Y agrega el lírico sud-americano :

« Y lo oyen y lo miran asombrados
Como á un pájaro nuevo
Que, unido á las calandrias y zorzales
Ensaya entre las ramas sus gorjeos. »

La madre toma á su hijo y va con él á la ribera del río y lo bautiza sin más sacerdote que Dios, ni más templo que aquella exuberante Naturaleza.

Vienen después cuadros hermosos. Duerme el viento en las ramas; en el flotante camalote el tigre y los pájaros en los nidos. Las tribus embriagadas aullan á lo lejos y se espera el instante en que el Cacique venga, tras la salvaje orgía, á buscar á su cautiva que esconderá á su hijo tras de los ceibos. El terror, la nostalgia, las especiales condiciones de aquella mujer mártir, abrevian sus horas; y pugna por mirar más intensamente á su hijo y trémula, agonizante, le dice :

« Duerme. Si al despertar no me encontraras,
Yo te hablaré á lo lejos;
Una aurora sin sol vendrá á dejarte
Entre los labios mi invisible beso;
Duerme; me llaman,
Concilia el sueño.

Yo formaré crepúsculos azules
Para flotar en ellos;
Para infundir en tu alma solitaria
La tristeza más dulce de los cielos.
Así tu llanto
No será acerbo.

Yo empaparé de dulces melodías
Los sauces y los ceibos,
Y enseñaré á los pájaros dormidos
A repetir mis cánticos maternos.....

El niño duerme,
Duerme sonriendo.

. . . . . .

La madre lo estrechó; dejó en su frente
Una lágrima inmensa, en ella un beso,
Y se acostó á morir. Lloró la selva
Y, al entreabrirse, sonreía el cielo.

XI

¿Sentís la risa? Caracé el cacique
Ha vuelto ebrio, muy ébrio,
Su esclava estaba pálida, muy pálida.....
Hijo y madre ya duermen, « los dos sueños. »

Así acaba el libro primero de este extraño poema. La madre ha muerto dejando en las soledades americanas á un niño, sangre de su sangre, amamantado y bautizado por ella entre el concierto de las ondas y del follaje. Este niño, este « Tabaré » de ojos azules, huérfano tan á raíz de la vida ¿será un ángel ó un tigre con forma humana? ¿está llamado á sentir y á llorar ó á luchar y vencer?

Abramos con curiosidad las páginas del segundo libro en las cuales aparecerá el misterioso personaje y veamos lo que en ellas se contiene.

¿Habrá alguno, entre los que escribimos versos castellanos en el último tercio del siglo diez y nueve, que pueda considerarse libre de la culpa de haber imitado en algo los « lieds » alemanes de Heine, ó las rimas de Becquer, ese Heine de los españoles?

Hay una atracción irresistible por ese estilo que condensa en pocos versos las ideas y las expone en forma nueva. En Heine y en Becquer aparece la poesía desnuda; sus encantos no están velados por la forma ni sujetos al molde irritante en que los otros poetas vacían sus pensamientos.

Esa poesía subjetiva que algunos juzgan ajena á la índole de nuestro tiempo y fuera de la escuela realista, tiene sus encantos que no morirán pese á los filósofos de hoy tan exigentes como los de los siglos pasados.

Yo he obedecido en mucho á lo que se llama realismo, pero no admito más que dos escuelas, la buena y la mala; así es que lo subjetivo y lo real pueden pertenecer á la primera si nacen de un estro bueno y están revelados con pluma de oro.

Zorrilla de San Martín comienza el segundo libro de su poema con una invocación toda lirismo, en la que campean estrofas como estas :

« ¿Quién llora con la luna en los sepulcros
Y ríe en las estrellas,
Y respira en las auras otoñales,
Y anima la hoja seca,
Y es perfume en la flor, gota en la lluvia
Y en la pupila idea? »

Poeto lírico de primera fuerza, soñador por organización y por índole, invita á los que aman los imposibles á que escuchen en su leyenda el acorde arrebatado al misterioso rumor de las selvas nativas. Hace después la descripción de un villorrio fundado sobre la margen desierta en que el río San Salvador, tributario del Uruguay, derrama en éste sus aguas entre guayabos y sauces. Allí clavaron sus bastiones los castellanos é improvisaron sus viviendas que tenían :

« Techos pajizos de bambú, con hebras
De la raíz del « ñapindá » amarrados »;

rodeando la casa de piedra, habitada por el viejo adelantado Juan de Ortiz, sobre la cual tremola sereno el pabellón hispano.

¿Quién va — pregunta el poeta — á provocar y á

herir la raza de indios feroces é indómitos que viven libres en la tierra uruguaya?

« Sólo España ¿quién más? sólo ella pudo,
Con paso temerario,
Luchar con lo fatal desconocido,
Despertar al abismo y provocarlo;

Llegarse á herir el lomo del desierto
Dormido entre los brazos
De la infinita soledad su madre,
Y allí clavar el pabellón cristiano. »

Nunca he renegado de mi estirpe; miro en España la casa solariega de mis primeros ascendientes y como lo dije en el prólogo de un libro, me son tan caras sus glorias, tan íntimas y gratas sus tradiciones que me bastó llegar al mar Cantábrico para estremecerme de entusiasmo y de júbilo, creyendo oir sobre las rocas del Auseba la inmortal plegaria de Covadonga. Heredamos la lengua española y no la usaremos nunca para herir á la conquistadora del Nuevo Mundo. Aplaudo la franqueza de Zorrilla de San Martín, al ensalzar el arrojo, el heroísmo de aquellos denodados guerreros del siglo XVI que se entregaron á los inmensos peligros del mar y de la campaña con indómitas razas. — ¿Cree alguno que no eran valientes los indios? — No habéis hecho gracia — le dijeron á Hernán Cortés sus jueces — en haber combatido con indios desnudos é ignorantes. — En aquel mundo — respondió Don Hernando — me encontré con hombres que me obligaron á volverles la espalda y correr, mientras que aquí ninguno de vosotros ni todos juntos, me haréis retroceder un palmo.

Soldados tan valientes como los que él trajo (no les niego la crueldad templada después por la mansedumbre de los primeros misioneros evangélicos) aparecen en el canto III del libro segundo del poema uru-

gayo, arreglando sus armaduras. « Sapicán » el cacique, murió después de que Garay dispersó sus tribus, pero tanto le amaban éstas que miran como después de muerto se les aparece y las alienta :

« Murió ; pero en la noche y cuando el astro
No alumbra las barrancas,
Y se duermen las víboras, y agita
Sólo el « ñacurutú » sus lentas alas ;

Cuando las sombras salen de los árboles
Y con los vientos andan ;
Y la nutria nadando cruza el río
Y canta el grillo oculto entre las matas,

El cacique aparece. Ya lo han visto
Las tribus espantadas
Buscar en vano su arco entre los juncos
Ó su maza de pórfido en las aguas. »

Pero sería necesario copiar todo el canto. Hay descripciones brillantes que bastarían por sí solas á Zorrilla de San Martín para darle preferente lugar en el Parnaso. Leyéndolo se mira pasar entre las tinieblas, á tiempo que las gotas de lluvia restallan en las hojas y golpean el lomo de los tigres que encandilados por los relámpagos braman encogidos, la sombra del cacique :

« Con sus ojos profundos encendidos. »
. . . . . .

Así se cierne por los espacios y cuando escucha :

« La primera canción que anuncia el alba,
En el aire sutil pierde sus formas,
Se diluye en la luz, se va ó se apaga. »

Lo mismo que « Sapicán » murió « Abayubá ». Era

el joven más amado del cacique; la escena de su muerte puede pintarse en un lienzo:

« ¡Cómo cayó! Su cuerpo,
Pasado por el bote de una lanza,
Trepó por ésta hasta morir, cortando
Con el diente afilado por la rabia,

La rienda del caballo,
De cuya grupa el español acaba
Con el puñal, la destructora brega
Que la ocupada lanza comenzara.

Perdónese la reunión de asonantes. La figura es suprema! Muertos el gigante « Añagualpo » « Yandinoca, » « Tabobá » « Magaluna, » « Yací, » « Terú, » « Maracopa, » y « Abaroré; » esclava « Gualconda; » sola « Liropeya, » la más hermosa virgen que pisó aquella playa, pues también ha muerto « Yandubayá » que supo á fuerza de heroísmos conquistar su cariño; la adversidad cae sobre los bravos campeones de la playa, y en frente de sus arrojos, de sus sacrificios, de sus luchas titánicas, Zorrilla de San Martín pulsa la lira tirtéica y arranca de sus cuerdas los siguientes versos, que consagra como elegía á los primeros pobladores del Uruguay.

¡Héroes sin redención y sin historia,
Sin tumbas y sin lágrimas!
¡Estirpe lentamente sumergida
En la infinita soledad arcana!
¡Lumbre expirante que apagó la aurora!
¡Sombra desnuda muerta entre las zarzas!
Ni las manchas siquiera
De vuestra sangre nuestra tierra guarda.
¡Y aun viven los jaguares amarillos!
Y aun sus cachorros maman!
¡Y aun brotan las espinas que mordieron
La piel cobriza de la extinta raza!

¡Héroes sin redención y sin historia
Sin tumbas y sin lágrimas,
Indómitos luchasteis. . ¿Qué habéis sido?
¿Héroes ó tigres? ¿Pensamiento ó rabia?
Como el pájaro canta en una ruina,
El trovador levanta
La trémula elegía indescifrable
Que al través de los árboles resbala,
Cuando os siente pasar en las tinieblas
Y tocar con las alas
Su cabeza que entrega á los embates
Del viento secular de las montañas.
Sombras desnudas que pasáis de noche
En pálidas bandadas
Goteando sangre que, al tocar el suelo,
Como salvaje imprecación estalla;
Yo os saludo al pasar. ¿Fuisteis acaso
Mártires de una patria,
Monstruoso engendro á quien feroz la gloria
Para besarle el corazón la mata?
Sois del abismo que la mente sonda
Confusa resonancia;
Un grito articulado en el vacío
Que muere sin nacer, que á nadie llama;
Pero sois algo. El trovador cristiano
Arroja húmedo en lágrimas,
Un ramo de laurel en vuestro abismo
Por si mártires fuisteis de una patria! »

¡Cuántas veces hemos dicho todos, sin expresarlo con los mismos conceptos, lo que Zorrilla de San Martín en tan valientes estrofas! Hay algunos versos duros á causa de los modismos americanos, pero á mí no me importa que la armonía se rompa si la idea se salva. — No estamos los mexicanos en el caso de los uruguayos, la patria mexicana estuvo bien definida desde los más remotos tiempos y su civilización asombraba á los conquistadores. — Pero no en todos los lugares de América sucedía lo mismo y el canto de

Zorrilla de San Martín es aplicable á todos los ignorados héroes de las razas indígenas.

Continúa el poema. Diseminados los indios por los bosques, suelen turbar con sus gritos, sus risas y sus maldiciones, la paz en que yacen los soldados españoles mandados en jefe por Don Gonzalo de Orgaz á quien acompañan su hermana Blanca y Doña Luz su esposa.

Se comprende que don Gonzalo haya traído á su mujer á los peligros de la conquista, pero ¿qué hace allí la inocente Blanca? oigamos al poeta :

« Quizá la niña en cuyos dulces ojos
Se mueven las miradas
Como insectos de luz aprisionados
En urnas de cristal negras y diáfanas,
Allí, bajo el escudo de su hermano,
Es la nota con alas
Que mezclada á un acorde moribundo,
De gritos de dolor hará plegarias. »

Una tarde, tornó de su excursión Gonzalo con diez arcabuceros, trayendo presos á unos indios charrúas :

Salen de sus viviendas las mujeres
Y los hombres á verlos;
Ni una impresión se nota en sus semblantes :
Todos caminan impasibles, fieros.
¡ Ah !... todos no. ¿Quién es ese salvaje
Que se detiene trémulo?
¿No es su pupila azul? Azul, no hay duda.
¿Qué hay en ella? ¿Terror? ¿Asombro? ¿Miedo?
¡Extraño sér! Indescriptibles líneas
Tiene su cuerpo esbelto;
Hay en su cráneo hogar para la idea,
Hay en su frente espacio para el genio.
Esa línea es charrúa; esa otra... humana;
Ese mirar es tierno....
¿No hay en el fondo de esos ojos claros

Un ser oculto con los ojos negros?
La blanca piel de un tigre
Ha ceñido á su cuerpo;
No ha pintado su rostro ni en su labio
Ha atravesado el signo del guerrero.
Es pálido, muy triste; en su semblante
Y en su azorado aspecto,
Hay algo indescriptible y misterioso
Que inspira amor, ó desazón, ó duelo.
Por qué se ha desprendido de su grupo?
¿Se ha apoderado un vértigo
De ese salvaje enfermo que venía
Entre los otros indios prisionero?
La onda de un suspiro
Se ha notado quizá sobre su pecho,
Y se hubiera creído, al observarlo,
Que ha roto entre sus dientes un lamento.
¡Y no es pasión salvaje
La que remece sus extraños miembros!
¡Así sacude su prisión el alma
Cuando estallan en ella los recuerdos! »

¿Habéis ya conocido al personaje? Ha visto á Blanca cuya presencia ha despertado en su corazón los recuerdos de un pasado lejano. Él, en su infancia primera, miró una fisonomía semejante, exprimió un seno blanco como las mejillas de aquella virgen y se durmió sobre un regazo de armiño en que le servían de astros dos ojos azules y de música los cantos de Belem brotados de unos labios de grana. ¿Quién era ese prisionero?

« Tabaré » lo apellidan los charrúas,
Ó « el hijo de los ceibos..... »
¡Hijo de mi dolor! una española
Le decía llorando há mucho tiempo. »

Blanca tembló al mirar á ese indio y preguntó á su hermano Gonzalo quién era. — No lo sé, repuso Gon-

zalo, lo encontramos en actitud de plegaria y no se inmutó al verse rodeado de arcabuces. Le he dado el pueblo por cárcel.

« Yo probaré en ese indio si se encuentra
Capaz de redención su heroica raza. »

Doña Luz, cruel y malévola, pedía para Tabaré y para todos sus compañeros la muerte, diciendo á su esposo :

« No son hijos de Adán, no son, Gonzalo ;
Esa estirpe feroz no es raza humana. »

Cuando los indios duermen, según el poeta :

« Tendidos en el suelo, como masa
De bronce que se mueve y que palpita
Con aliento vital en las entrañas. »

Sólo Tabaré vela con los encendidos ojos clavados en lo infinito. Se levanta, pasea, alza las manos, va y viene sin cesar y los soldados le llaman : « el indio loco. »

Blanca observa con atención al charrúa, hasta que un día se atreve á hablarle preguntándole por qué corría y si ella le infundía miedo. Cuando esa voz dulce penetra al corazón del salvaje, lo despierta á nueva vida. Dan ganas de reproducir todas estas páginas del poema. « Tabaré » habla así á Blanca :

— « ¡Oh, sí! Yo sé que acechas
Mis horas de dolor;
Sé que remedas alas de jilgueros
Donde yo estoy.
Yo sé que tú el secreto
Conoces de mi sér,
Y sé que tú te escondes en las nieblas.....
¡Todo lo sé!

Que gimes en el viento,
Que nadas en la luz,
Que ríes en la risa de las aguas
Del « Iguazú, »
Que miras en las altas
Hogueras de « Tupá »
Y en las lunas de fuego fugitivas
Que brillan al pasar.
Tú, como el algarrobo,
Sueño das á beber;
Y das la sombra hermosa que envenena
Como el « ahué. »
Yo, temiendo tu sombra,
Tiemblo y huyo de tí,
Y tú en el despertar de mis memorias,
Vas tras de mí.
Mis nervios que eran fuertes,
Fuertes cual « ñandubay, »
Blandos como el retoño más temprano
Del « ombú » están.....
No ha pasado una luna
Después que yo te ví;
¡Mira cómo está enfermo el indio bravo
Sólo por tí! »

Y después cuando « Tabaré » piensa en la hermosura de la mujer que lo llevó en su seno prorrumpe en estos versos :

« Era así como tú..... blanca y hermosa;
Era así como tú.....
« Miraba con tus ojos » y en tu vida
Puso su luz;
Yo la ví sobre el cerro de las sombras
Pálida y sin color,
El indio niño no besó á su madre.....
¡No la lloró!
Las avispas de fuego de las nubes,
Ellas brillaron más;
Pero el hogar del indio se apagaba,
Su dulce hogar.

Han pasado más frîos que dos veces
Mis manos y mis pies.....
Sólo en las horas lentas yo la veo
Como « cuerpo que fué. »
Hoy vive en tu mirada transparente
Y en el espacio azul.....
Era así como tú la madre mía,
Blanca y hermosa..... ¡pero no eres tú! »

Cuando el indio se alejaba ocultando su llanto, volvía el rostro para decir á la virgen española lo que no puedo deciros en prosa y que pinta la idolatría del huérfano por la que nutrió sus venas con el blanco licor de sus pechos castellanos :

« — Así como tu mano,
Blanca como la flor del « guayacán, »
Es la que he visto siempre en la batalla
Mi sudorosa frente refrescar.
. . . . . .
Pero..... ¡no era la tuya!
Era otra aquella mano ¿no es verdad?
¡Díle al charrúa que esos ojos tuyos
No son los que en sus sueños vé flotar!
Díle que no es tu raza
La que vierte esa tenue claridad
Que en el alma del indio reproduce
Aquella luz de su extinguido hogar:
Aquella luz que el astro de los muertos,
Nunca sabrá copiar,
Más pura que el reir de las auroras,
Y el llorar de las tardes, mucho más!
. . . . . .
¡Oh! no : tú eres la sombra,
Tú no vives la vida como yo;
¿Por qué has de arrebatarme mi memoria
Y vestirte ante mí de su color?
« ¡Déjame! ¡No me sigas!
¿No sientes? ¿No lo ves?
¡El corazón del indio está muy negro!
¡Triste como la sombra del « ahué! »

« Tabaré » se desprende bruscamente de Blanca; doña Luz ha sorprendido que el indio hablaba con ella y ésta le dijo : siento por ese salvaje algo semejante al miedo de los niños. Después se alejó de la esposa de Gonzalo, en cuyas miradas había una expresión siniestra. Surge después en el poema un personaje simpático, el Padre Esteban, misionero bondadoso con los indios. Una noche en que estaba orando el Padre Esteban, oyó un lamento doloroso; abrió la ventana y pudo ver que huía de sus miradas un charrúa que le era muy conocido, así como á todos los soldados que lo encontraban vagando por los bosques.

Era « Tabaré, » que pasaba frente á las habitaciones de Blanca. Los soldados creyéndolo espectro trataron muchas veces de aprisionarlo; llegaron á darle lanzadas de las que se libró con destreza ; pero ya rendido hubiera muerto si el Padre Esteban no llega gritando á los españoles « deteneos » y abriendo los brazos á « Tabaré » que se aferró á su sayal y cayó á sus pies con extenuación y fiebre. El monje reclinó sobre su pecho la cabeza del indio. — Después, el poeta pinta con mano maestra el hermoso amanecer de un claro día en América; yo copiaré esos versos un poco más adelante para robustecer la idea que tengo formada de su numen. —Doña Luz suplica á su esposo que despache al indio á sus selvas; don Gonzalo responde que partirá, pero Blanca ruega por él con ternura. Doña Luz, que no le supone pasiones nobles, asegura que meditaba « Tabaré » un crimen é inculpa al Padre Esteban porque quiere cristianizar á los salvajes.

Llama Gonzalo á « Tabaré, » le reprende su conducta, diciéndole que después de haber hecho con los caciques alianza de paz, él trata de violar ese pacto y puesto que es indomable, que vuelva á la selva sin tornar nunca á pisar el mismo terreno que pisan los castellanos.

« Tabaré » sombrío y huraño parte acompañado del monje. ¿Por qué va triste si le devuelven su libertad? Porque va enamorado, porque lo domina una pasión inmensa como la pampa y ardiente como el sol que torna cobriza la piel de sus compañeros.

Blanca mira al indio entre las ramas y se le acerca. Besa la mano al Padre Esteban y al encontrar en el rostro de « Tabaré » una expresión horrible, la expresión de un tigre enamorado, suelta las margaritas azules que trae en la falda y se acoge horrorizada al monje, escondiendo la frente en su sayal burdo. Blanca duda también de que el indio abrigue pasiones tiernas ; asegura que conmovida por su desgracia iba á consolarlo, pero que le inspira miedo ; ruega al Padre Esteban que la acompañe para volver al pueblo y se despide de « Tabaré, » deseando que la Virgen lo proteja.

El indio con estúpida mirada siguió sus pasos ; ella volvió el rostro algunas veces y cuando « Tabaré » la miró por última vez, lanzó un horrible grito de dolor y de rabia ; se desprendió bruscamente del monje sobre cuyo sayal había llorado como un niño, y corrió aullando hasta internarse en la selva. Avanzó la noche derramando sus sombras entre los árboles del bosque ; á lo lejos resonaban atronando la espesura los gritos del salvaje.

« Sobre el sayal del monje,
Del charrúa quedó la primer lágrima :
¡ Para llorar la moribunda estirpe
Una pupila azul necesitaba ! »

Así termina el libro segundo. Con el tercer libro que estudiaremos en el otro artículo concluye la obra de Zorrilla de San Martín.

LOS CUENTOS GRISES

Sin otro mentor que el propio sentimiento, sin otro modelo que la Naturaleza, el joven autor de estos cuentos ha dejado correr su pluma con la espontánea energía del que nada espera de la gloria.

Y sin saberlo acaso, ha levantado un monumento á su fama pues no todos comienzan como él ha comenzado, ni todos escriben como él ha escrito estas páginas.

Una flor seca temblando á impulsos del viento frío de las tardes de Noviembre sobre un sepulcro abandonado; una niña haraposa llorando sobre el cadáver de una madre á quien consumieron la tisis y el hambre; una ilusión nacida entre el estruendo de las olas al ver en el horizonte un celaje, en el espacio una gaviota y en la playa la blanca espuma que viste de gala á la amarillenta arena ó á la desnuda y abrupta roca; una expósita, hija de la vergüenza ó una devota víctima de la histeria; un proscrito que lucha más que con las furias del oceano con los secretos del porvenir y con los recuerdos de un pasado tormentoso; sirven de argumento á estas creaciones de un ingenio juvenil y sano, nutrido con su propia savia, á semejanza de esos arbustos que ostentan capullos, flores y frutos á un tiempo mismo, sin otra alfombra que una tierra gris tapizada de espartos y de cardos silvestres.

Alberto Leduc, ó como él se llama modestamente: Abel Curtoled, no cuenta aún veinticinco años y no ha tenido otros maestros que el amor en su vida de « grumete voluntario » ó el mostrador en sus faenas de dependiente de casas de comercio.

Era muy niño cuando perdió á su padre, un honra-

do y vigoroso normando que sirvió en el ejército francés, y se fué, por un arranque de amor á la lucha con lo desconocido, á presentarse en uno de los cañoneros que forman la raquítica escuadrilla de nuestra naciente marina de guerra. Allí, el niño mimado de la ciudad opulenta, se transformó en el pupilo de pecho y pies desnudos que por obligación se levanta antes que el sol para « baldear » la cubierta y hacer sus cuartos de centinela sobre la cofa ó vigilar trepado sobre un mástil, curtiendo su piel con fuego ó con nieve, si se divisa en la extensión algún otro barco que llega ó alguna tormenta que se anuncia hipócritamente con celajes blancos á manera de cisnes errantes.

Luchó y sufrió todo lo que se lucha y se sufre en esa vida en que el único amor es el infinito y la única novia la muerte. — Allí aspiró las sanas emanaciones de las volubles olas, como había antes absorbido en un seminario, entre rezos y cantos místicos el sepulcral aliento de un porvenír destinado al claustro y á la penitencia. Del « mar muerto » de la teología, salió al « mar vivo » de la Naturaleza y ahora, en sus breves instantes de ocio, cuando las fatigas de la vida diaria lo dejan en libertad para tomar una pluma, escribe estos cuentos extraños y raros en que hay brillantes, rubíes y esmeraldas, es decir, lágrimas, sangre y esperanzas ; rocío de ilusiones ; heridas de desengaños y vislumbres de felicidad humana ; de esa mentira que todos perseguimos y que todos adoramos, sin encontrarla nunca en la peregrinación larga ó corta que nos está señalada por un árbitro desconocido.

Hay en este libro cuentos para todos los caracteres ; desde el sencillo que rivaliza con los de Tennyson ó Nodier, hasta el complicado y trascendental que recuerda á Hoffmann y que deja un resabio amargo en el fondo del alma.

Hay candores para los niños como en « Zopilote, » « Tres Mariposas, » « El gato blanco » y la « Flor roja », filosofía y dolor como en « Consuelito » « Ángela Lorenzana » y « Chiquito ; » cuadros reales y sombríos como en « Fragatita » y « Pierre Douairé » y ternuras íntimas y dulces como en « Ella » y « Amor de Muerta. »

El estilo es el hombre, ha dicho Buffon y los « Cuentos Grises » revelan un espíritu, no enfermizo como cree su autor, sino impresionable, vibrante, soñador y melancólico como habrán de sentirle y de juzgarle cuantos le exploren y analicen en estas páginas.

La literatura nueva exige plumas que condensen en pocas palabras muchas enseñanzas y Abel Curtoled entre nosotros, como Pierre Loti en Francia, abrevia en períodos artísticos lo que otros no logran decir en extensas y empalagosas disertaciones.

Abel Curtoled llegará con la práctica, á ser como nuestro Duque Job, el inimitable Gutiérrez Nájera, un estilista á quien se salude con respeto y admiración en los dominios castellanos. Hoy tiene novedad y frescura en sus concepciones, lo cual hará que todos le perdonen alguna incorrección, hija de esa fecunda vena que sólo poseen los escritores de su edad y de su genio.

No obedece el libro de « Cuentos Grises » ó determinada escuela ni se ha escrito siguiendo un plan fijo. Encierra todo lo que la observación real de la vida inspira y aconseja al ánimo vigoroso y levantado. Y quien busque en sus hojas un consuelo tropezará con un desengaño al encontrarse una verdad amarga, una deducción fría, un desenlace que hiere el sentido emotivo y obliga á suspirar involuntariamente.

Yo me siento orgulloso al presentar á los lectores, un nuevo escritor que no se ha dado á conocer fuera de esta obra, que es la primera de su pluma, en nin-

gún periódico ni en ninguna sociedad literaria.

Huye de los aplausos monótonos de las agrupaciones conocidas y habla con esas buenas gentes que llevan al fondo de los humildes hogares un libro que les dice la verdad, sin que espere en cambio un diploma ni una violeta de oro, sino la ingenua confesión de que ha copiado bien alguna escena de la sociedad humana y que ha expresado sin rodeos ni hipocresía la verdad de los hechos con todas las negruras que empequeñecen el corazón ó con todas las claridades celestiales que podrían darle por trono el pecho de una deidad olímpica.

Y dicho esto, abrid el libro; sentid hondo sobre sus páginas y si el autor os cautiva no le busquéis para felicitarlo, entre los grandes, ni entre los ricos, ni entre los laureados; acaso cuando vayáis con ánimo de conocerlo, á los centros literarios de mejor fama, él personalmente os haya vendido en ese mismo día una cartera de piel rusa ó un devocionario empastado en Marroquí de Levante.

Anda por allí, detrás de un mostrador, cubierto su traje por el polvo del trabajo y anotando en el libro diario, cada nueva partida que enriquece al patrón de la casa sin preocuparse por lo que á él le destine la gloria.

CASTELAR

(DE MIS MEMORIAS DE TREINTA AÑOS)

El General Don Ramón Corona fué para mi, en la Corte de España, no sólo un Jefe modelo por su dis-

creción y su afabilidad, sino también un amigo paternal y cariñoso, que procuraba que estudiase las costumbres, los progresos y el ser moral de la Nación en que representábamos á nuestra Patria.

Con veintiséis años de edad á nada se le teme, y fuí á cumplirlos á la coronada villa, así es que tenía la cabeza llena de ensueños y el corazón henchido de esperanzas.

Me regocijaba conocer personalmente á los poetas, cuyas obras había leído ó visto representar en México, y me desvelaba, pensando en cada noche á quién de ellos visitaría el día siguiente.

Me presenté solo á muchos de ellos; pues me bastaba abrir el Directorio de Madrid y encontrarme, por ejemplo: « Excmo. Sr. D. Ramón de Campoamor. — Plaza de las Cortes, 8, » para tomar un coche de punto y en él llegar en breve tiempo á la casa del autor de las Doloras.

*
* *

¡ Castelar ! este nombre había resonado en mis oídos como una estrofa de gloria cuando yo era un chiquillo, que se pasaba las horas estudiando la Revolución Francesa en Michelet y en Lamartine, en esos hermosos artífices del estilo que embelesan con sus incomparables narraciones.

Se nos había dicho en el Colegio que el tribuno español, al mismo tiempo que luchaba por el triunfo de su credo republicano, escribiendo admirables artículos en *La Discusión* (periódico de Don Nicolás M. Rivero.) pronunciaba discursos nunca oídos en el « Ateneo » y sufría persecuciones constantes, habiéndosele quitado la cátedra de Historia, que desde 1857 ganó en la Facultad de la Universidad Central de Madrid.

Se nos aseguraba, además, que el admirable tri-

buno se había lanzado á la calle el 22 de Junio de 1866 con el General Pierrad, con Sagasta y con otros personajes, á defender personalmente las barricadas levantadas por el pueblo para auxiliar á las tropas que, en el cuartel de San Gil, se sublevaron apoyando las ideas republicanas.

Castelar condenado á muerte por tales hechos, salió de España, fué á Suiza y de allí vino á Paris, trabajando por el triunfo de su causa que, como todos saben, logró después de muchos trabajos. Cuando regresó á España y se le opusieron á la proclamación de la República los Generales Prim y Serrano, se le vió ir de ciudad en ciudad, explicando su programa liberal y los defectos y vicios de las monarquías.

Aquel hombre que atraía sobre su personalidad las miradas del mundo, era el ídolo de las Repúblicas Americanas y sobre todo de la nuestra, donde los estudiantes sabíamos de memoria trozos de sus discursos.

*
* *

¿Á quién no habían de entusiasmar las admirables disertaciones sobre la civilización en los cinco primeros siglos del Cristianismo, que no bien fueron publicadas, cuando ya las principales naciones las leían traducidas y las comentaban, llenándolas de encomio? Todos estos recuerdos despertaron en mi ánimo la necesidad de acercarme al grande hombre. Había leido y releído su « Vida de Lord Byron, » uno de los libros más hermosos que conozco, y creía un deber estrechar con devoción profunda la mano que moviera la pluma que trazó tan luminosas páginas.

Preparábame á entrar en la casa número 28 de la calle de Serrano, cuando por mi fortuna y sin que

hubiese dicho la menor palabra, el General Corona me dijo un viernes :

— Esta noche voy á la casa de Castelar y ya le anuncié que está usted recién llegado de México, y que deseo presentárselo. Si cree conveniente llevar alguna de sus composiciones poéticas, puede hacerlo, porque allí leen los principales poetas, y me daría mucho gusto que fuera bien recibido por ellos un mexicano que tanto los estima.

En efecto, á las nueve de la noche, estábamos en la casa del eminente tribuno y allí me encontré con amigos recientes, pero con los cuales ya había adquirido cierta franqueza ; así, pues, mantuve con ellos gratas conversaciones hasta el momento en que apareció el señor y dueño de la casa.

Se adelantó á saludar con íntima naturalidad al General Corona, y éste me presentó con él en términos bondadosos y agregando : « hace versos. »

*
* *

— Bueno, bueno ; respondió el gran orador ; ¿ nos ha favorecido usted trayéndonos á un joven poeta mexicano ? Gracias. Tengo muchísimo gusto en conocerle y ahora él será quien inicie las lecturas de esta noche, cuando ya veamos aquí á otros muchos amigos que aún no han llegado. Venga usted conmigo. joven, vamos á hablar de todo, pero especialmente de América ; tengo pendiente la lectura de la oda de Andrés Bello á la agricultura de la Zona Tórrida, sobre la cual discutíamos el viernes pasado. ¿ Cómo deja usted México ? ¡ qué tierra aquella tan interesante y tan querida para nosotros los españoles ! Y ¡ qué mexicanos tan buenos para nosotros !

Señores, — agregó volviéndose á un grupo que nos rodeaba, — ¿ ustedes saben todo lo que le debo á un mexicano generoso ? Volvía de Suiza á Francia, á

fines de 1866 y me encontré en París á un republicano de México, firme partidario y grande amigo de Juárez y que tenía verdadera devoción por mí, porque leía y releía mis discursos y conocía, acaso mejor que los españoles demócratas, mis constantes fatigas y mis luchas sin tregua.

Aquel mexicano era D. Lorenzo Ceballos que no me dejó hospedar en ninguna parte, pues desde que supo que iba yo á la capital de Francia, me preparó una casa con todas las comodidades apetecibles. Allí viví sin que nada me faltara; parecía que un hermano mayor me cuidaba, me atendía y me procuraba esa felicidad que en vano buscaban los proscriptos. ¡Ah! mis amigos! Cuando yo dejé París, quise demostrarle mi gratitud de alguna manera extraordinaria; pero aquel magnánimo amigo se negó á todo, y á instancias y ruegos me pidió únicamente que enviara yo revistas mensuales sobre los sucesos palpitantes de Europa, á un diario llamado *El Monitor Republicano*, que su amigo D. Vicente García Torres, quien después llegó á ser también amigo muy predilecto mío, redactaba desde muchos años atrás, en México.

Comprometíme lleno de gusto á escribir en tan liberal periódico, y no me acuerdo que haya yo desde entonces faltado á este grato y para mí religioso ofrecimiento.

*
* *

No puedo citar todo lo que Castelar dijo, pero habló de mi patria, de Juárez, de los sucesos motivados por el triunfo de la República, con tal calor y tal galanura, que todos estábamos cautivados.

Sus simpatías por México eran tan vivas, que no las disimulaba nunca. Recuerdo que en la carta que me dirigió en 11 de Junio de 1879, y que tengo publicada en « La Lira Mexicana », me dice lo siguiente:

« Hechos más bien que palabras, muestran cómo España guarda amor al México republicano y libre, creado por las revoluciones modernas y unido á su antigua metrópoli con lazos morales tan estrechos y más duraderos que los lazos materiales y políticos. En la ocasión más triste de vuestra historia, cuando la dictadura bonapartista, no contenta con haber asesinado la República en Francia, intentó asesinarla en América también, contando con la complicidad de toda la Europa imperial y monárquica, nuestra patria personificada en uno de sus ilustres capitanes, desbarató con su impulso generoso aquella monstruosa intriga, y escribió la primera letra de la viril protesta, coronada por vuestra libertad y vuestra independencia.

» Después, en aquellos días en que los cortesanos del poder y de la fortuna, que tanto abundan por desgracia en las Cortes de los Monarcas europeos, intentaron hacer de México un pueblo apestado y reducido á un aislamiento eterno, España reconoció vuestro gobierno, y sancionó diplomáticamente vuestra autonomía.

» A estas muestras de amor habéis correspondido, comprendiendo y mostrando que el triunfo de la insurrección cubana, si por acaso hubiera logrado separar de nuestras banderas las Antillas, cedería tan sólo en bien de afortunados rivales que sueñan con un predominio excesivo en América, al cual de consuno se oponen la Naturaleza con sus insuperables vallas y la Historia con sus definitivas sentencias. »

*
* *

¿Cómo juzgaba este hombre prominente á nuestos poetas? En la misma carta me dice:

« Inspirado pues, por sentimientos de amor á nuestras letras de las cuales son ya ornamento vuestros

mismos versos, habéis presentado esa falange de poetas y esa colección de poesías, doblemente plausibles por ser ellos quienes son y vos quien los presenta. Apenas aplicáis el oído á sus estrofas, ya sentís que cantan los dolores y aspiraciones de nuestro tiempo con una gran verdad, y el resplandor de la Naturaleza en el Nuevo Mundo con un gran sentimiento. Nacidos en esa tierra donde todo obedece á la ley de la renovación universal, así los seres como las instituciones, deben llevar vuestros cantores el título de poetas modernos por excelencia.

» Se quejan, se duelen, se plañen, de las limitaciones de la vida, porque sin dolor no habría jamás arte, pero tienen fé vivísima en la idea que llena todo el Universo, en Dios; y en la idea que caracteriza al hombre, en la libertad.

» Luego, el espectáculo de la Naturaleza exuberante, el cántico de las selvas vírgenes, el aroma de las enredaderas tendidas sobre los árboles seculares, el hervor de los volcanes entre los ventisqueros, la inmensidad de los desiertos que en grandeza compiten con el Océano, la totalidad, en fin, de vuestra rica vida, trae á las venas de las artes europeas, un tanto empobrecidas, nueva y más encendida sangre que centuplica la luz espiritual en la inteligencia y el calor material en todo nuestro cuerpo. Nada tan útil como esta relación y comercio entre nuestras artes, porque los españoles pueden aprender de vosotros la inspiración original y nativa; mientras que vosotros podéis aprender de los españoles la depuración necesaria del gusto y la maestría en el uso y empleo de nuestra rica lengua. »

*
* *

En la noche á que me refiero me sentí tan satisfecho por todo lo que oí de labios de aquel genio, que no

pude darme cuenta de los pormenores artísticos de la casa. Después no falté ningún viernes y ya me sabía de memoria los lienzos, los bronces, los primores de cincel, los libros, los muebles, en fin, todo lo que la decoraba y la llenaba de atractivo en medio de la más elegante sencillez, porque en ninguno de sus tesoros revelaba riqueza. Castelar vivía de su pluma y no era rico.

Guardaba dentro de una vitrina regalos exquisitos de eminencias morales; plumas de oro, coronas de oro, medallas de oro, tarjetas de oro, pero esto y todo lo demás era allí pobre junto al oro de su palabra.

Le merecí la confianza de que me presentara con su hermana Conchita que hacía los honores de la casa, y que era angelical en su trato y en sus sentimientos.

En mi primera visita no llevé ninguna composición poética, pero dispuse de tiempo para escribir un soneto que á la hora que se me indicó que yo debía iniciar las lecturas, solté sin miedo, porque me daba valor la causa que me lo inspiraba.

— Á ver qué nos dice nuestro nuevo amigo mexicano, — dijo Castelar — y entonces en medio del mayor silencio, me adelanté hacia él y con el arrojo de quien nada vale, lo miré de frente y con voz serena y fuerte le dije :

« Eco de un siglo que recoge ufano
De tu palabra el rayo prepotente,
Brilla del uno al otro continente
El fulgor de tu genio soberano.
No pudo nunca el orador romano
Ser como tú tan grande y elocuente,
Que ya ciñes más lauros en la frente
Que palmas mi vergel americano.
Mañana que en tus obras, tu memoria
Guarde la humanidad sin mancha alguna,

¿Dónde cabrá lo inmenso de tu gloria?
¿Dónde cabrá la gloria de tu cuna?
Tu eterno pedestal será la Historia;
Tu eterno monumento, la Tribuna. »

Los periódicos del día siguiente, y entre todos *El Globo*, dieron cuenta de cómo había sido recibida esta improvisación mía, y desde entonces ocupé un lugar entre los amigos del grande hombre.

*
* *

Ocurrióseme coleccionar en un álbum autógrafos de inmortales, y fuí á rogarle que lo abriera con su firma.

— ¿Con mi firma nada más? No; eso no puede ser, tengo algo que dejar escrito aquí, á ver, será poco, pero lo pondré en seguida.

Y, tomando la pluma, trazó en menos de lo que pueda imaginarse, los renglones siguientes:

« Estás en la flor de la vida, que se abre pura y blanca como las hojas de este Álbum, y vienes á un alma cansada ya de largo viaje, á pedirle una palabra de esperanza cuando en tus versos se descubre que tienes fe divina en el humano progreso.

» Eres hijo de América, donde la República y la Libertad brotan con el vigor de las selvas no profanadas y llenas de conciertos producidos por las mil voces de la Naturaleza; y vienes á nuestras ruinas amontonadas como un oleaje petrificado, sobre las cuales se mecen tristemente la cicuta y la ortiga, y tristemente cantan las siniestras cornejas sus melancólicas elegías. . . . . .
. . . . . .

« Viajero ceñido de ilusiones: poeta visitado por la celeste inspiración, amigo del alma, al verte tan joven sólo se me ocurre que plegue al cielo preservarte de

los naufragios donde yo he caído y de los desengaños á cuyos glaciales fríos se han salvado tan milagrosamente mis creencias. Espero, á pesar de todo, que una edad mejor toque á tu vida y que, entonces como no seré ya, veas que se rinde la debida justicia á quien vencido y desengañado, no ha puesto sus ojos en las heridas del cuerpo sino en las estrellas del cielo, para guardaros estas dos ideas salvadoras en todas las tormentas, polos inmóviles de la futura historia, inspiración inagotable de todas las artes: Dios y Libertad. — Emilio Gastelar. »

*
* *

Esto, que lo escribió delante de mí y en brevísimos instantes, me sirvió para que ninguno se desdeñara de escribir algo en mi modesto álbum, y en pocos días recogí valiosos autógrafos.

Castelar era de dulcísimo trato, y nunca tuvo para el General Corona, para el Doctor Juan B. Híjar y Haro, para Enrique de Olavarría y Ferrari y para mí, más que palabras de cariño sincero y entusiasta, y siempre mostró el más vivo interés por México.

Él, como todos los autores eminentes, no tenía entre los libros de su vasta biblioteca, sus propias obras, y un día salió á buscar la colección completa de todas ellas, las pagó á lo que le pidieron, las llevó á su casa y después de poner en cada uno de los numerosos volúmenes distinta dedicatoria, las envió á su compadre el General Corona.

Recuerdo todavía con cuánta gratitud conservaba esos libros el General, y acaso sea la colección más completa de las obras del gran tribuno.

*
* *

Castelar era de costumbrés honestas; amaba entrañablemente á su hermana, y desde que ella murió él

se puso triste y nada le era grato. Con una complexión robusta ; bajo de cuerpo ; de color encendido, de ojos llenos de luz ; de voz más bien delgada y suave, se transformaba en la tribuna, pues al oírlo allí, parecía un gigante y nadie perdía ni una sola de sus maravillosas palabras.

Cuando comenzó su propaganda republicana, engendró tal fanatismo por su talento, que no en vano decía el gran Ignacio Ramírez, mi amado maestro, « en México amamos igual á Castelar que á Hidalgo » y no en vano Louisville, al presentarlo en la Sorbona, dijo : « Señores, este es el hombre que se levantó á defender la esclavitud en el parlamento español, y cuando concluyó de hablar veinte millones de hombres eran libres. »

*
* *

Edmundo de Amicis, el popular y admirable escritor italiano, al hablar de las Cortes Españolas dice :

« Y entre otros cien, un Castelar que seduce y encanta á amigos y adversarios con un torrente de armoniosa poesía. Y Castelar conocido en toda Europa, es en verdad la más completa expresión de la elocuencia española. Siente el culto por la forma hasta la idolatría ; su elocuencia es una música ; sus razonamientos son esclavos de su oído ; dice una cosa ó no la dice, ó la dice en este ó aquel sentido, según convengan al período ; tiene la armonía metida en la cabeza, y la sigue, la obedece y le sacrifica todo aquello que puede ofenderla.

« Sus períodos son estrofas ; es necesario oirle para creer que la palabra humana, sin ritmo poético y sin canto, pueda llegar de aquel modo hasta la armonía del canto y de la poesía. Es más artista que hombre político, y tiene de artista no sólo el espíritu, sí que

también el corazón: un corazón de niño incapaz de odiar ni de enemistarse con nadie.

« En todos sus discursos no se encuentra una injuria; en las Cortes nunca ha provocado una seria discusión personal; jamás recurre á la sátira y nunca emplea la ironía; en sus más violentas filípicas nunca derrama una gota de hiel; y la prueba es que, — republicano, adversario de todos los ministros, periodista de lucha, acusador perpetuo de cualquiera que ejerza un poder, y de cualquiera que no sienta el fanatismo de la libertad, — no se ha hecho odiar de nadie.

« Por ello es que sus discursos se gozan y no se juzgan, su palabra es demasiado bella para ser terrible y harto sincero su carácter para que pueda ejercer influencia alguna política; no sabe disputar, maquinar ni conducir su barca; no hace más que deleitar y brillar; su elocuencia es tan grande como tierna y sus más bellos discursos hacen llorar. Para él la Cámara es un teatro. Como los poetas improvisadores, para que su inspiración sea robusta y serena, necesita hablar á determinada hora, sobre tal ó cual punto escogido de antemano y tener el tiempo necesario de que poder disponer.

« Tal es así que el día en que debe hablar se pone de acuerdo con el Presidente de la Cámara. El Presidente se las compone de manera que le concede la palabra cuando las tribunas se hallan llenas y todos los diputados se encuentran en sus sitios; los diarios anuncian la víspera, por la noche, que Castelar ha de consumir turno el día siguiente para que las señoras puedan procurarse billetes. Tiene necesidad de ser escuchado. Antes de hablar está inquieto, nervioso, no puede parar en parte alguna, entra en el salón de sesiones, sale, vuelve á entrar y salir, se pasea por los pasillos, hojea un libro de la biblioteca, entra en el café para tomar un vaso de agua, cual si la calen-

tura lo devorase; cree que no podrá articular dos palabras: que hará reir, que le silbarán; no tiene idea clara de nada, lo confunde todo, todo lo olvida.

« ¿ Cómo tiene usted el pulso ? le preguntan sonriendo sus amigos,

« Llega el momento solemne: se va á su sitio, con la cabeza baja, tembloroso, pálido como un condenado á muerte, resignado á perder en un día la gloria conquistada después de tantos años y á costa de tantas fatigas. En aquellos momentos hasta sus amigos le compadecen, pero se levanta, lanza una mirada á su alrededor y exclama: ¡¡ SEÑORES !! Está salvado ya: el valor le anima, su espíritu se exclarece y su discurso se va hilvanando en su cabeza como un canto olvidado. El Presidente, los Diputados, las tribunas, desaparecen; no ve más que sus ademanes; no oye más que su voz, sólo siente la llama irresistible que le enciende y la fuerza misteriosa que le impulsa. Da gusto oirle decir: « Yo no veo las paredes del salón; veo pueblos y países lejanos nunca vistos. »

« Y habla durante horas y horas y ni un diputado sale, nadie se mueve de las tribunas, ni una voz le interrumpe, ni un gesto le distrae; hace brillar á su placer la imagen de su República, vestida de blanco y coronada de rosas y ni los monárquicos se atreven á protestar, porque vestida de aquel modo, hasta ellos la encuentran hermosa.

« Castelar es dueño de la Asambtea; truena, resplandece, canta, brilla como un fuego de artificio, arranca gritos de entusiasmo, termina entre salvas de atronadores aplausos. »

*
* *

Así retrata Amicis al admirable orador de España que acaba de morir para la vida material, pero cuya memoria será imperecedera en todas las naciones

donde se habla la hermosa lengua que Carlos V decía inventada para hablar con Dios.

Nada más justo que tributarle homenajes á tan plecaro ingenio.

Para la República Universal su muerte es un motivo de duelo. Para mi corazón que lo admiraba y lo quería, es una nueva é incurable amargura.

Aquel Castelar que ganara cincuenta mil francos al año con sus revistas y que seducía á las multitudes con su palabra, se retiró decepcionado y triste á la vida privada. Murió tranquilo, pero sin duda llorando sin lágrimas, por las crueles heridas que sangran el alma de su idolatrada España.

LA CASA DE CERVANTES

(DE MIS « MEMORIAS DE TREINTA AÑOS »)

Una tarde de verano en que, para distraerme y buscar aire fresco, me había perdido andando solo entre las hermosas y verdes callejuelas del Retiro, ya fijándome en las gigantescas estatuas de los Reyes, ya en la tranquila superficie de las aguas en el gran estanque, ó ya en el viejo león que rugía enjaulado en la casa de fieras, picóme el calor demasiado, y andando á paso lento volvíme al Prado, de allí me fuí á costear el gran palacio de los duques de Medinaceli hasta salir derecho á la calle de Cervantes y meterme en la iglesia de las monjas Trinitarias.

¡Cervantes! ¿Quién no ha pronunciado mil veces en su vida este nombre inmortal?

Hay dos calles muy largas y casi paralelas (perdónenme los geómetras) en la Villa y Corte; parten ambas de la calle de León, una se llama de Cervantes, la otra de Lope de Vega y la primera transversal entre ellas es la de Quevedo.

Á media calle, por decirlo así, están la iglesia y el convento de las Trinitarias, monjas que allá en otros siglos colectaban limosnas para redimir cautivos, á quienes, si morían en Madrid, les daban sepultura gratis dentro de su vasto monasterio.

Allí está enterrado, sin que nadie hasta ahora determine el sitio, el cadáver del infortunado autor del Quijote.

Pensando en el admirable manco de Lepanto, metíme en la iglesia á la hora en que cantaban el Angelus muchas voces dulces y graves de monjas desconocidas.

*
* *

Solo y sombrío estaba el templo; una que otra enlutada oraba en voz baja delante de los altares; los rayos últimos de la moribunda luz de la tarde bajaban sobre las esculturas rodeándolas de un nimbo de claridad misteriosa; la lámpara sagrada ardía en frente del dorado nicho en que se guarda en copón de oro la hostia consagrada; las notas del cántico de las religiosas rodaban por las anchas bóvedas, resonando ya tierna, ya gravemente, y un sacerdote, apoyando el rostro sobre la mano en que tenía un gran pañuelo, escuchaba en el confesonario las palabras de una atribulada penitente.

Yo entré y fuíme derecho á ocupar una de las talladas bancas que están debajo del púlpito; me puse á oir los cantos; ví cómo se apagaban en los vidrios policromos los rayos postreros de la tarde y cuando ya no quedaba otra luz que la de la santa lámpara, volví

el rostro hacia atrás buscando á alguien que me figuré me estaba mirando tenazmente.

Me encontré, decorando el muro, un enorme Cristo expirante, sangrando y en cuyo rostro el tenue fulgor de la lámpara hacía brillar como carbunclos dos grandes ojos negros.

Me pareció irreverencia artística volverle la espalda y me fuí á la banca de enfrente.

*
* *

Á los pocos momentos, una voz secreta me anunció que á mis espaldas alguien estaba mirándome con insistencia. Volví los ojos y me encontré á una mujer arrodillada sobre el altar, con el cabello suelto, desgarrada la túnica, descubierta una parte del hombro y del seno, con el rostro extenuado y marchito, brillando en sus mejillas, como estrellas de un cielo entoldado por la bruma, muchas lágrimas.

¡Era María de Magdalena!..... la pecadora Magdalena, excitando la más tierna de las humanas compasiones!

Es una falta de cortesía dar la espalda á una mujer que sufre y que implora tanto — me dije — y me fuí á sentar en el plinto de una columna y seguí escuchando el canto de las monjas, que cada vez era más misterioso y más dulce.

¿Cómo fueron las notas aquellas filtrándose poco á poco hasta el fondo de mi pecho y cómo llegaron á conmoverme? Lo ignoro; pero sólo sé que profundamente emocionado murmuré esta palabra: ¡Cervantes! ¡Ay, sí! la bondad y la redención, el sufrimiento sin culpa y la culpa perdonada; el Calvario con el Tabor lejano; las espinas en la carne viva; las burlas del pueblo; la predicación sin recompensa, y tanto y tanto que habíanme hecho recordar las escul-

turas del templo, trajeron á mis labios el nombre más venerado en los dominios de la lengua española.

En aquel templo quedaron las cenizas del que en frágiles hojas de papel, que su genio tornó en duraderas más que de bronce, esculpió con amarga ironía la historia de la humanidad en todos los tiempos y en todas las latitudes.

Nada hay tan alto como el ideal; nada tan puro como la verdad, nada tan noble como el derecho, ni nada tan fuerte como la justicia.

*
* *

Don Quijote representa la virtud, la nobleza y la fuerza; el vulgo le burla, le escarnece, le moteja y le pone en la más risible de las picotas. Su amor soñado, Dulcinea, no existe; sus fueros son vanos, y sobre todas sus estériles luchas reina y perdura el vulgo.

¡Pobre visionario! con su adarga al brazo salió de la mente de un filósofo que conocía más que nadie et mundo y que lo retrató en los días en que no tuvo ni un pan que llevar á la boca, ni un maravedí que guardar en su alforja de pordiosero.

El calabozo fué su cámara de trabajo; alguna carta, su consuelo, y una tosca pluma, su confidente indiscreto.

Se diría que el Quijote es el más perverso de los libros, si se atiende á que todo lo bueno que defiende su héroe, queda burlado y escarnecido; pero convendremos siempre en que es un libro admirable, porque sobre las risotadas y los escarnios del vulgo, pone en brillante relieve lo noble y lo bueno.

¿No es la romanesca y embrollada caballería que torna loco al manchego, el conjunto de lo que cada uno busca cuando lleno de esperanzas y de ilusiones, se lanza en la juventud por esos que llamaremos los campos de Montiel de la vida? ¿No es cada sueño de

amor casto semejante á las visiones que inspiraba al caballero del yelmo y la adarga la imagen de su Dulcinea?

¿No son estas luchas diarias con la injusticia, con el rencor, con la ingratitud y con la envidia, semejantes ó iguales á las que el buen Quijote emprendiera contra los molinos de viento?

¿No conocemos á muchas venteras y á muchos Sanchos?

*
* *

¡Pobre mutilado de Lepanto! ¡Qué bien conociste este hormiguero humano! ¡qué bien te enseñaron á pensar y á decir tus miserias y tus dolores! ¡Para tí no hubo aplausos, ni riqueza, ni gloria! ¡Hasta tu cadáver se enterró de limosna, y todavía no puede fijarse el lugar en que reposaron tus cenizas!

¡Y tú conocías los dolores de Aquel que expira en esa cruz tosca y habías penetrado hasta el fondo en los extravíos y arrepentimiento de aquella Magdalena, que ungió llena de lágrimas los pies de su Redentor amado!

Pintas con mano maestra la virtud y el pecado; eres el más realista de los escritores, porque eres el más veraz y el màs humano; y fuiste el más desdichado de todos tus contemporáneos, porque valías más que todos!

¡Pobre Cervantes!

*
* *

Había callado el coro de las monjas; de pronto sentí que una mano me tocaba el hombro, y abrí los ojos con sobresalto; la iglesia estaba sola: ni en el confesionario el sacerdote, ni las devotas delante de los altares; la santa lámpara ardía tristemente y su luz ya era menos intensa.

Yo me había sumergido durante varios instantes en un negro mar de pensamientos, y debo haber parecido á los que me vieron, un febricitante, víctima de un letargo.

¿Quién me habla? pregunté sobrecogido.

El sacristán, sin responder, me mostró un gran manojo de llaves y me señaló la puerta.

Trémulo, asustado, salíme del templo; ya estaban encendidas las luces de la calle, y antes de doblar la esquina para la de León, halléme frente á frente de una puerta, sobre la cual se destaca en relieve sobre la piedra y encerrado en un laurel, un busto dorado, que tiene debajo la breve inscripción siguiente:

« AQUI VIVIO Y MURIO
MIGUEL
DE CERVANTES SAAVEDRA
CUYO INGENIO ADMIRA
EL MUNDO. »

Estaba yo frente á la casa del inmortal pensador, cuyas desgracias habíanme poco antes sumergido en tantas reflexiones!

UNA NOVELA MEXICANA

AMOR SUBLIME

Escrita con galanura, sin rebuscamientos ni hinchazones de estilo, acaba de publicarse y ya está á la

venta una nueva novela mexicana, intitulada « Amor Sublime. »

Es de autor conocido, pues ya con otra novela, « Cuestión de Honra », llamó la atención de los lectores á quienes no repugna pasear la mirada y el espíritu sobre lo que escriben nuestros compatriotas.

El autor de « Amor Sublime » es el abogado Don Pablo Zayas Guarneros, á quien desde hace años veo vivir entre buenos libros y que no pocas veces me ha hecho sentir gratas impresiones con su conversación amena y erudita.

« Amor Sublime » es un buen estudio filosófico sobre la nobleza del corazón y la del linaje, creando y dando vida á personajes de la época en que contrastaban las costumbres de los nobles radicados en Nueva España con las de los criollos, ó los *mexicanos de razón* que trabajaron por dar á México autonomía, libertades, representación y nombre entre los pueblos libres.

No cometeré la indiscreción de referir con todos sus pormenores el argumento de la novela, pero sí puedo asegurar que los factores que en ella desempeñan, desde el principio hasta el fin, las escenas interesantes que constituyen el drama, están copiados del natural y se les cree vivos y reales, lo cual no es poco, para enaltecer á un escritor en los tiempos que alcanzamos.

*
* *

Ranciedades que perjudican á una generación entera; altiveces que extravían el ánimo; orgullos que ciegan; humildades que cautivan y vencen; perversiones por la mala educacción y por el culto al renombre y al título nobiliario; purezas que no se manchan y generosidades que llegan á lo imposible; la vida en el hogar durante la época de la colonia; las

costumbres, asperezas, peligros, abnegación y abismos que rodeaban dentro del claustro á las místicas esposas del Crucificado; las esperanzas ya muertas, surgiendo de pie y dando con su resurrección ejemplos y asombros que producen en su choque, como el pedernal y el hierro, la chispa que incendia y alumbra; todo eso palpita y se mueve en el libro de Pablo Zayas.

Revelan los capítulos gran conocimiento de las tendencias de cada grupo social, á principios de nuestro siglo: los indios, los mestizos y los españoles de sangre pura, si pura puede llamarse la mezcla del godo con el árabe.

Hay un buen estudio de pasiones y de caracteres; hay interés, que no decae, en la trama; y relatos, que obligan á no soltar el libro de la mano, hasta imponerse de cada desenlace.

No tiene la novela de Zayas exageraciones que ofendan el rubor de las vírgenes ó que satisfagan la índole de los libertinos; es la obra de un caballero cumplido, que no olvida nunca, ni al rendir tributo á la verdad de los hechos y á la pasiones de sus personajes, lo que debe á la sociedad en que vive y lo que se debe así mismo.

*
* *

Ha comprendido que el *realismo* estriba en describir y mostrar la llaga, pero no en restregarla para que brote sangre y pus, delante de los seres delicados que no consienten tan bruscos espectáculos. Y créase que es real la novela « Amor Sublime », pero no por ser real deja de ser fina y de retratar los misterios de la celda y del coro, estableciendo las diferencias entre los misioneros vaciados en el molde de los primeros franciscanos que visitaron nuestra tierra y los que la

mano de la Reforma sacó de las celdas ya obscuras é inhabitables.

Zayas Guarneros derrama en las páginas de su libro muchas enseñanzas y en ellas puede el pueblo lector comprender los abusos y las desgracias á que daban lugar las razas privilegiadas, eligiendo los señores para sus hijas, esposos cuyos antecedentes, sentimientos y costumbres les eran desconocidos, pero no el título nobiliario con que iban á *honrar* á la desposada.

El amor desinteresado, puro y noble; el amor que nace en una alma sin mancha y sin doblez; la pasión que no se desdeña de tener como ídolo único á un ser honrado y bueno, nacido en humildísima cuna, como el amor de Eugenia de Vidalvaso, heroína del libro de Zayas, al mestizo plebeyo, Juan Martel, (hermano de leche de Roberto, el hermano de Eugenia), está pintado con todos los vivos colores de que puede disponer en la paleta un buen artista.

Y así están pintadas la ceguedad y la pasión de los padres de Eugenia, y la avilantez del Marqués de Cuenca y los perversos hábitos y villanías de su hijo Carlos.

*
* *

Pero no he de revelar la trama ni el argumento. « Amor Sublime » es una novela que entretiene, enseña y moraliza, probando lo que Séneca dijo : es en vano que saquen la nobleza de la antigüedad del nombre que llevan : todos los hombres sensatos pertenecen á la raza de los dioses.

No sé qué autor dijo también : los hombres son todos hechos de la misma tierra : el Criador no escogió para los nobles la tierra de porcelana.

Entre nosotros se desdeña la novela de autores nacionales y basta que sepan muchos que un libro ha

sido escrito por un compatriota, para que le miren con predisposición y no se decidan á leerlo.

Seguros estamos de que «Amor Sublime» no ha de ser de los libros desdeñados y menos cuando lo constituye un criterio liberal, amplio, luminoso, sin fanatismos y amante de la virtud, de la honradez sin tacha y del deber en todas sus manifestaciones más nobles.

El escritor que en el género de la novela hace sentir al mismo tiempo que instruye y deleita, es el que merece aplausos, alcanza nombre y entra á los dominios de la fama.

Pablo Zayas Guarneros ha llenado estas tres difíciles condiciones y puede creer que al felicitarlo por labor tan digna, anhelamos que pronto vea la luz pública otro libro suyo, tan lleno de interés como «Amor Sublime».

COLOMBIA Y MÉXICO

El Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos de Colombia en las Repúblicas de la América Central y en nuestra patria, Don Lorenzo Marroquín, ha dirigido á los cultivadores de las ciencias y de las letras, una carta circular, encareciendo la necesidad de estrechar nuestras relaciones intelectuales é indicando como eficaz medio para lograrlo, que México envíe á Colombia las obras que son fruto del ingenio de sus hijos, seguro de que de allá nos vendrán los libros que han dado

renombre á la nación que él con tanto acierto representa.

Ocasión es ésta de aplaudir á un diplomático tan activo como inteligente y de recordar que no para todos los amantes de las bellas letras es desconocida su simpática tierra, llamada la Atenas de la América del Sur.

El erudito, inspirado y galano Rivas Groot nos ha hecho conocer á los poetas de Colombia, hablándonos de los más culminantes. Por él sabemos que allá surgió como iniciador de las fecundas labores literarias en tiempo de la dominación española, Juan de Castellanos, con las « Elegías, » que, aunque fueron escritas en 1592, rebosan tal frescura y vigor que parecen compuestas hace poco tiempo.

Devotos suyos fueron Cristóbal de León, Diego de Buitrago, Francisco Soler, Sebastián García, quienes tan bien y con tanta justicia le encomiaron en fáciles versos, que dan la razón á los modernos que consideran á Castellanos como fundador de la epopeya nacional colombiana.

No fué rica en ingenios la época colonial, pero todavía asoman como estrellas del obscuro cielo que envolvió tan larga noche, los nombres del sacerdote Santafereño Dr. Francisco J. Cardoso, del jesuíta pamplonés Luis Rangel, del jesuíta Antonio Navarro Navarrete, del Dr. Hernando Domínguez Camargo, de Jacinto Polo de Medina y de aquel Don Francisco Álvarez de Velasco y Zorrilla que en 1703 publicó sus versos, entre los cuales se encuentran los que dirigió á nuestra inmortal Sor Juana Inés de la Cruz.

Las endechas endecasílabas dirigidas por Álvarez de Velasco á la décima musa, rebosan sencillez y majestad en los pensamientos.

*
* *

En Colombia, el amor á la Patria despertó á ilustres poetas en la época de la independencia, y entre ellos se distinguen José María Valdés, José Ángel Manrique, José M. Montalvo, Antonio J. Caro, Pedro Fernández Madrid (que cantó á nuestro Cuauhtemoc,) José María Gutiérrez, Mariano del Campo Larraondo, Urquinaona, Zea, Manuel del Socorro Rodríguez, José María Salazar, José Fernández Madrid, y Vargas Tejada.

Rivas Groot al hablar de estos inspirados, en la época de sangrienta lucha y de constantes sacrificios, cita en un estudio que yo he leído muchas veces y que admiro por su belleza de estilo, las siguientes palabras de Vergara :

« Todos esos hombres maravillosamente dotados para la paz y las letras, todos, por una amarga ironía del destino, desfilarán en la Historia, no coronados de laurel y vestidos de blanco, sino como fantasmas arrastrando sangrientos sudarios y mostrando las anchas heridas que hicieron en sus pechos las balas homicidas, ó pidiendo á gritos el suelo de la patria para morir en ella. »

De la época de la libertad, conocemos en México á D. José Eusebio Caro, cuyas estrofas en la composición que intituló « En boca del último Inca » son de una sencillez y de una pureza admirables ; á José Joaquín Ortiz que cantó al Tequendama con igual entusiasmo al de Heredia frente al Niágara ; á Miguel Antonio Caro, tan correcto como inspirado ; á D. Rafael Núñez ; á D. Rafael Pombo, cuya composición « El Bambuco » me deleita como cuadro de costumbres ; á Jorge Isaacs que ha hecho derramar tantas lágrimas con su idilio « María ; » á Gutiérrez González y Pinzón Rico, que son hoy, según asegura Rivas Groot, los dos poetas más populares de Colombia ; á Diego Fallón, á Belisario Peña, á Epifanio Mejía, á los Valenzuela, (Mario y Teodoro) á Caicedo Rojas, á

Guarín, á Marroquín, Carrasquilla, Conto, Lázaro María Pérez y otros muchos que dan gloria al Parnaso Colombiano y que deleitan á la América latina con sus inspiradas composiciones.

No puedo olvidar á mi admirado y joven amigo Ismael Enrique Arciniegas, á Alejandro Vega, á Carlos Arturo Torres, á los Flores, á Marcel Rodríguez y á Pedro Vélez R. de quien conservo en la memoria las afiligranadas quintillas « Á la vista de las playas Colombianas. »

*
* *

Los que suponen que para nada sirven los poetas, ignoran que son ellos los que llevan al través de todos los países la verdadera historia de la tierra en que han nacido. Cuando Colombia rindió en 1883 un homenaje al libertador Simón Bolívar, no encontró mejor joya que ofrecerle que la del Romancero Colombiano, pues en Bogotá dice el Sr. Soffia, hay un vínculo que todo lo ata; un sentimiento general que se sobrepone á toda pasión y un afecto sagrado más poderoso que cualquiera diversidad de opiniones. Ese vínculo es el amor á las letras; ese noble sentimiento es la admiración á los héroes; ese sagrado afecto, la amistad.

El « Romancero Colombiano, » ideado, escrito é impreso en treinta y nueve días, nos ha hecho conocer en toda la América Latina á Bolívar en todo el esplendor de su gloria, y ante esas páginas he sentido inexplicables emociones, leyendo « Cómo se cumple el Deber, » « San Mateo, » « Girardot, » « Bárbula, » « Bolívar Proscrito, » « El Sitio de Cartajena, » « Las Queseras del medio, » « El Abrazo, » « La Polvareda, » « La carga de Carabobo, » « Pichincha, » « La Heroína de Huamanga, » « Sucre derrotado, » « Bolívar en Pativilca, » « El Cura de Pucará, » « La Muerte del

Héroe, » pero ¿á qué seguir citando títulos cuando toda la obra tiene un interés palpitante? En esas hojas está viva la apopeya de la independencia y no hay corazón que no se conmueva con los relatos sencillos de tan hermosas hazañas.

*
* *

Pues bien, así como nosotros conocemos aquí á Bolívar, á Páez, á Sandoval y á Sucre, deben de conocer allá á Hidalgo, á Morelos, á Galeana, á Guerrero, á todos nuestros héroes admirables.

Recorriendo las páginas del Romancero Colombiano, me encontré la última meditación de Bolívar, por J. M. Gutiérrez de Alba, ¡ah! ¡cuán bien retratado está el héroe!

« Dicen que yo una corona
Para mi sien pretendía;
Mi poder no fué de un día,
Mi vida entera me abona.
¿Qué rey ni qué emperador
Me hubiera envidia causado,
Ante el sublime dictado
De PADRE Y LIBERTADOR?

*
* *

Felicitemos al señor Don Lorenzo Marroquín, que ansía estrechar nuestros lazos de fraternal amistad, haciendo que nos conozcamos, que leamos á nuestros ingenios, que sepamos quiénes han dado la sangre por redimirnos y quiénes nos llevan por la senda de la paz, del progreso y de la riqueza, para merecer el respeto de los pueblos más fuertes y más civilizados de la tierra.

México y Colombia se profesan de antaño sinceras

simpatías; no hace todavía diez años, (en 1890), se publicó en Bogotá el primer tomo de Poetas Hispano-Americanos, dando el lugar de honor á nuestras poetisas, é intitulándole á dicho tomo : « México. »

Allí están las poesías de todas nuestras distinguidas compatriotas, abriendo la marcha á los otros pueblos hispano-americanos. Agradecemos como es debido esa galantería y la correspondemos sin esfuerzo, inscribiendo el nombre de Colombia como el primero en la lista de nuestros hermanos, que viven venerados y queridos dentro de nuestros corazones.

El Sr. Marroquín es un buen Ministro, porque sabe que más que con las frías notas de la diplomacia, se logra con la entusiasta unión de los pensadores; porque el lazo intelectual estrecha y confunde los espíritus nutridos en las mismas tradiciones y que aspiran á la realización de idénticos ideales.

Octubre 7 de 1899.

CÓMO ERA MORELOS

UN ANTIGUO SOLDADO

Un antiguo soldado, me contó un día lo siguiente :

— Tú me oyes decir á menudo : el « señor Morelos » y ya me has preguntado por qué lo trato siempre con tanta sumisión y con tanto respeto. La magnitud de ese héroe es tal, que he visto á muchos de los que le conocieron y acompañaron en los combates, quitarse

el sombrero, en cada vez que pronunciaban su nombre.

Como militar era un genio; ya sabes que Calleja dijo que cuando creía habérselas con un cura, se sorprendió de encontrarse con un general en toda la acepción de la palabra.

Tú sabrás también que era tan amado de los mexicanos, que el día de su fusilamiento pusieron á las tropas sobre las armas por miedo de una sublevación que habría sido terrible.

Á la hora en que lo fusilaron, hubo un fuerte temblor de tierra que dió margen á muchas consejas, y ese temblor hizo salir del vaso las aguas del lago de San Cristóbal y en su desbordamiento lavaron la sangre del héroe en el sitio en que cayó su cuerpo atravesado por las balas.

« Dios no quiso — decían las gentes del pueblo, — que nadie profanara pisándola, aquella sangre tan noble y tan pura! »

*
* *

Como hombre de ideas levantadas no tuvo rival en su tiempo.

Reunidos por su voluntad y á su llamado, los miembros del Congreso de Chilpancingo, un día el famoso Don Andrés Quintana Roo, le preguntó con la franqueza que le era característica:

— ¿Qué ideas tiene usted acerca del gobierno que debemos dar á la Nación? ¿qué principios vamos á dejar consignados en la Constitución que hemos de discutir dentro de breve tiempo?

— « Señor Licenciado, — respondió el héroe, — yo soy un rústico y usted es un sapientísimo letrado, no puedo hablar de ciertos asuntos en presencia de quien tanto los conoce, pero creo un deber no reservarme mis ideas en las circunstancias en que nos encon-

tramos y por eso, no por otra mira, contesto á su pregunta.

» Soy el siervo de la Nación, porque ésta asume la más grande, legítima é inviolable de las soberanías; quiero que tenga un gobierno dimanado del pueblo y sostenido por el pueblo, que rompa todos los lazos que la sujetan y que acepte y considere á España como hermana y nunca como dominadora de América.

» Quiero que hagamos la declaración de que no hay otra nobleza que la de la virtud, el saber, el patriotismo y la caridad; que todos somos iguales, pues del mismo origen procedemos; que no hay abolengos ni privilegios; que no es racional, ni humano, ni debido, que haya esclavos, pues el color de la cara no cambia el del corazón ni el del pensamiento; que se eduque á los hijos del labrador y del barretero como á los del más rico hacendado y dueño de minas; que todo el que se queje con justicia tenga un tribunal que lo escuche, lo ampare y lo defienda contra el fuerte y el arbitrario; que se declare que lo nuestro ya es nuestro y para provecho de nuestros hijos, que tengamos una fe, una causa y una bandera bajo la cual todos juremos morir antes que ver nuestra tierra oprimida como lo está ahora, y que cuando ya sea libre, estemos siempre listos para defender con toda nuestra sangre esa libertad preciosa; que... »

*
* *

— No me diga usted más, dijo Quintana Roo, con los ojos llenos de lágrimas; es usted muy grande, señor Morelos; en usted encarnan todas las ideas que han de ser más tarde la fuerza y la felicidad de la Patria, permítame usted que lo abrace, para que si Dios me concede largos años de vida, pueda alguna vez decir á mis hijos: sean ustedes honrados, vir-

tuosos y patriotas, para que puedan reclinar sus frentes sobre este pecho que está lleno de gloria, no porque es del ser que les dió la vida, sino porque hubo un momento en que se acercó en un supremo abrazo, al pecho que ha abrigado el corazón más grande, el alma más hermosa que Dios envió á nuestra tierra; el corazón y el alma del gran Morelos.

El señor Morelos sólo respondió modestamente : « usted me favorece mucho, señor Licenciado ; yo no soy más que un pobre rústico. »

UN JUEVES DE CORPUS EN TIEMPO DE MAXIMILIANO

(DE MIS MEMORIAS DE 30 AÑOS)

En las grandes solemnidades religiosas, como las fiestas del Corpus, de la Virgen de Guadalupe, del Domingo de Ramos, del Jueves y Viernes Santo, del Sábado de Gloria y del Domingo de Pascua, la Corte ostentaba un lujo espléndido.

Un día de Corpus salieron los Soberanos con gran séquito, del Palacio á la Catedral. Una alfombra y un toldo estaban tendidos en el trayecto ; formábanles guardia las tropas de la guarnición, que al divisarlos presentaron las armas, batieron marcha y tocaron el Himno Nacional.

Delante del Emperador iba numeroso cortejo y detrás el Gran Maestro de Ceremonias, el Ayudante de Campo General, el Gran Chambelán, el Caballerizo

mayor, el Capitán de la Guardia Palatina, el Chambelán de servicio y el gran chambelán de la Emperatriz.

Seguía la Emperatriz y detrás dos damas de Palacio, de servicio; las princesas de Iturbide; los Grandes Cruces de San Carlos; la Dama Mayor, las Damas de Palacio y las Damas de Honor.

Al llegar á la puerta del centro de la Catedral, entró el Destacamento de la Guardia Palatina y quedó fuera la servidumbre de Palacio, es decir, los mozos de espuela, los caballerizos, los picadores, los lacayos, los ujieres y los ayudas de cámara; formando valla al paso del gran séquito y entrando al último.

Los Emperadores fueron recibidos por el Arzobispo y el Cabildo. El Arzobispo les presentó el agua bendita y después se incorporó con el Cabildo al gran séquito, ocupando, un lugar entre el Limosnero Mayor y el Gran Mariscal de la Corte.

Al llegar al altar, los Emperadores se dirigieron al trono colocado al lado del Evangelio y las personas del séquito á los asientos que les estaban reservados.

*
* *

El Arzobispo celebró la misa de Pontifical y al concluir aquélla, se ordenó la procesión de la manera siguiente:

Destacamento de Infantería con música.

Las Parroquias comenzando por el Sagrario Metropolitano y concluyendo con San Antonio de las Huertas.

Los Colegios, desde el Tecpan hasta el de San Ildefonso.

Los Oficiales de la Gendarmería del Ejército y la Gendarmería Rural.

Los condecorados de las órdenes imperiales.

Los Tribunales de Primera Instancia, Correccional y Mercantil del Departamento del Valle de México.

El Alcalde Municipal y el Ayuntamiento.

El Prefecto Departamental y el Consejo del Departamento.

Los Sub-secretarios de los Ministerios con los empleados de éstos y de las oficinas que dependen de ellos, como sigue :

Hacienda, Guerra, Fomento, Instrucción pública y Cultos, Justicia, Gobernación, Negocios Extranjeros y Marina.

El Presidente de la Academia Imperial de Ciencias y Literatura, con los Académicos.

El Presidente del Tribunal Superior del Departamento del Valle de México, con los Magistrados del mismo.

El General Comandante de la Primera División Territorial con su Estado Mayor.

Los Ministros del Tribunal de Cuentas.

El Procurador General del Supremo Tribunal, con los Magistrados y Abogados generales del mismo.

Un destacamento de la Guardia Palatina.

Mozos de espuela, caballeriza, picadores, lacayos, ujieres y ayudas de cámara.

Los Secretarios de las ceremonias, los Oficiales de órdenes y los Oficiales de la Guardia Palatina.

Los Capellanes honorarios de la Corte.

Los caballerizos honorarios.

Los médicos consultores de la Corte y los médicos de la misma.

Los empleados superiores de la Corte, el Primer médico del Emperador y el Primer Capellán de la Corte.

Los Generales de Brigada y Ayudantes de Campo.

Los caballerizos y los chambelanes.

Los Generales de División, y los Generales de División Ayudantes de Campo.

Los Grandes Cruces de Guadalupe, los Consejeros de Estado.

Los Grandes Cruces del Águila Mexicana, el Presidente del Tribunal de Cuentas y los Ministros,

El Presidente del Supremo Tribunal de Justicia; el Presidente del Consejo de Estado; el Presidente del Consejo de Ministros, el Intendente General de la Lista Civil; el Limosnero Mayor; el Gran Mariscal de la Corte.

Los Príncipes de Iturbide, los Collares del Águila Mexicana, los Cardenales, los Príncipes Imperiales.

El Arzobispo de México, bajo palio llevando el Santísimo Sacramento, rodeado de sus asistentes. Llevaban el palio seis chambelanes.

EL EMPERADOR

El Gran Maestro de Ceremonias; el Ayudante de Campo General, el Gran Chambelán, Caballerizo Mayor; el Capitán de la Guardia Palatina, el Chambelán de servicio y el Gran Chambelán de la Emperatriz.

LA EMPERATRIZ

Dos Damas de Palacio, de servicio; las Princesas Imperiales, las Princesas de Iturbide; las Grandes Cruces de San Carlos; la Dama Mayor, las Damas de Palacio, las Damas de Honor.

Un destacamento de la Guardia Palatina.

Una columna de los diferente cuerpos de la guarnición con música.

Otro destacamento de la Guardia Palatina rodeaba el palio y á los Emperadores, y todas las personas que marchaban en la procesión llevaban cirios encendidos.

*
* *

Nunca se había desplegado mayor pompa en una solemnidad religiosa; así es que las calles, las puertas, los balcones, las azoteas y las torres, estaban en la carrera que siguió tan numeroso cortejo, atestadas de espectadores y aumentaban la animación el rumor de los repiques á vuelo, el tronar de la salvas y los gritos de la multitud que saludaba á los Soberanos con entusiasmo.

— Ni en los tiempos de Su Alteza se vieron estas pompas, decía en la calle una anciana á varias gentes que la robeaban.

— Ya lo creo, como que entonces había Altezas pero no Majestades.

— Y dicen que en la alfombra tendida desde la puerta de Palacio al atrio de Catedral, se ha gastado mucho dinero.

— Es de á diez pesos la vara.

— Y la púrpura del dosel que han ocupado los Emperadores y que tiene los escudos bordados, costó muchos miles.

— Pero bien gastados, porque la verdad es que se ve precioso todo esto.

— Sí, precioso es ver tantos uniformes bordados; tanto brillo en los galones; tantos doctores de la Universidad con sus borlas; los Magistrados con sus botones de puño de oro, y sus escudos sobre las casacas, pero como decía Martín Garatuza: ¿en que pararán estas misas?

— Y los colegiales, ¡qué primor de uniformes! Los de Minería, llevan en la cachucha y sobre la manga, el escudo bordado de oro, un mazo y zapapico dentro de una guirnalda de laurel. ¡Y tan bien que se les ve á los jóvenes el frac azul, el chaleco blanco con botones dorados, el pantalón con franja, y las polainas blancas sobre los botines de charol!

— Pues á mí me gustan más los uniformes de los de Agricultura.

— Se parecen mucho á los de Minería con la diferencia de que usan levita en vez de casaca, y de que el escudo lo forman un bieldo y una pala.

— ¡Qué graciosos los de San Juan de Letrán y los de San Ildefonso! Hasta los más chiquillos llevan sombrero de copa, frac y corbata blanca.

— Y tienen unas medallas sobre las solapas.

— Son distintivos de sus clases, y se les conoce por el color de las cintas: los de verde son de latinidad, los rojos de filosofía, los azules de física, y los morados de gramática, y así sucesivamente.

— Dicen que después de la procesión, ha habido en la Alameda un gran combate á puñetazos entre los alumnos de los Colegios Nacionales.

— Siempre sucede lo mismo. Los de Minería y Agricultura se unen para pelear con los de San Ildefonso y San Juan de Letrán.

— Esos pleitos se derivan de las precedencias en la comitiva, porque todos quieren ser los primeros, y de allí resultan las riñas.

Conversaciones como estas se oían á cada diez pasos, y también acerca de lo simpático que eran los Príncipes.

— Oye, tú, ¿viste al Emperador qué alto es y qué bonito anda?

— ¿Y tú le viste la barba que parece hecha de rayos de sol?

— No tanto.

— Fíjate: si parece que lleva un nimbo como Nuestro Señor.

— ¡Y qué ojos tan dulces y tan azules y tan expresivos!

— A mí me vió al pasar y sentí no se qué cosas.

— Con razón, si mira como no he visto mirar á nadie.

— No sea usted tonta, chula; interrumpió una vieja desdentada, mira como Emperador.

— ¿ Y ella?

— ¿ Quién, la Emperatriz? no me gusta.

— Te diré, es muy joven, muy elegante, muy bien formada, muy bien vestida; pero tiene mucha dureza en su fisonomía.

— Á mí no me simpatiza.

— Mira á todos como protegiéndolos.

— Y siempre la verás con la cabeza erguida y con un gesto como de mal humor.

— No se parece á su marido.

— No; hay entre los dos gran diferencia.

— Oye, tú, ¿y si Maximiliano enviudara?

— Se casaría con una mexicana.

— No lo creas; buscaría una princesa de las más encopetadas de Europa.

— Quién sabe. Dicen que hay muchas á quienes mira con gran atención en los bailes, encantado con sus gracias.

— Pues la que resultara Emperatriz se costeaba.

— Puede que no; porque eso de estar siempre de ceremonia, ha de ser muy pesado.

— De veras; estos señores van siempre saludando por todos lados, nunca hablan á nadie con confianza; no son dueños de manifestar sus sentimientos; siempre tienen testigos de todos sus actos; y como todos los respetan y los tratan con gran veneración, ninguno les dice la verdad de lo que acontece ni de lo que se dice en el pueblo.

— Ya lo ves; ellos se imaginarán que todos los gritos que lanzamos son nacidos del alma, y no hay nada de eso, sino que todos armamos bulla y nos gusta el ruido de la gresca, sin saber lo que decimos.

— Pero es deslumbradora una procesión así.

— Y mucho, no hemos visto nada mejor por estas calles.

*
* *

En efecto, era preciso ver todo aquel aparato que endiosaba al vulgo, que recreaba á todas las altas clases sociales, para sorprenderse de la transformación rápida que se había efectuado en la democrática ciudad de Moctezuma.

Concluída la procesión, á su regreso á la Catedral, los Emperadores y todos los asistentes volvieron á ocupar sus asientos, y el Arzobispo entonó el Te Deum.

La servidumbre se quedó al pie de la Catedral.

A la terminación del Te Deum volvió á formarse el gran séquito, y los Emperadores, acompañados del Arzobispo salieron del templo en la misma forma en que entraron. La servidumbre del Palacio volvió á tomar la cabeza del séquito á la puerta de la iglesia, hasta donde el Arzobispo y el Cabildo acompañaron á los Soberanos.

Regresaron éstos á Palacio y allí el Emperador, su casa militar y las personas que citó para acompañarle montaron á caballo en el patio de honor y salieron á colocarse delante de la puerta del centro para presenciar el desfile de las tropas de la guarnición.

La Emperatriz se colocó en el balcón principal de Palacio, con las Princesas Imperiales.

Terminado el desfile, el Emperador entró á Palacio seguido de su comitiva, y se trasladaron por la escalera de la Emperatriz, la Sala de Yucatán y las galerías de Pinturas, á la Sala de Iturbide, para reunirse con la Soberana.

Pasados algunos minutos, los Príncipes se retiraron á la Sala de Carlos V, y se disolvió la comitiva.

LOS DOS DUMAS

Me tocó la gloria de conocer á Víctor Hugo, y no alcancé la dicha de encontrar vivo á Alejandro Dumas, padre.

¡Ah! cuán grato me habría sido estrechar su mano, pues le debí en mis días de niño y en mi primera juventud, horas de inolvidable solaz y de encantos positivos.

Ha corrido el tiempo; han volado los años; delante de mis ojos han desfilado multitud de libros recreativos, y no he encontrado un narrador, un fantasista que se le asemeje.

Hoy, lo sabemos todos, no se escribe una novela ni un drama que no tenga por objeto la resolución de algún intrincado problema social, y la verdad es que ninguno de esos médicos de la humanidad da buenos remedios, por más que se atraiga la discusión y el aplauso con sus recetas.

El adulterio, el eterno adulterio, sirve para elaborar escenas que Sarah Bernardt interpreta admirablemente y que el público aplaude con frenesí; pero la incógnita del problema nadie la despeja, y la sociedad sigue enferma.

Alejandro Dumas, padre, nunca se metió en tan intrincado laberinto; vulgarizó la historia de Francia, engendró personajes que no se han muerto aún y que los conocemos, y diré más, los estimamos como si fueran de carne y hueso y nos hubieran estrechado la mano y vivido entre nosotros.

Considero que todo chiquillo que lee los « Tres Mosqueteros » se torna en caballero de aventuras, y todo hombre que lee « El Conde de Montecristo » aplaude

y admira la imaginación de Dumas. ¿Y todavía habla usted de esos libros añejos? me preguntará cualquiera de los que hoy cultivan la novela pornográfica.

*
* *

Sí, señor erudito : todavía hablo de esos libros y no se espante usted : cuando me encierro enfermo y necesita mi espíritu refrescarse con alguno que le divierta y le transporte á mejores épocas, busco los libros de Dumas y me siento á leerlos, y se me van sin sentir las horas. y me olvido de todo lo real, amargo y prosaico de la vida.

Y no me pasa lo mismo con muchos folletos de á franco que llenan las bibliotecas de actualidad.

En Francia se ha agotado la bellísima edición ilustrada de los « Mosqueteros » ; frente á la estatua de Dumas el pueblo se detiene saludando al incomparable novelista, y el recuerdo de su vida no se ha extinguido, pues cada día se refieren anécdotas preciosas que forman la delicia de los parisienses.

Dumas padre, era generoso y caritativo hasta el despilfarro. Sus manos estaban siempre abiertas para los pobres, para los niños huérfanos, para los artistas sin fortuna.

Un día se presentó en su casa un pobre hombre, lleno de familia solicitando que lo socorriera.

— Hoy he amanecido sin un céntimo — le dijo Alejandro, — pero en fin, usted ¿qué profesión tiene?

— Soy fotógrafo, pero mi taller está vacío.

— ¿Tiene usted todo lo necesario para hacer un retrato?

— Sí, señor ; á la hora que usted quiera ; lo que me falta son clientes.

— Iré hoy á buena hora á retratarme ; espéreme usted y tenga listas las placas.

El hombre aquel salió desconsolado, porque no suponía lo que el gran novelista iba á hacer en su provecho.

Al medio día, Dumas se presentó en el raquítico taller que estaba escondido, como vergonzante, en una estrecha callejuela de barrio.

No iba solo el popular escritor; lo acompañaba una de esas alegres mujerzuelas que se buscan la vida con el libre amor de los boulevares.

— Vamos, caballero, dijo Dumas, esta chicuela se retratará conmigo y como me quiere mucho, formadnos un grupo en que se vea cómo me acaricia.

*
* *

Obedeciendo estas indicaciones, en breves instantes quedó listo el retrato, en el cual aparece Alejandro Dumas sentado cómodamente en un ancho sillón de alto respaldo, y junto á él, de pie, abrazándole el cuello y reclinando la mejilla en su frente, sonríe con malicia la chica que le acompañaba. Alejandro lee un libro, mostrando en su semblante un bienestar y una bondad envidiables.

— Bien, — agregó Dumas, cuando le mostró el fotógrafo la placa — exponga usted ese grupo en sus escaparates, y soporte las consecuencias sin alarmarse.

Dos días después, el artista exhibió su obra, Dumas lo acusó ante un juez por sacar á relucir escenas de su vida privada, y fué tal el escándalo que se armó con la denuncia, que no hubo parisiense que no comprara una de esas fotografías, dejando como producto al ignorado fotógrafo más de cuarenta mil francos en pocas semanas.

Y no cobró comisión alguna, ni se hizo pagar de ningún modo su largueza el inolvidable literato.

Su hijo, muerto en 1895, le igualó en renombre; su

« Dama de las Camelias » bastaría para inmortalizarlo, pues de tal suerte hizo amar á su heroína, que todavía en París los amantes ponen flores frescas sobre la poética tumba de Margarita Gautier, en el Cementerio de Montmartre, como testimonio de interés por su desventurada suerte.

Más financiero y menos pródigo que su padre, hizo gran fortuna con sus libros y vivió y murió orgulloso de su nombre.

Era pensador y filósofo, y aunque muchos aseguran que se reconocía superior á su progenitor, decía muy á menudo :

— ¡Ah, si yo tuviera la maravillosa imaginación creadora de mi pobre y amado viejo!

Guardaba con devoción todas las obras de su padre, y cuando lo recordaba se le ahogaba la voz, llenándosele de lágrimas los ojos.

— No he visto — dijo un día trémulo de ternura — un corazón tan grande, tan generoso, tan abierto á lo noble como el de mi padre; básteme decir á ustedes, que en cierta ocasión en que fuí á visitarlo, lo encontré llorando sobre las cuartillas escritas que estaban dispersas sobre su mesa.

— ¿Qué te pasa? ¿qué tienes? ¿por qué te encuentras tan afligido?

— ¡Ay, hijo mío, acabo de matar á Porthos ¡y lo quería yo tanto!

Así se encariña cada autor con sus personajes, y para Dumas, padre, vivían los que él creaba, como siguen viviendo para todos los que desde hace años los hemos tratado con la dulce intimidad de la admiración y de la juventud, encarnando en ellos arrobadoras ilusiones.

PABLO SÁNCHEZ

(DE MIS MEMORIAS DE TREINTA AÑOS)

Allá en los dorados días de mi juventud, hablábame la música de todo eso que no puede expresarse con palabras, como no pueden copiarse en el lienzo los luminosos tintes de una alborada de primavera.

Gozaba con escuchar las creaciones llenas de sentimiento que sólo es dado interpretar á los verdaderos artistas. — Mi inolvidable padre anhelaba que yo aprendiese á tocar el violín, sin duda porque ese instrumento le deleitaba más que ningún otro, pero yo no dí nunca señales de tener vocación para realizar su deseo.

Me llevaba mi amado y amoroso progenitor á todo espectáculo donde culminaba algún violinista y por eso, á pesar de que yo era un chicuelo, me obligó á desvelarme oyendo al maravilloso Jeim Prume, violinista del Rey de los belgas.

Los sucesos políticos obligaron á mi padre á emigrar, huyendo de la muerte, y se fué á vivir á París ocho años, durante los cuales, en medio de la mayor pobreza y llorando día por día su ausencia, crecí y me desarrollé en el Colegio de tal suerte que cuando volvimos á vernos me encontró hecho un hombre.

Me escribía á menudo, refiriéndome sus impresiones y manifestándome sus voluntades acerca de mi carrera y de mis hábitos, y alguna vez se quejaba de que no le hubiese hecho yo caso aprendiendo á tocar el instrumento que inmortalizó á Paganini, por más que este genio hubiera dicho que el violín es tan di-

fícil que sin duda lo inventó el diablo para tentar de paciencia á los hombres.

Ya no estaba yo en condiciones de inscribirme en una Academia de música, ni disponía de recursos para tomar un maestro, y me conformaba con ir á escuchar á los artistas que de vez en cuando aparecían en México, á fin de decirme á solas sofocando mis remordimientos : « Si yo tocara así ¡ qué contento y satisfecho estaría mi padre ! »

Un día, cuando menos me lo esperaba, entró á mi celda de estudiante, un compañero y me dijo : « Te voy á llevar esta noche á una casa donde ha de tocar un violinista mexicano, que es de los más sentimentales y notables que se han oído hasta ahora. »

— ¿Es mejor que Eusebio Delgado ?

— ¡ Hombre ! no guarda comparación en la ternura y delicadeza ; figúrate que una noche tocaron juntos, y después de que Delgado ejecutó su conocido « Carnaval de Venecia », lleno de variaciones difíciles, nuestro compatriota tocó una pieza deliciosa, que no recuerdo su nombre, pero en la cual oyes el murmullo de la brisa entre el follaje, el rumor de la fuente lejana y el canto de un pájaro, monarca del bosque, saludando con dulcísimos trinos el despuntar del día.

— Estás hoy más poeta que nunca, querido Manuel.

— Te convencerás esta noche de lo que te digo ; arréglate, y á eso de las ocho, nos iremos sin que lo sienta nadie ; pues ya todo lo he convenido con el portero.

*
* *

Y dicho y hecho ; á las ocho nos escapábamos Acuña y yo y nos aparecíamos en la casa donde iba á celebrarse la reunión consabida.

No serían las nueve, cuando ya la concurrencia era inmensa y por todas partes se hablaba del violinista mexicano, á quien se esperaba en aquellos salones con verdadera impaciencia.

Un rumor grato anunció que había llegado el artista, y todos volvimos el rostro para verlo.

De afabilísimos modales; suave en sus conceptos y risueño y humilde con cuantos le presentaron; de poblada cabellera, que matizaban prematuras y escasas canas; de frente espaciosa y ojos expresivos, abrió con la mayor naturalidad una caja de guarniciones doradas, y sacó un violín lleno de incrustaciones de madera y que tenía por mango una cabeza humana, artísticamente cincelada.

Reinó el mayor silencio, y aquel profesor, joven todavía, tocó, cautivando al auditorio desde las primeras notas. Sentí un vago estremecimiento, cerré los ojos y escuché con delicia.

Mi compañero no me había engañado... murmullos de brisa, rumores de hojas, algo como el eco mágico de una cascada distante, y entre todo, las limpias, diáfanas y clarísimas notas del canto de un ruiseñor, de un jilguero, de un alado clarín de las selvas de Anahuac, de uno de esos zenzontles imitadores de todas las voces de nuestra exuberante naturaleza.

Me quedé cautivado, encantado, cuando la pieza concluyó, y fué saludado el artista con esos aplausos estridentes, resonantes, que conmueven todo un aposento y sacuden todos los corazones.

— ¿Cómo se llama esa pieza?

— « El ave en el árbol. »

— Y el ¿artista? ¿el artista? ¿cómo se llama el artista?

— Pablo Sánchez.

En seguida corrimos hacia él para abrazarle y estrecharle la mano, porque en efecto era un príncipe

del arte, y cuandos estábamos en su derredor éramos sus vasallos.

Atando remembranzas, un día que encontré á Pablo Sánchez, despertóse en mi espíritu esto que he referido, y me propuse dar en « Mis memorias de treinta años » unas páginas á tan esclarecido maestro.

Nació el 15 de Enero de 1840, siendo su padre el notable filarmónico D. Ildefonso Sánchez, profesor y maestro de la Catedral de Puebla, y cuya memoria no se ha borrado en los anales de los buenos artistas angelopolitanos.

D. Ildefonso, amante del divino arte, hizo que su hijo lo cultivara desde muy temprano, resultando que en el año de 1845, cuando tenía cinco años le empezó á enseñar la música y cinco años más tarde, en 1850, le puso el violín en las manos; tomó grande y constante interés en que lo comprendiera, y en 1851 lo llevó como aspirante y meritorio á la orquesta de la Catedral, donde él se distinguía tan notablemente.

El pequeño Pablo se consagró con tal tesón á realizar las aspiraciones del autor de sus días, que el 1° de Marzo de 1853, el Cabildo de dicha Catedral le asignó, después del examen de reglamento, sueldo como violinista de la orquesta.

No fueron pocas las felicitaciones que en ese día recibió D. Ildefonso por tener un hijo que á los trece años ya tomaba asiento entre los profesores; pero no queriendo que esta circunstancia le impidiera darle otros indispensables conocimientos lo obligó en 1854, á entrar al Seminario Palafoxionano donde estudió hasta Filosofía.

La vocación del joven Pablo no era adquirir la toga ni vestir la sotana, y en cuanto concluyó algunos cursos preparatorios, dejó el Seminario y se consagró exclusivamente al estudio del violín, siguiendo desde 1857 la entonces nueva escuela francesa de Delfín Allard.

En 1858 ingresó á la orquesta de Santa Cecilia y, ya como profesor, tomó parte en los trabajos de la ópera italiana que dirigía el maestro Antonio Barilli, hermano de la madre de Adelina Patti.

Distinguíase tanto Pablo Sánchez en su especialidad que, por consejos de amigos imparciales, se resolvió á debutar como concertista en 1859, y obtuvo en ese debut una ruidosa ovación en el Teatro Principal de Puebla.

En 1860 estableció una Academia de la cual se separó en 1862 con motivo de la guerra de Intervención y se vino á México, donde en 24 de Septiembre del mismo año, debutó en el Gran Teatro Nacional, alcanzando mayor éxito que en Puebla.

No hubo función á beneficio de los hospitales de sangre, en la cual no tomara activa parte, después hizo una gira artística por todo el interior del país habiendo arrancado aplausos en los principales teatros.

En 1863 entró, invitado por el Profesor Eusebio Delgado, á la orquesta de la Ópera que dicho Profesor dirigía y tanto le cautivaron los talentos de Sánchez que en ese mismo año, le puso como violín concertino en la temporada de Ópera del maestro Paniagua.

El año de 1864, está marcado con negra y sombría cruz en la historia del modesto maestro Sánchez. En ese año murió su padre, es decir, murió el que había sido su providencia en la tierra, porque no sólo le dió la vida material sino que lo hizo artista, le infundió el amor por lo bello, por lo noble, por todo lo que es honrado y puro.

*
* *

Pablo Sánchez, en plena juventud, soñando con la gloria y lleno de angustia su corazón de huérfano,

formó en Puebla una nueva y buena orquesta, que fué la que trabajó con la diva mexicana Ángela Peralta, cuando eclipsaba con su voz á los ruiseñores, avasallando las almas.

Al mismo tiempo Sánchez restableció con mayor éxito la Academia de Música que había inaugurado en 1860, y en ella formó muy buenos discípulos, sobresaliendo entre éstos el maestro Eduardo Unda y Morón.

En 1869, la antigua Orquesta de la Ópera lo llamó á México para que ocupara el puesto de Director y violín concertino, y así trabajó brillantemente hasta 1870, en que hizo con la Compañía de Ópera Mexicana una expedición artística al Estado de Oaxaca, en cuya capital se agrupaban y vivían en esa época hombres muy distinguidos que luego figuraron mucho en nuestra política.

Pablo Sánchez recibió hospitalidad generosa y muestras inequívocas de constante simpatía y de sincero y fraternal cariño en aquella tierra heroica, y guarda como veneradas reliquias numerosos retratos de sus amigos de entonces.

Tanto el valeroso Félix Díaz, como su hermano el General D. Porfirio, acogieron al inspirado violinista con entusiasmo, y era de ver cómo le estimulaban para conquistar brillantes laureles, recibiéndolo en su casa el actual Presidente de la República, como concertista, y obsequiándole y encaminándolo con la exquisitez que le distingue.

No hace muchos años fuimos nosotros á Oaxaca y allí nos refirió una persona fidedigna el siguiente caso, que llamó mucho la atención en su época y que confirma la habilidad artística de Pablo Sánchez :

Tocaba nuestro violinista en la casa de D. Francisco Rincón, en una noche de concierto. Las casas de Oaxaca son de amplios corredores, llenas de macetas con floridas plantas y de jaulas con pájaros traí-

dos de la Sierra y que no en vano son reputados como los más canoros de la República.

Serían las doce la noche y Sánchez, en medio del mayor silencio se puso á tocar la dificilísima pieza « El Ave en el Árbol » en la que imita á un zenzontle. Cuando de las cuerdas de su violín mágico brotaron los trinos que arrobaban á los concurrentes por su naturalidad y su dulzura, se oye en el corredor esa algarabía inimitable con que las aves saludan la alborada y no hubo persona que no saliera á convencerse de que los pájaros de la casa, despertados por la sublime música de Sánchez se entusiasmaron de tal modo, que le acompañaron cantando.

Nos decía el testigo de esta escena, que las damas y los caballeros que la presenciaron, hicieron al violinista la más entusiasta de las ovaciones.

*
* *

Después de alcanzar tantos triunfos dejó Sánchez, Oaxaca, y lo vemos en 1871 como Director de orquesta y violín concertino de la Compañía de Ópera, formada por Cipriani, én la cual brillaban como estrellas de primera magnitud Ángela Peralta y el célebre tenor Tamberlick á quienes dirigió en « El Trovador, » « Rigoletto, » « Favorita » y otras óperas en que tanto se distinguían.

La orquesta de Santa Cecilia famosa en México, le nombró su Director en 1873, y más tarde la Sociedad Filarmónica Mexicana : « Conservatorio de Música y Declamación » lo solicitó para Profesor de las clases de violín, dándole posesión de tan honroso encargo en 15 de Enero de 1874 y ejerciendo esa cátedra con asiduidad y con gran éxito hasta el año de 1877 en que el General Porfirio Díaz, Presidente de la República, elevó el Conservatorio al rango de Escuela Na-

cional, nombrando á Sánchez profesor de violín y viola.

Tantos adelantamientos alcanzaron sus discípulos que puede presentar con orgullo á muchos de ellos que hoy dan gloria al arte y renombre al maestro. Entre estos discípulos citaré á los señores José Alcalá, compositor oaxaqueño de gran mérito; Pedro Manzano, muy conocido por sus talentos; Felipe G. Villanueva, muerto cuando la inspiración lo circundaba de brillantísima aureola; Enrique Palacios que es habilísimo Director de Orquesta; Lauro Beristain que con tanta dulzura sabe arrancar del violín cautivadoras melodías; Manuel Serrano, Joaquín Lara, Luis Girón, León Girón, Rafael Sevilla, Aurelio Benítez, Andrés Herrera, Buenaventura Herrera, Eladio Cuadra, Arturo Posadas, Guillermo Curtis y otros muchos que sería prolijo enumerar, pues basta con estos que tan aplaudidos y estimados son, para dar idea de los méritos del maestro.

Se me olvidaba decir que á la muerte del inolvidable Don Antonio Balderas, acaecida en 1883, dejó Sánchez el Conservatorio y se consagró con mayor asiduidad á la Escuela musical, que desde 1882 estableciera en México y de la cual han salido aventajados discípulos como Enrique Raso, Ignacio del Angel, Carlos Ramírez, Ildefonso Sánchez, Felipe Hernández, Ignacio Landa Garay, Federico Isunza y algunos otros.

En 1886, Pablo Sánchez formó una orquesta compuesta de distinguidos y eminentes profesores, la cual sirvió para la Compañía de ópera que nos trajo Sieni en combinación con D. Isidoro Pastor en los años de 87 y 88.

En 1889 Pablo Sánchez trabajó con el reputadísimo maestro Rafael Bracale quien en 1890 le escribió de Italia encargándole saludara á los inspirados artistas de México, asegurándoles que en él tenían en Milán un admirador y un hermano.

*
* *

Dice un proverbio vulgarísimo que « nadie es profeta en su tierra » y la verdad es que el trato continuo, la facilidad de ver un artista en todas las múltiples manifestaciones de su vida, es causa de que todos le pongan la mano sobre el hombro y no lo miren sobre el alto y envidiable pedestal de sus méritos.

Pablo Sánchez, modesto por temperamento, por organización y por tendencias; fino y dulce en sus maneras y en sus conceptos; cariñoso y tierno con sus compañeros y con sus discípulos, guarda en un obscuro rincón de su pupitre, retratos y autógrafos que son un tesoro.

Allí surge la efigie de la incomparable trágica admirada por Legouvé, por Víctor Hugo, por Dumas, por Gautier, y por todo el mundo, Adelaida Ristori, diciéndole: *All Egregio Paolo Sánchez ricordo della una admiratora. — Adelaida Ristori.*

Allí me encontré el retrato de una grandeza artística: — *José White* — el violinista admirable, consagrando fraternales conceptos á nuestro modestísimo artista.

Entre esas fotografías me encontré la del gran pianista Friedenthal, que desde Viena le envía á su *preclaro* y *excelentísimo* violinista Pablo Sánchez, su aplauso y su cariño.

Pero ¿á qué citar nombres y frases de vivos y muertos que Sánchez mira como sus penates, sin ostentación, sin vanidades, sin creer que merece nada ni que es digno de lauros ni de encomios?

Artista de corazón; alma que ha expresado sus ternuras en el más delicado y difícil de los instrumentos, se contenta y goza con enseñar á sus discípulos, con amar á sus hijos y con complacer á sus amigos.

Yo que soy un profundo admirador de la virtud en

consorcio con el talento, venero á los artistas que no por ser de alto vuelo se desdeñan de ser honrados.

*
* *

Pablo Sánchez tiene desde edad temprana cubierta de canas la cabeza, pero en la frescura de su cutis y en la viva expresión de sus ojos, todavía se vé la vida hervir con el calor de la fé y de la esperanza.

Sin ostentación, sin ruido, sin ambiciones, forma en su Academia particular de Música discípulos nuevos, y ya ha convertido en maestro á su hijo Ildefonso, logrando ver reproducidas en tan inteligente joven sus facultades y sus virtudes.

Ildefonso, heredero del nombre de su abuelo, domina el violín, lo toca con gran sentimiento y ayuda á su buen padre en las rudas labores de la enseñanza.

Pablo Sánchez ha querido legar á sus hijos como el mejor medio para afrontar las luchas por la vida, la instrucción y la honradez sin tacha, y con toda la dulzura de su carácter los ha puesto en las sendas que conducen al bien por medio del trabajo.

Nuestro artista, considerado desde cualquier punto de vista, es digno de encomio. Nunca en sus labios hay palabras que rebajen, ó mancillen á sus compañeros ; se encanta con la nueva generación, que surge llena de esperanzas y en la cual descuella Pedro Valdés Fraga, con todos los vuelos y con todas las vocaciones de un privilegiado.

Pablo Sánchez es, en su especialidad, una eminencia y para lograrlo, ha observado desde niño, lo que un día en sabrosa charla me dijo el inmortal Pablo de Sarasate. Me admiraba yo de la naturalidad con que vencía todos los obstáculos, con que arrancaba á la caja armónica de su Stradivarius, las más difíciles expresiones, y me interrumpió exclamando :

— Este instrumento lo tomo yo á las seis de la mañana y lo suelto después de las doce de la noche. Cuando se le abandona, corresponde como debe, es decir, el día en que lo buscamos, vuelve la cara para otro lado y nos desdeña.

Nuestro Pablo Sánchez nació para violinista y nunca ha dejado de cumplir misión tan difícil y delicada. Con razón el violín lo obedece, como un esclavo sumiso!

Nadie como él sabe formar discípulos en brevísimo tiempo; pues rompiendo los moldes de la rutina, les señala el camino mejor y más corto para lograr éxito.

¡ Honor y gloria al modesto maestro!

FIN

ÍNDICE

El tío Touchi. 1
Una reliquia. 6
Papeles viejos 10
Los valientes mueren en su puesto. 14
Cómo acabó un baile 16
El castillo de Miramar 20
San Juan y San Pedro 27
Luz de la gloria. 33
Blanca. 38
Cabezas blancas. 45
Hombre feliz 47
Fotografías instantáneas. 52
Con veinte reales 57
Una mexicana en París. 61
Manuel Acuña 65
M. A. Histórico 75
Prisioneros mexicanos. 79
Muerto y vivo 86
Pobre pescadora. 90
Coincidencias. 97
El libro de carne. 102
El libro de hueso 106
Recuerdos. 112
El Tinterillo de la Reforma. 117
Castañas calientes 122

En un violín de tres reales. 12
Noche Buena 12
La Saboyanita. 13
Enrique de Olabarría y Ferrari 14
Ignacio Pérez Salazar 16
Gonzalo A. Esteva. 16
Coronas de trapo 17
Cuaresma y Semana Santa. 18
Un artista colombiano 18
Selgas. 19
Un libro viejo 20
Guillermo Prieto. 20
Ignacio M. Altamirano 21
Las bellas letras en México. 22
Francisco Sosa. 23
La Fiesta del Pendón. 24
Prólogo de las Poesías de Luis Ponce 24
La Ermita de Juan Garrido 25
José María Velasco. 25
Eduardo del Valle 26
Francisco Gómez Flores 27
Prólogo de las Poesías completas de Josefina Pérez de García Torres. 28
La cartera roja. 31
Manuel Leví. 32
Tabaré 32
Los cuentos grises. 33
Castelar. 35
La Casa de Cervantes. 36
Una novela mexicana. — Amor sublime. 37
Colombia y México. 37
Cómo era Morelos. 38
Un jueves de Corpus en tiempo de Maximiliano. 3
Los dos Dumas 3
Pablo Sánchez 3

PARIS — LIBRERÍA É IMPRENTA DE LA V^da DE CH. BOURET

UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS
302524440
0 5917 3025244407